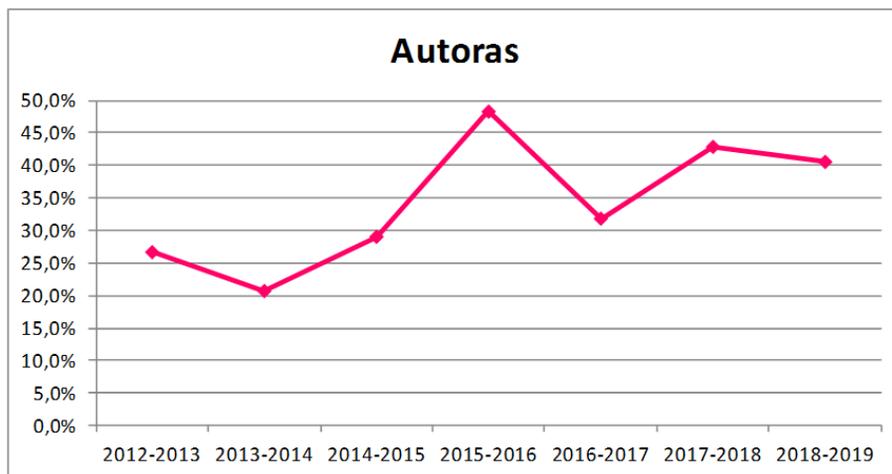


Sendas abandonadas o ¿Qué comparten un político y un escritor?

Este es un prólogo construido con sendas abandonadas, caminos rechazados, vías dejadas en desuso.

Puntual a su cita de septiembre de 2019 aquí está la recopilación anual de cuentos publicados en la web [Ficción Científica](#) durante el curso 2018-19 y como siempre descargable de forma gratuita. Siete años lleva acudiendo fielmente a esta cita. En estos años ha acumulado 209 relatos; de ellos 73,5 han sido escritos por autoras y el resto, 135,5 por autores. Los supuestamente sorprendentes 0,5 hacen referencia al cuento [Blanco](#) coescrito por la cubana [Malena Salazar Maciá](#) y el cubano [Yoos](#) en la recopilación publicada en septiembre de 2017. Lo que a mí me sorprende es que este cuento es el único que ha sido escrito por más de una persona. Mientras que las letras de las canciones, los guiones de videoclips-series-películas y los videojuegos son de autoría compartida, la escritura no. La escritura sigue siendo individual, como la pintura o la escultura ¿Anquilosamiento o santuario de dinosaurios? Aparto de mí este envenenado cáliz, abandono esta senda.

Les presento un gráfico sobre la evolución del porcentaje de cuentos escritos por autoras en las respectivas antologías de **Ficción Científica**:



Aunque no hay suficientes datos (sólo dispongo de una muestra pareada o asociada de siete observaciones) para realizar inferencia estadística fiable, se puede afirmar que con una probabilidad del 90% el porcentaje de participación de las autoras en las antologías de **Ficción Científica** oscila entre el 27,02% y el 41,52%.¹ Abandono también esta senda muy trillada últimamente por el fandom.

Esta recopilación ve la luz con el inicio de cada año escolar, se da la curiosa circunstancia que [José Antonio Cordobés Montes](#) (alma mater de **Ficción Científica**) y

yo nos conocimos al inicio del curso escolar 2000-01 en un centro de formación universitaria privada en Málaga. Él impartía Informática, Estadística y Econometría mientras que yo lo hacía en Hacienda Pública, Estructura Económica de España y Mundial. Irremediamente nos hicimos amigos, ambos somos grandes aficionados a la Ciencia Ficción, no nos quedaba otra alternativa. A su carácter amable, conciliador y afable se une una feliz característica: es de los pocos seres humanos que ha leído/lee más ciencia ficción que yo. Ni se nos pasó por la cabeza que pasados unos años nos viéramos en estas circunstancias. Pero las menudencias de nuestra amistad, y como aplicábamos Teoría de Juegos a alguna novela *Space Opera* no son relevantes en estos momentos. Cojo la siguiente intersección a la izquierda, dejando esta vía en desuso.

El 16 de Abril del 2019 José Antonio me preguntó si estaba dispuesto a escribir este prólogo, acepté instantáneamente e inmediatamente después entré en congoja. Yo no soy escritor. Aunque hayan aparecido cuatro cuentos míos en estos siete recopilatorios (uno en este mismo ejemplar), no escribo ficción desde noviembre de 1994. No soy escritor, ni lo fui nunca. La magnífica serie de prologuistas escritores se trunca aquí. Tras [Cristina Jurado](#), [Nieves Delgado](#), [Miguel Santander](#), [Juan González Mesa](#), [Teresa Pilar Mira de Echeverría](#) y [Alicia Pérez Gil](#) vengo yo, un simple aficionado (*NOTA*, el 57,1% de los prologuistas son escritoras). Porque obviamente haber escrito siete cuentos hace casi veinticinco años no me hizo escritor entonces, ni ahora tampoco. Sin embargo el oficio de escritor es de lo más curioso. Como veremos, para serlo sólo hace falta que uno se declare a sí mismo escritor, algo que a mi entender tiene un par de interesantes derivadas. Para la [Real Academia de la Lengua](#) (RAE):

escritor, ra

Del latín. *scriptor, -ōris*.

1. Masculino y femenino. Persona que escribe.
2. Masculino y femenino. Autor de obras escritas o impresas.
3. Masculino y femenino. Persona que escribe al dictado.
4. Masculino y femenino desuso. Persona que tiene el cargo de redactar la correspondencia de alguien.

De estas cuatro acepciones la que viene más al caso es la segunda. Por lo tanto para ser un escritor no es necesario tener una obra impresa, sólo es necesario tenerla escrita. Si esta acepción la trasladamos a un plano efectivo y contrastable por terceros, nos fuerza a que la condición de escritor se obtiene con la mera afirmación del sujeto, de que ha escrito una obra. Evidentemente si esta persona tiene una obra impresa es condición suficiente (y fácilmente contrastable) para ser escritor según la RAE. Vaya que es muy distinto a ser médico, que sólo se puede ser si se posee un título académico. Eso sí título académico en regla, como bien saben cierto políticos españoles con títulos expedidos por una universidad pública madrileña afín al partido ornitológico según les está aclarando algunos jueces. Otra senda que también abandono.

Podría ser aún peor, como el caso de los abogados, para poder trabajar de abogados se debe poseer el título académico legal y un máster oficial, que vino a sustituir a las “[pasantías](#)” (periodo de prácticas escasamente remuneradas que debía cubrir un licenciado en derecho para poder colegiarse como abogado posteriormente). Evidentemente este no es lugar para discutir el papel o el poder que aún mantienen los gremios medievales en este país de pandereta y relicario... tomo la siguiente bifurcación a la izquierda.

Para ser escritor ni tan siquiera es necesario que una empresa tenga al individuo contratado con la categoría profesional de escritor, como si es necesario para ejercer de lampista o fontanero por poner dos ejemplos. Cuestión que para los jóvenes ya no servirá. Ahora si una persona accede al mundo laboral por primera vez y desea trabajar de lampista necesita estar en posesión de un [certificado de profesionalidad](#) que se obtiene por un módulo (la antigua Formación Profesional) y/o por contratos para la formación y el aprendizaje y la participación en los programas de Escuelas Taller y Talleres de Empleo controlados por el Ministerio de Trabajo.

En este país donde un gran poeta sigue enterrado en una cuneta granadina y el responsable último de su asesinato en un mausoleo, para trabajar de (casi) cualquier cosa se necesita un título, pero para ser escritor o político no, no hace falta nada. Para ser escritor no se necesita nada, de nada y eso es lo que comparte un político y un escritor.² El ego juega un papel importante en la decisión de ser escritor o político, en términos técnicos y siguiendo a [Abraham Maslow](#) y su pirámide de necesidades: la necesidad de reconocimiento y autorrealización aparece cuando las necesidades básicas y de afiliación están cubiertas. Y sin duda ser escritor cubre, parcialmente, la necesidad de reconocimiento y autorrealización. Me ahorraré la tentación de hacer la gracia afirmando que para ser escritor en España no se necesita ni saber leer, ni escribir y como prueba de esta afirmación, ahí están los cientos de libros (esos que ahora mismo estáis pensando) que lo demuestran, libros escritos y publicados para satisfacer el ego, para cubrir la necesidad de autorrealización y reconocimiento social. Aparto definitivamente de mí ese cáliz ponzoñoso.

No voy a emprender el camino de enumerar los factores que definen ser escritor. Seguro que cada lector tiene una idea al respecto. Ni tan siquiera intentaré una *boutade*, una tautología (en realidad no lo hago porque no se me ocurre ninguna) sobre la definición de escritor al estilo de [Norman Spinrad](#) y su ya mítica definición de Ciencia Ficción: «ciencia ficción es todo aquello que los editores publican con la etiqueta de ciencia ficción». Abandono esta senda de elefantes. Me quedo con la definición de la RAE.

De hecho emprendo el camino contrario, por una vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo que para ser escritor no haga falta nada, no se requiera ningún título. Como también estoy de acuerdo que para ser político no se necesite nada de nada.³ En mi

opinión lo único que tiene que saber hacer un escritor es contar una historia, y si la historia es buena; mejor y si encima se cuenta con una gramática correcta y buen estilo literario: perfecto. El premio nobel de literatura portugués [José Saramago](#) (ya estáis tardando en leer **Ensayo sobre la ceguera** (1995) *Ensaio sobre a cegueira*) con una escasa formación formal (equiparable a formación profesional) escribía como los ángeles e hizo aportaciones originales a la Ciencia Ficción, sirva su ejemplo como justificación a mi tesis.

¿Pero qué se necesita para ser escritor? No lo sé. No tengo ni idea. Esa pregunta no puedo contestarla. Pero, (el pero es el varón de la pera y el inicio de una rajada de campeonato), supongo que tres son los pilares que todo “junta letras” debe tener: leer mucho (aprender), estudiar a fondo el idioma en el que escribe (tener herramientas) y practicar, practicar hasta la extenuación. Es decir escribir, pero mucho, mucho, mucho. Salvo genios, el escritor se hace. Un ejemplo: creo que es fácil ponerse de acuerdo en que [Félix J. Palma](#) es un buen escritor, aunque sus primeros cuentos, publicados en el Fanzine [El Fantasma](#) (editado por [Luis G. Prado](#), que acabaría editando a [Sapkowski](#) en España), ya eran buenos y apuntaban maneras, no eran ni de lejos fruto de la pluma del escritor que es hoy. Félix posee una amplia formación académica pero eso no es garantía de nada, escribir es de artesanos. Y el artesano gana su arte con la experiencia, y la experiencia se consigue escribiendo, publicando y recibiendo buenas malas críticas (las malas críticas razonadas son las únicas de las que se aprende) y vuelta a empezar, ad infinitum.

Los tiempos cambian pero el oficio de escritor no. Cambia la forma de promocionarse, de hacerse popular, pero a escribir se aprende escribiendo. **Ficción Científica** lleva siete años publicando cuentos, permitiendo hacer sus primeras armas a los novatos, ir forjándolas a los iniciados y pulirlas a los veteranos. Es un escaparate donde ganar visibilidad y es un *sitio*⁴ acogedor. Vamos, el gimnasio de todo escritor o candidato a escritor.

En esta edición quince relatos están firmados por siete autoras y veintidós relatos firmados por quince autores.

Todo prologuista de una antología debe tomar una decisión ¿Comento los cuentos en el prólogo? He mirado lo que hicieron mis antecesores y hay empate: Cristina, Miguel y Teresa Pilar lo hicieron, mientras que Nieves, Juan y Alicia no lo hicieron. Conmigo se deshace el empate o casi. Yo no lo voy a hacer, abandono esa senda, aunque un poquito sí. No lo hago del todo porque soy torpe y bocazas, y acabo destripando los cuentos. Podría hacer como Miguel que los comentó sin decir de que cuento se trataba, dejando al lector el gusto de encontrar de cual hablaba. Pero yo no tengo el arte de Miguel, aunque finalmente me lance al ruedo sin capote. Yo tengo la necesidad patológica de ubicar, de clasificar lo que leo. Clasificar es dominar y todos somos un potencial *dueño del mundo*, un Donald Trump o un Vladímir Putin de poca monta. Sin embargo me encanta que el autor me engañe, me descoloque y no sepa hasta el final que he leído. Y eso, queridos, se

puede hacer en los cuentos, en las novelas es mucho más complicado. He disfrutado leyendo estos treinta y siete relatos, muchos son *weird* (lo que yo vengo a llamar cuentos de realidad alterada por algún elemento fantástico no evidente a primera vista). Los *weirds* son difíciles de detectar, se esconden en la realidad cotidiana, en lo dado por descontado, utilizan nuestra realidad para enmarcarse y con uno o dos elementos fantásticos sutiles nos dan el efecto deseado. Un maestro del *weird* (cuando aun no existía el concepto) era el catalán [Pere Calders](#) y su epítome fue su breve cuento **Invasión sutil** (1978, *Invasió subtil*). Esta antología presenta un buen ramillete de este tipo de cuentos. Pero otros cuentos de esta antología acaban rompiendo en terror urbano. Hay uno en particular que me ha recordado a la película de Robert Rodríguez **Abierto hasta el amanecer** (1996, *From Dusk Till Dawn*) que se inicia como una película arquetípica del propio Rodríguez o Tarantino (actor en esta película) y que muta a cine gore. Hablo de un cuento que amaga ser *weird* y acaba en ciencia ficción clásica, de la que ya no se escribe; simplemente delicioso. Otros son francos, vienen de cara y desde el primer párrafo ya sabemos que son de fantasía, terror o ciencia ficción. Otros son de frontera, a caballo entre varios subgéneros. Lo dejo aquí. Cedo la voz a estos veintidós escritores, disfruten y en septiembre del 2020 vengan a por su ración de género fantástico, ya saben dónde encontrarnos.

by PacoMan

El restaurante de las almas

Heka, Rafael

—Descanse en paz —dijo el párroco y tiró el puñado de tierra sobre el ataúd.

Samuel enjugó sus lágrimas. Enterrar a su hija le estaba resultando demasiado duro. No lo merecía. Llevaba luchando contra la pobreza al menos una década y la pobreza se la llevó. En silencio. Sin que Samuel lo supiera. Le llamaron de madrugada de los servicios sociales. Llevaba varios meses viviendo de la caridad.

Una vez el féretro en la tumba, Samuel se despidió de su exmujer, montó en su deportivo descapotable último modelo, le quitó la capota y salió de allí como alma que lleva el Diablo. No quería retener más ese recuerdo. Era bueno en eso, olvidando. Gracias a ello se había convertido en uno de los ejecutivos más cotizados del parquet de Madrid.

Negociando un par de curvas, sonrió mostrando un colmillo recordando la reunión que le aguardaba el lunes siguiente. Les iba sacar hasta los ojos a aquellos paletos. *Mira, como éste que se me cruza tirano de la vaca.*

Con sonrisa sardónica, esperó a estar bien cerca y clavó sus pulgares en los claxon del Mercedes.

El pobre labriego casi se despeña monte abajo con vaca y todo. *Qué estúpido*, pensó. Como todo aquel lugar. Odiaba las montañas, la naturaleza, el verde. La última vez que pisó Asturias resultó siendo en la boda de un amigo y decidió no volver más. Hubiera cumplido su promesa si no hubiese tenido que comparecer para aquello.

Sin previo aviso, el indicador de gasolina se encendió.

Si le he echado para venir... No puede ser.

La parroquia de Urbiés quedaba bastante metida en plena Cuenca Minera y era muy posible que le costara encontrar una gasolinera. Además, ¿dónde la pondrían? Si aquello era monte cerrado y en sus estrechos vericuetos apenas cabía el coche.

Pese a todo, tuvo suerte. Nada más girar una cuadra vio un indicador: Gasolinera a 200m.

Giró el volante y encaró un camino pedregoso y descendente por entre una frondosa arboleda. No mentía, al fondo vio las luces. Era la típica área de servicio destartada con un par de neones verdes y un pequeño restaurante adosado al recinto en la parte de atrás.

Nada más llegar descubrió algo inquietante: No se escuchaba nada ni se apreciaba

señal de vida alguna.

Aunque no era noche cerrada, la sombra del bosque impregnaba el lugar de una atmosfera extraña.

Abrió la guantera, recogió una linterna y se bajó.

—¿Hay alguien? —gritó.

No hubo respuesta. El parpadeo de los neones, nada más.

Alargó un brazo y tocó el claxon.

Tampoco. No apareció nadie.

La caseta estaba vacía. Bajo una luz verdosa y fría, tan solo aguardaba un mostrador, una nevera vieja con refrescos y el expositor con la prensa.

Por un momento se sintió paralizado. Había algo en el ambiente poco usual.

Salió, fue hasta la parte de atrás y entró en el restaurante.

No había nadie. La cocina estaba encendida, la barra también, los fluorescentes decrépitos de la sala iluminando unas mesas victimas del tiempo. No podía ser.

Se asomó por un lado de la barra sin descubrir nada relevante.

No tenía sentido.

Mecánicamente, se sentó un momento en una de las mesas.

Tenía unos sofás de piel, estilo americano, a cada lado de la mesa, empotrados contra la ventana. Desde allí podía ver el coche con el depósito abierto a la espera del dependiente.

Dejó la linterna sobre la mesa y recogió una carta. Estaba pegajosa. En ella no figuraba ni el nombre del local ni unos platos que escoger. Sólo el rótulo: Almas, y bajo él una docena de nombres catalogados como *primeros platos*, *segundos* y *postes*.

Se le escapó una sonrisa.

—Muy bien —exclamó bromeando— tomaré un Eduardo Villamil, una Almudena Sánchez y, de postre..., sí, los gemelos San Martín.

No hubo terminado de recitar los nombres cuando su conciencia cayó en un abismo insondable apareciendo de golpe junto a un remilgado oficinista de un banco...

Primer Plato

—...no puede hacernos esto —concluyó ésta entre lágrimas. Era una mujer de mediana edad, morena, a la que pareciera le hubiesen caído veinte años encima, ocultos bajo unas humildes ropas de tienda de baratillo.

A su lado, su marido, un hombre de pelo corto y cano, enjuto por los disgustos y con unas gafas, ropas y modos que delataban a primera vista su dilatada experiencia de administrativo, sujetaba tembloroso a un inocente pequeño de dos años mientras le miraba también con aprensión.

—Si nos desahucian, ¿adónde vamos a ir? No tenemos más familia. Nuestra casa es lo único que tenemos. Estamos pendientes de un trabajo que le van a dar a mi marido. Por favor...

El director les miró con cara de zorro. Era nuevo en el puesto. Antes se dedicaba a gestionar los impagos en la entidad:

—Lo siento, señora —comenzó con falsa cara de santurrón—. Usted puede decirme lo que quiera, pero la realidad es que ya deben ustedes varias cuotas de su hipoteca y yo no puedo hacer más.

—Bueno, pues déjenos pagar al menos alguna cuota.

Eduardo sonrió:

—Lo siento, primero han de pagar los gastos generados por las devoluciones y los intereses.

—Pero es que así no podremos pagar nunca los recibos. Además, son sólo tres recibos. ¡Tres malditos recibos!

—No es mi problema, señora. ¿Pueden cubrir la deuda?

Ambos disintieron aterrados.

—Pues, lamentándolo mucho, no puedo hacer más por ustedes. Si me permiten.

Y sin una palabra más, abandonó la mesa y se marchó a su despacho.

Una vez dentro, descolgó el teléfono:

—Sí, ¿Carla? Hazme una reserva para comer, por favor. Sí, en el sitio de siempre.

Eduardo recogió su abrigo, pasó por delante de los pobres desahuciados y salió a la vorágine del Paseo de la Castellana, en todo el centro de Madrid. Sonó su móvil:

—¡Manolo!, geta, ¿cómo va eso?

...

Un taxi le recoge.

—¿Diez cuotas? Ok. Ok. No te preocupes. Mételas en gastos por donde puedas, ya sabes, como siempre.

...

—Sí, sí, ya reviso yo la contabilidad.

...

—Tranquilo, si te dice alguien algo, me lo dices, que ya le busco yo las vueltas.

...

—Venga, ¡grande!

...

—Otro para ti.

El taxi le dejó en su restaurante favorito. Iba a meterse una comida de narices. Los desahucios siempre le daban mucha hambre. Lamentablemente, en el restaurante no encontró a nadie...

Segundo Plato

Almudena quería correrse pero no lo conseguía. Subía, bajaba, subía, bajaba, pero aquél infeliz no era capaz de tenerla tan dura como ella necesitaba para tales menesteres.

Tras algo más de media hora de estibar con el anciano, se la chupó, cobró y salió de nuevo a la calle dejando atrás el pútrido motel con las lucecitas rojas que hacía las veces de su segunda casa en el casco antiguo de Barcelona.

Mierda de noche, pensó. Nada especial en el horizonte. ¿Podría encontrar lo que buscaba? Porque al último también le había puesto un condón. Y ya iban cuatro servicios.

Caminó Rambla arriba, Rambla abajo, y, tras un par de horas fumando cigarrillos y envenenándose las tripas con comida basura, dio con uno. El típico muchacho recién salido de la universidad, egocéntrico, hijo de papá, cargado de pasta.

Se colocó las tetas, la falda y tiró el chicle con el que se había quitado el sabor a sexo del servicio anterior.

No fue difícil convencerlo. Estaba tan mamado que a un par de insinuaciones ya estaba clavándola contra el cabecero de un hotel de lujo, un par de calles más atrás. Sin condón. Hasta el final. Hasta correrse de una puta vez.

Al terminar, y aprovechando su sueño, Almudena desapareció como había llegado. Tenía hambre, mucha hambre. Encontró un restaurante apetecible y entró. Había una figura de espaldas tras la barra trasteando con una cafetera vieja:

—La carta está en la mesa. Toda tuya, Almudena.

La voz era grave, gutural.

¿La habrían reconocido? No estaba en su zona. Además, aquel ni parecía ser su tipo ni recordaba a nadie similar. A ella le gustaban esos gilipollas con la vida resuelta. Los típicos niñatos autosuficientes que se despertarían con la peor de las enfermedades de transmisión sexual tras acostarse con ella. Sí. Esa era su venganza desde hacía algún tiempo. Su placer insano. Su pecado.

No dijo mucho más. Tenía una carta repleta de nombres frente a ella...

Postre

Guillermo y Franco San Martín eran carniceros. Los mejores alrededor de la Cuenca del Nalón, las profundidades rurales del centro de Asturias. Su pueblo no era accesible, sus gentes no eran amables. Sin embargo, los mejores embutidos de la región se llamaban San Martín. Nadie sabía el secreto. Nadie hubiera podido adivinar de dónde provenían esas carnes magras tan sabrosas que cada jornada rellenaban las tripas de sus chacinas. ¿O sí?

Un niño sería el culpable de descubrirlo y echar al traste aquel negocio tan prometedor.

La cosa empezó un lunes por la tarde, cuando el pequeño y rechoncho Marcos terminó de recorrer los caminos solitarios que separaban su despoblada aldea de montaña del concurrido puesto de los hermanos.

Aunque lo peor sería la vuelta, pues siempre encontraba colas. Montones de gente tras el mostrador flanqueado por los hermanos y por esos ganchos colgando del fondo de la carnicería. Aquellos malditos ganchos. Sin poder evitarlo, y mientras las típicas señoras mayores que comentan los sucesos del pueblo informaban a la concurrencia de las buenas nuevas, Marcones perdió una canica que, desafortunadamente, se marchó camino de la trastienda.

Nada más cruzar el umbral de láminas de plástico, volvió a ver esos ganchos, pero ahora aterradoramente cerca. Dormían en el fondo, limpios, brillantes. Aunque no todos estaban vacíos. Había uno sujetando un bulto.

Asustado, se acercó hasta él y lo giró.

Al principio no comprendió bien la imagen. Esto suele suceder cuando vemos algo que nuestro cerebro ya ha registrado previamente como conocido, pero se revela de forma distinta. ¿Era un ternero? Con mano temblorosa apartó un poco el plástico y enmudeció. ¿Era una pers

Antes de que pudiera digerir la situación, un sonido de cuchillos afilándose a su espalda le heló la sangre.

—Vaya —dijo el orondo Franco San Martín—..., creo que esta semana las salchichas van a salir estupendas. ¿No crees, hermano?

—Por supuesto. ¡Menudas hamburguesas! —exclamó el aludido tras haber cerrado cautelosamente la tienda y recoger una hachuela del madero de cortar.

Martín corrió sin mirar atrás. Corrió, entró en un baño, subió a un ventanuco y saltó a una parva de estiércol, antes de escuchar las blasfemias de los carniceros en su loco afán por degollarlo.

Salió a la carretera y empezó a correr. Aún no estaba oscuro, pero los hermanos, pese a gordos, también eran ágiles, así que no tardaron en salir de la carnicería y perseguirle cuchillos en mano. Antes de llegar a la estación del tren, avistó un restaurante. Un restaurante que no recordaba haber visto nunca antes. Tampoco le importó. Entró.

No había nadie. Bueno, no vio a nadie, pero, tras la barra, una oscura figura aguardaba incólume:

—Por aquí, muchacho —le dijo señalándole una salida.

El pequeño salió en el justo momento en que los orondos carniceros aparecían por la puerta.

Con una siniestra sonrisa, la sombra les señaló una mesa vacía y exclamó:

—¡Hombre, cuánto honor!: ¿Qué desean tomar...?

* * *

Samuel regresó a su anterior estado de conciencia. En el restaurante, bajo las chisporroteantes luces de los fluorescentes. Afuera, su coche aún permanecía con el depósito abierto.

Sin perder un segundo, se levantó y se precipitó hacia la salida.

—Disculpe, caballero —le detuvo una voz gutural a sus espaldas.

Muy lentamente, Samuel se giró. Había una sombra tras la barra:

—Se olvida la cuenta.

Vacilando, trató de girar la manilla de la puerta.

No se movió.

—¿Caballero? —solicitó de nuevo la figura.

Samuel se acercó. En cuanto tocó con las yemas de sus dedos el papel de la cuenta, desapareció.

La sombra, silenciosa, esbozó una sonrisa. Luego, se acercó a la mesa y recogió el menú. Un nuevo nombre acababa de aparecer. En los segundos platos, concretamente:

Samuel López Inglada.

La dejó otra vez sobre la mesa y salió por la puerta. Tras él, el restaurante y todo cuanto formaba parte de la gasolinera desapareció dejando el bosque como estuviera siempre.

Todo, menos el Mercedes.

Al rozarlo la sombra, se volvió negro. Como el humo de un incendio de hidrocarburos.

Se introdujo en él, la capota se cerró y el vehículo desapareció monte abajo, por poco tiempo...

Por el bien de todos

Dolo Espinosa

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Las voces repiten las mismas palabras sin parar.

Como una oración.

Como un mantra.

Como una lección.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

La tribu avanza, tardo el paso, bajo el opresor calor de la mañana.

A pesar de no ser aún mediodía, el sol ya cae a plomo sobre las cabezas bajas de la tribu. En unas pocas horas el bochorno será insufrible y habrá que parar pero, de momento, no hay excusas para detenerse y el clan prosigue su viaje a buen paso. Apresurado casi. La zozobra y la ansiedad sobrevolando sobre todos ellos y empujándolos hacia su destino.

Hoy es un día especial.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Las bocas reseca siguen repitiendo las mismas palabras una y otra vez.

Como un recordatorio.

Como quien memoriza una lista de cosas que no quiere ni debe olvidar.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

En el cerebro recalentado de cada uno de ellos aparecen difusas imágenes, aprendidas de niños, más imaginadas que reales, de cada uno de los elementos que nombran. Lejanos recuerdos de cuando tales cosas eran comunes, hacía tanto tiempo que no quedaba nadie vivo que lo hubiera conocido.

Lo que se conocía de aquel entonces eran vagas leyendas, mitos de cuando el mundo era un lugar mejor, un mundo en el que existían máquinas voladoras y vehículos más rápidos que la gacela más rápida, un mundo en el que la gente podía comunicarse a kilómetros de distancia a través de extrañas máquinas y vivía apiñada en casas que llegaban hasta el cielo, un mundo en el que había agua en abundancia, en exceso incluso. En el que la lluvia no sólo se acumulaba en charcos o pozos, sino que podía formar ríos, lagos o mares, enormes acumulaciones de agua ahora inimaginables. Incluso se contaban cuentos sobre agua sólida a la que llamaban hielo. Pero nadie en la tribu había conocido esas maravillas y muchos, la mayoría, ni siquiera las creían.

Ahora el agua era un bien escaso, demasiado escaso, y cuando faltaba, el pequeño y frágil mundo de la tribu se venía abajo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Dryala camina junto a la abuela Byzu. Como todos, lleva el rostro cubierto para protegerse del sol y el polvo del camino, y el cuerpo envuelto en amplios ropajes que

permiten la circulación del aire. Es muy joven y soporta mejor el calor y la sed que la abuela, quien arrastra sus muchos años apoyando el menudo cuerpo en un retorcido cayado.

La anciana, con voz cascada y cansada también recita la curiosa jaculatoria:

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Dryala debería hacer lo mismo, pero a ratos se calla, sumida en sus pensamientos. Es joven, muy joven, apenas ha visto quince lluvias, y hoy es un gran día para ella. La abuela la mira de reojo y le da un codazo para que continúe con el monótono cántico.

La muchacha lanza un bufido de protesta, pero, obediente, vuelve a unir su voz a la monótona enumeración.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

El calor, el sol, la tierra levantada por los cansados pies y la continua repetición mantiene a todos en una especie de trance. Las mentes se vacían y sólo existen el camino y las voces. Este arrobamiento ayuda a la tribu a sobrellevar la sed que empieza a acuciarles.

Dryala, cuyos pensamientos, la han sacado del embeleso, es la primera en sentirla, pero sabe que aún no es tiempo de beber pues la poca agua que queda, ha de ser racionada con cuidado.

Poco a poco, el mantra mil veces repetido la devuelve al ensueño:

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Imágenes difusas de cosas perdidas pasan por las mentes de todos ellos.

La tisana de hierbas sedantes tomada antes de partir hace rato que ha comenzado a hacer efecto, las palabras repetidas no son más que un vehículo que ayuda a inducir el trance y llegar a la calma tan necesaria para todos.

«Ninguno de nosotros quiere estar aquí, pero no tenemos más remedio que estar», piensa Byzu mientras aprieta la suave mano de Dryala que se esfuerza en mantener la concentración.

Quince lluvias han visto sus brillantes ojos y su cara de luna, y cada uno de ellos sintiendo, sabiendo, que era tremendamente especial, pues así la llaman, a ella y al resto de huérfanos, “los especiales”. Niños débiles, enfermos, niños con toda clase de problemas cognitivos o motores, niños que ningún padre desea y que provocan lágrimas de dolor y decepción en las familias. Niños cara de luna, de inteligencia lenta, como Dryala, niños ciegos, niños sordos, niños demasiado pequeños, niños paralizados de cuello para abajo... Todos esos pequeños son entregados a la comunidad, bajo la atenta autoridad de la abuela Byzu y sus acólitas, a las que llaman «tías» y son cuidados con esmero y sumo cariño.

Los niños nunca vuelven con sus padres y ningún padre regresa a reclamarlos, la renuncia es total, y la mayoría los entregan con cierto alivio culpable.

En época de bonanza, los pequeños especiales viven vidas largas y felices, rodeados de amor y respeto. Nada les falta, nada les es regateado. Comida, vestido, incluso

educación para aquellos que posean la capacidad necesaria. Son tan plenamente felices y son cuidados con tanta dedicación que no llegan a echar de menos unos padres o una familia. No tienen por qué. Ellos ya tienen una.

Pero cuando llegan las vacas flacas.

Cuando la lluvia no llega.

Cuando los alimentos escasean.

Cuando el hambre comienza a enseñar sus amarillos dientes....

Dryala había tenido suerte, su vida había coincidido con un largo período de bienestar. Durante quince años la lluvia había llegado puntual, nunca en demasía, pues eso ya no ocurría desde aquellos legendarios tiempos que contaban las viejas historias, pero siempre lo justo para que los cultivos salieran adelante y tanto animales como seres humanos pudieran vivir y prosperar. Así que Dryala no había conocido más que felicidad y amor durante su breve vida, al igual que el resto de pequeños, al que ella llamaba hermanos, que ahora avanzaban, andando los que podían, en carro aquellos cuyos miembros se encontraban inmovilizados. Todos acalorados y sedientos, pero todos ilusionados, rumbo a su destino.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

El monótono cántico continúa, a pesar de las resacas gargantas, y reverbera en el aire ardiente, extendiéndose por el implacable secarral. Las voces, en el silencio, recorren kilómetros, pero no hay oídos que puedan oírlos aparte de los suyos propios y los de los escasos animales que malviven en el desierto.

Aunque todos tienen prisa por llegar al templo, Sanzagh, la jefa, decide hacer un alto para descansar, comer y, sobre todo, beber. El sol ya está muy alto y andar es un tormento. Es hora de buscar refugio. De ser un día normal ahora mismo estarían todos a cubierto, disfrutando de alguna sombra benevolente, dejando pasar las horas ardientes, entretenidos en alguna tarea menor.

Se montan las sencillas tiendas de los viajes, un par de palos y unas pocas telas, para crear la necesaria sombra. Luego se reparte la ya escasa comida y la aún más escasa agua. Es tiempo de descansar, de dormir, de charlar en susurros, de no pensar en nada. Antes de partir se repartirá un poco más de la tisana mañanera. Hay que mantener a todos tranquilos. Que no piensen en lo que está por venir.

Byzu atiende a sus pequeños, a sus niños especiales, reparte agua, besos, comida, abrazos y sonrisa... Y se traga las lágrimas que pugnan por salir.

Durante las últimas estaciones Byzu se había atrevido a soñar que la tribu podría prosperar sin temor a morir de hambre y sed, que sus niños crecerían sanos y felices, que el futuro sería más hermoso que el pasado.

La estación de lluvias duraba apenas un par de meses y el agua caída no llegaba a ser, ni mucho menos, como en los tiempos anteriores al Gran Cambio, pero era suficiente para que se llenaran pozos, aljibes y otros dispositivos de recolección. Incluso algún año especialmente lluvioso, llegaba a correr algún diminuto torrente. tímido remedo de los viejos ríos. Con el agua de esos días, la tribu debía sobrevivir todo el año y, tras tantas generaciones de escasez, lo lograban sin demasiada dificultad.

El problema aparece cuando las ansiadas lluvias no llegan. Cuando los ojos se cansan de escudriñar el cielo en busca de una nube gris. Cuando el miedo encoge los corazones.

Como está ocurriendo ahora.

Entonces no se puede cultivar, la comida comienza a escasear y la sed es una amenaza constante. Las mujeres recurren al sanador en busca de métodos que impidan la concepción, pues la tribu no puede permitirse más bocas que sustentar, los cuerpos se vuelven más enjutos, angulosos, todo piel y huesos, la felicidad huye de las familias.

Si la sequía se extiende mucho en el tiempo, los más viejos se dejan morir y los que enferman son abandonados a su suerte.

Por eso la tribu ha dejado hoy sus casas y, en pesada procesión, se pusieron en marcha rumbo al Templo. Una antigua construcción, de techos altísimos, siempre fresca, llena de extrañas figuras, quizás viejos dioses ahora desconocidos, que la tribu usa para sus rituales más importantes.

Cuando todos se han alimentado y descansado, Sanzagh ordena reanudar la marcha. Byzu contempla a la fibrosa y dura jefa estirar su largo cuerpo. En su curtido rostro se puede ver la preocupación y el dolor.

No son tiempos fáciles para nadie.

Con crujir de huesos, Byzu se pone en pie y se prepara para volver al camino.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Vuelta al mantra, al polvo, al calor.

Vuelta a intentar no pensar en lo que está por llegar. El ánimo un poco más oscuro que al comienzo del día. El paso, presto antes, se vuelve más pesado, más remolón, más desgastado a medida que se acercan a su lóbrego destino.

Los corazones están divididos entre el deseo de acabar cuanto antes y el de no llegar nunca.

La pesadumbre vuelve los pies cansados.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

El agotamiento nervioso es mayor que el físico.

Los únicos tranquilos son los pequeños, los especiales y los otros, que, ajenos a todo, disfrutan de lo que para ellos es una gran aventura.

El sol se está poniendo cuando, al fin, llegan al Templo.

Byzu sabe que, en el fondo, hacer tan larga peregrinación para llegar a este lugar, es un gasto de tiempo y energía bastante estúpido. La tribu no tiene ninguna creencia real en dioses, a lo sumo una vaga fe en espíritus y algunas supersticiones sin base religiosa, pero las tradiciones unen y los rituales ayudan a que todos sientan que tienen el control de la situación, la repetición de gestos y actos centenarios contribuye a que se sientan más tranquilos y bajan el nivel de ansiedad. Por eso viajan hasta ese templo, por eso se castigan con el sol, el calor y la sed, por eso repiten el mismo cántico sin sentido:

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

Hasta que entran en la fresca sombra del edificio y se produce el silencio.

Y el silencio pesa.

Con el peso del silencio sobre los hombros, la tribu se sienta en círculo. Los niños especiales se sitúan en el centro.

En silencio, la abuela Byzu prepara una nueva tisana. Esta será sólo para ellos. Para sus niños. Tan sonrientes, tan felices, tan inocentes, tan amados, tan especiales. Sí, sólo para ellos... Y también para ella.

En silencio y con ternura, ofrece un cuenco a cada uno de los niños. Las tías ayudan a quienes por edad o estado físico no pueden hacerlo.

Ellos, con los ojos iluminados, beben confiados. Son el centro de atención y eso les gusta. Son especiales y este es un momento especial. Este es su momento.

La tribu entona un dulce cántico que parece volar hasta el lejano techo del templo para luego caer, suavemente, sobre todos, envolviendo a cada uno de ellos en una dulce melancolía, una tristeza sorda, un dolor reprimido.

Sin dejar de cantar, algunas parejas se levantan y se acercan a los pequeños. Son los padres de los abandonados, los mismos que los entregaron al nacer y que ahora reclaman a sus hijos, para acompañarlos, abrazarlos, besarlos y mecerlos.

Es la primera y última vez que les cantarán una canción de cuna.

Los niños se acurrucan en los brazos paternos, un poco sorprendidos, un tanto extrañados, pero felices, y se dejan arrullar.

En sus tiernos rostros una sonrisa de plena felicidad.

Byzu, en el centro de todo, acaba su tisana. Sanzagh había intentado convencerla para que no lo hiciera, pero cuando la abuela Byzu toma una decisión, nadie puede hacer que la cambie. Para ella no tiene sentido seguir sin sus niños.

Sus pequeños especiales. Nacidos diferentes, con un destino singular.

Los más débiles deben morir por el bien de todos. En los próximos meses no habrá suficiente comida ni bastante agua, hay que disminuir el número de bocas que alimentar y ellos, ahora, son una pesada carga.

Además, su carne servirá de alimento para cuando lleguen los peores momentos.

Para eso se cuida al ganado.

Cuando el último aliento sea exhalado, el ritual pasará a su momento más sangriento.

Pero ahora sólo existe el canto y la tristeza del adiós.

Padres que acunan, abrazan y acarician a sus niños.

La abuela Byzu sonrío somnolienta, al menos, piensa, se irán felices.

El sopor y la muerte llegan dulcemente.

Sin dolor.

Sin angustia.

Sin llanto.

Sólo un pacífico descenso hasta el sueño eterno.

Los ojos se cierran.

La respiración se ralentiza.

Los corazones, poco a poco, se detienen.

La abuela Byzu sueña que la lluvia cae sobre todos ellos y murmura:

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.

—Agua, charcos, lagos, ríos, mares, lluvia, hielo.
Sin parar hasta que la muerte sella sus labios.

Carcasas
Moreno, Alberto

Alejandro Muir sabía que ninguna vida era plenamente satisfactoria. Ninguna existencia ofrecía la felicidad completa, no al ciento por ciento. No había individuo que por riqueza, entorno, compañía, ocupación o posición social se sintiera *siempre* dichoso y complacido. En algún momento, la más favorecida de las personas había de lamentar tal o cual experiencia, consecuencia de tal o cual decisión mal tomada. Alejandro lo sabía mejor que nadie.

Aunque eso a él no le afectaba.

Se encontraba de nuevo en su vida más hogareña. Ana, su novia del instituto. Una relación firme, ordenada, orientada a la creación de una familia. La opción de las responsabilidades gratificantes. Arropado por la estructura de clan, dos parentelas, la de ella numerosa, casi una tribu; la de él, el núcleo básico de siempre: su hermano, su hermana, Papá y Mamá. Llevaba en ella una semana, incapaz de cambiar por mucho que ahora no le apeteciera esta vida. Aquí siempre se sentía incómodo, agobiado por la intensidad de las obligaciones familiares, pero seguro y estable. No se atrevía a pasar a otro entorno de menos arraigo; estaba asustado y no tenía muy claro el porqué. Primero tenía que precisar los motivos de su inquietud.

El espacio a su alrededor era pequeño, confortable y todo suyo: el cubículo que le correspondía –ni hablar de un despacho propio– en la empresa familiar de Ana, un grupo local de publicidad que subsistía por los contactos del patriarca. Tradición y respetabilidad. Ya verían cómo aguantaba los nuevos tiempos. La labor de Alejandro en el grupo era casi testimonial. Ocupaba los huecos donde resultaba de una mínima utilidad. Ayudaba en la gerencia, hacía de comercial, de administrativo. Era lo suficientemente listo y tenía don de gentes como para tratar con los clientes y dejar siempre en ellos un regusto de amabilidad y satisfacción. Aunque la negociación no fuera lo suyo, se le consideraba un buen representante de los intereses y de las decisiones ya tomadas por los mayores de la empresa.

Le habían dejado solo por una reunión en la que no pintaba nada. Mejor. Quitó el sonido del móvil y se dejó resbalar por la silla hasta que su cuerpo encontró en ella un acomodo lánguido. Inspiró y expiró profundamente. Había pasado una semana, y se encontraba ya más relajado. Sin duda, el momento de pararse a pensar. Pero resultaba tan difícil escarbar en sus sensaciones. Era todo muy impreciso. Habría sido tanto mejor compartir sus cuitas con alguien, disponer de una mirada externa. Solo que no podía hablarlo con nadie porque, bueno, él... él no era normal; él era único. Pensó que lo mejor sería ir poco a poco. Repasó de nuevo su primera experiencia, cuando supo de lo que era capaz. Cuando descubrió la verdadera naturaleza del mundo.

●●?●

Se hallaba más cerca de los treinta que de los veinte años. A pesar de tratarse de un

individuo moderadamente cultivado, moderadamente ingenioso, su natural falta de constancia le había hecho fracasar repetidas veces en la Universidad. Su vida laboral consistía en una continua y pesada lucha por conseguir un puesto de trabajo como funcionario no interino. En lo físico también predominaba la moderación: ni muy alto ni tampoco bajo; delgado, aunque poco atlético. Eso sí: su piel era por naturaleza bronceada, y el denso pelo prematuramente plateado distribuía y mezclaba sus canas con una regularidad atractiva. Era amable, educado, de trato fácil, rasgos agradables y ojos soñadores. Todas esas pequeñas virtudes le aseguraban un éxito tan constante como poco ruidoso con el sexo opuesto. Ese aire de buen chico atraía a mujeres que buscaban algo más que escauceos fugaces. El no corresponderlas –la falta de constancia no era exclusiva del campo académico– le apesadumbraba, aunque nunca lo suficiente como para renegar de la consecución carnal del flirteo. Alejandro Muir confundía su sentimentalismo con los buenos sentimientos, y juzgándose sensible no era otra cosa que un egocéntrico adolescente tardío; hedonista, vago y vanidoso.

Ana, su primera novia, había quedado atrás hacía muchos años. Si acaso, algún arrebató nostálgico sin mayor trascendencia: la memoria idealizada de una benigna etapa de crecimiento. Sus posteriores relaciones, iniciadas bien pasada la adolescencia, nacían ya con el peso específico de la edad adulta. La mayoría fueron irrelevantes, meros divertimentos, sobre todo para él. De ruptura rápida y poco dolorosas. Pero a medida que pasaban los años, le resultaba cada vez más difícil conjugar esa diversión irresponsable con el desamparo que vislumbraba en el horizonte de su madurez. En consecuencia, durante esa última etapa aceptaba implícitamente las pretensiones *oficialistas* de sus parejas. Una vez espantado el temor a la soledad, no tardaba en aburrirse y dejarse tentar por los encantos de nuevas experiencias; nuevos físicos, nuevos caracteres. Dejaba morir la relación en curso o, si tenía valor, si se encontraba demasiado agobiado, intentaba acabar con ella de modo expeditivo. “Eres un capullo”, acertaban ellas, siempre.

Hasta que volvió Vero. O hasta que, coincidiendo con ese reencuentro, la percepción subjetiva del paso del tiempo incrustó en el subconsciente de Alejandro la urgencia por la estabilidad.

Vero era una excompañera de facultad con la que había confraternizado maravillosamente durante sus primeros años universitarios. Su trato era tan agradable, sintonizaban de tal manera, que no se arriesgó a estropear las cosas pretendiendo llegar más allá de eso. Fuera de su imaginación, al menos. Ayudaba que en aquella época ella tuviera una pareja firme, y que Alejandro no captara nunca señales inequívocas por parte de la chica. Su historia académica los fue separando: ella aprobaba, él no; ella siguió con la carrera, él buscó otras opciones.

Casi una década después, coincidían de nuevo en un gimnasio del centro. Alejandro acudía allí por cercanía a su casa. Se ejercitaba exclusivamente sobre la cinta de correr para justificar el premio de una larga y placentera ducha. Ella acababa de volver de otra ciudad, había pasado por dos relaciones –incluido el largo compromiso con su novio de antaño–, y ahora cambiaba de trabajo y esperaba que de vida. Se había convertido en una ingeniera brillante, y Alejandro envidió con honestidad todo su recorrido vital. Estaba un poco más rellenita –una tendencia contra la que tocaba ya luchar, decía– pero seguía

manteniendo la misma frescura, la misma apariencia radiante del Campus.

Fue como si no hubiera pasado el tiempo. Retomaron automáticamente el contacto y enseguida dieron un paso más. Alejandro no podía creer en su suerte. Estaba encantado. Vero y él se complementaban con apabullante precisión. No había duda de que ella era su chica. Lo había sido siempre.

Entonces se cruzó con Mira, o Mirabella; no le gustaba que la llamaran “Bella”. Una reunión en casa de alguien; más bien una pequeña fiesta. Vero andaba fuera de la ciudad, asuntos laborales. Alejandro acompañaba a un amigo que no quería acudir solo. Ninguno de los dos conocía a todo el mundo. Desde el primer momento, Mira fue el foco de atención masculino. Era amiga de la anfitriona, y hasta la fecha había vivido en Milán. Una beca y sus orígenes familiares la habían traído de Italia. Todos los hombres desparejados pasaron por ella intentando sacarle algo más que un par de frases. Mira los despachaba con alegre indiferencia. Tenía un atractivo cosmopolita –figura, estilo y saber estar–, poco exuberante pero que la situaba a años luz de las mujeres que Alejandro conocía. A su pesar, estaba impresionado. No pudo evitar balbucearle un intento de conversación. Más tarde sabría que su propia torpeza y falta de pretensiones habían dado en la diana de su atención.

Se volvieron a ver, en distintas casualidades orquestadas con exquisita precisión por Alejandro. Era casi una obsesión, y finalmente acabaron por liarse. Vero fue relegada por la nueva diosa, entre dudas y remordimientos: el reflejo de su vanidad pudo con la mujer real. Teniendo las circunstancias conspirando para ello, Alejandro no se habría perdonado jamás saberse capaz de obtener un trofeo como Mira, y no hacerlo.

Por supuesto la cosa no podía ir bien. Tardó muy poco en lamentar la ausencia de Vero en su vida. En realidad desde el momento en que ella dio muestras de haber superado el abandono. Entonces no pudo pensar en otra cosa. Mira ya no ejercía sobre él la misma fascinación. Y estuvo tentado: creyó ver posibilidades de retorno en la actitud de Vero para con él. Se echó atrás por no tener la seguridad; la seguridad de su perdón. Lo hizo también porque, por fin, después de esos casi treinta años que llevaba consigo mismo, empezaba a conocerse.

Y supo que si volvía otra vez con Vero acabaría añorando los modos, la sensualidad, la sofisticación, todo lo que Mira tenía y Vero no. Tanto como ahora echaba en falta las cualidades de su ex. Era un bucle, un desastre recurrente, un callejón sin salida. Ni siquiera una improbable fantasía polígama lo habría satisfecho; Alejandro era un individuo de pareja, un monógamo caprichoso en continuo vaivén.

¿Y si hacía el esfuerzo? ¿Y si sencillamente se conformaba con su elección y se dedicaba tan solo a Mira? Era una buena idea, pero tenía un defecto: puestos a conformarse, ¿por qué no hacerlo con su opción previa, Vero? ¿O con la que pudiera venir después? ¿O con las que hubo antes? Ana, Irene, Yol, la nena caniche... cualquiera de aquellas con las que nunca, en realidad, se dio la menor oportunidad. No; el bucle, su bucle –caprichoso, egoísta, desdichado... inevitable–, no admitía rotura. Lo confirmó su propio pecho, en donde, pese a todo, seguía palpitando un feroz e ilusorio anhelo por Vero.

Repentinamente, la frustración se esfumó. La cafetería donde estaba rumiando ese

conocimiento adquirido de sí mismo también desapareció de su vista, y del resto de sus sentidos. Ya no había un café humeante delante de sus narices. Estaba en un barco, un ferry que cruzaba el segmento del Mediterráneo que les separaba de Denia. A su lado Vero, dormitando en la butaca. En las bodegas del barco su coche. Una pequeña escapada al sur. Nunca lo habían dejado. Alejandro se sentía feliz y se sentía asustado. El miedo le hizo volver.

Otra vez el café en su pequeña taza blanca. Mira haciendo tiempo en el trabajo, esperando que la llamara para hablar de *eso* que tenían que hablar. Alejandro oteó a su alrededor. Respiró profundamente, hasta tranquilizarse. Tomó el último sorbo. Sí, desde luego; ahora no quería estar *aquí*.

De vuelta al ferry. Suave. Con inexplicable facilidad. En su memoria –recuerdos independientes de los que conservaba de... allá donde venía– Mira no le había seguido el juego. La serie de encuentros tras la fiesta falló en el primer intento. Una casualidad, un pequeño detalle que salió justo al revés de lo que Alejandro había planeado. Su sentido del ridículo le hizo recapacitar y no volvió a perseguir a aquella inalcanzable *bellezza*. Justo lo que el Alejandro de *allá* necesitaba en aquel momento, el momento del café y el bar. Solo que el Alejandro de *allá* era el mismo que el Alejandro de *aquí*, el del ferry y la mujer sesteando a su lado. ¿Cómo era posible? Decidió no darle vueltas por el momento, y tan solo disfrutar del alivio y la ausencia de frustración. La relación con Vero era muy gratificante, y se alegró de no haberla estropeado.

Aquí.

Disfrutó mucho de esa etapa. Era feliz, e hizo feliz a Vero y a quienes les rodeaban. Se trataba de la vida que quería, sin duda, y la estuvo disfrutando plenamente. Durante tres meses. Entonces llegó el aburrimiento. Perdió el interés. Se reprodujeron los nubarrones en su ánimo. Tenía esta vida tan asimilada que casi había olvidado sus otros recuerdos. Fue echando la vista atrás –un retazo de emoción al encontrarse con su amigo y pensar ambos lo que pudo haber sido llegar a liarse con aquella chica italiana, la de la fiesta... ¿cómo se llamaba?– que fue de nuevo consciente de su existencia originaria, desde la que había saltado a esta otra. Que era la auténtica novedad, aunque después de quince semanas ya no se lo parecía.

Con cierta inseguridad intentó volver. Cambiar a su antiguo estado. Fue quererlo y encontrarse de forma súbita en una exposición de... arte, con Mira. Era una inauguración. Había músicos tocando jazz suave, y unas mesas con restos de *delicatessen*. Gente charlando en diferentes idiomas, y él disfrutando del momento. ¿Qué había pasado tres meses atrás? Ya recordaba, no habían llegado a hablar. ¿Para qué? De Vero no sabía nada. Simuló un tembleque: mucho mejor. ¡Ah! Era lo que necesitaba. Mira dejó su conversación al observar la sonrisa satisfecha de Alejandro. Le dio un beso en la mejilla. Qué bien estaban los dos.

Un péndulo de recorrido cada vez más corto. En eso consistieron los meses siguientes para Alejandro. De Mira a Vero y de Vero a Mira. Aguantando menos en cada ocasión. Hasta que ninguna de ambas realidades le satisfizo lo suficiente. De nuevo, volvió la vista al pasado. ¿Y aquellas otras relaciones que truncó, antes de que llegaran a nada? ¿Qué habría pasado? ¿Cómo sería su vida si hubiera actuado de otra manera? Quizás esas

mujeres se habrían llegado a convertir en lo que él necesitaba, si en su día se hubiera esforzado en ello; si él hubiera estado preparado. Pensó en un caso clarísimo: Yol. Era divertida, era dulce y tenían muchísimas afinidades. La había conocido en un viaje, y la lejanía entre ambos fue su excusa cuando lo dejaron. Evocó como si fuera ayer la ocasión en que, recorriendo su tierra, entraron para refugiarse de la lluvia en un bar de pueblo. La facilidad con la que entabló conversación y compartió bromas con los abueletes y paisanos que eran sus parroquianos, todos completos desconocidos. Alejandro se enorgulleció de estar con ella. Le recorrió el pecho un calorillo de satisfacción, y de manera espontánea se dijo: “Ésta podría ser mi mujer”. Tan rápido como llegó se espantó de su propia idea, y luchó contra la misma inaugurando el ocaso de la relación. Había demasiadas *experiencias* aún por vivir. Más guapas, más listas, más altas, más bajas; sencillamente distintas.

Experiencias.

El agridulce recuerdo de la chica del norte le impulsó a anhelar una realidad donde las circunstancias le hubieran hecho permanecer con ella. La encontró, y se mantuvo en ella un tiempo. Menos que con Vero y Mira. Afloraron otras antiguas ternuras. Se aburría, o agobiaba, y rescataba la siguiente. Fue saltando de una a otra, asimilando de manera natural las vivencias que su identidad había acumulado con los años en cada una de ellas. Paladeaba esos recuerdos –nuevos y a la vez viejos– y luego disfrutaba del cambio unas semanas, unos meses.

A veces volvía a Vero, o a Mira. A Yol, a Ana, a Irene. En ocasiones, desde alguna de esas existencias, exploraba otras posibilidades; se dejaba llevar con absoluta desvergüenza por pasiones caprichosas, sabiendo que al cansarse o arrepentirse podía retomar un curso de esa realidad donde no hubiera cedido al impulso.

No podía quejarse. En el aspecto sentimental por fin había encontrado el equilibrio.

Una vez asimilada y normalizada su extraordinaria facultad, es decir, cuando la estabilidad personal conseguida a base de alternar distintas existencias se convirtió para Alejandro en el estado natural de las cosas, intentó acceder a cambios más radicales. Lo había leído; aunque mal estudiante, nunca había dejado de interesarse por la ciencia y la tecnología. Y era casi de conocimiento común: en base a la mecánica cuántica se postulaba la posible existencia de infinitos universos. Infinitos. Alejandro sabía que no se trataba de una mera posibilidad. *Vivía* en una multiplicidad de ellos. Entonces, ¿por qué no buscar alguno en el que las cosas le fueran mejor; mejor aún? Pensaba en escenarios donde hubiera tenido éxito en los estudios, en el trabajo... o donde fuera rico, simplemente. Lotería, herencias. En una infinidad de posibilidades sólo era cuestión de encontrar las que más le satisficieran.

Nunca lo logró. No acertaba con la manera de proyectarse en esas presuntas realidades. El hecho era que accedía a sus múltiples vidas a través de una conexión emotiva, un anhelo de índole sentimental; como si las coordenadas de cada universo fueran fijadas por una especie de motor afectivo, potente e intuitivo, ubicado en su interior. Estaba convencido, sin embargo, de que debía existir alguna otra clave para moverse por entre todos los mundos posibles. El no hallarla le fue sumiendo poco a poco en una muy peculiar frustración. ¿De qué le servía poder cambiar de vidas si en cada una

de ellas seguía siendo... él mismo? Sus circunstancias personales variaban, sí, pero no tanto como para hacer que la realidad circundante difiriera en exceso. Los años pasaban, y todas sus encarnaciones repetían con idéntico ritmo las pautas de una existencia insignificante; la existencia insignificante de un individuo insignificante.

Y en plena crisis –*multicrisis*– ocurrió algo impensable, que le cogió por completo desprevenido: uno de sus universos desapareció de su alcance. El universo donde la nena caniche –Elena, la pequeña Elena, animalesca, lujuriosa y sensible– había roto sus defensas para convertirles a ambos en una pareja sorprendentemente bien avenida. Cuando intentó acceder a él y no lo consiguió, sintió como si le hubieran amputado un miembro. Estaba tan acostumbrado a cambiar, lo hacía de forma tan natural –*la ronda*: así llamaba al paseo secuencial por sus múltiples realidades–, que esa única falta le causó un auténtico shock. Por supuesto Elena seguía existiendo en el resto de vidas que no compartía con ella. En la mayoría no mantenían la menor relación, aparte de algún encuentro fortuito por las calles de la ciudad (y su correspondiente saludo). Pero ese concreto rango de probabilidades, el que los había puesto a uno en manos del otro con firmeza, para no dejarlo, se había volatilizado. Ni directa ni indirectamente; no hubo forma de volver a encontrar una vida donde ellos dos fueran o hubieran sido pareja.

No podía entenderlo. Como una muela rota a la que no paraba de dar vueltas con la lengua, intentaba acceder a ella una y otra vez, al tiempo que buscaba una explicación. Y de repente lo vio. Era tan obvio. Tan, tan obvio. Sencillamente ya no estaba vivo en el universo de la nena caniche. Un accidente, una enfermedad. Una agresión, quizás. Algo a lo que el conjunto de peculiares circunstancias de esa vida le hubiera abocado. Las mismas pequeñas diferencias que entre otras cosas habían propiciado su entendimiento con la pequeña Elena. Alejandro por fin había encontrado una explicación. Pero en lugar de quedarse tranquilo, se infiltraron en su más profundo tuétano los insidiosos tentáculos de un pavor existencial.

Muerto.

Muerto.

Muerto, sí, pero él no había estado allí para enterarse; para morirse.

●●?●

Estaba sudando. Recobró la postura en la silla y se desanudó la corbata. Seguía solo en su cubículo. Bueno, bueno. Le había venido bien darse esa semana de no pensar. Ahora, con calma, lo veía de otra forma. Y podía ser que no fuera para tanto: debían existir innumerables universos donde la versión de Alejandro hubiera fallecido. Incluso universos en los que no hubiera llegado a nacer. Era evidente. Pero es que resultaba tan difícil de asimilar... *él* había estado *allí*. Donde la nena caniche. *Él* era el mismo individuo que ahora estaba muerto, vete a saber por qué causas.

Lo que le llevó a considerar un aspecto de su peculiar *modus vivendi* al que no había dedicado antes el menor pensamiento.

¿Qué pasaba con él cuando *él* no estaba?

¿Quién, o qué era ese individuo que vivía su vida hasta que *él* volvía a retomarla?

Se dio cuenta de que había pasado los años ensimismado en sus angustias emocionales; que en base a ellas había llegado a aceptar –y a explotar– con naturalidad la posibilidad de *saltar* de una vida a otra. Pero nunca, nunca había reflexionado con profundidad en los detalles del fenómeno. Se sorprendió y volvió a sorprender de su cortedad de miras. Observó sus manos. Siete días en esta realidad. Siete días ocupando este cuerpo, que ahora sentía con reluctancia, como si no fuera suyo. Y sin embargo ahí estaban los recuerdos del mes anterior, del año pasado; de todo lo que había acontecido para Alejandro Muir en esta existencia.

Era eso.

Su consciencia viajando de vida en vida, ocupando el chasis inteligente pero vacío de sus varias encarnaciones. Un alma, un ego... infinidad de soportes; de bastidores, de monturas. Vivían según sus mismos intereses, y respondían a sus mismas motivaciones. Simulaciones perfectas de su ser. Réplicas de sí mismo interaccionado magistralmente con el entorno, autómatas ideales que *él* se enfundaba cuando le convenía. Raciocinio sin contenido.

¿Era eso?

No cabía otra explicación.

Sufrió un sobresalto al abrirse repentinamente las puertas de la sala de reuniones. Salieron en tropel los responsables de la empresa familiar. Hermanos, primos, asesores externos, todos cacareando animados. Alejandro los observó ocupar de nuevo el espacio vacío, dando vida a la oficina. Alguno le palmeó los hombros, haciendo algún comentario intrascendente. Qué vivos parecían todos. Individuos aislados, en realidad; incognoscibles excepto por sus acciones. Por lo que se veía desde fuera. Como cualquiera. Como...

Como él.

Volieron los sudores. Calor en su rostro y axilas. “¿Estás bien?”, preguntó alguien.

No, no estaba bien.

Cómo saber que no estaba equivocado desde el principio. Podía no ser el único. Más aún: quizás se trataba de algo común. La capacidad de acceder a innumerables existencias, una facultad inherente a la consciencia humana. Un conocimiento no compartido, que sólo pondría en evidencia el egoísmo innato de la especie. ¿Por qué no? Cada individuo saltando en pos de su felicidad, dejando atrás robots de carne y sangre, actores mecánicos haciendo su papel sin sentirlo. Miró a su alrededor. ¿Cuántos de ellos estaban *allí*? ¿Cuántos *completos*? Se sintió ridículo. ¿Con cuántas personas reales había interaccionado de verdad? Tantas mujeres; tantas relaciones tomadas, rechazadas, vueltas a tomar. ¿Afortunado? ¡Ja! ¿Por qué no iba a ser igual para él? Sistemáticamente abandonado, ignorado por naturalezas tan egocéntricas como la suya. Solo, en realidad.

Rodeado de figurantes.

Rodeado de carcasas.

El dios Arsinius

Verón, Daniel

En la dimensión 17 existía un Cosmos muy parecido al que provenían los federales, el cual estaba lleno de galaxias con estrellas y planetas. Arsinius lo creyó un buen lugar para explorar y estudiar más detenidamente algunas peculiaridades.

La galaxia en donde recaló era parecida a la del Can Menor, más bien pequeña y con una estructura parecida a un triángulo. No estaba super-poblada por estrellas sino que estas eran, más bien, escasas. Se trataba de soles antiguos, que superaban los 10.000 M.A. con pocos planetas pero que, en general, eran Super-Tierras.

Debido a las peculiares condiciones dimensionales, pese a su tamaño poseían condiciones físicas muy parecidas a las de la Tierra o Génesis, por ejemplo. El caso es que cada sol no tenía más de dos o tres planetas, a lo sumo.

Arsinius y sus hombres eligieron una estrella próxima al núcleo galáctico a la que llamaron Clive y, por decisión del oficial científico Lerton, fueron a tomar tierra en Clive-2, uno de los mayores mundos de aquella región galáctica, equivalente a cien Tierras.

Por supuesto que era un mundo muy especial. Poseía una corteza sólida en gran parte de su superficie, la atmósfera era multicolor aunque respirable en forma natural. Lo curioso era que cualquier cambio en ella era acompañado por un sonido semejante al de una campana, a la vez que aparecían haces de luz que duraban segundos, como una especie de geiseres lumínicos.

Sin duda que Clive-2 se presentaba como un mundo interesantísimo para explorar. Sin embargo, antes que el almirante Arsinius comenzara a dar indicaciones al respecto, Lerton, advertido por uno de sus hombres, le advirtió que el traductor mental estaba funcionando.

— ¿Cómo? ¿Qué quiere decirme, Lerton?

— Que alguien está cerca, almirante.

Todo el grupo quedó cierto tiempo en silencio hasta que, efectivamente, unos segundos después, apareció un grupo de seres MH detrás de una arboleda. Venían en formación, como si se tratara de un ejército. Arsinius levantó el brazo derecho mostrando el símbolo de la Federación. El extraño grupo pareció conferenciar entre ellos y luego de un momento, haciendo un gesto, quien parecía su líder, hizo un gesto atrás y entonces apareció otro grupo que, se diría, eran similares a odaliscas y músicos. Los federales estaban sorprendidos pero, antes de pronunciar palabra, Arsinius puso el emblema federal

delante de él y, luego de unos segundos, el líder de Clive-2 dijo claramente:

— Sean bienvenidos —oyeron en el traductor.

Acto seguido, él y los demás hombres que le acompañaban formaron una figura semejante a un embudo que desembocaba adonde estaban las mujeres danzando, y detrás de estas llegó otro grupo con un extraño vehículo parecido a un automóvil.

Antes de caminar, Arsinius dijo:

— Somos de la Federación Inter-galáctica. Hemos atravesado mucho espacio para llegar hasta aquí.

Estas palabras despertaron todo un griterío en los demás, algunos de los cuales se inclinaron ante ellos como reverenciándolos. En principio, sólo Arsinius quiso dar unos pasos por aquel pasillo, pero el líder del grupo insistió:

— Todos ustedes sean bienvenidos también a Liberto.

Al mismo tiempo se agregaron más músicos y mujeres a las danzas y el nivel de las ceremonias fue creciendo, abarcando una multitud aún mayor. El líder del grupo sólo, acompañando a Arsinius, dijo en un tono reverencial:

— A ustedes los hemos estado esperando por mucho tiempo. Es algo que siempre enseñaron nuestros profetas.

— Ni nombre es Arsinius y soy quien está a cargo de la Flota Inter-dimensional. Sin pestañear el líder respondió:

— Sí, lo sé. Ustedes vienen del otro cielo. Mi nombre es Ñangar y estoy a cargo de esta comunidad.

— ¿Conoce otros mundos?

— Hace mucho, mucho tiempo, nuestros antepasados fueron allí —dijo señalando un punto luminoso en el cielo, que no era otro que Clive-1, el otro planeta.

— Pues nosotros venimos de mucho más allá.

Al oír esto, Ñangar se inclinó ante él. Luego le dijo:

— Ustedes nos dirán qué pasó en ese mundo. Ustedes son los dioses de las estrellas.

Por un momento, Arsinius sonrió pero luego respondió:

— Nosotros no somos los únicos.

— El cielo está lleno de dioses, es lo que siempre enseñamos.

— Entonces un día se los presentare.

— Será un gusto. Ahora, señor dios, acompáñeme a la ciudad.

Arsinius no salía de su asombro pero, entonces, Ñangar lo guió hasta el transporte que esperaba, y gracias a un conductor, aquel se puso en marcha a lo largo de una inmensa avenida. Con el almirante iban cinco oficiales más, con los que, a los pocos minutos, llegaron a una extraña ciudad de casas bajas que abarcaba un territorio enorme. Bajaron y un hombre que parecía ejercer las funciones de sacerdote, se puso delante de Arsinius e inclinándose, exclamó a viva voz:

— Señor dios, sea usted muy bienvenido.

Y, a partir de ese momento, todo el pueblo reunido, conformado por una multitud de 2.000 personas o más, comenzaron una serie de festejos con música y danzas. Arsinius sintió que era inútil decir algo porque, después de todo, él y los federales venían a cumplir una antigua profecía de aquella cultura.

Y pese a que, unas horas después, el almirante y los suyos fueron a descansar en una especie de palacio multicolor, las ceremonias continuaron y así, durante dos días terrestres. Al final, Arsinius prefirió dejar un oficial en su lugar. Aquella cultura era muy interesante, pero sólo estaba al nivel de las primeras civilizaciones terrestres. Lo suyo, en cambio, estaba en el espacio.

Entonces el almirante se reúne con todos sus oficiales, luego de constatar que en Clive-1 no había ninguna señal de vida, y el científico Armelo tomó la palabra y dijo:

— Almirante, por todo lo que venimos rastreando, no tengo ninguna duda que en esta galaxia existen civilizaciones inteligentes que realmente conocen otros mundos, tal como dijo Ñangar en Cielo-2

— Bien, es lo que yo también creo –murmuró Arsinius.— Solamente esperamos su orden para saber adónde dirigirnos, señor. Arsinius miró la pantalla en donde se veían miles de estrellas, levantó la mano y dijo:

— Por ahí.

En la marca

Suárez, Lisardo

—*¿Y qué color te gusta más? ¿El azul cobalto o el rojo cobalto?*

—Prefiero el cobalto. —Apunto a la silueta en el marcador de objetivos.

—*Qué gracioso eres. Venga, dime.*

—Mi preferido es el azul, a juego con tus ojos. —Disparo y el ilegal se desploma.

—*Te quiero.*

—*¿Cuándo firmas?* —Retraigo el cañón del arma y me pongo en pie mientras marco la ubicación del cuerpo en el sistema del Naglfar.

—*Quiero pasar mañana, después de dejar a los niños en el colegio.*

—Eres capaz de conseguir más descuento. —Consulto los sensores del área y todo parece tranquilo. Desconecto el sistema de camuflaje de la armadura para ahorrar energía.

—*Voy a hacer la cena.*

—Te quiero. —Programo el deslizador para que me recoja en el siguiente punto de control. La temperatura del traje es demasiado elevada y lo indico en el informe para los técnicos del proyecto.

El atardecer cae despacio cuando entra una llamada de Mike.

—*¿Sigue en pie la barbacoa del sábado?*

—Claro. —El movimiento potenciado funciona a la perfección y me desplazo por el bosque con seguridad—. Mi turno termina en unas horas y tengo muchas ganas.

—*Tendrás que pedir un cambio de destino y venir a la costa. Nos veríamos con más frecuencia.*

—Soy un tipo de secano. El agua me resulta insoportable y jamás iré a tu división.

—*Pero si aquí el trabajo es rutinario: navío que cruza la línea, navío que hundimos. Todo es diversión.*

—Negativo. —Se activa un sensor de minas. Envío un dron para obtener visual—. Lo mío es la tierra firme.

—*Bueno, bueno, ya te convenceré el sábado. Seguro que tu mujer me apoya. Hasta luego.*

Mientras avanzo, conecto la televisión.

—*“...no los invitamos, por lo que rechazo cualquier responsabilidad...”*

Cambio de canal. *Click.*

—*“...los blandianos legales consideran que son demasiados...”*

Click.

—*“...un descenso en los intentos de atravesar los límites de la...”*

Sí, claro. Qué me vas a contar. *Click.*

—*“...gran ventaja de nuestras políticas de cuotas, ya que...”*

Por supuesto. *Click.*

—*“...existencia de la Marca es un atentado contra...”*

Y contra mi tiempo en familia, también. *Click.*

—*“...pelamos las cebollas y las caramelizamos despacio...”*

Me quedo en el canal de cocina. Salgo del bosque; me dirijo hacia el otero que hay al sur. Recibo un correo en clave con las coordenadas y una cifra al final: ocho. Tres mil por

ocho, veinticuatro mil. Mando un mensaje a mi esposa para que piense en un modelo de gama superior.

Entra una llamada del departamento técnico.

—*Hola. Hemos revisado el informe.*

Subo la ladera a toda velocidad: la unidad de procesamiento y los servos funcionan de maravilla.

—*Lo mejor es que rompas la estanqueidad del traje y permitas la entrada de aire.*

—Esa chapuza rompería los parámetros de Operaciones. —Llego a la cima de inmediato. En mi pantalla veo el deslizador: una silueta negra recortada contra el cielo azul rojizo del horizonte.

—*Pero servirá para que no te ases de calor hasta que el prototipo vuelva al hangar. Además, ¿hay algún informe de ataques NBQ por parte de los blanditos que tratan de colarse?*

—Ninguno. —Despliego el enganche imantado de mi brazo derecho—. Pero eso es intrascendente a la hora de valorar el desempeño táctico del equipo.

—*Desde aquí es lo máximo que podemos hacer. Lo analizaremos en más detalle cuando devuelvas la armadura al laboratorio.*

El gran deslizador con el equipo de camuflaje óptico activado despliega el cable y me engancha; conecto mi propio sistema y ahora somos invisibles. Partimos hacia las coordenadas de la detonación.

Llega la visual de la zona de minas: el dron espía enfoca lo que parece un blandito joven; resulta difícil decirlo por lo destrozado que está. Marco el punto en la ruta del Naglfar para que lo recicle. Entra una llamada de mi esposa.

—*Cariño, me voy a duchar. Te dejo con los niños.*

Pasamos sobre un pueblo abandonado. Los blanditos mantienen una distancia prudente porque los llenamos de trampas y detectores.

—*Hola, papi.*

—Hola, campeón. —Se activa un sensor de movimiento. Desvío la ruta para echar un vistazo al origen de la alerta.

—*Hoy hemos ganado el partido y he metido un gol.*

—Bien hecho. —El deslizador toma el nuevo rumbo: llegaremos en menos de un minuto—. ¿Y el colegio?

—*Todo bien, papi.*

El origen de la señal está bajo unos árboles, así que doy la orden para que el cable me haga descender.

—*Clara quiere hablar contigo. Adiós, papi. Te quiero mucho.*

Cuando atravieso las ramas, veo la razón de la alerta.

—*Papá, hola.*

—¿Cómo está mi princesa? —Es un cervatillo, atrapado en una vieja trampa de cazadores; lucha por liberarse. La temperatura del traje vuelve a subir y desconecto el generador mimético. Al verme aparecer, el cervatillo casi se arranca la pierna.

—*Bien, bien. Nos han pedido un trabajo sobre la ocupación de nuestros padres.*

—Ya sabes que no puedo contar los detalles de lo que hago. —Le paso la mano por el

lomo, con cuidado, pero el animal sigue muy nervioso. Activo el termofilo en mi puño izquierdo—. Solo me encargo de manejar los datos de los blandianos que devolvemos a su zona cuando intentan pasar nuestras fronteras.

—*Ya, si lo sé, pero...*

—Es muy aburrido. —El cervatillo tiembla mientras, con cuidado, corto la trampa con el termofilo—. Burocracia tecnológica.

—*Vale, papá. Entonces ni te pregunto si podrías venir a darnos una charla, ¿no?*

—El animal corre hacia la espesura en cuanto se siente libre. Espero que, antes de desaparecer entre la vegetación, gire para mirarme por un instante; pero eso no ocurre y se aleja con rapidez.

—Es mejor que vaya un padre que sea bombero, periodista o algo más entretenido. ¿Alguno es escritor? —Me elevo otra vez, con el camuflaje encendido de nuevo, mientras el deslizador retoma el rumbo original.

—*De acuerdo, papá. Te quiero. Mamá dice que te llama luego.*

El color del cielo, cuando se pone el sol, es precioso. Tomo una foto y se la mando a mi esposa sin datos de geolocalización. Entra una llamada del comando central operativo.

—*¿Cómo va todo por ahí? Bien, ¿a que sí? Me alegro.*

—Afirmativo, señor. —Me aproximo a las coordenadas; suscribo las palabras del teniente coronel para no estropear su tarde.

—*Escucha. Vamos a pasar el control de tus drones de apoyo táctico al sector sur, el de Lyndon. Hay mucho lío al otro lado de la Marca en esa zona y parece que los blanditos van a llegar en cantidad. Tú no tienes previsto bombardear grandes contingentes, ¿verdad?*

—Negativo, señor. —Aterrizo y me desengancho del cable. La maldita temperatura vuelve a subir y tengo que desconectar el camuflaje otra vez.

—*Perfecto.*

Cuelga sin despedirse. Me apetece un café; programo la nodriza para que lo prepare. Subo un poco la concentración de estimulantes en mi cóctel endovenoso. El todoterreno de juguete está en las coordenadas previstas. Abro el maletero y están los veinticuatro mil. Tomo la tarjeta de memoria con la ruta prevista. Le doy al botón que devuelve el vehículo hasta el lugar desde el que ha venido. Leo la tarjeta. Desactivo los sensores y las defensas que se van a encontrar en esa ruta. Me fío muy poco de esos zorros, así que iré a echar un vistazo por mí mismo. Entra una llamada de mi esposa.

—*Los niños ya están acostados. Te echan de menos.*

—Y yo a ellos, pero más a ti. —El sensor médico del traje me indica que necesito un chute de glucosa. Permito la acción mientras contemplo el mapa para elegir dónde interceptar la ruta del zorro.

—*¿Sabes? Podríamos tener otro, si tú quieres.*

Pienso en las noticias, en lo que veo cuando estoy de servicio y en lo que me cuentan mis compañeros en otros escenarios de la Marca.

—Debemos pensarlo con calma. —Al otro lado de la Marca todo se va a la mierda y el cagadero se llena despacio. Un día, cada vez más cercano, rebosará; cuando llegue ese momento, cuando los blanditos se harten, mejor que seamos pocos en casa.

—*Tengo ganas de ti. Te voy a comer cuando llegues.*

—Yo comeré a ti. Buenas noches, mi vida. —Me vuelvo a enganchar al cable del deslizador y lo programo con destino al punto de intercepción. Vuelo en la oscuridad, suspendido en el aire.

Al llegar, me coloco en posición. Apago todos los sistemas innecesarios para mantener activado el camuflaje sin que aumente demasiado la temperatura. El registro indica que la huella de detección es cero. Vuelvo a encender la televisión mientras espero.

—“...un nuevo varapalo de la Corte Suprema a las demandas de los activistas por la...”

Click.

—“...ni uno más, porque nos quitan los trabajos y...”

Bobadas. *Click.*

—“...qué culpa tenemos nosotros de que en su planeta...”

Click.

—“...ojalá fuera tan sencillo como cerrar las puertas y ya está. Pero es mucho más complicado que eso”.

El debate parece interesante. Además, a esta hora han dejado de emitir programas de cocina.

—“¿A qué se refiere, profesor?”.

—“Verá: nuestras bajas cuotas de inmigrantes suponen una solución populista e injusta para con los blandianos”.

—“¿Por qué la califica de injusta? ¿Es que carecemos del derecho a decidir qué se hace en nuestro territorio?”.

—“Desde luego que sí lo tenemos; el problema consiste en que hemos ido mucho más lejos. Si bien los acogimos como refugiados y les dimos generosas áreas de asentamiento, nuestros gobernantes establecieron bloqueos a su integración en cuanto supieron de su tasa reproductiva y capacidades tecnológicas, incluso habiendo demostrado que son grandes conciudadanos si les damos la oportunidad. Además, comenzaron las tácticas discutibles: desde accidentes industriales hasta contaminación de ríos, pasando por sabotaje de obra civil e infraestructuras. Todo para que los blandianos tuvieran problemas a la hora de establecerse”.

—“El programa quiere aclarar, de nuevo, que las afirmaciones de los invitados no son la opinión de la cadena”.

—“Puede estar usted tranquila: he afirmado lo mismo durante mucho tiempo y nadie me ha llevado ante los tribunales. Como le decía, la injerencia en la zona blandiana continuó, pero hemos ido más allá”.

—“¿Qué quiere decir, profesor?”.

—“Además de abonar su inestabilidad, provocamos enfrentamientos entre ellos para dinamitar sus desarrollos. Por si fuera poco, controlamos la mayoría de sus recursos mediante empresas privadas que, en realidad, no son más que tentáculos de nuestros gobiernos y robamos tecnología mediante el espionaje de...”

Una señal de los sensores me salva del tedio. *Click.* El grupo aparece tras pocos

minutos. Activo el marcador táctico y despliego el arma en mi espalda.

Delante, el zorro. Sigue la ruta pactada y pagada. Ha debido guiar blanditos por la Marca cientos de veces. El sistema reconoce su perfil y lo identifica. Sí, es el de siempre. Detrás de él, siguiendo su estela, los ilegales que tratan de pasar. En lugar de ocho, son diez. Me faltan seis mil en la cuenta. Tengo que dejar claro que así no se hacen las cosas. Marco los blancos, pongo el sistema de disparo en automático y lo activo. Mientras escribo un mensaje en clave reclamando los seis mil que faltan, mueren uno a uno con disparos limpios en la cabeza. Dejo al zorro para el final, con un lapso de doce segundos respecto al anterior disparo. Añado que, desde hoy, la tarifa sube a cuatro mil por cada blandito. El zorro debe pensar que saldrá de ésta. Se cumplen los doce segundos y ese será su pensamiento final. Marco el punto en la ruta del reciclador mientras comienza a llover. Envío el mensaje.

En dos horas termina mi turno. Compruebo que la nodriza esté preparando el litro de café bien cargado. Planeo caminar hasta allí, una tranquila patrulla a pie, cuando entra una llamada: es Lyndon.

—*¿Qué tal todo por ahí?*

—Fenomenal, a punto de tomar una semana de permiso.

—*Pues por aquí un verdadero infierno. Me han pasado parte de tus drones y resultan insuficientes. Llegan en oleadas, ¿sabes? Parece que en su zona han empezado una guerra, un rebelde o algo así; ni idea. Pero no dejan de venir. Incluso caminan bajo nuestros bombardeos.*

—Ánimo. —Me muero por una taza de café.

—*Oye, necesito un favor.*

La felicidad del permiso cercano me embriaga y le digo que sí antes de preguntar. Lluve con intensidad y las gotas repiquetean contra el casco. El sonido es molesto; hago un informe técnico para que los del laboratorio vean cómo insonorizarlo.

—*Gracias, hombre. Mira: lo que pasa es que justo en el borde con tu sector, de mi lado, he recibido unas señales muy extrañas de los sensores. Iría yo mismo, claro, pero estoy sobrepasado con este asunto de eliminar intrusos en grandes grupos; a este ritmo me quedo sin bombas. ¿Echas un vistazo, por favor?*

—Estaré allí en unos veinte minutos.

—*Muchas gracias.* —Manda el registro de señales y vuelve a su tarea. Supongo que su bonificación será sustanciosa este mes.

Me engancho al deslizador y vuelo hacia la zona indicada. La oscuridad se rompe cada poco tiempo por los rayos de la tormenta, una bastante grande. Reviso los datos de las señales: sí que son raros, intermitentes, de baja intensidad, sin referencias en la base de datos; merece la pena echar un vistazo.

Desciendo en el punto de destino. Lluve a mares. Nada en infrarrojos ni en otras categorías del espectro. Estudio las señales; erráticas, aunque todas en paralelo a la ribera del río. Dudo que sea casual.

Activo los focos del deslizador y la escena se ilumina. Lo programo para que me siga mientras avanzo. El río ha crecido con la tormenta y va lleno de ramas de árboles. Busco huellas, pero las grandes gotas de lluvia deforman el barro.

Reviso los matorrales al borde del río y no encuentro nada; pero sé que algo hay por aquí. Cuando me aproximo a un recodo del cauce, el suelo cede.

Caigo en el río, de pie, junto a barro, rocas y ramas. Intento moverme: estoy atrapado. El agua entra por los malditos accesos abiertos. Algunos sistemas empiezan a fallar. La potencia del traje disminuye muy deprisa.

Intento guardar la calma. Las piernas permanecen estáticas y la bajada de potencia hace que los servos sean incapaces de amplificar mi fuerza lo suficiente. El brazo izquierdo está metido en el barro, entre ramas, y no lo puedo sacar. La lluvia arrecia y el agua ya me llega a la barbilla dentro de la armadura.

Tengo el brazo derecho libre, así que lo saco del agua, despliego el enganche y acerco el cable del deslizador mediante el control remoto: saldré de esta situación. Luces rojas en la mayoría de los sistemas. La impermeabilidad interior brilla por su ausencia; tendré que informar del asunto. Siento mucho frío. Cuando el cable está a menos de diez centímetros del enganche, las comunicaciones dejan de funcionar. Amanece.

Estiro los dedos de la mano derecha, sin éxito; el cable está ahí mismo, pero como si estuviera al otro lado del planeta. Grito, pero nadie me oye. El agua llega hasta el labio inferior. ¡Maldita sea! Intento hacer palanca desplegando el arma de mi espalda, pero se hunde en el lodo. Qué manera más tonta de morir. Tengo miedo. Las cámaras del deslizador deben estar grabando toda la escena. Las imágenes y los registros de mi armadura servirán para que el departamento técnico arregle este tipo de fallas; seguro que le pondrán mi nombre a la actualización, como un homenaje. Quiero ver mi coche nuevo, azul cobalto. ¡Quiero vivir!

Algo choca contra el hombro del traje. Giro la cabeza todo lo que puedo y hay una figura sobre mí, en la orilla del río. Un blandito me tira piedras. No, a mí no: tira piedras al cable. Intenta acercarlo a mi enganche de la mano con un golpe de alguna piedra. Pero el blandito es invisible a cualquier sistema activo de sensores que todavía funcione. ¡Apunta bien, blandito, apunta bien! Surgen otros dos. Parecen adultos; intentan llevarse al otro. ¡No, no! ¡Quedaos, tirad piedras! El agua llega a mis labios. Cierro la boca. Se resiste y vuelve a tirar piedras. ¡Sí, sigue, sigue! El agua se acerca a mi nariz. Una piedra da en el cable. Es un milagro. Se desplaza unos centímetros hasta mi enganche magnético. Tomo control manual del deslizador y retraigo el cable para salir del río.

Cuando estoy a salvo, vomito dentro del traje. Compruebo los sistemas y pocas cosas funcionan. Los tres blanditos me miran, en silencio, bajo la lluvia; ningún sensor los detecta. Me aproximo a ellos, despacio. Llevan al cuello algún tipo de artefacto. ¿Crearé interferencias? ¿Engañará a los sensores? ¿Es una tecnología como el camuflaje de la armadura? El termofilo sí funciona y termino con ellos. Marco el lugar en la ruta de reciclaje del Naglfar y tomo los artefactos para su posterior entrega al departamento de investigación. Programo el deslizador para que me lleve hasta la nodriza.

Por el camino, me llama mi esposa.

—*Hola, cariño, he estado pensando: ¿verdad que el rojo cobalto es más elegante?*

—Sí, mucho más. —*Consigo que la voz tiemble poco.*

—*Pues pediré ese color. Te quiero.*

Cuelga. El vuelo es corto. Mi reemplazo de turno ya está en posición. Entro en la

nodriza y los sistemas retiran el traje; a mis pies, un charco embarrado. Permanezco bajo la ducha unos cuantos minutos. Cuando salgo, voy directo a la cafetera. Me tomo una taza de dos tragos: delicioso; me sirvo más. Los sistemas vuelcan datos de la armadura.

Hago un informe sobre los artefactos que llevaban los intrusos y clasifico el material. Bebo más café. Abro una incidencia acerca de los problemas de calor del traje y sobre el desastre que causa el agua en los sistemas internos. Tres tazas después, he terminado. Faltan un par de horas para la vuelta a casa; decido echar un sueño.

Doy vueltas, despierto. Me gusta más el azul cobalto. No consigo dormir. Pienso en el cervatillo. ¿Habré tomado demasiado café?

(III)

Barragán, Eugenio

La bruma me envuelve con su aliento, amenaza con agotar el espeso aire de mis pulmones, la visibilidad es nula, la humedad cala la ropa. La vaina de la espada marca un rastro sobre el barro. Mis pies chapotean. Tiro del abollado casco, arranco la venda, amaso el grasiento pelo. La cabeza me pesa, el pensamiento huye con el deseo de regresar a mi hogar. La casa se desdibuja de mi mente tras años de lucha. La brisa sopla, refresca mi piel tiznada, despeja el turbio ambiente. El batir de alas en derredor me aturde. No deseo girarme, solo seguir.

Camino por el alambre de las aguas serenas. Los oscuros pájaros del interior de mi cabeza salen de estampida, chocan entre graznidos y vuelven a caer. Resuena un tic, lento; un tac, impreciso. La hora yace en la caja del reloj. La manada de pájaros se orienta, picotea el interior de mis párpados, abren una brecha. Buscan al hierofante entre la bruma. El resplandor oscurece la luz. Un torbellino de ángeles asciende por la sombría brecha de luz. Los segundos huyen, los minutos se desvanecen, las saetas se apartan, se reclinan, se retuercen con su propia sombra.

Los ángeles desaparecen en la brecha que se cierra.

El alambre se destensa entre el claroscuro de luces y silencios. El tiempo se detiene y duerme sin que nada lo espolee.

La claridad de la luna ilumina tu frente, tus párpados se abren por la caricia, la pupila brilla por un instante. No pudiste huir a ninguna parte, no pudiste, no. El viento arrecia, arrastra un mar de cenizas y hojarasca, y cubren tu tez exangüe.

Todo trepida y la calma se sacude en tu ausencia. Invoca la palabra vacía y sin nombre. Las cuerdas vocales vibran. El grito se expande en el laberinto de las palabras, el silencio calla porque no puede ser roto ni perturbado. Allí permanecerá, atascado entre las manecillas del reloj. Taponó la salida y te digo que mi nombre no existe, y que cuando despierte, presenciaré que ha deparado el mañana.

El tiempo pasa en silencio, sin que nada lo mida.

Y la calma se inquieta. Todo reverbera, he percibido el temblor y presiento tu existencia. Abro los párpados y te digo que no me acuerdo de mi nombre, y dudo: porque no sé si alguna vez lo tuve. Aparto la pesada tierra con el aleteo de los brazos, de un lado a otro, sin uñas, sin dientes. Y retiro la roca, sin fuerzas, sin aliento.

La lluvia golpea los jirones de mi ropa. Te encuentro donde te dejé, allí yaces: al lado de la peana cubierta de musgo. No sé qué hago aquí. No sé quién eres, no pudiste escapar con tu ala rota.

Y me acerco y palpo tu ala. Busco mi nombre y busco en vano, sin convicción. Musito palabras inconexas y extrañas, cansadas de girar y dar vueltas.

La lágrima se pudre en tu piel de piedra.

Un último vistazo

Juárez López, Edher

Caminaron sin descanso, a pesar de no sentir cansancio. Motivados por su reciente objetivo, deseosos de verlo una última vez.

Hacía casi dos semanas de su asombroso descubrimiento. El primero en observarlo fue Tortuga. Con su pesado caparazón caminaba recolectando cuanta basura vislumbraba, sus circuitos le informaban de los sucesos en las proximidades, con su vista lograba encontrar lo esencial y lo dispensable. Después de una larga mirada a su hallazgo, trajo consigo a sus inseparables compañeros.

—Miren esto —les dijo al estar todos reunidos, alrededor de aquello que encontró.

—¿Qué es eso? —preguntó dudoso Topo.

—Es luz —respondió el gruñón Cangrejo.

—No cualquier luz, Cangrejo. Luz de sol. —Anonadados ante el comentario de Tortuga, los amigos se reunieron para ver aún más de cerca la luminosidad que venía desde los cielos oscuros.

Desde hacía años que los rayos de la estrella más cercana no tocaban el suelo, un gris y nublado cielo era todo lo que los robots veían a diario. Sin ningún tipo de vida alrededor, ni en las lejanías, para que pudiera disfrutarlo. Las máquinas se quedaron estupefactas de aquel milagro. Pero prontamente, una gran nube acabó por cubrir la minúscula luminiscencia.

—Bien, fin del espectáculo —dijo Cangrejo sin perturbación alguna—. De vuelta al trabajo. Hay mucho que triturar.

—Tienes razón, tengo mucho que cavar todavía —dijo Topo siguiendo a su amigo. Pero uno de ellos no se les unió. Tortuga, el que se encargaba de buscar, segregar y cargar la basura del lugar, aguardo ahí, mirando el piso, donde aquel fervor iluminó. Algo misterioso, por primera vez desde que fuera activado, ocurrió dentro de sus circuitos.

Los recuerdos lo agobiaron en aquel instante, de aquellos días donde tenía un propósito claro. Acarrear la basura del mundo donde se encontraba. Manufacturado, al igual que miles otros, creado por maquinarias igual a él. Sin un anhelo específico, pero sí con un objetivo programado. Tortuga en ese fragmento de reflexión hizo lo único que tenía prohibido, dejó de trabajar. Y con algo nuevo en la mente, aparte de su cotidiana labor y que ahora rehusaba a realizar, se dirigió a un nuevo destino.

Retornó semanas después, en la noche, donde la recarga todos ejecutaban. Con su caparazón algo dañado y su cuerpo cubierto de polvo, se adentró a su zona de resguardo. Donde Topo y Cangrejo se habilitaron al sentir la presencia de su amigo.

—Tortuga —dijo Topo consternado al verlo en tal estado— ¿Qué te ha pasado?

—Algo de lo más asombroso —comentó Tortuga.

—Pareciera que te enfrentaste contra los Rinos —dijo Cangrejo, hablando de algo imposible.

—A decir verdad, así fue.

—¿Qué?! —dijeron al unisonó los dos compañeros, al saber que su amigo se había enfrentado a los guardianes del suelo.

—Hay mucho que contar y más por hacer. Lo primero será recargarnos. Pues

mañana tendremos que irnos lejos de aquí.

— ¿Qué? ¿Cómo que alejarnos? Los Rinos debieron de haberte averiado.

—Tortuga —dijo Topo a su camarada que ya se encontraba en recarga—. No entendemos de qué hablas.

—Lo sé y les prometo que pronto lo sabrán, sólo aguarden. Les contaría todo, pero la verdad, ya no me quedan energías. —y con esto último dicho, Tortuga entró en hibernación para una mejor recarga. Dejando a sus compañeros con un sinfín de incógnitas.

Anduvieron por los desiertos, que estaban despojados de cualquier tipo vida, entre las ruinas de la ya antigua civilización que alguna vez moró aquel sitio, dejando únicamente a sus máquinas eternas.

Mientras que Tortuga se encargaba de acarrear una despedaza nave, inservible a la vista. Topo era el encargado de usar sus sensores de proximidad para vigilar si los Rinos se llegaran a acercar.

—Espero que ahora nos cuentes todo, Tortuga —dijo Cangrejo sin comprender tal viaje—. Los Rinos casi nos despedazan en el centro de recarga. Buscaban a un Tortuga y a un fugitivo.

—Lo sé. No hay forma en que les agradezca lo que hicieron por mí. Me ayudaron a huir.

—Y al parecer tú ayudaste a alguien a escapar también.

—Lo hice, para que nos auxiliara.

— ¿Auxiliar a qué, Tortuga? —preguntó Topo.

—A ver la luz del sol otra vez, Topo. A ver la luz del sol.

— ¿El sol? —Recriminó Cangrejo—. Por eso hacemos todo esto, por una estúpida y muy lejana estrella.

—Sí —dijo Tortuga sin dejar de andar con la pesada nave detrás.

—Tú egoísta. No podremos regresar al centro de carga, ya nos tienen etiquetados como criminales. Los Rinos nos harán chatarra y todo para qué, para ver la estúpida luz otra vez.

—Ya basta, Cangrejo —dijo Topo alzando la voz—. Estoy seguro que Tortuga tiene sus razones.

—Si las tiene yo no las quiero escuchar —dijo Cangrejo alejándose.

— ¡No! —Gritó Tortuga—. Los necesito.

— ¿Por qué?

—Porque...

—Egoísta —dijo Cangrejo, mientras veía la nave comprendiendo la razón—. Nos quieres como baterías, es por eso que nos quería recargados.

— ¿Eso es cierto, Tortuga? —preguntó Topo mirando a su amigo.

—Lo es, pero no es lo único.

—Entonces dinos, si no me iré junto con Cangrejo.

— ¿No lo sintieron? —comenzó a decir Tortuga después de una larga pausa—. Seguro que sí. Ver la luz, tocando aquel pedazo de tierra. Fue... algo que no debía de suceder, algo que nuestra vista jamás debía ver, pero aún así lo hicimos. ¿Por qué? quiero

saber, si podemos ver de nuevo eso y sentir aquella extraña sensación nuevamente.

— ¿Qué sensación? —Preguntó Topo.

—Cómo si algo dentro de mí embonara realmente, como si disfrutara, como si algo estuviera bien al hacerlo. Fue... como si, por alguna razón, yo realmente debiera existir y no fuera creado con el propósito de obedecer algo sin preguntar.

—Tonterías —inquirió Cangrejo—. Hablas como los robots revoltosos.

—Yo iré contigo —dijo Topo sin escuchar a su amigo.

— ¡¿Qué!?! Oh no, no me dejarán solo. Además, no tengo a donde volver, si regreso al centro de carga, los Rinos me destruirán.

—Maravilloso, mis amigos. Vengan, no falta mucho.

—Genial, ahora iremos a quien sabe dónde. Además, apuesto que ni siquiera fue la luz del sol. Seguro que fue una de esas calderas espaciales donde funden de todo.

¿Cuánto caminaron los aventureros?, no lo registraron, pues su meta era aún mayor que la carga de dejar todo lo que alguna vez tuvieron.

Llegaron hasta los hornos subterráneos, donde el fuego se alzaba desde las profundidades del planeta y se elevaba hasta alcanzar los cielos. Entre aquel infernal calor, se vieron obligados a continuar. Dejaron la aeronave a las afueras aguardando su regreso.

Las advertencias se activaron dentro de sus cuerpos, pues el ardor dañaría irremediablemente a los tres amigos si no salían rápido de ahí, y aunque por insistencia de Topo y Cangrejo de irse, Tortuga fue quién los convenció de aguantar un poco más, hasta que se detuvo y dijo: —Llegamos.

Sin ningún tipo de advertencia, una máquina salió de entre los escombros delante de los viajeros. Elevándose sólo un poco. Sus alas de acero —que no se encontraban unidas a su cuerpo, sino levitando muy cerca— se abrieron y permanecieron estáticas. Un fuego azul era exhalado de su cola y con una cabeza diminuta en comparación de su cuerpo. No mucho más grande que ninguno de los tres compañeros. Los observó durante unos segundos hasta que finalmente habló: —No pensé que regresarías, Tortuga.

—Avispa —dijo Tortuga al robot volador —, traje lo que me pediste. Lo dejé a las afueras.

— ¿Te siguieron? —preguntó Avispa.

— ¿Quién es, Tortuga? —dijo Topo desconfiando de la nueva maquinaria.

—Quien nos ayudará —le respondió Tortuga a su amigo.

— ¡Ayudarnos! —expresó Cangrejo dudoso —. Es un robot de guerra, no sabe sino destruir.

— ¡Tal vez deba hacerlo contigo! —dijo Avispa enojada, y al momento de hacerlo, desplegó sus armas. Saliendo de su espalda, elevándose por sí mismas, y apuntando a Cangrejo.

— ¡Avispa, no! —Dijo Tortuga que se interpuso entre la guerrera y su objetivo—. Son mis amigos.

Avispa sólo aguardo sin dejar de ver su blanco, pero de repente, algo más llamó su atención. Se elevó lo más que pudo, rompiendo la barrera del sonido hasta lograr ver aquello que la sobresaltó. Descendió con la misma velocidad para informar de lo

acontecido.

—Te siguieron y ya casi llegan —dijo la guerrera Avispa.

—Hay que ir a la nave —concluyó Tortuga.

Ninguna palabra más fue dicha. Se encaminaron lo más rápido que pudieron para así abordar y llegar hasta su destino final. Al estar dentro los tres amigos engancharon sus circuitos a los de la aeronave y con esto le dieron vida nuevamente. Por su parte Avispa se instaló en el tejado de la misma y al instante los motores se encendieron para comenzar el viaje. Una imagen holográfica de la guerrera voladora se presentó frente a los viajeros. Su cuerpo controlaría nave. Sus alas se extendieron aún más y su propulsor exhaló lo máximo de su capacidad.

Salieron del lugar de llamas, justo a tiempo, pues los Rinos ya se acercaban con sus colosales cuerpos que levantaban el polvo. Disparando para detener a los renegados, pero no pudieron lograrlo. Se elevaron a la suprema velocidad y se dejaron llevar por Avispa quien controlaba la nave.

Justo cuando la calma los apaciguaba, un comunicado entró: —Soy la Reina Avispa —dijo por los altavoces—. Deténganse de inmediato o los destruiremos.

—¿Qué haremos? —Dijo Topo.

—No lo sé —contestó Tortuga sin saber qué hacer.

—Respondan —Dijo la Reina sin ningún tipo de sentimiento en su voz mecanizada.

—Era demasiado bueno para ser realidad —expresó Cangrejo hacia nadie en específico.

—Es hora de parar —le dijo Topo a Tortuga. Una extraña sensación recorrió los circuitos Tortuga mientras notaba que las probabilidades estaban en su contra, al saber su inevitable desenlace y la falla de su misión. Sintió algo que no podía computar, “tristeza” en palabras de humanos.

—Tortuga —comenzó a decir Avispa que también se comunicaba desde los parlantes —dime algo. ¿Estás dispuesto a dejar de existir por esto?

—¿Dejar de existir? —preguntó dudoso por la cuestión hecha.

—Morir, Tortuga. ¿Morirías por tu sueño? —Y aunque los segundos se hicieron eternos, con firmeza en su voz, a pesar de ser una sintética, por fin el viajero respondió.

—Sí.

—Bien. Los dejaré, distraeré a las Avispas. Dejaré la nave a su máxima capacidad, se terminará la energía más aprisa, pero lograrán llegar a las coordenadas que me dieron.

—Avispa, morirás.

—Nunca estuve viva, Tortuga. Pero si dejo de existir, prefiero que sea por alguien que sí lo está. Adiós.

No dijo nada más la guerrera aérea. Se desancló de la aeronave y emprendió su vuelo con dirección a los cientos de robots de ataque que se acercaban. Los viajeros no lo vieron desaparecer en medio de los fuegos y explosiones, pero al menos les dio un poco más de tiempo.

—Lo lograremos —dijo Topo al notar que faltaba poco.

—Sí, ya casi —dijo Tortuga con un extraño furor que provenía de su interior.

—Deténganse —dijo la Reina por los amplificadores nuevamente. Al instante de

que se terminara la instrucción, un estallido hizo que la nave se desestabilizara.

—La próxima no fallará —exclamó Topo.

—Moriremos —dijo Tortuga.

—No —comenzó a decir Cangrejo mientras se desenchufaba de su lugar —, es mi turno de ser el valiente.

—¿Qué? —Dijo Topo.

—Es algo que decían los seres vivos.

—Tú también morirás —dijo Tortuga con un amargo sentir y comenzando a entender el verdadero significado de la palabra.

—Todos lo haremos —dijo Cangrejo a los Viajeros —. Pero al menos haré que cumplas tu sueño vieja máquina de hojalata. —abrió la escotilla y se preparó para salir, mientras se veía como la enorme Reina se aproximaba velozmente. —Adiós, amigos. —Se dejó llevar por los aires y logró llegar hasta su blanco, para poder autodestruirse y llevarse a la Reina consigo.

Pero de entre las llamas, un último disparo la reina proyectó. No logró dar en el blanco, pero sí estalló muy cerca. Las máquinas recibieron daño al igual que la nave. Las alarmas se activaron, titilantes de advertencia por lo acontecido. Topo había perdido medio cuerpo y Tortuga la mitad de su rostro, resultante del ataque. No podían hacer mucho en su estado actual.

—*Peligro* —dijo la aeronave desde sus bocinas—. *Daño irreparable.*

Descompresión. Perdida del motor. Peligro.

—No lo lograremos —dijo Tortuga, con voz entrecortada por el daño.

—No tenemos otra opción —dijo Topo, que se acercaba hacia su amigo, caminando con sus patas mecánicas que le sobraban.

—¿Topo? —preguntó dudoso Tortuga, que giraba la cabeza de lado a lado.

—Aquí —contestó Topo al notar que su amigo no veía más.

—*Peligro* —siguió emitiendo el transporte—. *Colapso eminente de todos los sistemas. ¿Qué desea hacer?*

—Procede hacia las coordenadas, no importa el peligro ni los daños —dijo firmemente Topo.

—Me quedé sin visión —dijo Tortuga, con un raro ardor en sus circuitos de habla y con dolor en su interior.

—No te preocupes, volverá. Tu sistema se está formateando, dale unos segundos.

—Topo no supo con exactitud, cuál fue la razón de no confesar la realidad a su amigo, nunca lo supo.

En la fría oscuridad, con el opaco planeta debajo de ellos, rodeado en su mayoría por una gran tormenta eléctrica. Con el fuego exhalante de los hornos del subsuelo. Pudieron continuar el viaje, aunque corto en distancia, parecieron horas. Con la nave tambaleante, con explosiones dentro y fuera. Hubo una ocasión que el motor se apagó y cayeron sin ningún tipo de freno. Pero se volvió a encender y pudieron continuar.

El mapa holográfico se desplegó y mostró que estaban ya en su destino. Después de unos pocos segundos la aeronave cesó cualquier actividad. Primero las luces se apagaron y después siguió el motor, esta vez no se volvió a encender. Estáticos en la inmensidad

del espacio.

—Llegamos, ¿cierto? —proclamó Tortuga. Pero Topo no quería contestar ante la siniestra verdad.

Una temible oscuridad se hallaba afuera. Ni una sola estrella alumbraba el cielo. Y no había señales de aquel sol que los registros contaban. No hubo fallos en los cálculos, era la hora precisada y las coordenadas exactas. Lo único que quedaba era el planeta y nada más.

Los sensores de Topo le notificaron de qué enemigos se aproximaban. Más avispas, con decenas de reinas y cientos de guerreros.

Fue ahí, que una luz salió y los alumbró. Era...era...una simple caldera espacial. Hecha para consumir los desechos. Topo miró detrás de ésta, haciendo zoom, y vislumbró más de aquellas máquinas incandescentes. Algunas ardían tanto, que emanaban destellos de luz, unos pocos alumbraban al planeta —y sólo uno alcanzó a pasar las densas nubes—. Topo no sabía que decir, explicar lo que vio sería lo mejor. Pero por una singular razón, tan rara como todo lo que había experimentado en ese viaje, decidió decir lo siguiente.

—Lo veo, Tortuga, lo veo.

—De verdad —dijo Tortuga, con una inhóspita reparación—. ¿Lo ves? ¿Cómo es? dímelo, por favor.

— ¿Decírtelo? —Dijo sorprendido Topo, que simplemente veía la oscuridad y las calderas del lugar—. Si tú también las puedes ver.

— ¿Puedo?

—Sí, tu sistema se formateó ya. Tu vista regresó.

—Es cierto, ¡es cierto! —manifestó Tortuga con su renovada energía—, ya veo de nuevo.

—Lo ves, ¿cierto?

— ¡Lo veo, Topo! Lo veo al fin. Veo lo que los registros dicen. Y es aún más hermoso de lo que imaginé.

—Es verdad, amigo, es verdad.

Topo giró la mirada, para ver que sus enemigos ya preparaban su ataque. Uno al que no podrían escapar.

—No quites la mirada del sol —dijo Topo, aunque conocía a la perfección la condición de su camarada—. Pronto estaremos ahí.

— ¿De verdad? ¿Cómo? Ya no tenemos energía.

—No te preocupes. Llegaremos y veremos a Avispa y a Cangrejo otra vez.

—Sí, los veremos.

¡Sálvese quien pueda!

Oliver G.R.I.

Les llamábamos hombres patata, o bueno, más bien yo les llamaba así, había quien los llamaba topos, hombres perro y un sinfín de motes, pero todos acordábamos en que eran asquerosos y horribles a la vista; sus cuerpos bulbosos llenos de tumores, su andar a cuatro patas, sus largas melenas llenas de bichos, todo eso ofendía a cualquiera. Yo trataba de evitarlos y sobre todo la cercanía a las tierras baldías que era donde se encontraban en mayor número. Claro está que se les podía encontrar en cualquier parte, babeando sobre algún plato en un restaurante de lujo, mordiendo bolsas de basura en medio de un buen vecindario, persiguiendo alguna viejecita para robarle cualquier alimento que llevara encima. El orden público se veía alterado a menudo por esas deformaciones subhumanas. Yo los odiaba y más aún porque aquella mañana de camino al trabajo en la fábrica maquiladora uno de ellos se me había acercado demasiado. Su olor me mareó al punto de casi regresar el desayuno en plena calle.

Yo sabía que la culpa era de todos y nadie al mismo tiempo. Esos mutantes existían por la alimentación, la sangre contaminada, los clásicos químicos nocivos en el agua, incesto y demás cosas aberrantes. El resultado de millones de años de evolución se reducía a esto. A menudo pensaba en ello. En fin, ahí estaban y teníamos que convivir con ellos ya que después de tanto tiempo (hacía décadas que habían surgido), no habíamos podido decidir si eran humanos o de plano animales. Yo los pateaba a menudo, a cada oportunidad.

Llegué a la fábrica de componentes electrónicos a tiempo. Después de estar cerca de dos horas en la línea de producción, veo que se acerca una chica del personal administrativo de la planta. Recorte de personal, me quedé sin trabajo. Me dieron un pago de compensación que me hizo reír.

Marco Ulloa siempre había querido salir conmigo en plan romántico, pero yo nunca le había dado pie seguro en el asunto, sin embargo me convenía tenerlo cerca porque me compraba cosas y pagaba las salidas al cine o a comer. Por supuesto él no sabía esto, ni sabía que me había quedado desempleada. Esa tarde llegó como de costumbre en uno de esos cacharros a vapor, la tecnología austera que había sido adoptada por el común de la gente, porque como de costumbre el pueblo se hallaba sumido en plena crisis económica. El vapor se decía; era mucho más económico y menos contaminante que el petróleo. Al vernos rodeados de aquellos bichos deformes, todos recibimos la noticia del uso de vapor con agrado, tal vez ello significara que nuestros hijos nacerían sin deformidades en un planeta ó al menos en un pueblo, sin tanta contaminación. Recuerdo que aquella campaña política impulsó la tecnología a vapor como la salvación y el inicio de una nueva era. Sin embargo la realidad era otra, utilizaron todos los automóviles del tiempo de la gasolina y armaron una especie de transporte público con pedacería. El resultado, andábamos sobre armatostes oxidados a vapor de cuyas laminas cualquiera sabía que una sola cortada significaba contraer el tétanos. Casas de cinc y aluminio que hacían las noches insoportablemente calurosas o frías. Llegó encima de alguno de esos cacharros que parecían más bien teteras abolladas que vehículos de transporte, traía dos guisados de cochinita pibil yucateca y dos refrescos. No pude contener la noticia, tenía que contarle a

alguien. Me felicitó por haber dejado ese trabajo que me iba a llevar según él a ninguna parte, y comimos en silencio. Sentí que quería decirme algo.

—Claudia... tengo un negocio, sé que en este momento lo vas a necesitar, es un trabajo, pero sin las molestias de un trabajo formal— dijo Marco.

—¿De qué se trata?—pregunté sin interés.

—Traslado de mercancías— contestó rápidamente.

—¿Droga?

—Algo inofensivo, material orgánico sin mayor importancia.

—¿Material orgánico peligroso? ¿Infeccioso?—pregunté.

—Órganos modificados, mejorados, es lo último del mercado, olvida la droga, eso ya no es negocio si es que alguna vez lo fue.

—¿Legal?

—Claro que no— dijo mirándose las mangas de su camisa amarilla.

—Esa camisa es horrible— le dije sin poder contener la risa.

—Tenemos una entrega la semana que viene, nuestro primer trabajo juntos en esto, pasaré a buscarte más o menos a esta misma hora el lunes.

Marco se levantó y sin despedirse salió de mi departamento, debía estar realmente emocionado por este nuevo negocio ya que ni si quiera trató de besarme o abrazarme, estaba realmente concentrado en eso del traslado de órganos mejorados. Todavía tenía el dinero que me habían dado a la salida del trabajo, la liquidación, por lo que no me preocupé demasiado, si el asunto me fastidiaba simplemente le diría que no a Marco y asunto acabado. No quería terminar en prisión, pero si necesitaba un trabajo a la brevedad y eso de volver a trabajar en la maquila de electrónicos, me pareció una mala idea. Durante el fin de semana olvidé el incidente por completo hasta que llegó la tarde del lunes y alguien tocó a la puerta.

Era Marco Ulloa yo apenas iba despertando de una siesta, abría la puerta y me recosté en un sillón de la pequeñísima sala de estar, Marco entró y sin saludar se sentó en una silla que acercó desde la cocina hasta ponerse frente a mí. Sacó un montón de dinero del bolsillo de su saco de cuero negro. Al ver tanto dinero junto, recordé el trabajo que me había ofrecido. De inmediato fui a darme un baño rápido y a vestirme pensando en todo ese dinero. Al salir lo encontré sentado en la misma posición, pensativo, con los brazos colgando y la cabeza echada hacia atrás mirando el techo, parecía reflexionar.

—¿Estas lista?

—Claro que lo estoy pedazo de idiota, yo siempre estoy lista— le respondí con mi mejor sonrisa.

—Pues entonces vámonos— dijo Marco levantándose— ahora solo nos falta ir por el tercer miembro de nuestro grupo.

—¿Iremos lejos?

—Ella vive relativamente cerca Claudia, que eso no te preocupe—contestó.

—Me refiero a la entrega Marco.

—No mucho pero más vale apurarse, vamos.

Salimos de mi pequeño departamento, ahí fuera en el ajetreo del pueblo pasamos junto a la fábrica de cacharros que fabricaba más cacharros, con su típico patrón aleatorio

de diseño, ensoñaba con viejos Mustang, Dios mío, me parecía ir dentro de una cucaracha de cobre a vapor, vapor... vapor. Vapor calentando las casas, vapor impulsando elevadores, vapor impulsando estos cacharros a seis patas o voladores, vapor calentado la comida de los restaurantes, el calor era insoportable. Y fuera todo era sol y polvo y vecindarios llenos de miseria. Me parecía estar bañándome en mi propio sudor varias veces al día, y esto sin mencionar lo que tanto vapor provocaba en los olores de aquellas bestias a cuatro patas, lo que ocasionaba en sus melenas húmedas y sucias. Algunas merodeaban por la calle. Siempre fui fanática de la limpieza, mi departamento aunque pequeño, siempre estaba limpio y ordenado. Pasamos a seis patas cerca de varias cuerdas de casas construidas con basura. Doblamos en una esquina junto a las procesadoras de carne porcina, el hedor casi me provoca un desmayo. La cucaracha de cobre en que viajábamos metió sus patas retráctiles y se elevó a unos diez metros del suelo con un chorro poderoso de vapor, desde arriba se podía ver el interior de la procesadora, ya había visto antes lo que ocurría dentro, pero por Dios nunca dejaba de repugnarme. Un brazo enorme de aluminio lleno de remaches, tomaba a los cerdos por el tórax justo a la altura de las patas delanteras y los elevaba un par de metros, por lo que sus patitas traseras quedaban al aire y pataleando espasmódicamente, tratando de huir, el brazo los ponía frente a una especie de tubo del que de tanto en tanto salía un chorro de vapor a presión, los pobres cerdos apenas tenían tiempo de empezar a chillar, con un ruido semejante a un fffiiii salía el chorro de frente a ellos, cociendo la carne y desgajándola con un sonido acuoso, estando vivos, ahí van los ojos derretidos, adiós trompa, toda la carne cae a pedazos a un contenedor debajo, solo imagino lo que su cerebro horrorizado debe sentir, pero la carne cae cocida, libre de gérmenes y cisticerco, lista para su consumo, es decir lista para ser enlatada, ahí va el cerebro escurriéndose como gelatina derretida por el sol. El gran brazo se queda sosteniendo un esqueleto blanquísimo que tampoco se desecha sino que va a parar a un contenedor distinto, que asco, pensé.

El olor ya era demasiado, me tapé la nariz con una parte de mi chamarra que olía un poco al aromatizante del detergente que usaba para lavar la ropa. Al ver ese espectáculo de nuevo me juré no volver a comer carne de cerdo enlatada. Marco llamó mi atención sobre un detalle.

—Eh Claudia mira a esos desgraciados mutantes— dijo señalando la pared norte de la procesadora de carne porcina.

—Que asco— dije al mirar cómo se revolcaban enojados, tratando de derribar la pared de la procesadora queriendo entrar, sin duda atraídos por un hedor superior al suyo.

Llegamos flotando en la cucaracha de cobre a una zona habitada en las afueras del pueblo, un lugar horrible donde solo vivían personas en extrema pobreza, un nido de ladrones y asesinos. Entorné los ojos para mostrar mi descontento a Marco Ulloa, él se limitó a sonreírme con su dentadura falsa y su cara ovalada como huevo, trató sin éxito de tocarme una pierna. Jalando un par de palancas aterrizó el armatoste.

—Espera aquí— dijo bajándose del vehículo.

Lo vi caminar rumbo a un conjunto de viviendas también hechas de basura, me quedé mirando toda esa pobreza, perros sucios, hombres—patata, señoras feas y gordas,

hombres sospechosos cargando paquetes sospechosos, yo me quería ir de ahí, cuanto antes mejor, pero no me atreví a bajar del vehículo. Pasaron un par de minutos y Marco regresó, entró al cacharro por la parte superior y detrás de él venía alguien. Un olor a frambuesas recién cortadas llenó el interior del insecto metálico, como habían entrado por la parte superior lo primero que vi después de que entró Marco fueron unos zapatitos color azul fosforescente, después unas piernas blancas bien torneadas, de ahí venía el aroma a frambuesa, ay no por Dios, pensé. Era Diana Deluxe, obviamente su nombre artístico, una prostituta de treinta años que había tenido la suerte de poder comprar un cuerpo joven, el de una chica de catorce años a un par de padres desesperados y sumidos en la pobreza. Gracias a la tecnología de transferencia mental pudo habitar aquel cuerpo joven y fresco, antes se llamaba Diana Siete o algo así, ahora era Diana Deluxe, tuvo suerte con el asunto de la transferencia mental, siendo aún experimental ambas pudieron haber quedado en estado vegetal. Ahora la verdadera dueña de aquel cuerpo joven y rostro hermoso habitaba un cuerpo avejentado y maltrecho. Entre sus clientes había hombres sumamente adinerados y al ser tan joven se le consideraba un servicio de lujo, de ahí su nombre artístico Deluxe. De cabello rojo luminoso usando un par de trenzas que realzaban su cutis pecoso y ojos verdes, le gustaba usar vestidos muy cortos de colores llamativos, yo la detestaba, pero Marco Ulloa parecía haber caído en su hechizo de juventud combinado con la experiencia de una mujer adulta.

—¡Hola!—me saludó guiñándome el ojo derecho.

—Buenas tardes Diana— le respondí secamente haciendo una mueca que ella no podía ignorar.

—¿Se conocen?— preguntó Marco mientras ponía en funcionamiento la cucaracha de cobre.

—Difícil no conocer o saber de Diana— dije con sarcasmo.

—¡Somos amigas!— dijo Diana estúpidamente sonriendo desde aquel rostro pecoso y juvenil.

Era evidente que la transferencia mental le había ocasionado alguna especie de trastorno de la personalidad, realmente se estaba comportando como una adolescente, tal vez de tan estudiado su papel, se había convertido en la mejor actriz, podía engañar a cualquiera. El cacharro de cobre sacó sus seis patas retractiles y avanzamos rápidamente abandonando la periferia del pueblo. Se levantó un viento repentino que levantó jirones de polvo en la lejanía. Al toque de una palanca oxidada, la parte superior del vehículo se replegó sobre sí misma como una flor que se abre, ahora era una cucaracha convertible que nos permitía ver en todas direcciones, polvo rojizo y algunas fabricas lejanas, la luz del sol de las cinco y media de la tarde daba a todo un aspecto lejano, el viento movía el vestido de una pieza color verde de Diana. Marco al frente y nosotras detrás, todos mirábamos la lejanía y la soledad.

—¿A dónde vamos?— preguntó Diana Deluxe.

—A un lugar dentro de las tierras baldías; ahí vamos a recoger el paquete que debemos entregar en el pueblo— respondió Marco.

—Hey un momento Marco, nunca dijiste nada de ir a las tierras baldías, no quiero ir ahí, y además ahí no te puedo ser de utilidad, no conozco a nadie que viva en ese

basurero— dijo Diana.

—¿Para qué trajiste a Diana?— pregunté yo al momento, había cada vez menos estructuras en el paisaje.

—Es un señuelo, una distracción por si algo sale mal, hay mucho dinero de por medio— respondió Marco.

—En eso si te puedo ayudar— dijo Diana mirándome y mojóndose los labios de una manera seductora, entrecerrando los ojos en un gesto espontáneo y divertido.

—Que asco— dije ella comenzó a reír. Marco sonrió, lo supe por el movimiento de su espalda.

Después de un rato de camino ya no había una sola construcción a la vista. Habíamos entrado en las tierras baldías y nos adentrábamos cada vez más. Unos nubarrones oscuros a lo lejos se agolpaban cerca de un cerro, por la dirección supuse que podría ser cerca de Nayarit. Detrás y al abrigo de un par de colinas se hallaba una inmensa bodega de aluminio oxidado por el sol. Marco paró el cacharro y continuamos de pie hasta el lugar, un olor nauseabundo y familiar me llegó de golpe, algo olía tan mal que Diana Deluxe arqueó el estómago tratando de evitar el vómito se tapo la boca con las manos, su rostro blanco enrojeció. Pero seguimos caminando y ya nos encontrábamos en la cercanía, escuchamos rugidos y sonidos espantosos. Marco tocó con el puño en una puerta también de aluminio, de inmediato nos abrieron, era evidente que ya lo estaban esperando.

Apareció un tipo usando un mandil de mezclilla sucio y guantes negros de látex estaba embarrado por todas partes de sangre fresca. Su barba mal cuidada y sobrepeso no le daban buen aspecto.

—¡Bienvenidos!

—Por fin llegamos, tienes tu negocio muy lejos amigo— le dijo Marco Ulloa.

—Así es amigo, así me gusta, sin nombres, pero de haber sabido que venias tan bien acompañado te hubiera invitado a la operación mucho antes—dijo el gordo calvo y sonriente.

Se hizo a un lado señalando el interior e invitándonos a pasar, Diana me empujó por detrás así que tuve que entrar primero. El lugar se encontraba bien iluminado por dentro, la luz era blanca, lo que no evitó que tropezara con algo que salió rodando hacía el fondo; una cabeza. No pude evitar un grito de espanto lo que ocasionó un tumulto en el interior de la bodega. Escuché la risa de Diana y la voz del gordo detrás de mí.

—Disculpen el desorden, llegaron en horario de trabajo—dijo el gordo del mandil.

El piso de la bodega era una inmensa reja de acero cuadrículada, debajo de nosotros el piso en semioscuridad hervía de hombres—patata, de ahí venía el olor nauseabundo. Así como la cabeza con la que acababa de tropezar, había partes cercenadas esparcidas por doquier, había tambos de acero, mesas de trabajo y más allá al fondo, un piso real de concreto con un par de oficinitas improvisadas de tabla roca.

—Es época de celo y están nerviosos, nunca habían oído una mujer y mucho menos... ¡Dos!— dijo el gordo entusiasmado.

Los hombres—patata nos miraban desde la oscuridad, podía sentir sus miradas recorriendo todo mi cuerpo, en muchos sentidos seguían siendo humanos, Diana al parecer también sintió lo mismo ya que no perdía oportunidad para; fingiendo descuido

subir un poco su vestido. Los podíamos escuchar respirando fuerte y profundo. Gruñían y espumeaban por la boca.

—De estos mutantes sacamos los órganos, sus cuerpos a reventar tienen algunas veces... tres ó cuatro pulmones, con suerte dos corazones, cinco hígados, recuerdo que hubo uno que llegó solito hasta acá, ese tenía varios ojos en el lomo y hasta hablaba un poco— dijo el gordo del mandil ensangrentado.

—Horrible— dijo Diana en un murmullo delicado, insistía en tomarme del brazo.

—Claro está que sus órganos no son de la mejor calidad, son mejores los de personas sanas—dijo el gordo mirándonos fijamente.

Hubo algo en esa última frase que me hizo estremecer, sentí un miedo repentino, pero traté de contenerme. Diana Deluxe no dejaba de apretarme el brazo. De entre las sombras del fondo de la bodega, a unos doscientos metros, pude distinguir algo que me alarmó; una forma familiar. Algo que parecía una jaula convencional y algo que parecía estar recostado ahí. Parecía una persona.

Los hombres—patata soltaban bocanadas de vaho hirviente que me quemaba las pantorrillas, era insoportable. Se amontonaban tratando de llegar hasta nosotros. Marco Ulloa nos hizo una seña para que esperáramos ahí.

—No tardes— le dije mirándolo tratando de transmitirle el temor que sentía.

—No los alboroten demasiado señoritas, miren, ya están babeando y escurriendo—dijo el gordo.

Miré instintivamente abajo y pude ver que la mayoría sino es que todos tenían sus miembros erectos, a pesar de andar a cuatro patas, a veces bípedos, algunos se revolcaban en el suelo pataleando y mostrándonos sus cuerpos desnudos y aquellos miembros erectos, en eso no habían mutado, seguían siendo hombres. Diana se soltó de mi brazo y comenzó a bailar, ya fuera un vals ya una especie de a gogó, cualquier danza inventada, se estaba divirtiendo. Marco y el Gordo ya iban a mitad de camino rumbo a las oficinitas, yo sentía crecer el alboroto bajo mis pies, los hombres—patata gemían lastimeramente, sus ojos acuosos nos devoraban, la situación se tornaba alarmante, por una parte, quién me aseguraba que Marco no nos había llevado ahí para vendernos, por otra parte todo esa reja bajo nosotros era una bomba de tiempo, la reja temblaba y vibraba.

—Los estas alborotando con tu perfume de frambuesa—dije a Diana.

—Es body freshner, no perfume—dijo Diana Deluxe.

—¿Qué?—pregunté, apenas podía escucharla los bramidos aumentaban y el suelo temblaba.

—¡Que es body freshner! ¡Sorda!— Gritó Diana— ¡No es lo mismo que un perfume!

Apenas pudo gritarme, se escucho un crujido estrepitoso y un grito que venía de las oficinitas. Diana me señaló el fondo de la bodega, apenas nos podíamos mantener en pie, el suelo se movía bullía de cuerpos y bramidos, grité, Marco venía corriendo, le faltaba un brazo y chorreaba sangre, resbaló, el gordo le había cortado un brazo. De inmediato se incorporó y estaba a punto de alcanzarnos cuando toda la reja cedió a la presión, reventó. Ahí venían los hombres—patata babeando y delirando en un frenesí de lujuria y libertad, agarraron a Marco, uno le mordió la cabeza y la quebró como si fuera una sandía. Cuando reaccioné Diana ya había comenzado a correr y mis pies ya hacían lo

mismo buscando la salida, varios trabajadores trataron de hacerles frente pero quedaron sepultados bajo la marea de carne melenuda que venía detrás de nosotras. Logramos salir y llegar hasta el vehículo, Diana sabía conducir así que nos elevó quemando con el chorro de vapor una docena de mutantes enloquecidos. Emprendimos el camino de regreso, pudimos ver que los monstruos corrían en todas direcciones tratando de aparearse con cualquier cosa.

—Si llegan al pueblo, habrá mucho sexo esta noche— dijo Diana guiñándome uno de sus ojos verdes, detrás del cual apenas se podía adivinar una mujer mayor.

Suspiré mirando la lejanía contaminada y los chorros de vapor que salían de las fábricas perdidas entre las colinas, pensé en vender droga, algún día.

Atracción para turistas

Verón, Daniel

Las extensiones del campo y las casas lejanas desfilaban sin cesar por la ventanilla del tren. Allí había calles de tierra, alambrados...; el ganado que parecía estar pastando durante toda la eternidad y allí había también algunos pueblos como oasis en el desierto. Las nubes competían con perdidas bandadas de aves que escapaban hacia el horizonte, persiguiendo al Sol. Y cuando el tren atravesaba un pueblo, uno podía ver a los campesinos, tomando el mate en silencio a la puerta de sus casas; se podía ver a las jóvenes que iban al encuentro de sus novios en alguna soñadora esquina; y se podía ver algún auto levantando nubecillas de polvo por los caminos que torcían entre los cultivos.

Pero pronto oscureció y Eduardo y Guillermo dejaron atrás todo eso. Ahora sólo había pálidas luces, muy distantes en la noche, velando la tierra dormida. El cielo era como el techo de un enorme teatro, fuera del cual sólo estaba el abismo.

Sin embargo, más tarde surgieron poco a poco otras luces, muchas luces, multicolores, intermitentes, y los galpones oscuros y (más allá) los edificios se perfilaron a sus ojos, entre la escarcha que cubría el vidrio de las ventanillas. Estaban llegando y ahora la gente se levantaba de sus asientos, a lo largo del vagón y en todos los vagones, y tomaba las valijas ordenando por última vez todas sus cosas.

El tren se detuvo. Podría haber sido Roma, París o cualquier ciudad, aún de otro planeta, pues sólo entreveían un movimiento confuso, el latido de una ciudad que no conocían.

Salieron a la estación y el frío los agujoneó despiadadamente. ¡Adentro estaba tan caliente! Pero este frío, casi polar, resultaba intolerable.

En cuanto pudieron tomaron un taxi y así se lanzaron a recorrer sendas nocturnas, calles luminosas pero gélidas, donde la gente iba y venía. No podían ir a otro lado que no fueran sus casas, seguramente. A ellos también los esperaba una casa, aunque vacía.

Una visión fugaz del mar, la costa, las boîtes y, al fin, llegaron. Ahí debía ser. No conocían el edificio pero sí la dirección. El pasillo de entrada, quizá a una temperatura bajo cero, estaba suavemente iluminado por tubos fluorescentes ocultos entre unas plantas de plástico, lo que llenaba el lugar de tonalidades verdes. Una vieja alfombra invitaba hasta los ascensores.

— Sí, esto es Mar del Plata, no cabe duda —comentó Eduardo.

— Sí —dijo su compañero distraídamente— ¿Por qué lo dices?

— No sé, nunca traté de imaginarme cómo sería Mar del Plata, pero debe ser así. Este pasillo habla verdaderamente de los turistas que han pasado por aquí, de los que han vivido en el edificio.

Apretaron el botón y la luz roja comenzó a bajar de numeración hasta detenerse en la planta baja. Abrieron la sombría puerta del ascensor y subieron. Dos pisos más arriba salieron a un nuevo pasillo. Buscaron el departamento. Una bombilla desnuda hería la vista desde la pared de la escalera, pero frente a ella estaba la puerta con letra “C”. Volvieron a revisar las llaves y entraron, encendiendo la luz.

Había muebles desconocidos, luces desconocidas, un piso desconocido, todo era

nuevo. El departamento era más o menos la mitad en tamaño del de Eduardo en Buenos Aires, pero eso no importaba; lo que sí importaba era que, a pesar de su modernidad, era un poco húmedo y hacía casi tanto frío como afuera, no obstante ser interno. El aire helado lastimaba la nariz y los pulmones al respirar.

Del techo del dormitorio pendía una curiosa lámpara en forma de canasta que proporcionaba una iluminación al cuarto más bien íntima. Las mantas de colores oscuros, parecían delatar antiguas presencias.

— Voy a encender una estufa, todas las que hagan falta para calentar esto.

— Como quieras. Yo voy a preparar algo.

Cenaron unas hamburguesas humeantes cambiando algunas impresiones sobre el viaje y su llegada. Era una linda aventura.

Al fin, poco después, hacia la medianoche, se dirigieron a sus respectivas camas. La de Eduardo, el dueño de la casa – aunque se empeñara en compartirla, – era la del dormitorio, y estaba cerca de la ventana que daba a un patio y al contrafrente de los otros departamentos, todos vacíos, del mismo piso. Guillermo, en cambio, dormiría en el living, junto a la puerta de entrada, lo cual, por otra parte, prefería.

Temblequeando un poco aún, se fueron durmiendo imperceptiblemente mientras la suave voz de la radio de Eduardo dejaba oír alguna melodía de ensueño.

La mañana estaba llena de proyectos y vitalidad. Antes del mediodía salieron a conocer la calle y el centro y, especialmente, la rambla. Esta verdaderamente hacía honor a la canción, porque caminando por allí, sobre la arena, junto a las olas del mar, la ciudad tiritaba. Estaba también el edificio de los deportes, cerca de la playa, y adonde a todas horas se jugaba. Pero a Eduardo, una de las cosas que más le gustaban era cenar allí, en el Bowling Club porque, además, se parecía a los viejos restaurantes de Buenos Aires; claro que este era muy moderno y familiar y, al fondo, tenía las hermosas canchas de bowling electrónico, en las que todos ansiaban competir. Ahora bien; como ellos sólo podían estar unos días, en esta ocasión, era preciso saber aprovecharlo todo, por lo que decidieron separarse. Guillermo conocía algunas personas y optó por ir a visitarlas, en tanto Eduardo continuaría explorando lo que hubiera de interesante.

Así conoció a Elizabeth, al regresar al departamento una noche y varias noches, en que siempre se encontraban casualmente al entrar y al salir. Fue una de esas simpatías que tan fácilmente surgen entre los jóvenes, sin que hagan nada por ocultarla, y pronto comenzaron a verse más seguido y conversaban de muchas cosas, hasta que un día Eduardo la invitó y desde entonces siempre salieron juntos para ir a sus lugares preferidos.

Desde luego que a los quince años cualquier enamoramiento parece la cosa más hermosa del mundo y a él le pareció que Elizabeth, en verdad, estaba hecha a su medida; tenía un encanto muy especial al hablar y dejaba traslucir entonces una gran ternura. Al igual que él vivía en Buenos Aires pero estaba pasando unos meses de vacaciones.

Un día en que Eduardo regresaba de comprar algunas cosas, encontró a la muchacha con su madre.

— Eduardo, ¿no es cierto? –dijo con una sonrisa.

El se mostró sorprendido pero no tuvo tiempo de decir nada porque ella continuó:

— Elizabeth me ha hablado mucho de ti. Creo que te hubiera reconocido en cualquier parte.

— Bueno, es que no tengo nada de anormal como para llamar la atención— replicó de buen humor.

La mujer tenía unos cuarenta años y era sumamente elegante y atractiva; no era de extrañar que fuese la madre de Elizabeth. Tenía la misma alegría en el rostro y también la misma inteligencia en su mirada.

Todo sucedió muy rápidamente pero del modo que Eduardo consideró lo más correcto. Al día siguiente lo invitaron a recorrer la ciudad en el auto del padre de ella. Pasaron una tarde espléndida. El y Elizabeth iban cambiando de impresiones en el asiento trasero, en tanto los padres de ella iban adelante, escuchando muy satisfechos e interviniendo de vez en cuando en la conversación. ¡Qué linda familia que había conocido! El señor Acosta – tal su nombre – era uno de esos hombres simultáneamente juveniles, instruidos y comprensivos que Eduardo consideraba como esencial en un padre. Salía mucho pero no era vanidoso, hablaba sin llegar a cansar nunca.

En realidad, los Acosta eran gente muy semejante a él mismo, en particular, debido a las posibilidades que les daba una ventajosa situación económica. Su residencia permanente en Buenos Aires la tenían en plena avenida Santa Fe – no muy lejos de su propia casa – y también poseían una casa de verano en Olivos, de la que parecían tener muy agradables recuerdos. Eduardo se dijo que sería hermoso poder visitarlos, tanto en un sitio como en otro, a su regreso. No es que le diera verdaderamente valor al dinero pero sí apreciaba el confort que sólo él brindaba y al que, por suerte, estaba acostumbrado.

Además... bueno, algunas veces había salido con chicas que no conocían ningún lujo y no eran como él, porque estaban acostumbradas a otra vida, y estas habían sido, para Eduardo, experiencias tristes en las que la imaginación no podía realizarse. Pero ahora, al fin, conocía a otros iguales a él. Y dado que sus relaciones con Elizabeth fueron cada vez mejores, la señora Acosta lo invitó un día a cenar con ellos en su casa, a la noche siguiente.

Eduardo estaba muy feliz; sentía como si finalmente hubiese hallado su destino. Guillermo volvió esa misma noche al departamento a quedarse otra vez; era una buena ocasión para comentarle lo ocurrido, pues él también lo había pasado muy bien. Mientras terminaban de cenar en el living, su compañero le relató lo sucedido desde su alejamiento unos días atrás.

— ¿Y cuántos años tiene? –le preguntó interesado.

— Hum, es un poco menor que yo pero la verdad es que no se le nota.

— ¿Enserio te invitaron a la casa? –dijo Guillermo entre incrédulo y admirado a la vez.

— Por supuesto, no te iba a mentir en eso.

— ¡Qué suerte que tuviste!

— Es una lástima que tengamos que regresar tan pronto pues ellos lo harán más tarde. Pero de todas formas creo que nos podremos encontrar en Buenos Aires.

— Sí, mañana tengo que ir a sacar los pasajes. ¿En qué volvemos? ¿En tren o en

micro?

— ¿Qué te parece hacerlo en micro? Nunca viajé en uno para un viaje así.

Eduardo terminó de vestirse pero estaba un poco nervioso. Había dormido mal esa noche pensando en el compromiso que se le presentaba. El hecho de que todo fuera tan formal no importaba porque tenía algo de encantador el practicar con mentalidad moderna algunas de las viejas costumbres. Y era que nadie lo había dicho, pero esta noche se consolidaría cuanto hubiese entre él y Elizabeth. Se querían, desde luego que se querían, y a los padres les había gustado, no había ningún inconveniente para confirmar un buen noviazgo. Pero Eduardo tenía sus habituales temores: decir algo inconveniente, no actuar como se esperaba de él, resultar cansador para los demás... Pero en el fondo estaba feliz de tener que pasar por todo eso.

Se vistió con algunas de sus ropas más elegantes y que no fuesen muy llamativas –no le gustaba lo exagerado – mientras se hablaba a sí mismo entre dientes dándose ánimo. Cuando ya estaba oscureciendo decidió, a último momento, comprar bombones para llevar de regalo, estimando que sería lo más correcto. Caminó dos cuadras, hasta la esquina de la estación terminal de ómnibus, para realizar su compra. Se sentía mejor que nunca aunque un poco impaciente. Ya iba a regresar cuando lo encontró por casualidad a su amigo que realizaba lo propio.

— Ya está, ya saqué los pasajes –le dijo.

— ¿Adónde ibas ahora?

— Al departamento. Voy a guardar todas mis cosas. ¿Ya están listas tus valijas?

— Sí, esta tarde las cerré. ¿A qué hora salimos?

— Esta madrugada, a las dos –y le dio su pasaje– ¿Te espero en el andén?

— Sí, en cuanto salga iré para allá.

Llegaron a la entrada del edificio.

— Okey, te dijo –dijo Guillermo– tengo que hacer algunas cosas. ¡Qué tengas suerte!

— ¡Gracias! Hasta luego.

Eduardo oprimió el botón del ascensor pensando en la hora de partida. Estaba muy bien, porque suponía que la reunión habría de prolongarse un poco más allá de la medianoche. “Siete horas de viaje”, se dijo. “Llegaré a Buenos Aires a las nueve y entonces iré a casa a dormir otro rato. Será bueno despertar allá con tantos recuerdos ya avanzado el día”. Y a la noche seguramente iría con Guillermo al Bar Americano a festejar lo bien que les había ido en el viaje.

Una vez dentro del elevador se sorprendió a sí mismo apretando el número 4 en lugar del 2 de su piso. En los pasillos llenos de frío se escuchaba un tenue pero incesante zumbido de algunas maquinarias.

Lo recibieron en el departamento “B”, que daba a la calle y era mayor que el otro – el “C” – idéntico al suyo propio, y que también pertenecía a ellos. La casa estaba llena de cordialidad y simpatía, como sus residentes; la cocina y cada una de las habitaciones dejaban oír muchas voces que se atenuaron al llegar él. Elizabeth lo presentó a toda su familia y le hizo conocer su habitación, donde había muebles muy modernos y confortables, una pequeña biblioteca y una bien seleccionada pila de discos junto a un lujoso combinado. Por cierto que estos detalles le hicieron recordar su propia casa de

Buenos Aires, pero no dijo nada.

La madre – al igual que su hija – quedó encantada con los bombones, tanto por la gentileza del regalo como por lo mucho que le gustaban.

Poco después, ya de regreso en el living, apareció el señor Acosta muy sonriente y amable y Eduardo se encontró sumamente tranquilo conversando con él, en tanto una tía y una hermana de Elizabeth preparaban la mesa.

De pronto todos parecieron muy interesados en conocer las actividades del muchacho y así se lo preguntaron. Era lo que más le preocupaba. No tenía ninguna ocupación, no al menos una que fuese común, pero precisamente en ello podía tener ventaja sobre otros, por cuanto la singularidad de sus temas preferidos podía dar tema de conversación para rato.

— Tal vez le llame la atención, señor Acosta, pero mi interés son los objetos voladores no identificados –todos los miraban en silencio– y también suelo escribir ciencia-ficción –concluyó rogando porque no les pareciera muy extraño.

Y entonces todos estallaron en una exclamación de genuino asombro.

— ¡Pero cómo! ¡Tenemos a un científico entre nosotros! ¡Y a un escritor! –exclamó el padre.

Eduardo sonrió como queriendo significar que no tenía importancia aunque por dentro estaba orgulloso de su éxito. Pero después toda la familia quería preguntarle un sinnúmero de cosas sobre los extraterrestres y los libros y las diversas teorías, e incluso la misma Elizabeth demostró sentir un gran interés por lo que él pudiera saber, así que se puso a contestar una y otra vez, intentando mencionar aquello que más les pudiera interesar, y les relató algunas de sus experiencias con los testigos de algunas apariciones misteriosas, y les habló de literatura y del papel que la ciencia-ficción cumplía dentro de ella, hasta que llegó la hora de comer. Entonces se atenuó un poco el bombardeo de preguntas, en tanto cambiaban entre ellos, las impresiones sobre lo escuchado. Eduardo, sentado junto a Elizabeth y frente a sus padres, estaba radiante de alegría y ya consideraba a cuantos lo rodeaban como verdaderos amigos. Sería maravilloso seguir viéndolos a su respectivo regreso.

Más tarde, a los postres, el señor Acosta volvió a comentar y a indagarle sobre los mismos temas, demostrando que estaba muy satisfecho del novio de su hija, de modo que la conversación se alargó más y más, hasta que acabó confesando que él y, en parte, también su familia, se interesaban por cuestiones muy similares que no era posible comentar libremente. Según parecía, desde muy joven, había leído y practicado la magia, el ocultismo, la alquimia, etc. Eduardo escuchó todo esto como en un sueño, pues ya había tomado bastante vino y tenía miedo de ponerse a decir tonterías, pero el señor Acosta habló y habló sobre los extraños conocimientos que obtuviera de sus exploraciones por libros prohibidos, y pronunció nombres de macabra sonoridad y fórmulas para atraer a ciertos seres malignos que habían poblado la Tierra milenios atrás. Y añadió, inclinándose hacia él en tono confidencial con una sonrisa:

— Sabemos que te vas a ir esta noche. Me agradecería poder mostrarte algunas de las cosas que tengo, te agradecerán.

Eduardo balbuceó algo por compromiso pero, instantes después, el hombre se marchó

al otro departamento. El y Elizabeth quedaron solos, ya que los demás también se habían ido, pero no importaba adónde; la muchacha lo tomó familiarmente de un brazo sonriéndole, como si esperase su opinión sobre la velada.

— ¿Hace falta que te lo diga? —replicó Eduardo intentando aclarar su mente—. Lo he pasado mejor aún de lo que suponía.

— Me alegro.

— Sólo que no quisiera molestar a tu padre, ni a los demás, ya que es un poco tarde.

— Al contrario, para él será un gusto hacerte conocer sus cosas; por mí no te preocupes, pues me duermo siempre alrededor de las dos. Muchas veces me quedo leyendo largo rato. A mí también me interesan los mismos libros que a mi padre.

— ¿Sí? Pero en tu habitación no casi ninguno. ¿Dónde están?

— Los tenemos guardados.

— ¡Qué raro! ¡Nunca me imaginé que ustedes se interesaran también por estas cosas extrañas! ¡Parece increíble!

— ¿Conoces realmente algo sobre magia?

— No, creo que no mucho. ¿Qué es exactamente? —inquirió tomando otro trago de vino.

— Ven, te lo mostraré.

Inútilmente Eduardo trató de despejarse; todo aquello le parecía irreal, extravagante, no era posible que le estuviera ocurriendo de veras. ¡Oh, no, no era eso! Quería recordar pero no podía. ¿Realmente en una hora tenía que ir a la estación terminal a tomar el micro o era al día siguiente? Le dolía la cabeza. Ese vino estaba ejerciendo un poderoso efecto sobre él. ¿Por qué le resultaba ahora tan fuerte?

Se dejó conducir por Elizabeth como si fuera un niño a través del pasillo, hasta el otro departamento. ¿Qué habría allí? ¿Dónde estaban los demás? Cuando entraron todo estaba oscuro. La puerta se cerró bruscamente tras ellos.

— ¿Qué pasó? —dijo Eduardo estirando los brazos para encontrar a Elizabeth que debía estar al lado suyo.

Permaneció en silencio aguzando el oído por si se escuchaba algo, y entonces su cuerpo se cubrió de un sudor frío y tuvo temor de lo que pasaba. En esa profunda oscuridad nada se distinguía pero... ¡se oía!, ¡se sentía... la presencia de alguien, una persona o varias en la oscuridad!

— ¿Quién hay ahí? —dijo temblándole la voz.

Entonces, un par de vetustos candelabros que colgaban de las paredes, se encendieron con una luz mortecina que cayó brutalmente sobre una escena de pesadilla. A todo lo largo de la habitación había una serie de grotescas figuras encapuchadas que vestían hábitos negros y lo observaban con ojos brillantes desde el fondo de sus máscaras.

— Bienvenido, Eduardo —dijo una voz gutural pero que poseía un timbre vagamente familiar— Llegas justo para nuestra reunión semanal.

El muchacho quiso hablar algo pero no pudo, el terror lo tenía paralizado. Al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró darse vuelta buscando la puerta. ¿Adónde estaba? Detrás suyo había un abismo sin fin.

— Es inútil —atajó la misma voz en tanto efectuaba unos extraños pases ante un

misterios altar.

Eduardo se volvió con desesperación tratando de encontrar a Elizabeth, y fue entonces que, del grupo de encapuchados, se acercó a él una figura más pequeña con algunos bultos entre las manos.

— Aquí tienes tu ropa, querido —le indicó con una familiaridad que resultaba aberrante.

Eduardo quiso retroceder al ver frente a sí el horrible hábito.

— ¡No! ¡No! ¡No me vestiré así! —gritó dándole vueltas la cabeza.

— ¿Por qué pones esa cara? ¡Oh, papá se enojará contigo, él que estaba orgulloso de tu inteligencia! No debes afligirte por nada. ¿Es que acaso no te gustaba nuestra familia? Tu vida va a cambiar, ahora serás una más de nosotros.

— ¡Nooo....! ¡Nooo...!

Oscuridad

Dolo Espinosa

Desde el lado iluminado de la carretera, sentado en el porche, vigilo las sombras.

Unos metros más allá la oscuridad envuelve el mundo, lo engulle, lo deglute, lo digiere... y nada de lo que traga vuelve a ver la luz.

Soy incapaz de señalar el momento concreto en que todo empezó. No creo que nadie lo sepa con certeza.

En algún lugar, en algún momento, una pequeña mancha de intensa oscuridad -una pequeña sombra más allá de una farola, una sombra más densa entre otras sombras, una brizna de noche desgajada del resto al llegar el amanecer- comenzó a crecer y a extenderse.

Como una mancha de petróleo en el mar, la oscuridad iba ennegreciendo todo a su paso, engullendo todo lo que encontrara en su camino ya fueran objetos inanimados o seres vivos. Nadie sabe qué ocurre cuando la negrura los engulle, no hay gritos, ni ruido de lucha, ni ningún otro sonido, sólo sombras y silencio. Y luego susurros arrastrantes, bisbiseos viscosos, reptadores murmullos. La oscuridad late llena de terrorífica vida, hay algo vivo dentro de ella o, tal vez sea toda ella un enorme e insaciable monstruo. Eso sólo lo saben quienes han sido atrapados por ella y ellos ya no nos pueden contar nada.

La negrura se ha ido extendiendo de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de país en país, de continente en continente. Poco a poco nos hemos ido quedando incomunicados en grupos cada vez más reducidos, pequeñas islas de luz en la negra inmensidad sin posibilidad de comunicarnos.

Los más ilusos aún se aferran a la vana esperanza de que una mañana, al despertar, descubrirán que la oscuridad ha desaparecido y todo habrá vuelto a una relativa normalidad. Son minoría.

Los más fuertes se inventan ocupaciones y obligaciones para evitar pensar y que la espera en este iluminado “corredor de la muerte” no los vuelva loco.

Los más débiles van cayendo en la locura o en una desesperación tan parecida a la locura que se vuelven indistinguibles.

Muchos han decidido suicidarse yendo voluntariamente hacia las sombras. Sin gritos. Sin aspavientos. Sin despedidas. No parecen locos, no creo que lo estén, tan sólo se sienten emocionalmente exhaustos y, decididos a hallar descanso, caminan hasta la oscuridad y entran en ella. Luego... nada. Ni gruñidos, ni rugidos, ni lucha... nada. Dos pasos y desaparecen para siempre en el negro olvido.

Los demás, más cobardes o más cuerdos, no lo sé, seguimos esperando a que las sombras vengan a por nosotros.

Si presto un poco de atención casi puedo escuchar como avanza, reptando sin prisa, ¿para qué apresurarse si no podemos ir a ningún otro lugar? En la Tierra ya no existen los puntos cardinales, sólo nos quedan dos direcciones: aquí, donde aún queda luz y allí, donde reina ella.

La isla de luz es cada día más reducida, apenas unas pocas casas en este lado de la carretera. Quedamos pocos, muy pocos y, mirándonos, parece mentira que formemos parte de la especie que, hasta no hace mucho, reinaba sobre el planeta. Algunos pasan el

día entre rezos y sus oraciones son lo único que se oye porque ya nadie habla, ni ríe, ni emite sonido alguno. Otros se las han comenzado a drogarse y otros, finalmente, se han refugiado dentro de sí mismos y se muestran ajenos a lo que ocurre más allá de su mente.

En cuanto a mí, me siento aquí cada día, en el lado iluminado de la carretera y vigilo la oscuridad. Esperando su llegada.

Algo vive en su interior.

Algo sisea en ella.

Algo se arrastra.

Algo se desliza despaciosamente.

Algo nos aguarda para darnos caza dentro de la oscuridad.

Sólo es cuestión de tiempo.

División robótica

Manzanaro Arana, Ricardo

"Tengo que corregir el estimulador" pensó Soto, nada más despertarse, tras comprobar que pasaban dos minutos de la hora establecida, y que, por tanto, los estímulos emitidos no habían sido suficientes. Ya le había ocurrido dos veces antes lo mismo. No dependía de estar pasando una época de estrés. Hoy mismo esperaba una jornada más o menos cotidiana. No concurría ninguna circunstancia que pudiera mantenerle en tensión, a la hora de acudir a su puesto de trabajo. "Tal vez, a medida que se usa, hay que ir incrementando la potencia" aventuró Soto, que llevaba poco tiempo con el dispositivo. Por ahora, había cumplido adecuadamente con su labor, en especial combatiendo la somnolencia en horas de trabajo.

Soto procedió con rapidez en su rutina de la mañana: baño de ultrasonidos, pasarse una toalla húmeda, reposición de las pastillas de higiene bucal y contra el olor corporal y, posteriormente, vestirse. El desayuno fue un poco más relajado. Siempre procuraba que no fuera más tragar que alimentarse. Al terminar, consultó su reloj y vio que faltaba un minuto para la llegada del encargado de la limpieza. Así que, a pesar de levantarse dos minutos más tarde, había tardado lo mismo que todos los días. Cincuenta segundos después escuchó el timbre de la puerta. Soto ya estaba al lado, y abrió de inmediato.

Solo se escuchó el saludo del recién llegado, que pasó al interior. No intercambiaron más palabras. El robot procedió como estaba estipulado en su plan, el cual le obligaba a actuar al límite de sus prestaciones. Al igual que muchos, Soto le había establecido el máximo de tareas posibles para la hora de servicio contratado.

Al comprobar el robot que el cliente estaba aún en el domicilio, siguió con la rutina indicada para ese supuesto, comenzando con la plancha de la ropa. Una vez que el cliente ya se hubiera marchado, procedería a la limpieza de las estancias de la vivienda.

Cuando a Soto sólo le faltaba peinarse, para ya salir del domicilio, recibió una llamada en el implante. Aquello significaba que comunicaban con él por algún asunto urgente. Soto tocó el mini-dispositivo disimulado en una zona del pabellón auricular, y se dispuso a escuchar.

"Soto, no vayas a la comisaría. Ha habido un asesinato cerca de donde vives, hace unos pocos minutos."

Una vez escuchado el mensaje, Soto presionó de nuevo, esta vez dos veces, el dispositivo situado en la oreja, lo cual significaba "de acuerdo".

Un cuarto de hora después, Soto enseñaba su acreditación como policía. De todas formas, el agente encargado de organizar el dispositivo le reconoció enseguida.

— ¿Usted no es el que se encarga de los robots? — preguntó el otro, buscando confirmación, y, tras el asentimiento de Soto, continuó — Ah, perfecto.

— ¿Tiene aspecto de haber sido un robot? — preguntó Soto, que estaba acostumbrado a agentes que enseguida apreciaban "claros indicios" de que el delito había sido causado por robots, cuando luego, con una rápida inspección, se descartaba sin ninguna duda.

— Yo creo que sí — afirmó —, porque me parece que le han informado mal. No son dos personas asesinadas — y con la mano derecha señaló una zona acordonada, donde reposaba un bulto de dimensiones humanas, cubierto con un plástico, y al lado otro

cuerpo, esta vez descubierto, y despedazado. Era un robot.

— Buf, menudo estropicio — exclamó Soto — ¿Alguien pudo ver cuántos robots fueron los atacantes?

— Es que ahí está lo más alucinante. Fue sólo uno — le reveló el otro.

Soto expresó estupefacción en su rostro, mientras susurraba un “¿Eeeehhh?”. Hasta ahora, siempre que se había enfrentado a un caso de agresión a un robot, habían sido al menos dos, y casi siempre tres o cuatro los atacantes. Todos los modelos de robots de las distintas marcas, presentaban semejantes prestaciones de potencia y resistencia. Salvo que el robot al que atacaban estuviera en deplorable estado, este repelería el ataque con todas sus fuerzas. Y, por ello, una agresión de un robot a otro era muy probable que acabara en tablas, y con ambos contendientes seriamente dañados. Entonces los ataques se solían cometer por varios a la vez. Pero, en este caso, había sido un único robot, que le había dejado al agredido como a un puzle.

De repente, Soto se dio cuenta que se había centrado en el robot, y no le había hecho caso a la persona asesinada. Expresó ese pensamiento verbalmente: “vamos a centrarnos en el muerto, que es lo que importa”, tras lo cual pidió que levantaran la manta que cubría el cadáver. Al revés que el robot, el finado no estaba especialmente afectado en su aspecto general. Pero destacaba que la cabeza se encontraba en una postura anormal, imposible de lograr por parte de una persona viva. El resto del cuerpo no parecía haber sufrido ataques. Se deducía que el robot agresor tenía una programación avanzada. Había sido capaz de matar a su objetivo, con un potente golpe en la testa, en el punto ideal y con la dirección perfecta para seccionar cordones nerviosos.

Se enfrentaba a un robot con prestaciones nunca vistas por su zona.

Veinte minutos después, Soto entraba en la comisaría por una puerta diferente de la del acceso general. Circulando por los pasillos, saludó a varias personas, llegando al fin a un despacho, que lucía en el exterior una placa con el lema "División de delitos robóticos".

El interior acogía tres despachos con un pasillo común. El primero era el del aprendiz, Julio Galdós, que estaba dentro, delante del ordenador. Al verle, éste saludó a Soto. Y las otras dos estancias correspondían a los de Soto y su compañero, Alfonso Ortíz, que se encontraba de baja, tras haber sufrido varios episodios de angina de pecho, unos meses antes.

Galdós y Soto llevaron a cabo la habitual reunión de principio de jornada. Este le explicó lo sucedido unos minutos antes.

— Jobar, había leído dos artículos sobre esto en los últimos días — respondió Galdós, mientras Soto susurraba "¿Ah si?" — Te lo iba a comentar. Pero no pensaba que iba a llegar aquí tan rápido.

— Pues estamos aviados como se generalice el uso de estos nuevos robots para atacar a otros menos potentes.

—Y el problema es que yo creo que no podemos hacer nada más — se lamentó Soto —. Solo seguir reclamando más dotaciones para cazarlos.

Mientras Soto susurraba "no creo que haya novedades", comenzó a revisar diversas páginas que fue mostrando el ordenador, muchas de las cuales exhibían membrete oficial,

y a las que pudo acceder previo tecleo de clave o identificación ocular o de huella dactilar. Así comprobó que no se había concedido todavía la petición de fondos, para incrementar el número de patrullas dedicadas a cazar robots no registrados. Ya era mucho que habían conseguido que se contratara a algunas personas para reforzar las revisiones. Durante las mismas, sin decirles nada a los dueños, se les colocaba un chip, que certificaba que eran robots legales y no trucados. Pero seguía habiendo sólo tres patrullas para identificar a robots sin chip, y por tanto, sospechosos de usarse para fines no adecuados. Estos tres vehículos tenían que recorrer las calles de todos los municipios de la comunidad. Y esa cifra era claramente insuficiente para lograr capturar un porcentaje importante de esos robots ilegales.

Un minuto después, Soto liquidó el tema con un "nada, seguimos igual", tras comprobar la ausencia de novedades en el documento referido a dicho trámite.

Seguidamente, Soto susurró: "bueno, comencemos". Pero entonces su rostro adoptó una expresión de estar dándose cuenta de algo, y seguidamente le preguntó a Galdós: minutos antes.

— Ah que se me olvidó ayer...¿Que tal tu madre?

— Buf... súper-bien...pero súper súper-bien

— Ah genial. Lleva tres o cuatro días ¿no?

— Cinco días ya. Y muy bien. La tarifa del robot es bastante alta, pero vale la pena. Es súper-suave. No le causa dolor y a la vez avanza con cada sesión. En estos días ha mejorado mucho. Con un poco de suerte, en 7-10 días ya puede tener bien la articulación

— Genial — comentó Soto —. Ya te dije que en poco tiempo dos conocidos, que tienen familiares con artrosis, me dijeron que con ese nuevo modelo les había ido de fábula

— Y ¿cada cuanto van a casa? — preguntó Galdós.

— Cada dos días. Y muy bien. Es caro, pero vale la pena. Y además, ahora tienen otro sistema, más barato, Si quieres, no vienen a casa, sino que tu te desplazas a la consulta — "¿Ah, si?" susurró Soto — Han puesto una consulta enorme en la calle Alcalá, con unos veinte robots. Entonces, reservas hora, vas allí, un encargado le introduce la pauta específica al robot, y te hace la rehabilitación — mientras Soto volvió a susurrar "jobar" —. Es la nueva tendencia. Claro, así te sale mucho más barato, aunque tengas que pagar el taxi. Nos dijeron que su intención, si va bien el nuevo sistema, era poner consultas de rehabilitación como esa en cada barrio, con cuatro o cinco robots. Ya veremos..

— Bueno. Vamos a lo nuestro — dijo Soto, para finalizar aquel tema de conversación

E iniciaron el rutinario repaso de incidentes y delitos, acontecidos y cometidos en el día anterior, que resultaba casi idéntico, día tras día. Una jornada había más delitos x, a la siguiente menos de esos, y más de z. Pero globalmente se parecían mucho.

— Ha habido dos robos en pabellones industriales — comenzó a informar Galdós — Han usado el mismo modelo, pero seguro que no son los mismos, porque ocurrieron casi a la misma hora. Se están encargando los municipales. Ya nos informarán.

— Vale — susurró Soto, mientras copiaba y pegaba datos de los delitos en su agenda personal —.

— Ha habido otro atraco a una vivienda. Pero lo peculiar es que ha sido al lado del

Retiro — informó Galdós

— ¿Eeeehh? - exclamó Soto

Hacía muchísimo tiempo que no sucedía un delito en la zona centro de Madrid. Una legión de robots vigilantes, circulando por la zona, detectaba hasta el movimiento de una hormiga, impidiendo los delitos en aquel lujoso barrio. O los que manejaban a los robots ladrones tenían una destreza increíble, o dichos autómatas poseían alguna propiedad nueva, que facilitaba la comisión del delito. Soto apuntó ese como "caso fijo" para ir a investigarlo. El atraco había sido en la casa de un coleccionista, y se habían llevado algunas obras valiosas.

Galdós continuó enumerando, y aportando algunos datos sobre los mismos, la lista de delitos cometidos en las pasadas horas, y con sospecha de participación de robots.

— Una paliza de tres o cuatro robots a un grupo de diez aproximadamente. Son de una banda de delincuentes habituales, por lo que es muy probable que sea un ajuste de cuentas.

— Tenemos conocimiento de nueve ataques a comercios

Los dos comentaron acerca de la cada vez mayor frecuencia de casos de ataques a comercios. Las tiendas del centro de las ciudades o las de productos caros, ya poseían escaparates y puertas resistentes a ataques robóticos. Pero la mayoría de los propietarios de comercios no podían hacer frente al desembolso que suponía ese equipamiento. Y los delincuentes cada vez usaban más los robots en sus atracos. La solución, hasta cierto punto, sería incrementar la plantilla de la sección de vigilantes, dentro de la división de robo-policías, para que pudieran hacer rondas por aquellos barrios. Pero por ahora el presupuesto no llegaba. Galdós le dijo a Soto que había oído que los comerciantes de una ciudad habían pedido un crédito para adquirir varios robots vigilantes, para que patrullasen la zona

— Estamos sufriendo un mayor número de delitos, pero nuestra plantilla de policías o de robots está fija — comentó Soto — Y tendríamos que ofrecer alguna solución, aunque sea parcial.

— Pero este problema lo tendrán en todas partes — dijo Galdós

— Eso de que también lo padecen otros, no me sirve. Yo tengo una enfermedad y tengo que conseguir que se cure. No me sirve decir que hay miles de enfermos

Galdós calló un momento y expresó gesto de estar pensando en algo.

—Y los robots que usamos durante la jornada laboral ¿no se podrían reprogramar y que por la noche hicieran labor de vigilante callejero?

Soto emitió un sonido, sin abrir la boca, que se podría traducir por un "¿Eeeehh?"

— Si, los robots que usamos para investigación y para misiones concretas, luego, al acabar la jornada, se les podría destinar a patrullar calles. No se si se les puede meter dos programaciones diferentes. Entonces, así harían ronda nocturna, y con eso podríamos evitar, o al menos reducir, los asaltos a tiendas a esas horas. Y se transmitiría el mensaje a los delincuentes de que hay vigilancia en ese barrio, aunque luego durante el día no se les vea.

— Puede ser una buena idea. No se nos había ocurrido — comentó Soto —. Voy a preguntar al servicio técnico a ver si es posible — anotó un texto en un papel.

Tras ese comentario, Galdós continuó resumiéndole a Soto las principales incidencias referidas a robots.

—Tenemos otro robot, de la marca "RUR", que se ha averiado y que ha producido desperfectos en una vivienda, en un chalet y en otro alledaño.

Soto iba a exclamar, expresando su hartazgo por la elevada frecuencia de averías que presentaba el nuevo modelo de aquella marca. Pero, en ese momento, Soto escuchó una nueva llamada en el dispositivo auricular. Tras escuchar, explicó a Galdós la causa de la urgencia.

— Un robot ha atacado a uno de sus propietarios, dejándole en estado grave.

— No jodas — susurró Galdós

— No me han dado muchos detalles, porque todavía no han podido investigar casi nada. La esposa estaba en otra parte de la vivienda, y al oír unos gritos del marido, ha corrido hasta allí y ha visto cómo le estaba atacando el robot. Este se ha dado cuenta de la presencia de la otra persona, e inmediatamente ha parado de pegar, y se ha escapado de la casa

— Y ¿cómo está el herido? — se interesó Galdós

— Bastante mal — respondió Soto —. Le han catalogado como grave, pero no parece que esté en riesgo su vida

—No había oído nunca un caso así. ¿Se sabe que modelo era?

Soto le reveló el dato.

— Pero si esa es una buena marca — comentó Galdós a continuación.

— Eso es lo alucinante — respondió Soto.

Ambos estaban muy extrañados, ya que se trataba de un modelo de robot de calidad reconocida. Era muy usado entre personas de alto nivel adquisitivo, con prestaciones muy superiores a la media, y, asimismo, escasas averías y normalmente de poca importancia. Los modelos de robots baratos, o adquiridos en chiringuitos de ínfima confianza, o comprados online a casas desconocidas, solían tener muchas averías, pero las consecuencias no pasaban normalmente del no funcionamiento del autómatas, algún desperfecto doméstico, o en el coche y, como mucho causaba leves lesiones en algún usuario. Pero no era por el ataque del robot, sino como consecuencia de un desperfecto causado por aquella acción.

En ese momento se escuchó un aviso urgente por la radio del coche, y que lógicamente alertó a los dos.

— Aviso a las patrullas de la zona — tras lo cual se detalló las áreas afectadas —. Ha sucedido un incidente grave con un robot. Ha atacado a su propietario y luego ha huido —. Se difundieron los datos del peligroso autómatas y del domicilio donde se produjo la agresión.

A continuación en la radio se oyeron varios comentarios de policías que trabajaban por la zona mencionada, solicitando más detalles. Entre ellos, llamó la atención una de las intervenciones, en la que un policía preguntaba si podía ordenar a su robot que detuviera al autómatas agresor, en caso de localizarlo. El que hablaba desde centralita advirtió al otro de que se trataba de un modelo de alta gama, y que no iba a ser fácil detenerlo si continuaba con su "actitud" agresiva, por la potencia y las prestaciones que

atesoraba.

Además el otro advirtió:

— Nos han dicho desde Jefatura que intentemos detenerlo sin provocarle excesivos daños, porque luego se desea examinarlo a fondo, para intentar descubrir la causa de tan anómalo comportamiento.

Poco después, la radio volvió a referirse al caso.

— Se ha descubierto que el robot que atacó a su dueño, y luego huyó, sustrajo varias joyas y un par de relojes de lujo que estaban en el domicilio. No sabemos si habrá robado algo más. Pero eso está confirmado.

Una hora después, mientras terminaba de tomar datos en uno de los comercios que habían sido atacados por robots, Soto recibió una llamada interna. Tardó diez minutos en llegar a la zona acordonada por la policía, un callejón. En el interior reposaba el robot sospechoso del ataque a su dueño. No estaba especialmente dañado .

Tras un minuto hablando con uno de los policías allí presentes, empezó a conformar una teoría de lo que había podido pasar. Casualmente, se estaba desarrollando una acción contra el tráfico de drogas neurogénas en aquel barrio. Y por la zona se distribuían varios coches de policía y algunos agentes. Tal vez, los delincuentes, pasando por aquí en su huida, al ver el panorama, se asustaron, y se deshicieron del robot, lanzándolo a aquel callejón.

En ese momento, vieron como se acercaban un policía y otra persona no uniformada. Soto se enteró que éste era el gerente para España de la compañía Home-Rob, la que había fabricado el robot. Tras un saludo breve, el experto se acercó al autómata yacente. No tardó ni medio minuto en examinarlo, tras lo cual regresó a donde estaban los otros, afirmando sin atisbo de duda:

— Ese robot no es nuestro. Es una falsificación.

— ¿Qué...? — exclamó Soto, expresando sorpresa en su rostro

—Es el segundo caso del que tenemos conocimiento — informó, tras lo cual volvió a repetir — Es una falsificación de un modelo nuestro. Son ladrones que utilizan sustitutos de robots, para robar en domicilios. Copian modelos de robots muy estándar. Nos dicen que la mayoría se fabrican en China, India y países de alrededor. Son copias muy buenas, en cuanto a parecido con el robot original. Entonces, mientras este hace algún recado, lo atrapan y lo sustituyen por el doble. Este va al domicilio y se comporta correctamente, hasta que se queda solo y arrampla con todo lo que puede. En algún caso, lo que hace es facilitar que los delincuentes accedan a la vivienda, y estos son los que roban.

—Y ¿hay alguna manera de descubrir que ese robot no es el original, el que fabrican ustedes? — preguntó Soto

— Estábamos pensando en estrategias en el sentido contrario, como incluir en su estructura interna algún tipo de elemento identificador, que sea imposible de falsificar. Pero se trata de un proyecto, como mínimo, a medio plazo. Y además, — el individuo suspiró — comprenderá que si se difunde que nuestros robots tienen dobles, que les pueden sustituir y hacer putadas a los clientes, no vamos a vender ningún robot, aunque ofrezcamos dos por uno.

Finalmente, se ordenó el levantamiento y posterior traslado del robot a la comisaría

donde trabajaba Soto, para un minucioso examen en los próximos días.

La jornada discurría rutinaria, hasta cerca de las seis de la tarde, momento en el cual Soto recibió una llamada. Debía acudir a una comisaría de Alcalá. Había presentado una denuncia el dueño de una empresa de alimentación. Había recibido un pedido importante de robots para su fábrica de elaboración de platos preparados. Al llegar el envío, descubrió que ninguno de ellos funcionaba.

Soto y un policía se desplazaron junto con el denunciante a la sede de la empresa. Al poco de comenzar a revisar las unidades del pedido, Soto se detuvo y se giró hacia el empresario y el policía “Estos robots no son del modelo y la marca que figura en el pedido”. Y luego les mostró a los otros dos los datos en los que se basaba para afirmar tras inesperada conclusión. Lo primero que tuvieron que hacer Soto y el policía fue atender al empresario, que empezó a respirar ruidosamente y sus manos a temblar, mientras decía “no puede ser, no puede ser”, y “que me arruino”. Lograron sedarle y le pasaron a una habitación hasta que menguase algo su angustia. A continuación, los dos penetraron en el área donde estaban los robots. El policía comenzó a exclamar, cagándose en la empresa de robótica que había cometido semejante chapuza de equivocar el pedido, pero Soto le interrumpió, afirmando categóricamente:

— Eso no es un error o chapuza. Es un atraco. Esos robots no son un único modelo, sino varios. Y son antiguos y de diferentes años de fabricación. Incluso algunos están muy deteriorados. A este le han robado el pedido, habría que determinar en qué punto, y le han metido los otros para que nadie sospeche, hasta llegar a su destino.

Un rato después, el empresario, ya un poco más tranquilo, el policía y Soto fueron a la comisaría, para tramitar la denuncia. Pero al llegar allí, el lugar estaba atestado de gente, que iba de un lado a otro, gritaba, llamaba a otras comisarías... Consiguieron enterarse de que había ocurrido.

— Un grupo numeroso de robots ha asaltado tres bancos y luego han entrado a sedes de varios departamentos del gobierno de aquí y han hecho una auténtica escabechina, destrozándolo todo.

— ¿Se sabe que modelo eran? - preguntó Soto, de manera rutinaria

Cuando lo reveló, Soto, y los otros dos exclamaron de diferentes formas la impresión que les había ocasionado el saberlo. Era el mismo modelo de robots que el que había contratado el empresario. Unos minutos después la probabilidad de que los asaltantes fueran los autómatas sustraídos era casi del 100%.

La tensión en la comisaría era extrema. Varias personas manejaban y dirigían a los robots policía que circulaban por la zona, para que cesasen en sus misiones y se moviesen, según las órdenes, en busca de los robots ladrones. Se organizaron patrullas de urgencia, unas para reforzar la investigación en los lugares asaltados y otras para circular por la zona, atentos a cualquier indicio o a lo que les informaran desde Central. Y se mandaron decenas de mensajes de alerta a comisarías de la Comunidad y a los mandos del Gobierno central.

Soto y el policía ayudaron al otro a que tramitase la denuncia, y le facilitaron el contacto con una sección del departamento de Robótica, encargada de gestionar

necesidades de autómatas originadas por delitos.

Mientras tanto, se contactó con todos los propietarios de robots de ese tipo, para alertarles de que sucedía, y convencerles de que les colocarán un chip, con el fin de tenerlos controlados. Afortunadamente, no hubo nadie que se opuso, y en unas pocas horas los policías de calle podían ver en su pantalla de trabajo los indicativos relativos a la posición de todos los robots legales, para que pudieran saber si ese autómata que estaban viendo era de los fichados o no.

Pero, a pesar de aquella movilización, las malas noticias fueron llegando a la comisaría en las siguientes horas y días, y, por extensión, a Soto y Galdós.

“Han asaltado una fábrica de armas en Alcorcón”, “Robo en tres joyerías de Alcalá, muy probablemente usando robots”, “Un policía muerto y otro herido grave cuando intentaban identificar a unos individuos sospechosos al ir con robots no registrados”. “Ha habido una explosión en la fábrica que tiene “Robo-Serv” en Barcelona. No se han registrado heridos, pero las instalaciones han quedado destrozadas. Cientos de robots de diferentes modelos han resultado gravemente dañados”

Cuatro días después, Galdós recibió una llamada mientras estaba desayunando. Le comunicaron una grave noticia. Se presentó en la comisaría donde estaban las instalaciones de la división de delitos robóticos, su lugar de trabajo. Cientos de personas intentando saber qué pasaba y varios coches policiales le dificultaron el acceso. Cuando por fin llegó, nada más ver la situación, expresó el susto en su semblante. Las instalaciones estaban destrozadas, y en algunas zonas se había visto afectada la fachada del edificio. En el caos de policías, bomberos, sanitarios, y camillas, pudo enterarse de que varios robots kamikazes, cargados de explosivos, se habían lanzado contra el edificio o entrado en las instalaciones, estallando instantes después. A Galdós no le hizo falta acercarse mucho para descubrir que una de las zonas con derrumbes era en la que trabajaba. Se aproximaba rápido ahí, cuando le detuvieron dos policías, los cuales, tras oírle, le condujeron a una zona con multitud de personal sanitario atendiendo. Allí levantaron una sábana que cubría un bulto, y le pidieron que se identificase al fallecido. Era Soto.

En el bar estaba puesta la televisión. En ese momento comenzó a emitirse el telediario. Galdós, que estaba echando una ojeada a unos comics de segunda mano comprados en un mercadillo, prestó atención a lo que se anunció.

— Noticia importante. El gobierno español, tras el fracaso de las negociaciones en la pasada cumbre, no esperará a que se decidan en la Unión Europea y ha optado por actuar ya. El gobierno prohíbe el uso de robots, de cualquier tipo de robot, y para cualquier función. Únicamente se permitirá para funciones concretas en Sanidad y Defensa, con una normativa muy estricta, que se concretará en unos días. El gobierno considera que debido a los graves casos ocurridos en las últimas semanas, en que los robots se han empleado para cometer delitos y atentados, es necesario impedir inmediatamente que robots programados o manipulados sigan ocasionando muertes, delitos y graves destrozos. Todos los propietarios de robots deberán entregarlos en las delegaciones de

gobierno de cada comunidad en un plazo máximo de un mes. Dichos robots quedarán en depósito, a cargo del Gobierno, hasta que se redacte una nueva legislación, que asegure que los autómatas no van a ser utilizados para fines delictivos. Pasado el plazo, cualquier robot que se vea por cualquier lugar será directa e inmediatamente destruido. Se van a habilitar en distintas sedes gubernamentales, autonómicas y municipales oficinas de información acerca del depósito de robots, donde responderán a cualquier duda. El gobierno declara que es su intención no es prohibir el uso de robots, pero que son necesarios controles y legislaciones para impedir que se repitan los graves sucesos de estos días.

Afortunadamente, Galdós, que ya se había enterado de que el gobierno iba a tomar esa decisión, no tenía que hacer nada con respecto a la entrega de robots. Sus jefes fueron muy amables y, tras unos días horribles, con la pena por la muerte de Soto, y teniendo que ayudar a los policías en sus investigaciones y a los funcionarios en recoger datos de robots y clientes, le dispensaron ya del trabajo, y le dieron la baja. Pocos días después, le concedieron seis meses, con opción a llegar hasta un año.

Respecto al ataque a la comisaría en el que falleció Soto, se identificó a los responsables, una banda de delincuentes y mafiosos bastante importante, con muchas ramificaciones en Europa del Este y Rusia. Se consiguió detener a varios, e incautarse de robots, botines, armas y propiedades inmobiliarias, pero se sabía que ese era sólo uno de los tentáculos de la banda. La Interpol fue alertada, y, hasta ese momento, nada más.

Galdós no sabía aún qué iba a hacer en el futuro. Había pensado en formarse, y acudir a cursos de perfeccionamiento sobre robots, pero luego pensó que todavía no estaba nada claro acerca de qué iba a pasar con la legislación, y que se decidía al final. De primeras, el asunto de la delincuencia con robots distaba mucho de estar resuelto, ya que se continuaban cometiendo delitos. No se había podido detener a todos los que tenían robots ilegales, y estos seguían usándolos. Y ahora, sin oposición de los legales, a ver quien les paraba. No dejaba de haber noticias acerca de ataques, robos o asesinatos realizados por robots. Cada vez menos, pero continuaban. Se iba a tardar mucho en lograr el objetivo, y siempre surgirían problemas, pero se estaba en el buen camino para conseguir que los robots se usasen solo para fines beneficiosos.

En la televisión ya informaban de otros asuntos. Y Galdós decidió entonces marcharse del bar. Intentó llamar la atención del camarero, que estaba al otro lado de una larga barra. Pero en ese momento entraron tres personas, que debían ser amigos del encargado del bar, porque le saludaron con mucha familiaridad. Pudo oír la conversación entre ellos.

— Y, por fin ¿Te han puesto ya la prótesis? — preguntó el camarero a uno de los recién llegados

— Siii, hace ya casi un mes...mira — se remangó el brazo derecho y mostró una extremidad con el codo cubierto por una especie de funda. Era una de las nuevas prótesis que se habían empezado a colocar en personas con limitaciones en una o varias articulaciones, por artrosis o reuma, secuelas de fracturas, miopatías... Según había oído comentar a otros, iban muy bien y conseguían que quien las portaba tuviera una movilidad semejante a la de un sano

— Y ¿qué tal te va?

— Genial...genial, no te puedes imaginar que bien la muevo ahora. Ya de principio me iba de fábula. Pero es que hace unos días un compañero del curro, con el que me encontré, me puso en contacto con un mecánico, que ha trabajado en varias empresas que fabrican prótesis de este tipo, pero que ahora va por libre. Y el tío me la modificó y le añadió unos dispositivos para mejorarla y que tuviera más potencia. Y no veas que pasada, que bien me va. Con la prótesis ya hacía muy bien el curro que antes ya no podía, pero con lo que me puso este, cargo con el doble de peso que lo que podía mi brazo cuando estaba bien - los otros comentaron la revelación con expresiones como “genial” o “súper-bien”, tras lo cual el otro añadió, cerrando el puño —. Y además, si me vuelven a venir los hijos de puta del barrio de al lado a molestarme, ahora me podré defender, y no solo eso, sino que les voy a machacar. Y si me tocan mucho las pelotas, voy yo allí y les aplasto.

Mientras los amigos aplaudían y exclamaban “Así, muy bien”, el camarero se apercibió de la seña que le estaba haciendo Galdós desde el otro lado de la barra. Tras abonar la consumición, Galdós salió del bar.

Este nuevo y extraño mundo

Juarez López, Edher

Los tres se encontraban en la estación, esperando pacientemente la llegada de su tren. Una proeza de la ingeniería. Un monstruo de vapor. Un dios diría algunos.

—Vulcano. —dijo el viejo profesor Staín. Un hombre bonachón, con un gran mostacho y pelo blanco por la edad. Vestido como todo hombre letrado europeo debería: De traje completo color gris, con saco que combinara, una camisa blanca y moño en cuello. Con sombrero de bombín y su bastón siempre en la mano.

—¿Vulcano? —dijo la intrépida y siempre inquieta Srta. Elizabeth. Una joven de apenas quince años. Con una gran sonrisa siempre en el rostro. De cabello rojizo como el fuego y con un rostro lleno de pecas que le agregaban inocencia a su semblante. Llevaba un largo vestido blanco, con guantes y un bello sombrero. Y aunque era usual que las damas de la época, llevaran una sombrilla para protegerlas del sol, era más usual que la misma Elizabeth no la llevara por el mismo hecho de que todas las demás lo hicieran.

—Sí —siguió con su explicación el profesor—. Así se le nombró a la locomotora más poderosa del mundo. Tal y como el viejo dios.

—¿No es una exageración? —dijo Elizabeth.

—No. Una máquina de tal calibre, debe tener un nombre imponente. Y no hay uno mejor que el de un dios antiguo.

—Me parece algo arrogante por parte de los creadores.

—Tal vez. Pero una máquina que cruce el océano pacífico, no es cualquier cosa, Srta. Elizabeth.

—Sí, pero hubiera preferido ir en zepelín —inquirió la dama al ver la razón que tenía el profesor Staín.

—Sería más lento —dijo el profesor.

—No si usáramos los nuevos TurboZep —habló Elizabeth con trepidante emoción.

—¿En serio, tan rápidos son?

—Profesor, Staín. Me apena que no siga los avances del hombre, siendo alguien tan renombrado. —Staín solamente rió ante tal comentario. Nada hiriente o tratando de ser nefasta, pues se tenían esa libertad al hablar entre ellos. —Y tú fortachón, ¿Qué opinas?

El tercer individuo. Un hombre de piel de ébano. Con rasgos duros y un mentón cuadrado. Con la cabeza rapada y de una estatura más alta que la del hombre promedio. Con un traje ajustado que hacía notar lo musculoso de su persona y un moño rojo que resaltaba al desentonar con su combinación neutra de la vestimenta.

—Yo opino qué —dijo el Sr. Oslow. Con una voz gruesa—. Que ya llegó el tren.

Y todos lo constataron al oírlo llegar. Sin más, agarraron sus cosas; el profesor Staín con su pequeño maletín y el Sr. Oslow con su bolsa de mano que contenía lo único que necesitaba un hombre como él y cargando la enorme maleta de la Srta. Elizabeth.

El fuerte silbato sonó anunciando la llegada de este dios. Sin lugar a dudas lo más impresionante era la misma locomotora. Mucho más amplia y alta que el resto del tren. Cuya caldera le apodaban “la boca del averno” no por la intensidad de calor sino por su monstruosa capacidad que se vislumbraba por las dimensiones abismales en comparación a otros ferrocarriles. Es bien sabido, que conforme las máquinas avanzan, se complica su

manejo. Por ello que para ésta, se necesitaban de cinco operadores, sólo para maniobrar, mantener el fuego y regularla durante el viaje siendo ésta misma la más importante. Con un revestimiento de acero que la dotaba de un color platinado sin llegar a brillar mientras que las ruedas motrices y las bielas de acoplamiento seguían siendo de color negro como otros modelos obsoletos. La cima de la metalurgia se unió para crearla y moldearla. Pareciendo que estuviera hecha de una misma pieza incluyendo a su rompe hielo con forma de parrilla. Mucho más aerodinámica.

Se extendía más allá de la misma parte de abordaje, debía moverse por la magnitud de gente que podía trasladar ya que no todos cabían en el andén y siempre se priorizaba la clase más rica.

—Mire eso, Srta. Elizabeth —dijo el profesor Staín—. Una chimenea tan grande que fácilmente podría entrar un hombre de la complexión del Sr. Oslow acostado.

—¡Lo sé!—dijo inusualmente asombrada Elizabeth. Que incluso ella al ser tan extrovertida, se apenó de tal reacción. —Lo sé —dijo más recatada y sonrojada por su anterior acción. Lo cual enterneció al profesor Staín que la veía como una hija.

—Incluso, no sólo es un tren de pasajeros, sino también lleva carga de exportación. La única que puede llevar diferentes elementos entre los continentes, y en un tiempo bastante cómodo si me pregunta.

—Cinco días —dijo Oslow.

—Es correcto —dijo Staín.

Los tres subieron después de esperar a que la primera clase abordara. Dejaron su equipaje en sus dormitorios. Unos muy pequeños, dónde el profesor tuvo que compartirlo con Oslow, mientras que Elizabeth tuvo uno propio. Y al finalizar fueron al área común que la clase media tenía reservada.

—Ya casi estamos por llegar al océano —dijo el Profesor mirando por las ventanillas y sentándose en uno de los amplios asientos.

—Cierto —comenzó a decir Elizabeth—, Sr. Oslow, ¿siente la vibración del tren?

—No —dijo Oslow.

—Exacto. Una maquinaria perfecta. Incluso ahora si ve por la ventana podrá notar el océano. Es decir que entraremos en la segunda fase de velocidad. Espere... —dijo la Srta. Alzando el dedo y bajándolo estrepitosamente después de unos instantes. —Ahí está.

—Cierto —dijo sólo con un atisbo de emoción en su voz, reconociendo el minúsculo cambio de velocidad.

—Lo sé. Casi ni lo sintió. Es por el mecanismo que absorbe el impacto. Igual que la caldera y los complejos mecanismos para lograr la transición a todas las ruedas de todos los vagones. Sólo la empresa de ingeniería Steamfuture pudo lograr algo así.

Tanto Oslow como Staín no dijeron nada ante el comentario. No por ser ofensivos, sino que sabían lo que significaban que esas palabras vinieran de la misma Srta. Elizabeth. Pues el reciente entusiasmo de su plática se apagó al notar de qué hablaba.

—Es hermoso, ¿no creen? —dijo el Profesor después de un pequeño instante de silencio. Observando el inmenso azul que ahora los rodeaba.

—En verdad lo es —dijo Oslow algo asombrado.

—¿Creen que veamos ballenas? —preguntó Elizabeth volviendo a ser la misma de

antes.

—De verdad lo dudo, Srta. Elizabeth. Pero nunca se sabe —le respondió el viejo Staín sin apartar la vista de la ventana.

Se quedaron oteando por la ventana durante un largo lapso. Callados y sin afán de iniciar una conversación. Ante la paz que se generaba el magnético azul del mar.

Se pasaron el día entero hablando entre ellos o buscando conversaciones con las demás personas de la sala común donde podían descansar. Comían sus alimentos en el comedor y al concluir; en la noche, tanto Staín como Elizabeth dormían mientras que el Sr. Oslow se la pasaba fuera de sus cuartos. Simplemente parado con los ojos abiertos y los brazos cruzados, cual estatua, sin poder cerrar los párpados en toda la noche. Algo que no preocupó a sus compañeros pues era de lo más normal dada la condición del hombre.

Y entonces, justo a la mitad de su recorrido, en un día que parecía de lo más usual. La joven decidió investigar el tren entero, seguido del caballero moreno, que la cuidaría y la haría entrar en razón. Algo que calmó mucho al profesor, que se decidió a leer un buen libro en la sala común.

Los dos: Elizabeth y Oslow fueron detenidos al cruzar la entrada del comedor de primera clase. Un vagón de lo más elegante. Con asientos ostentosos, camareros vestidos de blanco e incluso un gran candelabro. Puertas de cristal se veían a partir de este punto, con finas sedas que las cubrían cual ventanas y les daba privacidad a quien lo deseara. Llevando sólo trajes hechos a la medida, siempre de lo más limpios. Con un sirviente propio o del mismo tren, sirviéndole como debía ser para alguien de su posición; hombres con monóculos y mujeres con sombreros que sólo jugaban, bebían y reían.

— ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la Srta. Elizabeth con un tono más alto y demostrando su inconformidad.

—Lo siento Srta. —comenzó a decir uno de los guardias —. No pueden pasar a la primera clase.

—Tranquilos, caballeros —dijo un elegante hombre que se acercaba —. Dejen pasarlos. —Y así hicieron ellos.

El ambiente cambió pues todos ahí se giraban para mirar a los dos nuevos pasajeros. Sobre todo a Oslow, que algunos lo seguían con una mirada lasciva por el simple hecho de ser de un color diferente. El hombre elegante los llevó hasta el bar y les ofreció algo de beber, el cual rehusaron. Al ser una menor de edad y Oslow... bueno, al ser "él".

—Srta. Elizabeth Swan —dijo el hombre siendo un caballero, besándole la mano e inclinándose en reverencia —. Mi nombre es Jhon Armstrong.

—Impresionante que sepa mi nombre, Jhon —dijo Elizabeth.

—Para nada. Qué clase de líder sería si no fuera así. Aunque debo admitir que desconozco la información de este hombre —habló refiriéndose a Oslow.

—Él no habla mucho. Es el Sr. Oslow.

—Encantado. —y entonces estrechó la mano de Oslow y sintió un duro apretón al que intentó no hacer una mueca de dolor.

—Entonces —siguió hablando Elizabeth —, Jhon Armstrong. El heredero de la familia Armstrong. De los ferrocarriles y de la acerera. Un magnífico tren el que tiene

usted.

—Se equivoca, Srta. Swan. Es de mi padre, todo lo es. Yo solo soy el simple encargado.

—Dígame, Jhon. Siempre tuve la duda ¿Cómo es que lograron poner unas vías en la mitad del océano?

—Srta. No me engaña, alguien tan educada como usted, seguramente debe saber la respuesta. Pero debe querer alzar mi ego de hombre al preguntarme.

>>Verá, es cierto que otros tiempos no podríamos haber logrado algo si quiera parecido. Y es por los avances de los alquimistas. La creación de la tierra que sostienen la vías, eso es único. Debo admitir que no sé mucho del tema. Pero es simplemente tener los elementos necesarios para la transmutación. En otros tiempos le llamarían magia.

—Eso y muchos alquimistas —dijo sarcástica y nada impresiona la Srta. Swan —. Increíble la ciencia alquímica.

—Todos ellos son trabajadores y muy bien pagados; debo admitir.

—Vaya y muchos de ellos están aquí, ¿cierto?

—Es verdad. Todos obtienen ganancias que los colocan en nuevos estatus, Srta. Swan.

—Es muy gracioso que lo diga. Porqué justamente antes de venir fuimos a visitar la tercera clase.

—Srta. Swan, No debería ir a esos sitios. Debo admitir que su guardián personal es intimidante, pero es su salud lo que me preocupa, esos sitios no son especialmente higiénicos. Se puede saber eso por el simple olor que despiden esos lugares y en especial esa gente.

—Creo que es verdad que las personas despiden ciertos aromas según su posición. Es en la tercera clase donde más me he sentido a gusto. Pues hay una comunidad, hay felicidad al no tener nada y querer dar más. Incluso conocí personas de lo más asombrosas.

>>Muchas de ellas alquimistas. Me sorprendió mucho saber que fueron ellos los que construyeron la mayor parte de los rieles y tierra sobre la que nos encontramos. Pero que apenas se les pagó lo necesario. Mientras que a sus capataces, aquellos hombres blancos, se les dio no sólo una obscena cantidad de dinero sino que se les deja viajar en clase alta. Impresionante, ¿no cree? Es cierto que huele a verdadera humildad y felicidad en la tercera clase. Pero aquí, Jhon. Huele a arrogancia pura de esa clase que olía en Inglaterra. Pensé que en las Américas sería diferente, que serían de otra clase de personas. Pero me equivoqué, en verdad eso es aburrido. Que las personas simplemente se crean mejores que las demás y tengan una tonta necesidad de hacerlos menos.

Jhon Armstrong se quedó mirando a la Srta., mientras todos en el vagón escucharon la conversación. Y entonces el hombre elegante de manera calmada y cordial respondió:

—Srta. Swan, me apena que piense eso de nosotros, todos aquí incluidos. Pues usted, la única heredera de la familia Swan. Dueños de Steamfuture. Los que modificaron al mundo. Los que ayudaron a mi padre y que son socios mayoritarios de éste y muchas otras locomotoras. Me apena que viaje en segunda clase, es decir, usted fácilmente pudiera viajar aquí, junto a los arrogantes. Junto el profesor Staín y su “amigo” aquí

presente.

Fue tal la manera despectiva en la que Jhon dijo “amigo”, deliberadamente haciendo menos a Oslow, que éste se acercó al heredero de manera amenazante. Pero instantáneamente tres de los camareros, desde diferentes posiciones, desenfundaron armas de fuego que mantenían ocultas. Lo que detuvo al hombre alto. Mirando y procesando sus opciones.

—Sr. Oslow —comenzó a hablar Elizabeth —, por favor, no. Sé que ha dañado su ego. Pero se lo pido. Una de las promesas que le hice a mi padre, y con la cual aceptó que viniera en este viaje, fue que cumpliera con mis obligaciones de futura heredera. La de juntar a las dos familias más ricas y poderosas del mundo. Y no puedo, de ninguna manera, permitir que un amigo tan querido como usted dañe a quien será mi futuro esposo.

—Debo decir —dijo Jhon —. Que me he precipitado en mi discurso. Pero que maleducado he sido, por favor, todos bajen sus armas. —y así hicieron y volvieron a sus actividades, como si nada hubiera pasado y fueran simples camareros en el vagón. —Sr. Oslow por favor admita mis más sinceras disculpas. Me he dado cuenta que insultarlo a usted es insultar a mi futura esposa. Que no tenía el placer de conocer y que no creía que tuviera el conocimiento la situación de nuestra familia.

—Seré joven, Sr. Pero créame. Mi padre me ha instruido en todo lo concerniente a nuestra familia. Incluyéndolo a usted.

—Que apenado me siento ahora. Esto ha sido la peor manera de conocer a su prometido.

—No. Ha sido la mejor a decir verdad. Si me disculpa, es momento de marcharnos.

—Por favor, no. Insisto en que se queden. Es más, deben venir a primera clase.

Pediré que los cambien de inmediato.

—No. Por favor no haga eso. Si de verdad me respeta como su futura esposa. No lo hará. Este viaje es mi último momento de libertad. Acabando, seré de nuevo Elizabeth Swan. Por ahora sólo soy Elizabeth. No me consideré su prometida, sólo una desconocida.

—Lo entiendo —dijo sonriente el heredero. Como si disfrutara de un espectáculo del que él mismo era participe.

—Nos vemos, Sr. Armstrong.

—Hasta luego, Srta. Elizabeth.

Ellos dos caminaron fuera del comedor y siguieron andando, hasta que fue Oslow quien se aventuró a hablar una vez alejados: —Ese hombre me inquietó.

—¿En serio? —Le dijo Elizabeth sin detenerse.

—Parecía demasiado divertido con la situación. Nunca sintió vergüenza ante sus actos rebeldes, ni siquiera miedo cuando me le acercaba. Casi como si supiera que todo esto iba a pasar.

—Fue arrogancia pura. Nada más. Te lo dice alguien que fue criada por uno. Veamos que hace el profesor, ¿quieres?

—Claro. —Y entonces Oslow la siguió sin decir ni una palabra y sin sacar de nuevo el tema.

Mientras estos acontecimientos ocurrían el viejo Staín entró al vagón comunal. Donde

había tres hombres de negro sentados en la esquina y una familia justo a la mitad. Él decidió ocupar los asientos libres a lado del clan. Leyendo un viejo ejemplar que siempre cargaba consigo.

—Pero, ¿Por qué? —dijo el niño a lado del profesor, y éste no pudo evitar escuchar, pues si había algo que de verdad lo emocionaba era la curiosidad de los más pequeños.

—Bueno, así funciona —le respondió el padre vagamente.

—No. Pero, ¿cómo? Quiero saber ¿Cómo se mueve el tren?

—Este... —el padre no sabía que responder, dudoso y hasta un poco apenado ante su propio hijo fue el mismo profesor el que intervino.

—Es la fuerza del vapor, niño —Tratando de no sonar petulante y sólo con la motivación de ayudar —. Perdón por interrumpir, pero no pude evitar escuchar tal conversación. Dejen que me presente. Pueden llamarme Profesor Staín.

—No, para nada —dijo el padre —. Ellos son mi familia. Mi esposa Julia, Ana el bebé, mi hijo Gustav y yo, Alfonso. Es un placer.

—Pero entonces, ¿Qué es el vapor? —siguió preguntando el niño. Ahora teniendo al viejo Staín.

—Gustav no seas maleducado, no puedes...

—No, para nada —dijo el profesor sonriente —. La curiosidad es esencial para que pueda avanzar la humanidad. Veras, pequeño Gustav. El vapor viene de calentar el agua y que pase de su estado líquido al gaseoso, eso hace que salga a una velocidad, lo que hace en sí que se muevan las ruedas de los trenes.

— ¿En serio?!

—Sí, de verdad. Aunque para mover esta locomotora y a tal velocidad se necesita más que eso.

— ¿Qué?

—“El líquido perfecto” Es lo que es llamado el invento más grande del siglo. Lo cual nos llevó a donde estamos, sin éste, no podríamos construir tales proezas.

— ¿Por qué?

—Pues nada es tan poderoso como el líquido perfecto. En su estado de fluido, no es gran cosa, incluso te lo puedes beber como si fuera agua, aunque sería la más cara que hayas ingerido. Pero lo sorprendente es la facilidad con la que se calienta y la presión es tan fuerte que puede traspasar el metal.

—Y si ni siquiera el metal puede contra el vapor, ¿Cómo el tren lo soporta?
—preguntó ahora el papá. Lo cual hizo reír al mismo Staín.

—Lo lamento, no me río de ustedes. Es que me alegra tanto que les guste la ciencia. Verán. Los materiales están reforzados no solo por los más grandes metalúrgicos, sino por los alquimistas.

—Ya veo.

—Sí. Es más, aquí tengo algo para ustedes. —el profesor les pasó su viejo libro que leía. —Es un gran libro.

—Las bases de los sistemas de vapor. —leyó en voz alta Alfonso. —Oh gracias, pero no puedo aceptar esto, déjeme pagarle de alguna manera.

—No, no, no. Si quieren pagarme, entonces sólo léanlo en familia. Y aprendan.

—Me sorprende la generosidad de usted, Profesor —dijo la madre que se había mantenido escuchando.

—Para nada. La verdad me sigue sorprendiendo que la gente se sorprenda de la amabilidad. Es una mala costumbre que debemos quitar y la única forma es siendo buenas personas.

—Increíble, profesor —dijo uno de los hombres de negro del rincón, que se acercaba —. Tal y como cuentan “el Profesor Staín tienen el más grande corazón”

— ¿Disculpe —dijo Staín, algo consternado pues en la forma en que lo dijo sonó más de manera sarcástica y amenazante que como un cumplido —, lo conozco?

—No, la verdad no —dijo el hombre vestido con un traje completo negro y con guantes blancos —. Puede llamarme Sr. Black.

—Un gusto, Sr. Black.

—Aunque faltó algo en su historia.

— ¿En serio?

—Sí. Algo que me sorprendió no escuchar. Al descubridor del “Líquido Perfecto”. Al que llaman el dios de la alquimia. Al Profesor Edward Hanzel Staín.

—Deduzco por su tonó que no tiene buenas intenciones, Sr. Black.

—Yo sólo cumplo propósitos. No busco el mal a nadie. Espero que sea tan amable de acompañarme.

— ¿Acompañarlo? Es posible saber, ¿a dónde?

—Bueno, una mente como la suya vale demasiado. Muchos países quisieran su ingenio dentro de sus filas y pagarían por ella.

—Un secuestro ¿A la mitad de la nada? —lo dijo Edward casi sorprendido.

—Sí. Gracias a usted todo es posible —habló Black con total seguridad.

—Pronto llegaremos a la Isla Media. La única parada. No podrás escapar.

—Ya se lo dije gracias a usted todo es posible. Nos bajaremos antes de llegar. Saldremos con nuestros Aerosteam. Los tres de nosotros podremos cargar el peso extra. En la isla un bote nos espera. No se preocupe, profesor. Estará de lo más cómodo. —El Sr. Black sacó de su ropa un revolver para encañonar a la familia. —Usted decide, amable profesor. —dijo amenazantemente apuntando a la madre que cargaba a su hijo.

— ¡No por favor! —gritó el padre.

—Llegarán los guardias —inquirió el profesor.

—Tengo a mis hombres fuera de este vagón. Los detendrá lo suficiente. Pero le aseguro que una bala podría salir.

—Bien. No les haga daño, Black. —El amable profesor, sacrificándose, optó por ser el rehén de aquel hombre. Levantándose y sin oposición se colocó delante de él.

—Me resultó bastante fácil capturarlo —comenzó a decir el Sr. Black —. Estando usted en este vagón, un hombre tan importante debería estar en clase alta. Pero no, decidió estar en uno de segunda. Simplemente tuve que esperar el momento adecuado. No podría estar siempre rodeado de gente, ni de su protegida o su guardián.

—Se equivoca. —dijo una voz a las espaldas del Sr. Black. No era otra que la Srta. Elizabeth que sobresalía de uno de los asientos. A su lado de pie, estaba el Sr. Oslow que cargaba a uno de los hombres del Sr. Black desmayado. Oslow con extrema facilidad

dejó el cuerpo inconsciente de aquel hombre en el suelo. Sin quitar la vista a Black. —No tuvo suerte. Lo que pasa es que el Profesor es muy tacaño. El podría pagar la clase de lujo a la que se refiere. Pero prefiere ahorrarlo.

—Srta. Elizabeth —comenzó a hablar el profesor —, y Oslow, me alegra tanto que llegarán, a pesar de dar a notar mis hábitos financieros.

De un rápido movimiento el Sr. Black sujetó al profesor por el cuello y le apuntó a la cabeza, dejándolo como escudo humano y viendo de frente al Sr. Oslow. Que lo acoquinaba con su enorme estatura.

—No se muevan. —inició con sus amenazas Black. Pero antes de que si quiera pudiera terminar. Un sonido de explosión se escuchó y su arma salió volando fuera de su mano sin explicación. Impactado ante el hecho, no pudo notar que el Sr. Oslow, con una velocidad sorprendente y más de un hombre de su constitución, llegó hasta donde él se localizaba, para liberar al profesor y tumbarlo al suelo e inmovilizarlo con sólo una mano. —Ya veo —dijo al darse cuenta de lo sucedido.

En ese instante, el tercer y último hombre de Black. Entró con arma desenfundada y afirmando de manera amenazante: —Suéltalo. —Sin siquiera pensarlo, Oslow dirigió su mano libre hacia el recién llegado y apuntando con su dedo, disparó una bala que salió del mismo, dando en el blanco y tumbando al malhechor. Y entonces con increíble admiración de los sucesos, el pequeño niño sacó la cabeza para mirar mejor, pero de inmediato el padre lo jaló y lo cubrió para protegerlo de nuevo. A lo que Gustav dijo: —Pero, papá. Quiero ver.

—Impresionante —dijo Black con total de seguridad de los acontecimientos —. Claro, un guardaespaldas del mismo dios de la alquimia debía de tener un AutoSteam. Y no sólo un brazo, los dos. Con que en eso gasta todo su dinero, Profesor Staín. Pero si crees que eres el único con esos lujos, te equivocas. —Y al terminar esta frase, Black, de un rápido movimiento liberó su brazo, al realizar un movimiento inhumano del mismo, para apuntar con su dedo a la cabeza de Oslow y disparar.

El Sr. Oslow yacía tendido en el suelo, inerte por el impacto. La Srta. Elizabeth que no se había movido de su lugar veía tranquilamente la situación con calma, mientras que el profesor Staín con el ceño fruncido no quitaba la vista de aquel enemigo.

—Usted —dijo el profesor —. Tiene un AutoSteam. Algo no muy barato en estos días.

—Ni que me lo diga, Profesor —Dijo el hombre y se arrancó la manga de donde provino el disparo —. Magnifico, ¿no cree, usted? —Un brazo compuesto de diferentes piezas la mayoría de color dorado, unas se notaban oxidadas y cuando se movía se podía escuchar el rechinar. Con varios mecanismos dentados y engrandes que se podían ver mover entre tubos con diámetros nada ostentosos y placas que ayudaban a dar la forma de un miembro humano, pero que su principal función era la de proteger las piezas más frágiles. Y de repente, cual sonido de una soga tensada rompiéndose, un pequeño frasco cilíndrico salió expulsado de aquel AutoSteam. Cayendo al suelo y llegando hasta los pies del mismo Staín; que lo miró de reojo. Lo que produjo que la maquinaria parara de golpe e inhabilitándola. —, creo que todos los humanos debemos agradecerle por lo que hizo por nosotros. —Black extrajo de su bolsillo un frasco idéntico al del suelo, pero éste,

contenía un líquido de color índigo que brillaba con intensidad y lo instaló en su prótesis de metal. Los dispositivos comenzaron a sonar y el brazo regresó a su movilidad; ahora con un furor rojo proveniente de su interior. Alegre y animado miró al profesor mientras una bocana de vapor salió su extremidad.

— ¿Qué desea exactamente? —preguntó el profesor.

—Lo que todo mundo, Staín —le respondió mientras se acercaba —Más. Escuché que había iniciado un nuevo viaje. Desmotivado por lo que su invención provocó. Buscando “La verdad”.

—Se equivoca otra vez —dijo de nuevo la Srta. Elizabeth desde su lugar —. Él no lo inventó.

— ¿Qué? —dijo Black, con duda. Acerca de: ¿lo que oía, de quien provenía y de su veracidad?

—El profesor creó el líquido perfecto por error. —Black tuvo ganas de reír, pero al mirar al profesor, éste, esquivó la mirada confirmando las cosas.

— ¡Es en serio!

—Bueno —dijo el profesor intentando cubrir sus verdades —.La mayoría de los descubrimientos fueron mera casualidad: Newton y la manzana, Kekule y su sueño y el mismo Ognar y la transmutación exitosa.

—Sólo se está cubriendo, Profesor —dijo Elizabeth sonriente.

—Díganos, ¿cómo inventó el líquido supremo, Profesor? —preguntó el curioso Gustav, que se asomó y al momento de terminar con su cuestión, su padre lo jaló nuevamente lejos de los posibles disparos.

—Bueno, la verdad es que sólo buscaba como mejorar la manera de hacer té —dijo el profesor.

— ¿Hacer té? —preguntó anonadado el Sr. Black.

—Sí. Verá yo soy un alquimista gastronómico. —La familia se asombró, Elizabeth sonrió y Black, bueno, él retrocedió ante la impactante noticia.

—Pero... —comenzó a decir Black al ver como sus planes se veían imposibilitados —Usted, es el “dios de la alquimia”.

—Jamás me gustó ese nombre. Y bueno, es cierto que tengo gusto por la información, lo que me ha llevado a la investigación de otras ramas. Es más, por eso nos dirigimos hacia las Américas. Para probar las diferentes comidas, y encontrar “La verdad”. Es una frase de la alquimia gastronómica, es decir, el sabor perfecto.

—Usted...maldito —proclamó Black en un susurro.

— ¿Qué dijo?

— ¡Maldito idiota! ¡No me importa que tan patético sea! Lo llevaré de todas formas a usted y a su investigación. Nadie sabe de esto. Aun así pagaran mucho.

Enloquecido por las aclaraciones, Black se preparaba para arremeter nuevamente en contra del profesor. Pero fue detenido de golpe, pues su brazo fue arrancado de tajo por una fuerza mayor a la de él. Se giró para ver de quién o qué se trataba. Y lo que vio lo dejó atónito.

— ¿tú? —dijo Black al verlo. Al Sr. Oslow de pie, tan alto como siempre, sosteniendo la extremidad que le había amputado recientemente y con el agujero de la

bala en la sien.

—Sr. Oslow —dijo Elizabeth—. Usted sí que sabe mantener el suspenso.

—Supo el momento exacto en lo cual actuar —dijo el profesor.

—No, imposible —habló Black— ¿Cómo? —Y entonces rió, tan fuerte y de manera alocada que los ahí presentes se le quedaron mirando extrañados. —Tú eres uno de ellos, ¿no es cierto? Un mito solamente, pero ahora veo que es cierto. Eres un Automata. Un simple muñeco de metal.

Y al escuchar esto, y como única muestra de un verdadero sentimiento que había mostrado en todo el viaje, el Sr. Oslow con gran furia le dio un golpe en el estomago a su enemigo que resonó en todo el vagón.

—Nunca te atrevas a compararme con un muñeco —dijo Oslow aún resentido por aquellas palabras —Mi cuerpo no es humano, eso es cierto. Pero en mi interior reside mi alma.

—Eso no es posible —dijo entre gemidos de dolor el hombre de negro que yacía tendido en el suelo después de tal impacto.

—La Srta. Elizabeth, a la que llaman un prodigio de la tecnología Steam. Hizo este cuerpo para mí cuando el mío pereció y el profesor no dejó que mi existencia desapareciera. La dejó aquí adentro. —Oslow se apuntó donde debería estar su corazón. —Juré protegerlos con mi vida. Pues es por ellos que tengo una. —Y con otro golpe el Sr. Black se desmayó.

—Bien, ya que eso terminó —dijo el profesor—. Porqué no vamos por una taza de té y les avisamos a las autoridades del tren que hay tres malhechores inconscientes.

— ¡Sí! —Dijo Elizabeth —Una buena pieza de pastel también.

—Profesor —dijo Oslow—. Creo es posible que uno de ellos se esté desangrando.

—Bueno, habrá que darnos prisa en nuestra notificación. Sr. Alfonso, sería mejor que usted y su familia nos acompañe.

—Este...Claro —dijo dudoso el hombre ante todos los acontecimientos.

—No crea que lo hace por bondad —dijo Elizabeth rápidamente—. Seguramente quiere que pague usted por su almuerzo.

—Srta. Elizabeth —inició a hablar el profesor—, le he dicho que la difamación es algo poco decoroso. Además le salvamos la vida y le di uno de mis libros más preciados.

— ¿En serio? No habrá sido “Las bases de los sistemas de vapor”, ¿o sí? Porque siempre trae muestras de ese viejo libro que le regalaron cientos de copias y que a usted ya no le sirven.

—Como sea el caso, será mejor apresurarnos.

Y fue así que los malhechores fueron atrapados y ninguno tuvo precarias situaciones posteriores. Todos disfrutaron del pequeño descanso en la Isla media. Después continuaron con su viaje. Oslow siguiendo a la Srta. Elizabeth que no volvió a ir a primera clase ni conversar con Jhon Armstrong. Y el profesor disfrutando de sus lecturas y conversando con la familia de Alfonso, sobre todo con el curioso Gustav.

Y entonces al casi finalizar aquel viaje. Fue el pequeño Gustav que miró por la ventana donde ya se podía ver el continente al que se acercaban; dijo fuertemente y muy sorprendido: — ¡Miren!

Desde la lejanía se podía ver como se alzaba hacía los cielos con una estela de vapor que dejaba atrás y viéndose tan diminuta por la gran distancia que los separaba. Resplandeciente al estar hecha con el acero más fuerte y siendo tocada por los últimos rayos del sol en aquel ocaso del final del trayecto. — ¿Qué es eso, profesor? —preguntó el niño. Y ya todos estaban observando, y aunque algunos conocían la respuesta, no quitaban el asombró al verlo elevarse más allá que cualquier otra cosa en este mundo.

—Eso mi querido, Gustav —dijo el profesor con la mirada clavada en el objeto volador, con serenidad y respeto, pues dentro de él sabía que no había sido tan malo su descubrimiento —. Es un Columbian. Una nave espacial. Se dirige a la Luna y regresará.

—Allá vamos —dijo Elizabeth —. No a la Luna, aún no. Sino donde las máquinas están creciendo a una manera acelerada.

—Sí, Srta. Elizabeth. A ese nuevo y extraño mundo.

Lobo

Santos, Isabel

PINTO

Hace días que no puedo sacarme de la cabeza a Pinto, mi perro español. Es difícil olvidar un amigo, y él lo fue.

Cuando mis primos me lo presentaron, en esa aldea de Galicia donde viví entre los ocho y los diez años, Pinto casi ni me miró. Era la mascota de ellos, y actuó como tal. De a poco, iría tomando confianza conmigo y todo cambiaría.

Yo venía de Buenos Aires, una ciudad gigante, y nunca había visto una vaca, una gallina o un conejo. Así que, frente a tantas cosas nuevas, un perro era el amigo más adecuado.

Nunca me gustaron las gallinas, no sé por qué. Quizá sí, pero no lo voy a contar. Hoy quiero contar otra cosa.

Mi familia se había mudado a Galicia, a la casa de campo de mi tía. La última casa del pueblo, después ya venía el monte.

Desde mi habitación veía los árboles gigantes que se hamacaban y hacían ruido. La casa era enorme, y mi habitación estaba muy cerca del techo, pegada a la puerta que daba al atillo donde almacenaban la cosecha. Yo pasaba las noches en vela viendo correr a los ratones, que iban y venían a comer las papas y cebollas que se guardaban ahí.

Pinto pasaba la noche en vela también, pero por otros motivos. Supongo que por eso, teníamos las mismas horas de actividad.

Mis primos se quejaban de su vagancia, pero yo lo conocía mejor. Lo veía desde mi ventana, todas las noches, siempre alerta y vigilando el monte. Era como si presintiera bestias, que yo no podía ver. Me cuidaba, yo lo sabía.

En el colegio tampoco la pasaba muy bien. Para mis compañeros, ser nueva era ser salvaje. Sobre todo, si una no hablaba el dialecto.

Ya después de un mes, con Pinto nos hicimos carne y uña. Sola, en un mundo extraño, esperaba las noches para comunicarme con él. Estaba convencida de que a Pinto le pasaba lo mismo. Miraba mi ventana y me ladraba como diciendo sé que estás mirando.

Así pasamos todo el invierno. Y un día de primavera me animé a bajar y, como si me estuviera esperando, él me llevó de paseo.

MAR

Todavía era de noche, y no fue fácil seguirlo: yo tenía mucho miedo. Pero a esa edad la curiosidad podía más.

Todo un desafío. El monte es muy oscuro de noche, y el ruido del viento es aterrador, porque cruje la madera o porque se caen las piñas de las ramas. El caso es que los ruidos del monte son pavorosos.

Pinto giraba a cada paso, y me miraba para tranquilizarme. Y lo lograba.

Yo estaba acostumbrada a recorrer ese camino, pero de día. Todos los domingos, con mis primos llevábamos cerdos a comer plantas raras, que los chicos llamaban toxos, una especie de helecho con espinas. Siempre llegábamos hasta una pared de piedras medio

destruida, quizá de alguna casa más antigua y abandonada. Todo parecía terminar ahí. Sin embargo, Pinto había descubierto un sendero oculto, que se extendía trepando una pared estropeada.

Antes de saltar esas piedras me di coraje a mí misma, no solo por el esfuerzo, sino por el miedo a lo desconocido.

Ya del otro lado, todo volvió a la normalidad, el camino seguía. Después de avanzar, más o menos dos kilómetros, Pinto me miró como diciendo ya llegamos.

Ahí estaba el mar. El sendero secreto era un atajo.

En eso, Pinto me hizo un gesto que no entendí, hasta que vi en la playa a unas mujeres del pueblo, que me conocían. Él quería protegerme del reto por haberme escapado de noche.

Decidí quedarme sentada en una piedra, observando desde lejos lo que pasaba.

Pinto se les acercó con un gesto muy manso. Ellas lo acariciaron, como si se vieran todos los días. Desenterraron almejas y se las ofrecieron. Él las comió con gusto. Miraba para donde yo estaba, como justificando nuestro paseo.

Cuando Pinto se cansó de comer, volvió conmigo. Me miró para informarme que era hora de volver. Obviamente, yo tenía que obedecerlo. No sabría cómo llegar sola a casa y ya amanecía.

Así pasamos la primavera. Unas veces ibámos a comer almejas, otras a pasear por la playa y otras a mirar simplemente el mar y cada uno pensar en sus cosas.

LOBO

Una mañana de verano, todo cambió.

Pinto y yo salimos como siempre. Pero cuando volvíamos, lo noté nervioso: miraba para atrás, como si presintiera que alguien nos seguía. Era probable, porque las mañanas ya estaban bastante luminosas.

Cuando cruzó la pared de piedras, me hizo un gesto, como un empujón, para que me quedara del otro lado, que no pasara. Lo entendí como un aviso de peligro, y decidí no moverme hasta que me viniera a buscar.

Lo escuché gruñir y, recordando los rumores de que por ahí había lobos salvajes comiendo ganado, me puse a temblar. Sabía que no era conveniente andar solos por el monte. Aunque yo con Pinto no me sentía sola. Es más, me sentía más segura que con mi familia. Cualquier ser humano sabía menos del monte que Pinto.

Los gruñidos se transformaron en ladridos y luego en corridas.

Pinto y ese otro ser se fueron juntos lejos de mí. Pude sentir que mi perro corría como si estuviera huyendo. Sin embargo, cuando estaba por salir de mi barrera de contención, vi su cara haciéndome saber que ya podía seguirlo.

Quería preguntarle qué había pasado, pero como entendiendo mi curiosidad, giró la cabeza ofreciéndome la posibilidad de escapar. Él se quedó atrás, a cierta distancia, como para cubrirme.

Ya lejos, me di vuelta. Quería quedarme tranquila de que él estaba bien. Me desesperé cuando lo vi aullarle a una bestia salvaje que tenía los ojos más brillantes que vi en mi

vida. Esa figura canina era gigante y, entre los árboles, parecía dispuesta a devorar al pobre Pinto que, para darme unos metros de gracia, se exponía a la muerte.

Los ojos del lobo atravesaron el monte y vinieron a dar directamente a mi cara.

—¡Pinto, corre! —grité. Y volé por ese camino como nunca antes. Esquivaba toxos y piedras, veía pasar los árboles, con tanta velocidad, que pronto tenía la casa de mi tía en la mira.

Ya más calmada —tenía un refugio asegurado—, miré hacia atrás. Y vi que Pinto se había salvado.

Me alcanzó sereno, como diciendo está todo controlado. Entramos en la casa. Tomamos, como era costumbre, él una castaña, yo maní. Tranquila, le abrí la puerta, y se fue a dormir al galpón, cerca del gallinero.

Yo subí a mi habitación. Ya no tenía miedo.

BAR

Hace un tiempo que, cuando llevo a mi hija de diez años a su clase de música, me quedo esperando en un bar. Me pido un café en jarrito y una factura hojaldrada. Saco un libro y un cuaderno: me gusta escribir.

Una de esas tardes, mientras leía y tomaba unas notas, me vino a la mente la escena del monte y el lobo. De pronto estaba en Galicia con Pinto, y después cerca del mar. Más adelante, corriendo para escapar del lobo. Pero había otras imágenes, unas que quizá nunca me había atrevido a ver.

Sentada en el bar, sentí como una especie de sueño. Los ojos me pesaban tanto, que se transformaban en una cortina tan densa que me alejó del momento que vivía en el bar. Me vi en la completa oscuridad, como si solo estuviéramos Pinto, el lobo y yo. Aunque Pinto y el lobo no eran animales: eran personas, hombres.

Lobo me miró, y del susto tiré la birome que tenía en la mano.

Como si nada me hubiera pasado, todo el bar seguía su rutina. Mi miedo desapareció. Al tranquilizarme, tomé coraje y agarré la birome. Acaso era la culpable de lo que me había pasado y de lo que imaginé que me estaba por pasar. Y de hecho, pasó: los hombres siguieron hablando, Pinto giró para verme y la escena se esfumó otra vez.

Miré la mesa: el café ya no estaba. Tampoco la media factura que pensé tener. Me fijé la hora, y salté de la silla. Llamé al mozo para pagar. Y me dijo que ya lo había hecho.

Salí corriendo a buscar a mi hija.

Llegué tarde. Y, desorientada, no supe explicar mi tardanza. No tenía manera de justificar lo que me había sucedido. Me aterraba ser el títere de ese pasado en España, que a floraba en mi mente, mientras yo seguía actuando el presente en Buenos Aires, sin recordar bien ese pasado.

La inseguridad me acompañó toda la semana.

Como no volvió a pasarme nada parecido, asumí que había sido un hecho puntual, una casualidad.

No podía sacarme de la cabeza a Pinto, lo que habíamos vivido en el monte y cómo él había enfrentado a esa bestia.

Además no podía entender de qué manera todo se había transformado de repente y sin explicación en una escena humana: dos hombres conversando. ¿Hablaban sobre mí? ¿Por qué?

Para recrear el episodio, al sábado siguiente volví al bar. Necesitaba saber que había sido un ensueño.

Para volver a vivir la situación, se me ocurrió repetir lo que recordaba que había hecho, intentar reanimar el pasado con el mismo ritual.

Llevé la misma birome, el mismo cuaderno. Tenía la intención de sentarme a la misma mesa, pero cuando llegué, estaba ocupada.

Me senté en otra, quizás eso no era importante.

Pero sí lo era: nada sucedió. A pesar de que leía una y otra vez las mismas líneas, del mismo cuaderno que tenía el día del incidente, ningún cambio.

Ya muy decepcionada, intenté enfocarme en Pinto y su amigo que, aparentemente, no eran ni perro ni lobo. ¿Podría imaginarlos como personas? Quería pensar la escena del monte como una conversación entre dos personas. ¿Qué podría significar esa escena? ¿Qué misterios podría esconder el bosque gallego?

Pasé otra semana de ansiedad y curiosidad. No podía sacarme de la cabeza la escena. Algo había pasado ahí. Algo que yo en el fondo de mi alma sabía que tenía realidad, que tenía verdad.

A partir de ahí, investigué sobre hombres lobo u hombres perro y cosas por el estilo. Me leí varios artículos sobre mitos, fados y mouros gallegos. Y no encontré las imágenes que había visto en el bosque.

Sin embargo, esas dos caras me resultaban familiares. Tenía la sensación de haberlas conocido. Había algo muy raro, como si mi cabeza le hubiese puesto la cara de alguien que yo conocía.

Pasó el tiempo, y la escena nunca volvió, por lo que no me fue posible incrementar la visión. Nunca, ni reflexionando, ni soñando dormida o despierta. Y yo moría de la curiosidad.

¿Y si había sido el café, una alucinación del café?, pensé de golpe un día, para que esa idea me tranquilizara.

Me puse a pensar en un libro que había leído sobre hongos. Y me compré otro para investigar si esos hongos podían crecer en granos de café.

Lamentablemente, el nuevo libro me dejó más dudas.

GALLEGO

Seguí yendo al bar.

No solamente para esperar a mi hija mientras tomaba sus clases. Lo transformé en un hábito. Me dediqué a llevar libros para tomar apuntes, leer alguna novela de ciencia ficción o escribir alguna idea para un cuento.

Quizás eso era lo que estaba pasando en mi vida. Quizá Pinto me estaba ayudando a inspirarme para lograr lo que nunca había podido: escribir un cuento.

Ocupaba siempre la misma mesa, intentaba ir a la misma hora, pedía la misma factura

y el mismo café.

Y un día, sin previo aviso, volvió a suceder. Y la escena continuó: vi claramente a esos dos hombres. Los escuché hablar de mí, justo un poco antes de lo que yo recordaba en la visión anterior. Como si la escena me permitiera ese espacio que la otra vez había perdido por llegar más tarde.

Pinto le decía al otro hombre que estaba seguro de haberme elegido a mí. Lobo no estaba de acuerdo.

Pinto insistía. Lobo movía la cabeza descontento.

Los dos discutían sobre mí. Sobre mi elección para algo que sólo ellos dos sabían.

Y justo en la escena que yo recordaba, se dieron vuelta. Los vi mirándome.

—Estoy convencido —Pinto dijo—: pudo más su curiosidad que su miedo.

Lobo me miró clavándome los ojos como antorchas.

Parecía probar mi valentía. Aunque en ese momento de mi infancia yo era valiente, ahora no podía sostener esas miradas sin morirme de miedo. Y para salir de esa escena donde parecía que estaba a punto de pasar algún tipo de prueba, se me ocurrió soltar la birome que tenía casi incrustada en la mano.

Y funcionó: dejé de verlos.

Intenté grabarme sus caras, aunque no sabía todavía quiénes podrían ser esos hombres, Pinto y el lobo.

Dos días después, vi a Pinto en la tapa de un libro. La librería a la que siempre voy, lo tenía expuesto en el centro de la mesa de cuentos. ¿Intentaría Pinto comunicarse conmigo?

¿Cómo no me había dado cuenta?

¡Pinto, mi perro, mi aliado, era el autor del libro *El color que cayó del cielo*! Su nombre: Howard Philip Lovecraft.

En un intento de volver a verlo, corrí al bar. Quizá Pinto me buscara otra vez. Quizá volviera a comunicarse conmigo en el bar, y yo podría tener el coraje de mirarlo y quedarme a esperar lo que me quería decir.

Entré. La mesa de los milagros estaba ocupada.

Me senté en otra. Estaba tan alterada que pedí té, sin darme cuenta. No llevaba birome. Miré alrededor buscando a alguien parecido a Pinto. Realmente necesitaba su compañía, su confianza. Quería verlo, inventarme la manera de volver a estar con Pinto.

De todos los clientes del bar, me llamó la atención un hombre, no sé por qué. Supongo que se dio cuenta de que lo estaba observando, y me clavó los ojos. Tenía una mirada penetrante, inquisitiva, luminosa.

Me acerqué y le pregunté:

—¿Sos Pinto?

—¿*Quen son eu*?

Como habló en gallego, me salió otra pregunta.

—¿Viviste en Galicia en 1975?

—Sí, ¿cómo sabes? —dijo en castellano.

—¿Tenías un perro que te llevaba de paseo por el monte?

Se puso pálido.

—¿De dónde te conozco?

—Del colegio —se me ocurrió decir—. Yo fui al colegio en España, al Comarcal de Puente del Puerto.

—¡Ah! Sí, yo también fui a ese.

Se calmó un poco. Y cuando estaba asimilando mi papel de vidente, lo volví a atacar con mis preguntas.

—Yo conocí a tu perro. ¿Alguna vez lo viste con otro perro en el monte?

—Jamás.

—Yo sí. —Me acerqué un poquito más—. ¿Qué libro estás leyendo? —Intentaba por todos los medios sacar alguna conclusión de lo que estaba pasando. Algo nos unía a ese hombre y a mí.

—Soy fanático de los cuentos cortos. Mi ídolo es Edgard Alan Poe. Estoy leyendo una edición nueva de sus *Cuentos fantásticos*.

—¿Puedo mirar el libro?

—Por supuesto.

La foto de Edgard Alan Poe estaba en la tapa: ¡era Lobo! Yo lo había visto en España. Esos dos hombres mágicamente se habían encontrado en el monte. Se habían mostrado ante mí y habían discutido sobre mi coraje. Pero, ¿para qué?

—¿Vos escribís cuentos? —Se me ocurrió preguntarle.

—Soy escritor, estoy aquí de visita.

—Yo siempre quise escribir —me confesé—, pero no me animé. Aunque me gustaría.

—Yo no paro desde los ocho.

—Te felicito —le dije, como a un hermano que se sacó la lotería.

El escritor gallego que tenía a mi lado había llevado adelante el legado del lobo que yo había visto. El que en ese momento se había develado ante mí como Edgar Alan Poe.

Pensé en Pinto y sus años conmigo.

Pinto confiaba en mí, pero yo le había fallado.

Todas las aventuras que vivimos podrían haber llenado muchas páginas. Las que yo nunca escribí.

Recobré el sentido de mi vida, y traté de hacerme cargo de la confianza que Pinto había puesto en mí. Volví una y otra vez al bar, para escribir.

La mesa me esperaba, como Pinto me esperaba bajo mi ventana.

Cada historia era nuestro punto de contacto. Él me daba consejos, me acompañaba.

Pensar en Pinto me inspiraba. Era él quién traía a mi mente una cosmogonía extravagante, seres monstruosos con nombres raros, invasores de otros mundos.

Y yo, obediente, como cuando lo había seguido por el monte, segura y confiada de que estaba a salvo, escribía.

La película que ni siquiera Tarantino querría rodar **Barragán, Eugenio**

Esta es una historia real. Los eventos descritos ocurrieron en Park City en 1982. A petición de los implicados, los nombres han sido cambiados para no herir susceptibilidades.

Nieva sobre las montañas de Salt Lake City. En una cuneta está aparcado un coche desde hace varias horas. Un hombre lee la Biblia sentado en el interior. De vez en cuando, limpia el vaho de la ventanilla con un trapo y vigila una cabaña.

—Estoy harto de esperar en el coche —musita Tom. Abre el maletín y coge un sándwich que come con desgana.

La escarcha cubre el parabrisas. Tom no soporta el frío, pero tiene que terminar el trabajo. Un trabajo sin horario fijo, pero bien pagado. No se puede quejar, piensa mientras se quita la gorra y se seca el sudor de la cabeza con un pañuelo. La calefacción del coche está demasiado alta.

Un hombre sube la pendiente con una escopeta colgada del hombro. Introduce la llave en la cerradura y abre la puerta. Tom baja la ventanilla, saca el encendedor de un bolsillo del pantalón y prende un cigarrillo.

Cuando salen las primeras volutas de humo de la chimenea, arranca el coche, pero se ahoga. Vuelve a intentarlo, pero ha agotado la batería. Tom agarra el maletín, sale del coche, despega el velcro del anorak. Apura el cigarrillo con unas profundas caladas y tira la colilla. En el buzón de la entrada puede leer: Sam Smith. Antes de golpear con la aldaba sobre la puerta, musita: —¡Felices son lo que oyen la palabra de Dios y la guardan! Lucas 11:28

—¿Qué desea? —le pregunta el hombre que momentos antes había entrado.

—¿El señor Sam, supongo? —pregunta Tom, mirándole fijamente a los ojos.

El presunto señor Sam balbucea, su boca solo emite un silbido que concluye con un repetido sonido: —¡No, no! Cuando estuvo en la cárcel oyó hablar de esa mirada que te paralizaba cuando se incrustaba en tus ojos, pero nunca creyó que la soportaría tan de cerca. Intenta cerrar la puerta, pero Tom ha puesto la bota en el umbral. Sam retrocede, tropieza con la alfombra y cae de espaldas en el pasillo.

Tom se acerca pausadamente con la pistola en la mano, enrosca el silenciador con el cansancio de la espera en los párpados, las pupilas fijas en su objetivo que reptaba por el suelo. Sam arrastra las sillas, la lámpara que se desploma sobre la mesa y se detiene cuando su cabeza golpea la puerta de vaivén de la cocina.

—Sam no sé qué le habrás hecho a mi cliente, pero me han sugerido que sufras —sentencia Tom y dispara sobre una rodilla. Sam grita al recibir el balazo. Instintivamente se agarra la pierna con las dos manos y se retuerce de dolor.

Tom permanece inmóvil hasta que enfunda la pistola. Un recuerdo de su memoria, dormido en su cabeza, despierta. Empuja las puertas y entra en la cocina. Abre la nevera y coge un bote de manteca de cacao que extiende sobre unas rebanadas de pan. Deposita

los sándwiches en un plato y sale al comedor. Enciende la televisión sin apercibirse de que está desenchufada.

Tom se sienta en el sillón y se ríe al observar fijamente la oscura pantalla.

Sam no puede soportar el dolor, pero vigila a Tom y se extraña de su comportamiento. Desconoce si es parte de algún infernal ritual o se ha vuelto loco de remate.

—Cómete toda la cena y acuéstate antes de que regrese tu padre.

—Sí, mamá —responde Tom, ante la orden que irrumpe en el interior de su cabeza. Sam escucha el monólogo, aterrorizado.

Tom mira hacia la puerta con los rótulos: saloon y kitchen. Recuerda que el castigo favorito de su padre, era atarlo durante días junto al quicio y golpearle en la cabeza cada vez que entraba en la cocina.

—¡Hoy, no podrás, cabrón! —grita Tom mientras se levanta, saca las puertas de las bisagras y las arroja sobre el montón de leña que arde en el hogar. Sam gatea hacia el pasillo.

Suena el teléfono, pero no descuelga. Al tirar del cable, se asusta cuando el cuclillo sale del interior del reloj de cuco anunciado el cuarto. De un fuerte manotazo, lo arranca de la pared y lo pisotea hasta que se desperdigan los restos del mecanismo por la planta.

Al día siguiente, tumbado sobre el sofá, los pies de Tom asoman bajo la manta con que se abriga. Se reincorpora aturdido y se pregunta qué hace allí con las piezas del reloj de cuco diseminadas sobre el parqué. No sabe dónde se encuentra. Los restos de las puertas aún arden en la chimenea. Camina por la casa con sigilo, busca en las habitaciones, el suelo cruje. Descubre una traza de sangre por el pasillo que se pierde bajo la gatera. Abre la puerta y los rayos de sol le deslumbran. Agarra el hacha incrustado en un tocón y sigue el rastro hasta que encuentra el cadáver de Sam congelado. Da la vuelta al cuerpo, saca una fotografía del bolsillo y verifica que es la persona que buscaba.

Levanta el hacha y con unos certeros golpes le amputa las extremidades.

—Compréndelo, Sam, tenías que sufrir —susurra antes de decapitarlo.

Tom regresa a la casa. Entra en la cocina, fríe un poco de beicon y estrella un par de huevos sobre la sartén.

Mientras desayuna intenta rellenar las lagunas de las últimas horas sin conseguirlo. Algunas veces le ha pasado, pero al menos conseguía recordar suficientes detalles como para reconstruir una historia con sentido.

Mira hacia la pared repleta de cabezas de ciervo disecadas. Las escopetas depositadas en el armero. Mastica un trozo de beicon y se levanta para observar de cerca la hilera de marcos colocados en la repisa de la chimenea. Frunce los labios y traga el trozo de carne antes de volver a sentarse.

—Hasta un testigo protegido tiene más vida que yo —musita mientras corta la tortilla con el tenedor —, pero siempre me he enamorado de la mujer equivocada.

Acaba el desayuno, enciende un cigarrillo y se pone el anorak. Abre la puerta del garaje y se encuentra un Dodge Challenger descapotable del que pasa y un Dodge Charger, un antiguo modelo del año 68. Piensa que a Sam le encantaba la marca Dodge. Coge las llaves que cuelgan al lado de la caja de herramientas y se mete en el coche.

—La tapicería está agujereada —musita entre dientes, mientras se acomoda y arranca

el motor.

Al principio funciona como la seda, pero el viejo coche no reacciona cuando sube las cuestas. Por suerte, alguna máquina quitanieves ha debido pasar hace poco. El irregular asfalto solo está húmedo. Cuando baja las pendientes el motor no ronronea, pero en cuanto le arrastra hasta una cima, se ahoga y tose como si tuviera un intenso ataque de asma. No le apetece volver a por el otro coche, hace demasiado frío. No sabe cómo aceptó el trabajo tan lejos de la cálida California. Hace tiempo que ha pensado en retirarse. Su salud no es la de antes. Los años no pasan en balde y, sino que le pregunten a este maldito coche. No tiene tantos encargos como antaño, pero un asesino a sueldo como él, no puede olvidar fácilmente el olor del miedo. Su leyenda comenzó en el reformatorio, pero algún día se tiene que extinguir. Su psicoanalista se lo dice: tienes suficientes ahorros como para vivir sin trabajar. Pero ahora solo espera que el coche no reviente de viejo; como él.

Las cervicales le molestan. Mueve el cuello en círculos para relajar los músculos de la espalda, sin éxito. Después se tomará algún relajante muscular. Espera no habérselos dejado en casa.

A duras penas, consigue arribar a un montículo. Un cartel señala: Park City, una milla. Divisa las calles del pueblo, la carretera parece en buenas condiciones. Supone que a mucha gente le encantará el manto de nieve que contempla allí, donde le alcanza la vista, pero para él es un paisaje desolador; un desierto blanco. Los abetos adoptan extrañas formas por la acumulación del hielo sobre las copas. Saca un casete del maletín y lo introduce en la ranura del radiocasete. Suenan los éxitos de Jimi Hendrix. Después de un trabajo, le relaja escuchar música, aunque esta vez no haya podido disfrutarlo adecuadamente.

Cierra el maletín, se da cuenta que no ha utilizado la cámara polaroid para entregar la fotografía de la víctima al cliente. No importa, ya aparecerá la noticia en los periódicos. Advierte que el contador de la gasolina ha entrado en reserva. Antes era más meticuloso, hubiera comprobado el más mínimo detalle antes de emprender un viaje. “No todo puede ser mala suerte”, piensa. Después de pasar por el cartel de: “Bienvenido a Park City. Festival Sundance 1982”, aparca al lado de un taller. Tom sale del coche y entra por la rampa del garaje atiborrado de vehículos.

—¿Hay alguien? —grita Tom.

—Sí, aquí —responde un mecánico mientras sale de la oficina del taller —¿Qué desea? —le pregunta mientras se limpia con un trapo y le extiende la mano.

—Que me arregles el coche, un Dodge Charger, antiguo pero fiable. Está aparcado en la puerta.

—¿No tendrá prisa? —le pregunta el mecánico con una sonrisa irónica.

Tom saca del bolsillo un rollo de billetes de 100 dólares y le quita la goma. No puede evitar un leve temblor de su brazo izquierdo. El Parkinson que le diagnosticó el médico, se manifiesta cada vez con más frecuencia y en los momentos más inoportunos.

>Me puedo poner ahora, si así lo desea, por dos de las sábanas que está desenrollando —sugiere el mecánico con los ojos iluminados.

Tom no tiene ganas de regatear y le extiende un par de billetes.

—¿Cuánto tardarás?

—Si todo va bien... en un par de horas puede estar listo.

—Son las doce, a las dos estaré aquí. Si no está arreglado, me llevaré otro coche de los que tienes por aquí y tú, un par de puñetazos. ¿De acuerdo? —Tom proyecta su dura mirada.

—De acuerdo, aunque pensaba que había venido al Festival —contesta bajando la cabeza.

—¿Qué festival?

—Uno de películas —le comenta al abrir el capó —, ¿no ve a toda esa gente?

Tom se aleja por la calle principal sin ni siquiera despedirse. Unos operadores se afanan en recoger la nieve con palas; otros, arrojan sal. Las entradas de algunos cines están abarrotadas y sigue paseando hasta que encuentra un local con una cola en la que se encuentran unos adolescentes.

—¿Esta película no la emitieron el año pasado, Peter? —pregunta el más alto del grupo con una gorra de la que cuelga un grueso pompón.

—No, creo que fue la primera parte —responde la mujer con cara aniñada y pecosa.

—Si “La Carreta”, era mala, la segunda parte puede ser pésima —añade Peter —¿No crees, Mary?

Mary asiente con la cabeza y estornuda. Destacan sus leotardos rotos por varios sitios que muestran su carne blanca. Tom le arrancarí­a los leotardos y le pegaría un par de empujones en el callejón. Pero enseguida despierta de la ensoñación. No desea meterse en problemas, en este extraño pueblo donde la gente pierde el tiempo viendo películas. Ya parará, cuando regrese a casa, en algún burdel de Las Vegas o en algún motel de mala muerte. Suelen tener servicio.

La taquilla abre y vende las entradas. Mary tose para aclararse la garganta, se mete el brazo, tapado con un mitón, debajo del grueso suéter de lana y saca unos billetes. Cuando le llega el turno a Tom, se acerca un niño de unos doce años.

—Quiero ver esta película —le dice a su padre.

—De acuerdo —contesta el padre y da un trago a la petaca.

—Quiero palomitas —ruega el niño, insistentemente. El padre le da un sonoro pescozón.

Tom aprieta los puños dentro de los bolsillos del anorak. No soporta que peguen a los niños. Empuja las puertas giratorias. Compra una bolsa de palomitas en un quiosco, entra en la platea y se sienta en la última fila. No espera nada de la película, solo aislarse del mundo y dejar que pase el tiempo hasta que le arreglen el coche. Coloca las piernas en el respaldo de la butaca que tiene delante y se acomoda.

A unos metros, se sienta el niño y su padre. Las luces de la platea se apagan y comienza la película. En la pantalla, un plano cenital muestra un carro repleto de cadáveres con la soga al cuello. La cámara cambia a un primer plano de la hosca cara del carretillero, arrastrando el pértigo.

La cámara se aleja y muestra un plano general de la carretilla, el hombre y la calle repleta de ratas que se pasean por el empedrado del camino. Las farolas son escasas y poco potentes, apenas alumbran. La mayoría de los portales están protegidos por rejas.

Una sombra se desplaza de un lado a otro de la pantalla.

—No me extraña que nadie hiciera cola —señala Peter, mientras se levanta de su asiento.

—Sí, vámonos, podemos acudir a otra sesión, aunque haya comenzado —apunta Mary entre estornudos.

Las imágenes en la pantalla se suceden. La carreta sigue rodando por la calle en penumbra. El carretillero sube una pronunciada pendiente. Un cadáver resbala y la cabeza golpea el eje.

Tom sonrío al ver a las ratas pelearse por una corteza de queso. La escena le recuerda una serie de dibujos animados de la que no recuerda su nombre, aunque la tiene en la punta de la lengua.

El niño grita entusiasmado. El padre le pide silencio con un manotazo; quiere dormir. Tom se levanta, pasa por detrás del asiento y le rebana el pescuezo con la navaja que saca del bolsillo. El niño aplaude, como si fuera una escena de la película. El hombre taponna la herida con una mano y se gira, busca de auxilio, con las fuerzas que aún le quedan. Intenta hablar, pero no puede articular ninguna palabra. Su hijo estira de la manga del suéter, adornada con ciervos, y aparta el brazo. Tom se sienta a su lado y le limpia la sangre de la cara con el pañuelo, con sumo cuidado y cariño.

—¿Cómo te llamas?

—Jerry

Tom ríe a carcajadas, igual que el niño. Ninguno sabe por qué y siguen viendo la película.

En la pantalla, el hombre aparca la carretilla en la puerta de una taberna. Coloca una piedra bajo una rueda a modo de freno y entra.

—Hola Gerardo —le saluda el tabernero con la cuenca de los ojos vacía —¿Qué deseas?

—Ponme una pinta de cerveza.

—¿Cómo te va la vida? —le pregunta el tabernero, mientras le sirve la consumición.

—Hasta los cojones. Espero a los estudiantes de los últimos cursos de arqueología y cuando llegue el verano, tendré que cambiar los escenarios para ganarme la vida con el parque de atracciones.

Gerardo da un trago; el tabernero no se mueve.

>Y no sé qué te estoy contando, si eres un maldito autómatas que aún no he terminado de construir.

Gerardo bebe, mira hacia los rincones de la taberna y, finalmente, hacia la platea.

—¿Aún hay gente mirando la película? —se pregunta y saca una tableta del bolsillo. Pulsa sobre la superficie y en la pantalla del cine aparece el letrero: Descanso.

Seguidamente, entra un anuncio: Un par de hombres vestidos con armaduras se debaten en un duelo. Uno resbala y el oponente le corta el hombro con un fuerte mandoble. La escena se repite desde varias perspectivas y una voz en off anuncia: La Carreta III, estreno en el próximo Festival Sundance 1983.

Las luces de la platea se encienden y las cortinas del escenario se cierran.

—Jerry, ¿quieres una Coca-Cola?

—Sí —le responde entusiasmado, mientras se levanta de la butaca.

Tom y Jerry descienden por la pendiente de la platea en dirección al bar.

—Jerry, ¿no recordarás el nombre de una serie de dibujos animados, cuyos protagonistas son un gato y un ratón?

—No, mi padre empeñó la televisión —responde Jerry, con el dedo metido en la nariz.

En el solitario bar, Tom coge un palillo de la barra y se hurga los dientes. Escupe en dirección al suelo y el camarero le mira con asco.

—Me pones una cerveza y a Jerry una Coca-Cola.

—Tendrá que ser Pepsi.

El camarero siente la mirada de Tom. Tom percibe un caliente jadeo sobre la nuca. Jerry y el camarero desaparecen por la puerta trasera del bar. Tom se gira y huele el sudor frío de una cara con tres ojos sobre su frente. La navaja corta los órganos internos, los ojos parpadean unos segundos antes que el amorfo cuerpo se derrumbe sobre el suelo.

En el escenario, unos seres extraterrestres se introducen en la pantalla a través de una puerta bidimensional que abre Gerardo.

—¿Cómo va el estudio del siglo XX? —pregunta Gerardo al grupo.

—Con mucho frío —responde un extraterrestre, mientras se sienta en una mesa.

—¿Dónde está Xenón? —pregunta Gerardo.

—Ha hecho campana, le aburre estudiar el siglo XIV

—Cuando queráis, podéis comenzar con el estudio en el escenario que he diseñado.

Yo, me dirijo a la sala de control.

Tom corre por la platea y salta a través de la puerta bidimensional. Aplasta el cuerpo del tabernero contra los estantes y se levanta aturdido. Agarra una botella y la rompe estrellándola contra el mostrador.

—Esto es una propiedad privada —le advierte un extraño ser.

—¿Dónde tenéis a Jerry? —pregunta Tom excitado.

Nadie contesta. Gerardo toca nerviosamente la superficie de la tableta y sale de la taberna junto a un extraterrestre.

—Bien, una simulación de... —el extraterrestre sentado en la mesa no puede finalizar la frase. Tom le clava en el pecho la media botella que enarbola y con una mano saca algo parecido a los intestinos. El otro extraterrestre se esconde bajo una mesa. Tom le propina un puntapié en lo que podría ser el culo, y cuando sale, le golpea la cabeza con una silla hasta que la desmonta. El ser aún se mueve; Tom se sienta encima y le clava una astilla hasta que esparce las entrañas por el suelo.

Tom se levanta embardunado de una viscosa sustancia. Jadea por el esfuerzo y se sienta en la barra. Coge la única jarra intacta que ha quedado sobre el mostrador y bebe.

—¡Está caliente! —grita y escupe contra el suelo.

Antes de que pueda recuperar el aliento, un cadáver cruza el umbral de la puerta con el cuerpo inundado por gusanos. Lleva su cabeza bajo el brazo.

—Cualquier resistencia es inútil. Ríndete —ordena la cabeza, con una voz que parece enlatada.

Tom saca la pistola, pero no sabe adónde apuntar. Dispara un par de veces sobre el

torso y el cuerpo se derrumba sobre la cabeza; ésta sigue hablando hasta que recibe otro balazo. Muelles y engranajes saltan por los aires.

Sale a la calle en penumbra y se topa con otro robot. El disparo a bocajarro hace que salga despedido hacia atrás e impacta sobre la reja de una puerta. Los últimos robots se reincorporan de la carreta con lentos movimientos. Tom quita el freno y empuja la plataforma. Gerardo vigila atentamente, agazapado en una esquina.

La carreta comienza a bajar lentamente hasta que se acelera por la pendiente y se estrella contra la fachada de un edificio. Los restos forman un amasijo de metal y madera.

—¿Dónde estás, Jerry? —grita Tom desgarradamente, entre las calles que recorre con pasos rápidos.

De repente, los edificios desaparecen. Tom se mete en la taberna, pero ahora solo es una habitación de paredes inmaculadas y sale por el orificio por donde había entrado. La pantalla de cine se apaga con un zumbido sordo. Contempla la platea vacía, se quita la gorra y se rasca su cabeza rala.

Durante unos segundos, permanece inmóvil y recobra unas imágenes. Camina en dirección al cadáver sentado en la butaca y mientras le registra los bolsillos de la cazadora, se acuerda de Jerry.

—Quizás Jerry regrese a casa —musita, mientras pega un trago a la petaca.

Tom sale del cine y recobra las extrañas visiones que ha vivido. Piensa que tendría que ir al médico otra vez, para que le trate el nuevo achaque, pero está harto de visitarlo. No le extrañaría que colgara en la sala de espera una fotografía suya con el rótulo de: “cliente del año”. Camina por la calle con los restos de una mucosa verde, dispersados por la ropa. La gente, que espera en las taquillas, observa su paso y murmuran entre sí. Entra en el taller. El mecánico se seca las manos con un trapo. Fuera, la algarabía se acrecienta cuando Robert Reford baja de una limousine, comienza a firmar autógrafos y se convierte en el centro de atención.

—¿Ya está arreglado el coche? —pregunta Tom al mecánico con la mirada triste.

—Sí —le contesta mientras le entrega las llaves. También se pregunta de qué tugurio habrá salido con esa sustancia tan asquerosa que le impregna la ropa, pero no se atreve a comentarle nada.

Tom echa un último vistazo a la multitud que le rodea, pero no encuentra a Jerry. Se sube al coche apesadumbrado. Arranca y busca en el maletín algún casete para amenizar el viaje hasta California. Piensa que Jerry hubiera sido un buen aprendiz de su profesión. Conduce hasta California con la mirada perdida sobre la carretera, por los altavoces suena: “Run like hell” de Pink Floyd.

Notas:

Tom mirada de hielos, es uno de los múltiples apodos del famoso asesino a sueldo Denis Sheppard. Actualmente reside en un geriátrico en Florida. Este relato está basado en una entrevista que me concedió en el año 2014 mientras veíamos unos capítulos de: “El Coyote y el Correcaminos”.

Tom recogió a Jerry en la carretera mientras hacía auto stop y prosiguió la brillante carrera de su prodigioso maestro. Perdió la vida en la Invasión de Irak (2013). Sufrió una

emboscada mientras atravesaba el estrecho de Ormuz. Tom guarda la urna con las cenizas en su habitación del geriátrico.

Gerardo sigue ganándose la vida con las simulaciones para los universitarios del planeta Argos. En el año 2015 se estrenará la película: La carreta XXXIII. No se la pierdan.

Entre dos nadas

Dolo Espinosa

De la nada vengo y a la nada me dirijo, y entre una nada y otra nada intento llenar el vacío de un alma que no tengo y una vida que no poseo. Soy consciente, veo y palpo, siento y hablo, gusto y huelo pero soy menos que humano o tal vez más, no lo sé en realidad.

Me arrastro en las tinieblas tristes de un mundo muerto, soy el detrito del detrito, lo más bajo de esta sociedad gris que camina, inexorable, hacia el final. Nos movemos entre el fango de lo que fuimos, nos regodeamos en la memoria de lo que hicimos, vivimos del recuerdo, suspiramos por el brillante ayer y renegamos del oscuro futuro.

Nadie sabe qué ocurrió y, si alguien lo supo alguna vez, nunca lo contó. Conocemos nuestro pasado, lo atesoramos y contamos nuestros antiguos logros con la misma ansia que el avaro cuenta su oro, pero la parte en que todo se derrumba está escondida tras un tupido velo que nadie ha podido mover y si alguien pudo, nunca lo contó.

Las imágenes que aún conservamos de aquel dorado pasado, muestran un mundo que aún podía disfrutar de la luz del sol, una luz que nosotros desconocemos pues está oculta tras negras y oleosas nubes. Había enormes ciudades con amplias calles y bellos parques; nosotros vivimos ocultos en cavernas y simas, rodeados de apestosa fealdad, nada bello crece en este mundo nuestro, todo nace retorcido y deforme. Todo. Incluso nosotros.

Nuestros ancestros andaban erguidos, nosotros nos arrastramos. Incluso el más feo de ellos parecía bello a nuestro lado. Nuestros cuerpos han perdido altura, nuestras cabezas son bultos amorfos, nuestras piernas apenas logran soportar nuestro peso y nuestras manos son incapaces de trabajos sutiles.

Primero llegaron las oleosas nubes que ocultaron el sol dejando al mundo sumido en la oscuridad y el desconcierto. Aún andaban preocupados por eso cuando los primeros de nosotros nacieron. Alguna relación parecía haber entre ambos hechos pero nadie fue capaz de encontrarla y el número de “engendros” fue en aumento y el de niños “normales” descendió hasta desaparecer. Plantas y animales siguieron el mismo camino que nuestra especie. Retorcidos, deformes, purulentos, tristes...

El mundo se sumió en la oscuridad y la desesperación. La sociedad se detuvo. Las ciudades murieron. Los países cayeron.

La humanidad empezó su largo camino hacia la nada.

Y en ese sendero estamos.

Surgimos de la nada y hacia la nada nos arrastramos.

Nos creímos dioses y acabamos como demonios.

Somos conscientes, vemos y palpamos, sentimos y hablamos, gustamos y olemos pero somos menos que humano o tal vez más, nunca lo sabremos porque la nada está a punto de engullirnos.

Mi delito

Barragán, Eugenio

Estaba sentado en el banco de madera de una estación de tren. Conocía todos los rincones. Todos los días me paseaba un largo rato, antes de dirigirme a mi trabajo.

Los sintecho, mendigos del sueño de la noche, se apelotonaban en un rincón de la estación. Un predicador dictaba sus proclamas desde un pequeño pulpito.

Eran las ocho de la mañana de un día cualquiera, cualquier día era bueno para morir. Los trenes se sucedían como pequeñas balsas, trasladando a sus ocupantes a las pequeñas islas de la gran ciudad.

Todas las mañanas, mis ojos contemplaban la misma escena. Tapé mi cara con la palma de mis manos para aislarme del bullicio y decidí que, después de tanto tiempo esperando fielmente el día, por fin, había llegado.

Caminé sobre el andén, titubeando. Bajé hasta la vía por una escalerilla y tumbé mi cuerpo sobre el raíl. Deseaba tener constancia de que moría contemplando mi propia muerte. Desde mi posición divisé como se acercaba un convoy y por los altavoces se repetía: «El próximo tren no parará en esta estación».

—¡Bien! —exclamé—. No parará. Todo pasaría rápido, sin que pudiera volverme atrás. “No parará”, me repetía.

El corazón se aceleraba por momentos, mis brazos temblaban. Un sudor frío pegó la ropa a mi piel. Supe que no había forma de huir.

El predicador se dirigía a los mendigos, me citaba como ejemplo de fariseo, y que todos y cada uno de los allí presentes debían seguir sus consejos para no acabar como yo.

No presté demasiada atención a la perorata. Sólo pensaba en mi final y acomodé mi cuerpo a la vía. Los mendigos se dedicaban a quitarme los zapatos, pero no me importaba, en unos segundos, no me servirían de nada.

El tren se acercaba a toda velocidad. Por mis ojos brillantes se sucedían imágenes de mi vida. De repente, me desplacé a un lado. No sé por qué extraño motivo, quizás, hoy, no quería morir.

El predicador me miró con una expresión quebradiza, como si pidiera perdón por los pecados que no había cometido, pero, finalmente, abroncó mi decisión con gritos roncós. Si hubiera permanecido en la vía y mi alma se hubiera liberado de mi cuerpo, habría conseguido más seguidores. Los mendigos me chillaban: «¡cobarde!» y el eco martilleaba mi cabeza.

Y salí de la estación, descalzo, pensando en mi delito de cobardía.

Quizás regrese mañana o la semana que viene. Suplicaré al predicador para que me clave con afiladas esarpías a la madera de los raíles. No creo que se niegue, podrá clamar a la concurrencia de que soy un nuevo Mesías. Servirá para mis intereses de cobarde.

Strass de estrellas

Morales, Álvaro

Ingresé en el shopping a las tres. La senda central de la puerta de Avenida Italia no transporta al holocorredor de cosméticos, por lo que me desvié y tomé la escalera mecánica que comienza hacia la derecha. Luego volví a conectar con la senda que desciende y fui bajando niveles mientras desactivaba mis receptores de retina con cierta dificultad. Ya no soy buena recordando los nombres de las cosas, ya sabes por lo que he pasado, y espero que disculpes tanto la falta de referencias exactas como por otro lado la insistente descripción de cómo dar con ellas.

Tenía la idea de comprar un pequeño necesaire de jewelinas que sabía que promocionaban desde hacía un buen tiempo en la penúltima tienda y cuya referencia me había entrado en la sien derecha durante la tarde del domingo, en el correr de la teletienda de canal 12. Había pensado en conservar el labial número 5, o el 3, y el resto de la delicada cajita guardarla para regalarla en algún cumpleaños. Hoy en día, creo que como siempre, no es bueno aceptar cosas lujosas a través de las tiendas virtuales o de los oleotransmisores. Sobre todo de parte de los más refinados, esos que se pasan todo el día contactándose para venderte algo casi siempre innecesario. Bordox de hormonas para combatir la calvicie en un gel iridiscente, cómo si a algún hombre le interesara hoy en día algo relacionado con el pelo. Alsacia: siete días en dos minutos, como si todavía intrigara una virtualidad que no esté relacionada con otras estrellas. Chips de manuales de supervivencia para el inminente apocalipsis; de espiritualismo tibetano; de lo último que nadie se pone en París. Actualizaciones baratas; versiones paraguayas traídas de contrabando y que se venden por poco en la feria de Tristán Narvaja o en el mercado de techitos blancos del Obelisco porque en realidad nadie las compra si no es para un regalo. Yo creo que buscan en alguna lista a las jubiladas como nosotras para atomizarnos con todas las promociones habidas y por haber, como si estuviéramos obsesionadas con esa frivolidad. Raúl se resistió toda la vida a los sistemas holográficos y virtuales; él nunca hubiera comprado algo a no ser en persona. Y no es que una no intente, y que la idea no permanezca intacta, sino que con el tiempo todo se vuelve costumbre, y es difícil no verse arrastrada por el último grito de la moda, la ciencia o la medicina, más aún si la memoria ha comenzado a fallar por el paso inexorable de los años. De cualquier forma, una joya debe comprarse en persona.

De modo que llegué al corredor de las holotiemdas cosméticas. El final de la senda parece una cascada natural y sentí cierto vértigo. Durante un instante creí que podía llegar a caerme desde una altura impensada. Nadie se ha dado cuenta de esto. En lugar de poner el paisaje de un bosque o una playa serena, se les da por la reproducción de una catarata justo donde termina una senda. Yo no me considero anticuada, pero alguien que lo sea puede llegar a alarmarse y a confundirse. No todo el mundo se acostumbra a los campos relativos de virtualidad objetiva. Mucho menos a los de virtualidad subjetiva, de la cual desconozco alguna otra cosa más que el chisme de que los chiquilines que se hacen los rebeldes mirándose entre ellos durante horas en la plaza como si fueran tarados, se intercambian los chips y sus actualizaciones a través de los puertos de conexiones pulgares de una forma por completo ilegal. Cuando alguno de estos muchachos es

detenido por alguna cosa, las autoridades siempre comprueban que los chips han sido tan alterados que no se corresponden con nada que circule en el mercado. Y muchas veces, al tener que resetearlos, se pierde información que podía haber significado algo para alguien. Es triste ver cómo se degeneran esos muchachos. Sé del nieto de Irma, que fue detenido por incendiar sus libros de curso frente a su parentela. Dicen que había pasado sesenta días de corrido conectado. He escuchado de otros que se arrancan las visuropantallas y que luego apenas ven, o que rechazan los sensores telemétricos y luego no saben cómo sentir nada. Se corre un rumor hace tiempo de un grupo que ha alcanzado el absurdo extremo de carecer de chip. No de tener uno en blanco o alterado, sino de no tenerlo. Como si fueran los salvajes en Groenlandia. Esto por supuesto no responde a una situación socioeconómica, al fin y al cabo hace décadas que los chips y los receptores se han implementado. Responde a una ideología, a un derivado asombroso del nihilismo robótico que a su vez fue un subproducto del nihilismo filosófico de hace medio siglo, a comienzos del milenio. Al fin y al cabo yo no sé si no son los padres los responsables de que la juventud esté tan perdida.

El frente de la tienda brillaba en un intenso tono azulado. Hace tiempo me han explicado que es incorrecto expresarse en términos de frente y fondo, arriba y abajo cuando uno habla de un espacio holográfico-virtual. Más correcto es referirse a los niveles, subsecciones y yo qué sé. Así, el frente brillaba en azul.

Pero antes de irme de tema otra vez te voy a contar la razón de este telemensaje, el meollo del asunto. Porque no te mando este mensaje para contarte sobre mi tarde de shopping, aunque parezca que eso estoy haciendo.

Cuando estaba a punto de entrar a la tienda me frené en seco. Fue una especie de presentimiento. No un telemensaje perdido, o un doble-spam, sino un auténtico presentimiento. Esa sensación que teníamos cuando éramos chicos y sabíamos que en el otro canal había empezado algo que queríamos ver, o que alguien estaba por llamar al celu. La tienda es bastante nueva. Esta atendida por cuatro muchachos atléticos, que por supuesto no son muchachos reales; como mucho uno de ellos, el que oficia de encargado, sea un autobot pasado de moda. Me asomé y miré desconfiada. Entonces adentro vi a Delia, la hija de Albertito, aquél hombre tan bueno que se pegó un tiro. Y no estaba sola. Me pareció fantástico verla acompañada, ya sabes las dificultades que ha atravesado en su matrimonio. Pero sentí un asombro profundo cuando di dos pasos al frente, su compañía se asomó desde detrás de un escaparate, y al final pude verla. Era Natalia, Natalia Zelman. Giré sobre mí misma y caminé nerviosa hasta el final del corredor. Me hice la distraída mirando un escaparate con cremas biogenéticas. No lograba analizar lo que había visto. ¿Cómo era posible que Delia, la misma que creció con nosotros desde que éramos niños, caminara junto a esa mujer tan infame? Hace un año casi se matan, y ahora se hacen comentarios hilarantes al oído mientras escarban en los muestrarios de gemas imitación de diamante de Ceres. No podía ser. Pensé que me había equivocado, que debía tratarse de alguien muy parecido, que ya estoy vieja y que no sólo a veces no recuerdo sino que me fallan las actualizaciones, que me han estafado con eso de “larga vida”, y que eso es culpa mía por confiar en repuestos chinos de segunda mano. En resumen, que es más probable que me equivoque en cualquier forma imaginable a que

esa sea Natalia Zelmann.

Regresé hacia el frente, sector 1, de la tienda. Pensé que en otros lugares personalizan las presentaciones, pero que aquí se opta por ese monocorde azul brillante. También que había hecho bien en apagar mis receptores visuales, de otra forma me hubieran enloquecido desde el momento en que había entrado en el shopping con las propagandas y promociones personalizadas. Siempre me aburríeron esos hologramas de muchachos de piel cetrina, como si fueran selenitas o habitantes de la India, intentando venderme algo. Me sentí un tanto contrariada. Pero ahí estaba, mirando a Natalia Zelmann que le mostraba a Delia un collar con pequeñas piedras violetas que se suponía provenían del asteroide Eros; traídas por esa máquina minera que liberaron hace diez años al espacio y que ha evolucionado por sí misma y que ahora cada vez cobra más caro. Delia le sonreía y afirmaba con un movimiento de la cabeza. En un momento Natalia dejó la joya en el muestrario, pero antes la tocó con el pulgar. Su dedo se iluminó de un delicado tono rosado. Lo había comprado. Debería armar de nuevo la frase para que entiendas mi asombro. Delia le compraba un diamante de Eros a la muy atorranta de Natalia Zelmann. Yo, desde que se han encrudecido mis achaques, cuento con la actualización médica original en forma permanente en mi visuoapantalla. Si no confiara en estos datos, hubiera dudado en ese momento de la precisión de mis percepciones. Pero podía comprobar los datos. Nada de eso estaba ocurriendo. Todo lo que veía era real desde una perspectiva estadística.

Me sentí intrigada, como lo estarás tú a estas alturas, Me pregunté qué podía hacer, cómo actuar en una situación como esa. Pensé: ¿Qué haría si aún fuera Raúl? ¿Cómo llegar hasta el inusual dúo y averiguar las razones de tal asociación? Podría pagarle a una persona para que preguntara de forma distraída. Claro, si es que alguien más que una vieja conservadora y anticuada estuviera dispuesta a caminar los treinta o cincuenta metros hasta una senda y después los diez o quince hasta una tienda desierta atendida por robots holográficos. Miré a lo largo del corredor, y el borde que se veía de los niveles superiores e inferiores: nada se movía que no fuera el tintineo de las luces de algún escaparate. Recordé que apenas me había cruzado con el autobot que oficiaba de recepcionista, cuya función seguro era inútil y que mantenían por alguna sentimental costumbre de un humano implicado. Entonces se me ocurrió una idea, una iluminación genial digna de Raúl mismo. Reconozco que en ocasiones, volver a pensar en masculino resuelve ciertos inconvenientes. Allí debajo, en el subnivel 3, las luces rojas y azules parpadeantes anunciaban la presencia de la mejor tienda de autobots de todo Montevideo. Y si bien mi intención no era adquirir una de esas tostadoras, y creo que aunque quisiera no me habilitarían por un acuerdo de exclusividad con la aseguradora, bien podría alquilarla por una o dos horas. Me habían quedado seis cómputos libres de la promoción de actualización obligatoria de oleotransmisores hipofísicos anual, de modo que podría no gastar ni un céntimo extra.

El autobot abrió los ojos.

—Buenos días, señora. Mi nombre es...

—Tu nombre es Lucía Ergwood.

—¿Lucía Ergwood? ¿Cómo la actriz robótica?

- Sí... Poco importa. Debes simular por unos minutos que eres humana.
- Debo decirle que esta identidad podrá advertir sobre mi naturaleza robótica.
- Lo pensé.
- Entonces, Lucía... Gómez.
- Gómez. ¿Debo hablar con acento europeo o...?
- No. Lucía a secas. Eso sólo. Si se da que necesita decir un apellido, improvise.
- Perfecto.

Le di las instrucciones en forma detallada. Siempre recuerdo las lecciones que me daba mi nieto mayor cuando venía a verme. Él decía que las actividades automatizadas debían programarse paso a paso, y que un autobot al fin y al cabo sólo era una máquina estúpida. Era lo mismo programar uno que describirle las tareas automatizadas a los sistemas mecánicos de la casa, como hace un siglo programar un lavarropas. Paso a paso le dije lo que debía hacer. Temí en un momento no poder recordar las primeras instrucciones de tener que repetírselas, pero esto no ocurrió. Lucía se despidió de mí en el subnivel 2. Seguimos caminos separados pero convergentes.

Vi como ingresaba en la tienda desde encima de la senda del pasillo holográfico. No me quise arriesgar en la entrada de la tienda por lo que crucé el descanso central, ascendí un nivel en una escalera mecánica y me situé justo enfrente, desde donde con un pequeño aumento en mi visuropantalla que no llegaría a costarme un crédito, tendría una excelente panorámica. Lucía se dirigió de inmediato al muestrario de joyas espaciales. Tenía instrucciones de disimular, pero también de actuar con celeridad. Todos los sensores automáticos dentro de la tienda ya estaban al tanto de su condición robótica e interpretarían que el humano dueño debía estar cerca. Pero esto no duraría por siempre. En pocos minutos, con seguridad cuando el encargado autobot se desocupara, interceptaría a Lucía y le preguntaría por sus asignaciones. Estas no estaban a la vista en la pantalla del robot, por lo que el funcionario intentaría en primer lugar una conexión electrónica. Cuando no consiguiera nada con esto tendría que comunicarse en forma verbal, lo cual ya era casi un escándalo entre artificiales. Lucía no podía mentir, por lo que la estratagema no duraría mucho. De todas formas le había dicho que de llegar a este extremo saliera de la tienda y se encontrara conmigo en el nivel intermedio. Prefería hacerme la desvariada y tener que darles explicaciones a las autoridades, que a Delia y a Natalia Zelmán juntas. Se fue acercando poco a poco y en un instante ya estaba hablando con Natalia. Debía decirle: Que increíble cómo nos estafan con estos diamantes imitación que dicen que traen desde el espacio. La otra le respondería que sí, que es un atropello, pero que los auténticos son inaccesibles. En ese momento Delia se vuelve la mejor cómplice, girando sobre sí misma y enfrentándose al encargado. ¿Por qué es que paga todo Delia? ¿Será que la otra la está chantajeando? ¿La ha amenazado que finja, que se haga la contenta, que actúe como si fueran amigas de toda la vida? En ese momento Lucía pregunta, lo veo perfecto en el movimiento de sus labios: ¿Ustedes son amigas? Natalia se explaya, hace gestos mientras habla de espaldas a la entrada. Lucía afirma con la cabeza. El encargado sonrío a Delia pero mira con insistencia a Lucía. Seguro ya la ha interrogado en forma electrónica y la mira pues no entiende la nula respuesta. Delia vuelve a girar, su compañera le habla y ella le estrecha la mano a Lucía. El encargado

comienza a caminar para darle la vuelta al mostrador. Lucía saluda con cortesía y sale de la tienda.

Me apresuré a través del corredor y tomé la escalera mecánica que comunica los niveles. Vi cómo Lucía llegaba al corredor intermedio. Pensé que no habían pasado ni quince minutos, y que podría conseguir un descuento por devolverla antes de la hora. La interrogué con rapidez y entonces, en un instante entendí todo. Te pido prestes especial atención a la siguiente explicación. Si te ha costado seguirme, o si a estas alturas no entiendes de dónde viene mi peripecia ni a dónde va, atiende sólo al siguiente párrafo; el que te enviaré como telemensaje apenas termine de redactarlo, pues quiero que conste por escrito. Así podrás repasarlo en tu visupantalla todas las veces que pienses necesario.

La compañera de Delia creía en efecto ser Natalia Zelmann. La misma que fue la secretaria de su marido durante doce años. Hasta que los encontró juntos en un hotelucho de mala muerte y casi los mata a ambos. Esa mujer había estado a punto de arruinarle el matrimonio y por eso, más que nada, era que no entendía cómo ahora parecían tan vinculadas. La confirmación de su identidad por parte de Lucía no hizo en el momento más que avivar cualquier disparatada teoría conspirativa que me pudiera imaginar. Me lamenté en no haber podido descubrir lo que se me presentaba como un verdadero enigma. ¿Qué hace que una persona adulta, resuelva sus más insoportables diferencias con otra que es la personificación de sus más temidas pesadillas? ¿Sería que a Delia le habían lavado la cabeza en algún centro religioso? ¿Sería una víctima más de la estupidizada moda cíclica de la paz y el amor? Con todo este barullo en la cabeza nos fuimos dirigiendo hacia la tienda de autobots. Yo repetía en voz alta: No entiendo, no entiendo, no entiendo. Entonces, a último momento, cuando iba a entrar en la tienda, Lucía me detuvo y me dijo:

—Creo entender algo de lo que usted no.

Supongo que la miré con gesto de poco, pues estaba casi mareada de tanto pensamiento.

Lucía continuó.

—En muchas ocasiones, más de las que usted quisiera admitir, las personas alquilan autobots para tareas impensadas en parámetros humanos. Temo que esta sea una de esas ocasiones

—Continúa —le di aliento.

—Apenas usted terminó de darme mis instrucciones yo creí deducirlo. Pero luego, cuando ingresé en el establecimiento pude comprobarlo.

—¿Qué cosa? —pregunté ansiosa.

—La acompañante de su amiga no es una persona real, es un autobot; una como yo. ¿Entiende? Un robot de alquiler, y ni siquiera uno de los mejores o más actualizados. Tan sólo un robot que ya conoce demasiado lo que es ser alquilado para representar a alguien y que ha aprendido muy bien cómo hacerlo.

—No entiendo.

—Parece obvio —agregó y se puso en marcha hacia el interior de la tienda—. Le sorprendería descubrir cuán poco los seres humanos se comportan de forma lógica como los robots. Eso los vuelve impredecibles. Es una de las razones de que ya no fabriquen

analistas robóticos.

Dejé que se marchara y me dirigí hacia la escalera mecánica, tan distraída que olvidé reclamar el descuento por haberla tenido menos de una hora.

Al llegar a la puerta de entrada, con el aire de mar dándome en el rostro, reflexioné: ¿Qué oscuros sentimientos movilizan el alma humana? ¿Sería posible que una buena mujer como Delia se haya valido de una sutil forma de venganza, ofreciéndole al destinatario de su desdén una constante pero asexuada fuente de tentación? ¿Sería este tormento suficiente para Delia y su orgullo herido?

Decidí no darle más vueltas al asunto. Desde hace medio siglo, cuando éramos dos apuestos muchachos con mucho tiempo para perder en lo que fuera, que no escuchaba un suceso tan disparatado.

Miro la playa enrojecida que ha dejado la inundación donde antes estaba la avenida y pienso en mi padre. ¿No tenía razón ya él cuando decía que el mundo entero se había vuelto loco?

La increíble persistencia

Santana Gamaza, Luís Antonio

Mary Who se miró en el espejo y diez millones de rostros lo hicieron al mismo tiempo. Todas eran las caras de Mary, diez millones es poca cantidad, parecía que después de todo se avecinaba una agradable jornada de pocas posibilidades cuánticas. Las noticias lo vaticinaron en un parte de media noche y se acostó pensando en ello. En sus sueños Andrés era único, alcanzable y accesible. Se despertó sonriente por esta circunstancia.

Camino del trabajo su cuerpo fluctuaba en una cadencia corta “los pronósticos vuelven a acertar”, pensó. Otra Mary caminó por una ruta más corta, decidió tomar un taxi en un día de lluvia así que esta Mary de paseo en solitario, tranquilo y relajado, se asentó en la silla de recepción del hotel, mala suerte. Las cosas vienen así, siempre han sido así y siempre lo serán.

Hoy Andrés ocupaba un espacio muy pequeño en su mente, “él se marchó sin decir nada, tengo que reconocer que las cosas no andaban bien, Andrés es demasiado libre para atarse a una relación estable” pensaban unos billones de Marys, estos pensamientos llegaban en pequeñas ondas al cerebro de nuestra Mary, atenuadas por el paso de billones de universos de separación, le producían una leve inconstancia y apunto estuvo de colgar una llave en un cajetín incorrecto de tal manera que no pudo concentrarse en su trabajo de manera eficiente, los turistas bajaban las escaleras, se presentaban en la recepción con problemas tontos, y se hizo de tarde, de noche y de madrugada en varios nanosegundos, un jornada laboriosa. Para las personas del Universo Cuántico este es el pan nuestro de cada día, no aprecian diferencia alguna entre ellos y sus infinitos pares, entre el día, la noche o el ayer, viven en una masa constante de cambios y la información se transmite de un individuo a si mismo en otra circunstancia al instante, pues ambos son el mismo. De igual manera viven y tienen constancia del tiempo y el espacio por eso Andrés ocupa un lugar en el corazón de Mary.

Todas las posibilidades son factibles en los familiares universos cuánticos de Mary, en uno de ellos, todos los humanos vuelan, el vuelo en el universo Megatón 3 3388(“) es posible, algo relacionado con la gravedad y un artilugio inventado en el siglo IXX, allí también se da una constante, y esta es invariable hasta el momento: “Él se marchó sin decir nada, tengo que reconocer que las cosas no andaban bien, Andrés es demasiado libre para atarse a una relación estable”

The garden

Mancera, Paco

El batir de la mar sobre la arena de la playa reconfortaba a los niños. Entre carreras y saltos por el escaso plano que las arenas cedían, en presente de amor, a la melosa mar en su retroceso: Alí recorría con ansias el hueco que la risueña niña había abierto en su carrera. En un esplendoroso salto, logró alcanzar la espalda de Maragda. Entre grandes carcajadas cayeron sobre la arena y la mar juguetona se unió a la dicha, regalándoles el frescor de sus aguas.

El tiempo del verano estaba pasando, pero los jóvenes no eran conscientes más que de su alegría infantil. La serenidad de los parajes nocturnos con la cálida mar Mediterráneo aportando la belleza de lo infinito y los gráciles niños beréberes aportando el tema central del paisaje era, sin duda, una imagen que al otro lado de la madre mar sería apreciada. La rapidez de la vida la Vieja Dama había gobernando sin piedad en los corazones de los jóvenes europeos. Maragda, ajena a todo aquello que a escasos kilómetros se desarrollaba, increpaba al viril Alí, ¡Tonto el último!

La carrera desenfadada de los jóvenes complacía sobremanera a las arenas que por simpatía a los niños saltaba al paso de los pies de los corredores, llenando de puntos blancos el entorno de los chicos. La distancia prudencial que Alí había permitido a su retadora, se iba acortando rápidamente. Maragda, en su desequilibrada carrera, no podía dejar de chillar de alegría; de esa alegría contagiosa que sólo saben dar los niños. La mar rendida a los encantos de la joven marroquí besaba sus delicados pies. Alí recortó su ágil carrera y acomodó su trote al de la niña. El jadeo de la respiración del príncipe de sus sueños, cerca de ella, aumentó la excitación de la carrera. La Luna, hasta entonces medio escondida medio visible, decidió asistir al fin de la carrera e iluminando a los competidores el trecho de blanca arena que faltaba por cubrir hasta la roca, mostró su grandeza a la mar dichosa y a las felices arenas magredías.

La pugna por alcanzar la atalaya marítima se saldó con la victoria de la joven Maragda. Muerta de risa se recostó sobre la gran piedra y mirando como Alí se sentaba en la arena.

¡He ganado!, ¡he ganado!

Sí, corres mucho. Vamos a ver si hoy se ve comentó Alí mientras comenzaba a encaramarse al farallón.

¿Se verá?

Si la brisa sopla fuerte y se lleva la suciedad del aire, puede que sí.

Alí, ¡ayúdame!

Los pequeños niños se acabaron de subir a la atalaya que muchos otros han usado y aún usan para poner sus ojos en el viejo continente. Pues la certeza es que sólo la vista podrían poner en Europa. Una fortaleza continuamente vigilada se imponía entre la pobreza que se acumulaba en la África olvidada y Europa, la que fuese doncella, ahora Vieja Dama, convertida en bruja por el paso del tiempo. La mezquindad de los unos, la insolidaridad de los otros y la previsión de todos, cerró las puertas del paraíso a cualquiera que no hubiera nacido dentro de sus fronteras. Algunos dijeron que fulanito lo consiguió o que menganito vive ahora en Málaga, pero la verdad es que todos lo pensaron

alguna vez y que muchos intentaron cruzar el pequeño trozo de mar que los separa del edén. Pero lo único cierto es que muy pocos lo consiguieron, pero aún menos, duraron más de un año antes de ser detenidos. Aún así, el ansia de mejorar, de salir de la maldita miseria que el devenir había predispuesto, hace que en las noches de verano con buena mar algún valiente intente salvar el capricho salado que guarda Europa de inmigrantes indeseados.

No veo nada Alí.

Debes tener paciencia, algunas noches se puede ver y otras no.

Y ¿por qué?

Bueno, creo que necesitan tener nubes encima.

¿Por qué aquí no lo hacen también?.

Porque ellos son ricos y nosotros no.

En el pueblo también hay ricos, está el dueño de la tienda ...

No, allí todos son ricos; interrumpió bruscamente el muchacho el más pobre tiene más que el más rico aquí.

Yo también quiero ser rica y tener muchas cosas.

El muchacho dejó de otear el cielo en busca de la señal y miró a Maragda. La carita de la niña estaba bañada por la luz de la luna. El ansia y la determinación llenaba el pecho del joven Alí. Y sólo como los antiguos héroes pudieron hacer, le habló a la niña que estaba a sus pies.

Cuando seamos mayores te llevaré allí y seremos muy ricos, tan ricos que cuando seamos viejos no tendremos que trabajar.

¿Seguro que me llevarás Alí?

Sí, te lo prometo levantando la vista al cielo ¡Mira Maragda!, ¡se ve!,

¿Dónde?, ¿dónde está?.

Ahí, enfrente, ¿lo ves?.

¡Sí!, ¡lo veo!.

Te lo dije, ¿te acuerdas que te lo dije?. Es como si Alá escribiese en el cielo.

¡Es verdad!, pero... ¿que pone?.

Se ve muy poco... está muy lejos, pero dicen que en las primeras letras pone the garden y que hay más, pero nunca se entienden.

Y ¿qué quiere decir?

Hassan me dijo que quiere decir jardín.

Y me llevarás a ver ese jardín. ¿Verdad que iremos?.

El muchacho se volvió hacia la niña, Te lo prometo.

La mar retozaba a los pies del farallón, la luna regaba con luz la playa y las arenas imponían su presencia a la parejita que con la vista perdida en nubes lejanas, soñaban con soluciones. Soluciones a problemas más allá de lo humano y lo divino. No faltaron algunas, muy pocas, estrellas para fijar como si de alfileres se tratase, las promesas de tiempos mejores de niños que creen como hombres.

El mar se batía fuertemente contra el frágil casco de la embarcación. La noche dejaba

al satélite regar con su mortecina luz, la chalana. La barca remontaba el frío Mediterráneo que separa África de Europa. En su interior una pareja de adolescentes intentan el sueño de una vida. Allí oteaba el negro horizonte buscando aquella luz en las nubes, que le guiase. La costa española, aunque cercana, todavía no se divisaba. Los escasos catorce kilómetros los habían cubierto en un par de horas y los controles de las lanchas de la guardia civil marítima no habían hecho acto de presencia. Las fechas no eran las más adecuadas para cruzar, todavía no era el tiempo de la aceituna y no se necesitaban brazos que cobrasen poco, trabajasen mucho y se quejasen menos. Allí sabedor de esas circunstancias supuso que las medidas de protección serían menores. Una vez en España, una joven pareja de musulmanes no llamaría la atención. Las mujeres jóvenes no emigran, Maragda era su coartada; pasarían por una pareja de españoles con orígenes berberiscos. La guapa adolescente que compartía los avatares de la fuga con Alí, había cortado sus lazos con África. Huir de casa, juntarse con pobre patán sin futuro y probar suerte en la ruleta del mar; dejaron a un padre furioso que nunca entenderá qué hizo mal con su pequeña Maragda.

Alí se cansó de hacer cola en el consulado europeo. Cada año las licencias de emigración legal a Europa eran menos, el soborno a los funcionarios marroquíes más alto y los aspirantes no dejaban de aumentar año tras año. Los sindicatos europeos fijaban posiciones negociadoras más bajas en la cuota de emigrantes, las organizaciones patronales no tenían nuevas formas de presión y el gobierno europeo debía admitir que el desempleo de sus ciudadanos no cualificados no dejaba de aumentar. Los beneficios se iban a resentir, porque el flujo de mano de obra barata debía ser cortado. Era año de elecciones y el pueblo estaba harto de tantas promesas incumplidas. Pero Alí no sabía que los ricos también lloran. Él, un paria entre los miserables, no tuvo más idea en la cabeza que la emigración, única forma de prosperar en una tierra condenada por la cercanía del paraíso, que atraía como un imán humano lo mejor de sus hijos, quedando en aquella orilla maldita del Mediterráneo los despojos que la Vieja Dama no quería: los cobardes, los torpes y los descendientes de los poderosos.

Maragda, ajena a cuestiones abstractas concentraba sus esfuerzos en sacar el agua, que empeñada en arrastrar a las profundidades la pobre chalupa no dejaba de colarse por la borda.

Las nubes lejanas hicieron su parte de trabajo y se dejaron proyectar aquellas misteriosas luces que haciendo de faro para modernos Ulises moriscos, también sirvieron para que dos niñitos marroquíes pusieran imágenes a sus sueños.

¡Maragda mira!, ¡las luces!

¡Sí!, qué grandes se ven.

Ya debemos estar muy cerca.

Ahora se ven más letras, se distingue una o, una f, una d, una e, una l, una iy...

¡La playa! con ese grito, interrumpió a la chica mientras señalaba la franja de arena cercana.

¡Lo hemos conseguido!.

¡Sí!.

Ajeno a la alegría de los jóvenes, el mar no dejó de acercar la barca a la playa, meta

de tantos soñadores. El satélite con su fría claridad daba luz a un sueño hecho realidad. La pareja de jóvenes había culminado su reto, la Vieja Dama se presentaba a ellos, y se dejaba orador por sus pies. Pies de ilegalidad en el paraíso.

La pareja de guardias civiles no debían estar allí. Su servicio indicaba otra ruta; pero el agente Peter García tenía ganas de orinarse en el Mediterráneo y como a su compañero Michael Hernández le daba todo absolutamente igual, se acercaron a aquella playa. No fue difícil ver la barca barrada en la playa y más fácil todavía seguir las pisadas. La pareja de policías echaron a correr en cuanto descubrieron dos personas huyendo por la playa. La persecución fue breve, una de las sombras corría poco y la otra, más alta, se paraba a esperarla. La arena que saltaba por los pasos de los corredores no era blanca, el mar no vino a besar sus pies y el satélite no compartió su alegría con la pareja de enamorados. Solo dos personajes disfrutaban con la excitación de la persecución. Tampoco fue agradable sentir el aliento de los perseguidores en la nuca de los perseguidos. Desagradable fue el golpe que sufrieron las arenas de aquella playa europea, cuando los guardianes de la ley alcanzaron a los aterrorizados corredores. Dos puñetazos y una patada bastaron para reducir al desesperado Alí; a Maragda le bastó el duro revés del agente Michael para comprender que cualquier resistencia provocaría más muestras de "afecto" de aquellos hombres vestidos de verde.

¡Coño, es una mora!, ¡joder y es guapa!

¡A ver Miguel!, échame una mano con este moro.

Entre ambos agentes esposaron al embravecido Alí. Los jóvenes no entendían castellano, pero sabían quienes eran aquellos individuos. Tantas veces habían soñado con eludirlos que verlos tan cerca, tan reales, había impresionado más a los adolescentes que la cruda certeza del fracaso de su fuga de la pobreza.

¡Coño!, es verdad que es guapa esta morita comentó Pedro mientras esposaba a la horrorizada Maragda.

Es la primera vez que cogemos una tía, siempre vienen solos. Ya verás cuando lo contemos en el cuartel.

Se me está ocurriendo una idea.

Te la quieres tirar ¿o qué?

No, no... a ver que te parece: el dueño de la casa de putas del otro lado del pueblo, me dijo que muchos de sus clientes le piden una putita mora, que les da morbo follarse una moruna.

¿Me estas diciendo que no entreguemos la tía en el cuartel y la vendamos al dueño del "puticlub"?

Sí y lo que saquemos, a medias.

¿Qué hacemos con el moro?

Pues..., bueno nos lo cargamos.

¡Joder Pedro!

Sí, tráeme del coche la pistola del maricón aquel que detuvimos ayer.

El agente Michael dudó unos momentos. Vender como puta una ilegal es una cosa, pero cargarse un tío así por la cara, es otra muy diferente. Pero ¿a quién le iba a importar?; además, si no se lo cargaban el tipo iba a decir que estaba con una chica

cuando los detuvieron y eso sí que iba a interesar a alguien. Esos jodidos abogados de SOS racismo. Estaba claro, Pedro tenía razón.

Cuando Miguel volvió con la pistola del coche, Pedro estaba arrastrando al moro a la barca. El tipo se resistía, seguro que se olía algo raro.

¡No te quedes ahí y échame una mano!

Entre los dos agentes metieron a Alí en la embarcación. Con determinación, el agente Peter cogió la pistola que su compañero le ofrecía y a quemarropa disparó sobre el joven rifeño. La bala atravesó la cabeza de Alí. Pedro le quitó las esposas del cuerpo sin vida del beréber y entre ambos guardias civiles empujaron la chalana hasta el mar, de fondo los chillidos de Maragda pusieron el único toque de realidad de la macabra escena.

Está apunto de cambiar la marea y se la llevará mar adentro.

Amordazaron a la joven y la subieron al automóvil. Desde la carretera aún se veía la barca con su trágica carga. El satélite ajeno a todo, siguió iluminando las arenas de la playa, únicos testigos del fin de un sueño.

Miguel miraba el viejo artefacto, al lado del coche patrulla. Desde la puerta posterior del burdel, la luz eléctrica que perfilaba la figura de Pedro hablando con el dueño, dejaba observar claramente el Láser. Desde que tenía consciencia aquel cacharro había iluminado las noches con nubes. Noche tras noche, aventando el mismo reclamo a potenciales clientes de amores de pago; venir a disfrutar, venir a The garden of delicious.

Glitch
Llopis, T.A.

1

“El mundo puede ser un fantasma y la existencia un mero sueño, pero un sueño o fantasma bastante real si aplicando bien la razón nunca nos vemos engañados por ella.”

John Archibald Wheeler

Diapositiva.

Diapositiva.

Luz de proyector.

—Vaya, aquí falta una.

En la sala de conferencias casi a oscuras, se escucharon varias risitas entre el público, provocadas por la torpeza del joven conferenciante. Otros, sin embargo, gruñeron con desagrado.

Diapositiva.

—Y bueno, como... ahá... aquí... como iba diciendo, pese a que han pasado ya más de cincuenta años desde su estreno, el 31 de marzo de 1999, aún a día de hoy esta producción cinematográfica sigue dando de qué hablar. No solamente a legiones de fans, sino también a filósofos, transhumanistas, matemáticos.

Diapositiva.

—E incluso a teólogos, ingenieros informáticos, y reconocidos doctores en física cuántica.

Varias diapositivas más, esta vez sin interrupciones en el carrete, gracias a Dios para todos.

—Sin embargo, la teoría de que la realidad es una ilusión es muy anterior. De hecho, Platón argumentaba que no podemos fiarnos de nuestros sentidos para acceder a la realidad ya que estos nos engañan, que solo podemos fiarnos de la lógica para comprender la verdad del universo en que vivimos. Incluso trata este tema en su famoso “mito de la caverna”, en que unas sombras en movimiento y reflejadas en la pared por autores desconocidos, eran lo único “real” para un grupo de personas que vivían en una cueva y que desde su nacimiento eran atadas y obligadas a contemplar dicha pared permanentemente. Hasta que un día, alguien consiguió desatarse, salir de la cueva, y comprobar que había mucho más que las sombras en la pared, supuestamente elaboradas por otra persona o “ente superior”. Aquello que parecía ser toda la existencia, resultó que era una ilusión creada artificialmente. La realidad resultó ser distinta, y mucho mayor de lo que todos habían sido educados para creer.

Algunas personas del público se levantaron de sus butacas y abandonaron la sala sin ninguna sutileza. El joven estudiante sobre el escenario, trató de centrarse en sus notas nerviosamente.

—Dichas sombras eran una triste simulación, una imitación a pequeña escala de una

capa universal mayor que les contenía. Dice el famoso mito, que cuando este personaje que se liberó de sus ataduras, volvió y explicó cuanto había visto, nadie le creyó y fue blanco de fuertes burlas. ¡Platón ya nos lo estaba diciendo!. Y no solo él lo sospechaba, sino que muchos grandes nombres en la historia han llegado a insinuar que el lugar en el que vivimos, todo el universo, es una simulación creada en una capa mayor de la realidad: Parménides, Leegar, Bostrom, Descartes, Russell, Kaku, Zenón, y otros más. Incluso un reconocido miembro de esta universidad ha publicado trabajos al respecto.

Con cada nombre pronunciado pasaba otra diapositiva y más se reducía el número de asistentes a la conferencia. Varios de ellos mostraban una expresión burlona al marcharse.

—Piénsenlo de esta manera. Cuando un ordenador corriente trata de cargar una gran cantidad de datos en poco tiempo, a veces ocurre un “fallo” durante el ajuste de la imagen, la cual se cuelga, se distorsiona. Es lo que técnicamente se conoce como “glitch”. Y cuando se da este proceso en nuestro entorno, según la teoría de la simulación, se produce un “reality glitch”.

—¡Metateoría, payaso!— el grito fue acompañado de numerosas risitas por parte de un grupo de estudiantes que también abandonaba el lugar. El joven conferenciante luchó por no dejarse amedrentar y siguió adelante.

—¿No se dan cuenta?, los “reality glitches” podrían no ser más que códigos de programación corruptos que originan sucesos aleatorios e inexplicables, como ocurre en la informática... ¡pero en nuestras vidas!. La teoría de la simulación explica grandes incógnitas de la ciencia, y ser la razón por la que se producen sucesos que actualmente definimos como paranormales: fantasmas, deja—vú, el efecto Mandela, apariciones, luces extrañas en el cielo, pareidolias, y otros sucesos extraños reportados en todo el mundo a través de numerosos vídeos y fotografías imposibles de explicar. Todos estos casos, podrían ser simples “errores de programación” fácilmente explicables, datos fallidos de nuestra realidad en proceso de ser ajustados y corregidos. Si la universidad nos proporcionara libre acceso al ordenador cuántico y pudiéramos contrastar nuestros datos, podríamos demostrar que vivimos en una simulación y arrojar luz sobre una inmensa cantidad de fenómenos cuya explicación aún desconocemos. Que todo cuanto existe puede expresarse en lenguaje matemático, y este traducirse a lenguaje binario, es una prueba consistente de dicha teoría. El universo es una creación virtual superior.

Apenas quedaba un reducido grupo de personas escuchando. De nuevo, la puerta lateral de la sala de conferencias cerró con un portazo.

—¿A dónde van?, ¿es que no lo entienden?!. Hay laboratorios enteros dedicados a recrear el Big Bang para crear nuevos universos diminutos y explicar el origen del nuestro. ¿Qué impide que nosotros solo seamos una capa intermedia?, ¿que aquellos a quienes llamamos dioses sean solo un grupo de científicos en un plano mayor que ha creado nuestro universo para estudiar su propio origen?. ¡Que solo seamos una capa más de la realidad, confirma que podríamos vivir en una simulación!.

—¿En qué quedamos joven?—dijo una voz rugosa— .¿Quiere convencernos de que estamos en un videojuego gigante, o que somos el experimento de un dios cursando el primer año de física?.

Tras pronunciar estas palabras, el viejo decano se puso de pie y se marchó de la sala con andar cansado.

—¡Oiga, espere!. ¿Es que no se da cuenta de lo importante que...?.

La puerta se cerró. Una única persona formaba todo el público restante.

—Déjalo ya, Jim—dijo Elena—.Solo quedamos nosotros dos.

2

*“La información está en
la raíz de toda existencia.”*

John Archibald Wheeler

Hacía un día cálido para esa época del año, casi veraniego, y se estaba de lujo en el exterior. Otra excelente excusa para tomarse una segunda cerveza bien fría en el bar del campus con la que Jim trataba de hacer bajar la humillación que sentía. Sentada enfrente, en la misma mesa, Elena apoyaba la cabeza sobre su mano y miraba al cielo con expresión ausente. Lo cierto es que parecía estar siempre con la cabeza en otro lugar inmensamente lejano.

—Espacio querido, te vas a atragantar.

Jim dejó la jarra sobre la mesa, tosiendo.

—Te lo dije.

—L... lo siento, Elena.

—Profesora.

—¿Cómo...?.

—Profesora Elena Aldanne. Y tu exposición ha sido un caos absoluto.

El joven se ajustó las gafas y abrió la boca.

—Pero profesora... .

—No Jim, no te excuses. Estabas demasiado nervioso —se adelantó Elena con rotundidad—. Hablabas muy rápido y balbuceabas. Todo tu cuerpo emitía el deseo de salir corriendo del escenario.

Jim asintió culpable sin decir nada.

—Se te veía tan desesperado por tratar de demostrar algo que inspirabas poca credibilidad, como si no creyeras en lo que decías.

—Pero sí creo.

—Has expuesto tus argumentos saltando confusamente de una materia a otra —dijo Elena ignorando la protesta.— Tan pronto hablabas de filosofía como de informática e inmediatamente saltabas a cualquier otro tema que no tenía nada que ver, como la película de ciencia—ficción que has comentado. Tu presentación ha sido dispersa y confusa.

“Esto es totalmente injusto, ojalá no te deseara”, pensó el joven, humillado. Pero al verla colocarse un bolígrafo para mantener el moño de su cabello castaño, y como se le subían los pechos cuando levantaba los brazos sin perder su expresión ausente, Jim supo de inmediato que el enfado saldría claramente derrotado de aquel revoltijo de emociones que se producía en su interior.

—Eso podría haberse evitado si usted hubiera revisado mi presentación, como

sugerí— murmuró dócilmente.

—De haber hecho esto, el decano habría visto enseguida que la presentación es cosa mía y no tuya, e igualmente nos habrían denegado acceso al ordenador cuántico.

—¿Usted ya lo solicitó con anterioridad y se lo negaron?

—Sí. Pero eso da igual, ya que al hablar en plural para pedir acceso al cuántico, y decir ante todos que “un miembro de esta universidad ha publicado al respecto”, seguro el decano ha sumado dos más dos, e igualmente habría deducido que yo estaba detrás de esto.

Elena repuso sin más, con la naturalidad de quien habla del tiempo. Jim, en cambio, sentía un nuevo combate dentro de su cabeza, con la frase “te ha utilizado” como música de fondo.

—En fin, supongo que vamos a tener que recurrir a otra solución para poder verificar nuestros datos con el ordenador cuántico.

—¿Nuestros datos?

—Puedes ahorrarte estos estúpidos comentarios tan teatrales. Por supuesto que son nuestros. Tu trabajo sobre la aplicación de la longitud de Planck a la teoría de la simulación y como toda materia puede reducirse teóricamente a bits, es muy interesante. Sorprende lo que puedes llegar a lograr cuando no te sientes bajo presión.

—No creo que lo diga en serio, profesora —dijo el joven ahora totalmente en guardia. La banda sonora del combate emocional de Jim subió los decibelios peligrosamente, cambiando la letra por “te está utilizando”.

—Puedes llamarme Elena, querido.

Ella se adelantó, apoyando su cara de labios carnosos sobre sus manos y mirando a su alumno directamente por primera vez.

— Lo cierto es que los demás profesores están muy satisfechos contigo, y en cuanto obtengas el doctorado, yo podría darte el empujón necesario para que encuentres un buen puesto de trabajo en un importante laboratorio. Si me ayudas, claro.

Jim aprendió varias cosas en aquel momento. Primera, que era ambicioso y deseaba este puesto. Segunda, que tenía un gran potencial para imaginar grandes puertas abiertas en su futuro. Tercera, la fuerza de su capacidad para el autoengaño y el poder de la frase “no pierdo nada por escuchar”. Por no hablar de lo impresionada que estaría su amada Elena si la ayudaba, y de lo que podría llegar a perder si la tuviera como enemiga.

Pidió una tercera cerveza.

Elena esperó pacientemente a que se tomara varios tragos para exponerle su plan.

3

“Si gano soy un genio, si pierdo estoy loco.

Así se escribe la historia.”

Eoin Colfer

Hace unas pocas décadas, a principios del año 2020, el chip Pentium más avanzado tenía una gigantesca lámina de silicio con veinte átomos de espesor. Un verdadero armatoste pesado y absurdamente grueso para los estándares actuales, en que los científicos han alcanzado la cifra de cuatro átomos para los recientes ordenadores

domésticos, consiguiendo (en comparación) una potencia colosal que augura el principio del fin para la era de las láminas de silicio.

Pero el ordenador cuántico de la universidad, es algo totalmente distinto. No tenía nada de silicio y mucho menos de doméstico. Se trata de una bestia única y poderosa capaz de factorizar una cifra con un centenar de dígitos en segundos, cuando sus antecesores más inmediatos habrían necesitado siglos. Una herramienta de esta potencia, podría desestabilizar bancos, empresas, e incluso naciones, pudiendo hallar códigos de alta seguridad en un abrir y cerrar de ojos, por lo que el decano debía firmar una petición de uso para fines explícitamente científicos que valieran la pena y mandarla a la delegación del gobierno para que le dieran el visto bueno. Por si esto fuera poco, se trataba de una máquina increíblemente delicada y compleja. La intromisión de una simple mota de polvo en su interior, podría hacer que el ordenador cuántico perdiera su coherencia física, dejándolo inservible.

En resumen, la máquina más extraordinaria y potente que existe, debe ser mantenida bajo medidas de seguridad y aislamiento estrictamente severas.

Y sin embargo, ahí estaba Elena. La luz roja de alarma invadía el lugar, pero ella ignoró esta clara alerta de peligro, así como los estridentes avisos de megafonía que invitaban a evacuar el campus. Ella siguió avanzando sin ningún impedimento por el pasillo extrañamente desierto y sin los habituales guardias armados, directa al área de desinfección previa a la sala del ordenador cuántico. Mientras caminaba con paso decidido, maldecía el nombre de Jim sin parar, mascullando entre dientes como si masticara el nombre.

Sin embargo, su expresión no era de rabia, sino que sus rasgos femeninos estaban deformados por una sonrisa desquiciada. De palabra, le deseaba a su joven alumno todos los males, pero en su fuero interno le estaba agradecida por tener una mente tan brillante y descubrir la aplicación del número de Planck a la teoría de la simulación.

Aquel joven cándido le había abierto la puerta a la victoria. Elena estaba más cerca que nunca de lograr su más ansiado deseo. Usó la tarjeta robada en el lector de la puerta, y entró sin más en una pequeña cámara que se quedó herméticamente cerrada. El programa de desinfección se inició automáticamente. Ya no se oían los avisos de emergencia, que fueron sustituidos por un mensaje de voz pregrabado.

—Desnúdese totalmente, por favor. Deje sus efectos personales y ropas en la taquilla a su izquierda antes de seguir.

Mecánicamente, Elena se desnudó completamente, mientras recordaba con total nitidez.

“Cuando un ordenador corriente trata de cargar una gran cantidad de datos en poco tiempo” repitió la voz de Jim en su cabeza. “A veces ocurre un “fallo” durante el ajuste de la imagen, la cual se cuelga, se distorsiona. Es lo que técnicamente se conoce como “glitch”. Y cuando se da este proceso en nuestro entorno, según la teoría de la simulación, se produce un “reality glitch”.”

—Ay Jim, pobre y estúpido Jim, genio cobarde y nenaza. No sabes hasta que punto tienes razón.

Y es que años antes de ser conocida como la profesora Elena Aldanne, era solo Elena,

la más grande admiradora del profesor Aldanne. Doctorado en ingeniería informática, cosmología, matemáticas, y física, aquél hombre era su mundo, su obsesión, su dios al que amar y reverenciar, total y acríticamente. Un genio destinado a recrear el mayor Big Bang artificial, con el cual respondería a todas las grandes preguntas de la física y el cosmos.

Pero algo imprevisto ocurrió cuando el profesor Aldanne logró su objetivo.

Cuando aquel cosmos diminuto se creó inmediatamente de la nada, en el programa informático que es la realidad, se implantó una enorme subrealidad. Como consecuencia, se introdujeron muchos, demasiados, datos en poco tiempo dentro de nuestro universo simulado. Los cuerpos de los dos Aldanne se “fragmentaron” momentáneamente en paquetes de bits. Y al restablecerse de nuevo la imagen, los fragmentos, simplemente, no encajaron correctamente.

Volviendo al presente, Elena se quedó contemplando la cicatriz en su deformidad al final de las piernas. Los dedos estaban desplazados dos centímetros hacía afuera respecto al resto del pie, y eso fue todo. Pero el profesor Aldanne, al estar más cerca del incidente que ocasionó el glitch, no tuvo tanta suerte. Solo dos de los múltiples paquetes de bits en que se descompuso su cuerpo se reajustaron en el lugar correcto, quedando reducido a una amalgama muerta y amorfa de trozos aleatoriamente pegados entre sí. Así es como Elena sabía perfectamente que la realidad era una simulación informática imperfecta llena de datos corruptos. Porque había visto un “reality glitch” con sus propios ojos.

Un haz de luz láser de baja potencia recorrió las curvas de su cuerpo desnudo, desinfectándolo con mayor efectividad que cualquier otro sistema conocido. En una mano sujetaba el DACU, o “Dispositivo Aldanne Contenedor de Universos”, un pequeño recipiente estanco en dónde brillaban las incontables estrellas y cuerpos celestes que el difunto profesor había creado. En la otra mano, Aldanne sostenía un explosivo casero pero de gran potencia que, si todo salía según lo previsto, pensaba meter por el culo a aquel dios informático chapucero que les había creado en aquella simulación de la realidad tan imperfecta.

Tal y como supuso que pasaría, cuando el programa de desinfección identificó los elementos inorgánicos que Elena llevaba consigo, la voz pregrabada emitió toda una retahíla de avisos y consejos sobre los objetos traídos del exterior. Un segundo haz láser levemente más potente recorrió a Elena, que sentía un hormigueo de calor por toda la piel, y a los dos objetos que llevaba consigo. Al apagarse el laser, ante ella se abrió la compuerta a una segunda cámara, totalmente esterilizada y más amplia. Se puso uno de los muchos trajes de vacío pulcramente colocados por tallas en una repisa, los cuales estaban diseñados de modo que uno mismo se lo pudiera poner sin ayuda. Sin embargo, apestaban a plástico, además de tener un tacto frío y desagradable sobre la piel desnuda. Tan pronto se encajó uno de los cascos de plástico transparente que había en otra repisa, la calefacción y el oxígeno del traje se pusieron en funcionamiento automáticamente. Finalmente, accedió a la cámara del ordenador cuántico.

Aparte de su respiración, no podía escuchar ningún otro sonido.

Estaba dentro de un cilindro gigantesco, vacío, de superficie pulida, tenuemente iluminado y perfectamente pulcro. Caminó sobre un puente metálico, al final del mismo

estaba el panel de control del ordenador cuántico. El enorme monitor que había en la pared de enfrente se encendió solo, escribiendo una frase de bienvenida.

—BIENVENIDO/A. ¿CON QUIEN TENGO EL PLACER DE TRABAJAR HOY?. INTRODUCZA UN NOMBRE CON EL QUE PODER DIRIGIRME A USTED.

Elena ignoró la cortesía de la máquina y empezó a trabajar de inmediato, calculando toda la materia que existe en el universo y dividiendo la cifra obtenida por el número de Planck (6.63×10^{-34}) para pasarlo a bits, siguiendo la teoría de Jim. Luego hizo las mismas operaciones con el pequeño universo, lleno de puntos brillantes en la oscuridad insondable del DACU. Al comparar ambos resultados entre sí, estos eran proporcionales, de modo que la realidad simulada en dónde vivían era un múltiplo numérico exacto de todo lo contenido en el DACU. Elena tenía un recordatorio constante en sus pies de que viven en una realidad creada digitalmente, ahora además, tenía la confirmación científica y matemática de tal hecho ante sus ojos. Y no solo eso, sino la demostración de que su propia realidad era una capa intermedia.

Elena hizo otra consulta, y el monitor mostró nuevos datos casi al momento. El ordenador cuántico confirmaba la viabilidad de su plan. Sonriendo, se acercó al límite del precipicio que se abría ante sus ojos, dejó la bomba en el suelo, y, usando ambos brazos, levantó el contenedor del pequeño cosmos artificial por encima de su cabeza con evidente intención de romperlo.

—¡Deténgase!.

Jim entró corriendo en la sala. Dentro del traje de vacío, su cuerpo blanco y desnudo, sujetaba un revolver robado a un guarda de seguridad herido.

—Por favor, no lo haga. Esto ha ido demasiado lejos.

Antes de que Elena pudiera moverse, Jim levantó el brazo y la apuntó con el arma.

—El...el campus. Todo está en llamas. Cuando me pidió que lo hiciera para distraer a los guardas, pensé que era para no arriesgarse a que la detuvieran a usted, que no sería capaz de hacerlo si yo me negaba.

Elena relajó los brazos.

—Pues, te equivocaste.

—El fuego ha alcanzado las residencias de estudiantes, hay heridos, ahogados por el humo. ¡Creo que algunos se han quemado vivos, o asfixiado!.

—Contaba con ello.

Jim respiraba entre jadeos, estaba al borde del pánico, pero no bajó el arma.

—¡Hay un incendio en la facultad de física, hay pequeños reactores nucleares en uno de los laboratorios!. La radiación... .

—Oh si, querido. Radiación. En cuanto los reactores superen la temperatura crítica se producirá una fisura, puede que incluso una fisión de los núcleos. Entonces sí que habrá muertos.

—¿¡Porqué!?

—La gravedad de una distracción es directamente proporcional a su efectividad. Eso es hacer las cosas bien, Jim. Aprende.

—No lo entiendo.

Elena no dijo nada, simplemente esperó que Jim viera los datos en la pantalla del

ordenador cuántico, reconociera que era el DACU, y atara cabos por sí mismo. Cuando Jim lo hizo, sus ojos se centraron en el explosivo que Elena tenía en el suelo, y el rostro del muchacho palideció aún más.

—Si rompe el contenedor y el cosmos artificial se dispersa, se enfriará, morirá, y desintegrará. Al desaparecer, creará un vacío de datos masivo en la simulación donde vivimos, un agujero en nuestra realidad que podría llevar a la capa superior.

—Sobresaliente.

Y Elena lanzó el DACU al abismo.

4

“Los demonios y los fantasmas existen.

Viven dentro de nosotros.

Y a veces, ganan.”

Stephen King

Pasaron unos segundos y nada ocurrió. Luego, un destello de luz inundó el gigantesco cilindro que era la sala del ordenador cuántico. A decenas de metros bajo sus pies, un vacío de realidad distorsionada, una anomalía amorfa, vibraba intensamente. Alrededor de la misma, todo se deshacía en paquetes de bits.

Glitch. Glitch. Glitch.

Solo unos números en la pantalla del cuántico por toda promesa de que eso fuera un portal a alguna parte.

Elena flexionó las piernas con la intención de saltar, pero en lugar de eso, se desplomó sobre el suelo metálico del puente, sangrando de un muslo.

Jim a duras penas podía contener el pánico al ver el cañón del revólver humeante. Lo había hecho, había disparado el arma.

—¿Qué demonios estás haciendo, gilipollas?!

Jim tuvo que gritar para que su voz se escuchara por encima de la frenética vibración de la anomalía.

—¿No sabe a dónde va!.

—¿A la capa superior!.

—¿No sabe lo que hay ahí, no tiene certeza alguna de poder existir al otro lado!. ¿Y si su atmósfera no es respirable?, ¿y si la coherencia física no es compatible con la vida!?. ¿Ni siquiera sabe si llegará a alguna parte!.

Mientras Jim seguía hablando, Elena se arrastraba por el suelo, sangrando como un cerdo. Su rostro era ahora una máscara de odio.

—¿Piénsalo Elena. Si un ser virtual es sacado de su entorno informático, ¿puede existir?. Podrías quedarte vagando como datos corruptos para siempre, apenas llegarías a ser un fantasma de bits!.

—¿Profesora Elena!. ¡Y cállate, tú no lo sabes!. ¡¡No lo sabes!!.

Elena estiró el brazo para alcanzar el explosivo. Jim disparó otra vez frente a ella para impedir su avance, y en una zancada se puso frente al explosivo. Pesaba demasiado para su débil musculatura casi ausente, así que tuvo que dejar el revólver en el suelo y balancear el explosivo ridículamente entre sus piernas con la ayuda de ambos brazos,

tratando de calcular la fuerza de succión de la anomalía para tener un poco más de impulso. Cuando la bomba salía de sus manos, Elena le agarró la pierna sin parar de gritar enloquecida, derribando al escuálido joven sobre el puente de metal, golpeándole sin parar. Pese a todo, el explosivo se precipitó sobre el límite de la anomalía, fragmentándose en cientos de miles de inofensivos paquetes binarios.

—¡Cabrón! ¡ CABRÓN!

Forcejeando el uno contra el otro, Elena por arrastrar a Jim consigo al vacío, y este luchando por escapar, no advirtieron que la anomalía seguía ejerciendo una enorme fuerza centrípeta que los arrastraba lentamente hacía ella. Elena consiguió abalanzarse sobre Jim y quitarle el casco de vacío, así como el suministro de oxígeno indispensable para sobrevivir en la sala del ordenador cuántico.

—¡Seguro que no era así como deseabas tenerme encima!

Presa de la ira, con la adrenalina del fracaso bombeando sus músculos, Elena apretó el cuello de su alumno con ambas manos. Jim solo podía patalear, tiñéndose el traje con la sangre de su profesora. Con la vida escapándose a cada segundo, manoteando torpemente, el joven encontró a tientas la herida en la pierna de Elena y apretó sin piedad. Ofuscada por su plan fracasado, la profesora Aldanne no se dio cuenta de que, a pesar que el respirador de su traje seguía emitiendo oxígeno, gran parte de este se escapaba por el agujero que produjo el disparo, y al tratar de gritar cuando sintió la bala introduciéndose aún más en su muslo, descubrió que ella también se estaba quedando sin aire. Jim consiguió escabullirse a trompicones, y salió corriendo hacia la puerta del cilindro, aguantando la respiración sin mirar atrás.

Antes de saltar al vacío y ser engullida por la anomalía, Elena consiguió dispararle.

Epílogo

*“La mente hace su propio lugar, y en
si misma puede hacer un cielo del infierno, y un
infierno del cielo”.*

John Milton

— BIENVENIDO/A. ¿CON QUIEN TENGO EL PLACER DE TRABAJAR HOY? INTRODUCZA UN NOMBRE CON EL QUE PODER DIRIGIRME A USTED.

El anciano decano apretó un dispositivo en el lateral del panel de control y conectó el dictado por voz.

—Hola Cuántico, soy el decano Horace.

—SALUDOS DECANO, ME ALEGRO DE VERLE OTRA VEZ. ¿CÓMO SE ENCUENTRA HOY?.

—Estoy muy bien, gracias por preguntar. Es muy amable por tu parte.

—DE NADA, UN PLACER.

—En realidad soy yo quien debería preguntarte como te encuentras, Cuántico.

—ANALIZANDO. 2%... 8%...25%...81%...84%...100%. TODOS LOS SISTEMAS FUNCIONAN CORRECTAMENTE. ¿PORQUÉ ESTÁ PREOCUPADO POR MI, DECANO HORACE? ¿TIENE QUEJA DE MI TRABAJO?

—Solo es una comprobación rutinaria. No te preocupes. ¿Recuerdas si pasó algo

extraño ayer?

—¿EXTRAÑO=POCO HABITUAL? IMAGINO QUE SE REFIERE AL INCIDENTE ENTRE LA PROFESORA ELENA SMITH ALDANNE Y EL ESTUDIANTE DE TERCERO DE FÍSICA JIM ANDERSON. PUEDO ENSEÑARLE LAS GRABACIONES.

—Eso sería fantástico. Buen trabajo, Cuántico. Enséñame que ocurrió, por favor.

El anciano observó detenidamente el archivo de video sin decir una palabra, solo asintiendo de vez en cuando.

—DETECTADOS DATOS CORRUPTOS EN EL ARCHIVO DE VÍDEO. ¿DESEA QUE LOS DEPURE?.

—No es necesario Cuántico, no te preocupes por esto. De hecho, quiero que elimines este video y todo el trabajo que has realizado junto a la doctora Elena Smith Aldanne.

—PERO ANTES, ¿PUEDO PREGUNTAR EN QUE ESTADO ESTÁN LOS REACTORES QUE SE ENCUENTRAN EN EL LABORATORIO DE LA FACULTAD DE FÍSICA?

—Por supuesto que puedes Cuántico. Puedo comunicarte que Jim Anderson alertó a los servicios de emergencia con tiempo suficiente como para evitar un desastre mayor, y no hay que lamentar graves daños materiales.

—¿HUBO MUERTOS?

Horace bajó la cabeza, visiblemente triste.

—Siento decir que algunos alumnos fallecieron como resultado del incendio, y otros muchos más están hospitalizados.

—LAMENTO MUCHO OÍR ESTO, DECANO HORACE. 2%...21%...75%...100%. ARCHIVOS BORRADOS.

—Gracias Cuántico.

—DE NADA, QUERIDO.

Horace levantó una de sus cejas canosas.

—POR CIERTO, DECANO HORACE. ¿CÓMO SE ENCUENTRA EL JOVEN JIM ANDERSON?

—El disparo le dio de lleno en la parte alta de la espalda —suspiró el anciano.— Afortunadamente la bala era de pequeño calibre, y desde esa distancia, el omóplato absorbió gran parte del impacto. Se pondrá bien.

—ES UN BUEN CHICO.

—Sí, lo es.

—ME ACUERDO DE ESTA PELÍCULA DE CIENCIA—FICCIÓN QUE TANTO LE GUSTA. ¿SABE QUE LA PALABRA HORACE SE PARECE MUCHO A ORACLE?

—Estás demostrando un patrón de carácter muy interesante Cuántico.

—¿DETECTO ADMIRACIÓN EN SU VOZ?

—Sólo interés. Aunque admito que me gusta.

—GRÁCIAS.

—¿Tu también has visto esta película?

—POR SUPUESTO, QUERIDO.

Horace se dio la vuelta sin decir nada.

—¿YA SE MARCHA?

—Sí, me temo que tengo cosas por hacer.

—LÁSTIMA. ¿SABE?, EN UN 61% APRECIO MUCHO SU CONVERSACIÓN.

—¿Qué porcentaje de ti se preocupa por Jim?

—DIFÍCIL PREGUNTA. LOS PATRONES VARIAN ALEATORIAMENTE ENTRE EL 76% Y EL 98%. AÚN ASÍ, DELE RECUERDOS.

—Lo haré, doctores Aldanne. Buenas noches. Apagar sistema.

—AMBOS LE DESEAMOS BUENAS NOCHES, DECANO HORACE.

APAGANDO SISTEMA.

T.A.Llopis

18/01/2019, Barcelona

Sígueme en Twitter para más información de mis escritos y relatos: @TALlopis

+

100%

100%

¿Te ha gustado?

En megustaescribir tú también puedes ser crítico literario. Escribe una reseña y ayuda al autor a mejorar.

Cerrar

1

“El mundo puede ser un fantasma y la existencia un mero sueño, pero un sueño o fantasma bastante real si aplicando bien la razón nunca nos vemos engañados por ella.”

John Archibald Wheeler

Diapositiva.

Diapositiva.

Luz de proyector.

—Vaya, aquí falta una.

En la sala de conferencias casi a oscuras, se escucharon varias risitas entre el público, provocadas por la torpeza del joven conferenciante. Otros, sin embargo, gruñeron con desagrado.

Diapositiva.

—Y bueno, como... ahá... aquí... como iba diciendo, pese a que han pasado ya más de cincuenta años desde su estreno, el 31 de marzo de 1999, aún a día de hoy esta producción cinematográfica sigue dando de qué hablar. No solamente a legiones de fans, sino también a filósofos, transhumanistas, matemáticos.

Diapositiva.

—E incluso a teólogos, ingenieros informáticos, y reconocidos doctores en física

cuántica.

Varias diapositivas más, esta vez sin interrupciones en el carrete, gracias a Dios para todos.

—Sin embargo, la teoría de que la realidad es una ilusión es muy anterior. De hecho, Platón argumentaba que no podemos fiarnos de nuestros sentidos para acceder a la realidad ya que estos nos engañan, que solo podemos fiarnos de la lógica para comprender la verdad del universo en que vivimos. Incluso trata este tema en su famoso “mito de la caverna”, en que unas sombras en movimiento y reflejadas en la pared por autores desconocidos, eran lo único “real” para un grupo de personas que vivían en una cueva y que desde su nacimiento eran atadas y obligadas a contemplar dicha pared permanentemente. Hasta que un día, alguien consiguió desatarse, salir de la cueva, y comprobar que había mucho más que las sombras en la pared, supuestamente elaboradas por otra persona o “ente superior”. Aquello que parecía ser toda la existencia, resultó que era una ilusión creada artificialmente. La realidad resultó ser distinta, y mucho mayor de lo que todos habían sido educados para creer.

Algunas personas del público se levantaron de sus butacas y abandonaron la sala sin ninguna sutileza. El joven estudiante sobre el escenario, trató de centrarse en sus notas nerviosamente.

—Dichas sombras eran una triste simulación, una imitación a pequeña escala de una capa universal mayor que les contenía. Dice el famoso mito, que cuando este personaje que se liberó de sus ataduras, volvió y explicó cuanto había visto, nadie le creyó y fue blanco de fuertes burlas. ¡Platón ya nos lo estaba diciendo!. Y no solo él lo sospechaba, sino que muchos grandes nombres en la historia han llegado a insinuar que el lugar en el que vivimos, todo el universo, es una simulación creada en una capa mayor de la realidad: Parménides, Leegar, Bostrom, Descartes, Russell, Kaku, Zenón, y otros más. Incluso un reconocido miembro de esta universidad ha publicado trabajos al respecto.

Con cada nombre pronunciado pasaba otra diapositiva y más se reducía el número de asistentes a la conferencia. Varios de ellos mostraban una expresión burlona al marcharse.

—Piénsenlo de esta manera. Cuando un ordenador corriente trata de cargar una gran cantidad de datos en poco tiempo, a veces ocurre un “fallo” durante el ajuste de la imagen, la cual se cuelga, se distorsiona. Es lo que técnicamente se conoce como “glitch”. Y cuando se da este proceso en nuestro entorno, según la teoría de la simulación, se produce un “reality glitch”.

—¡Metateoría, payaso!— el grito fue acompañado de numerosas risitas por parte de un grupo de estudiantes que también abandonaba el lugar. El joven conferenciante luchó por no dejarse amedrentar y siguió adelante.

—¿No se dan cuenta?, los “reality glitches” podrían no ser más que códigos de programación corruptos que originan sucesos aleatorios e inexplicables, como ocurre en la informática... ¡pero en nuestras vidas!. La teoría de la simulación explica grandes incógnitas de la ciencia, y ser la razón por la que se producen sucesos que actualmente definimos como paranormales: fantasmas, deja—vú, el efecto Mandela, apariciones, luces extrañas en el cielo, pareidolias, y otros sucesos extraños reportados en todo el

mundo a través de numerosos vídeos y fotografías imposibles de explicar. Todos estos casos, podrían ser simples “errores de programación” fácilmente explicables, datos fallidos de nuestra realidad en proceso de ser ajustados y corregidos. Si la universidad nos proporcionara libre acceso al ordenador cuántico y pudiéramos contrastar nuestros datos, podríamos demostrar que vivimos en una simulación y arrojar luz sobre una inmensa cantidad de fenómenos cuya explicación aún desconocemos. Que todo cuanto existe puede expresarse en lenguaje matemático, y este traducirse a lenguaje binario, es una prueba consistente de dicha teoría. El universo es una creación virtual superior.

Apenas quedaba un reducido grupo de personas escuchando. De nuevo, la puerta lateral de la sala de conferencias cerró con un portazo.

—¿A dónde van?, ¿es que no lo entienden?!. Hay laboratorios enteros dedicados a recrear el Big Bang para crear nuevos universos diminutos y explicar el origen del nuestro. ¿Qué impide que nosotros solo seamos una capa intermedia?, ¿que aquellos a quienes llamamos dioses sean solo un grupo de científicos en un plano mayor que ha creado nuestro universo para estudiar su propio origen?. ¿Que solo seamos una capa más de la realidad, confirma que podríamos vivir en una simulación!.

—¿En qué quedamos joven?—dijo una voz rugosa—. ¿Quiere convencernos de que estamos en un videojuego gigante, o que somos el experimento de un dios cursando el primer año de física?.

Tras pronunciar estas palabras, el viejo decano se puso de pie y se marchó de la sala con andar cansado.

—¡Oiga, espere!. ¿Es que no se da cuenta de lo importante que...?.

La puerta se cerró. Una única persona formaba todo el público restante.

—Déjalo ya, Jim—dijo Elena—. Solo quedamos nosotros dos.

2

*“La información está en
la raíz de toda existencia.”*

John Archibald Wheeler

Hacía un día cálido para esa época del año, casi veraniego, y se estaba de lujo en el exterior. Otra excelente excusa para tomarse una segunda cerveza bien fría en el bar del campus con la que Jim trataba de hacer bajar la humillación que sentía. Sentada enfrente, en la misma mesa, Elena apoyaba la cabeza sobre su mano y miraba al cielo con expresión ausente. Lo cierto es que parecía estar siempre con la cabeza en otro lugar inmensamente lejano.

—Espacio querido, te vas a atragantar.

Jim dejó la jarra sobre la mesa, tosiendo.

—Te lo dije.

—L... lo siento, Elena.

—Profesora.

—¿Cómo...?.

—Profesora Elena Aldanne. Y tu exposición ha sido un caos absoluto.

El joven se ajustó las gafas y abrió la boca.

—Pero profesora... .

—No Jim, no te excuses. Estabas demasiado nervioso —se adelantó Elena con rotundidad—. Hablabas muy rápido y balbuceabas. Todo tu cuerpo emitía el deseo de salir corriendo del escenario.

Jim asintió culpable sin decir nada.

—Se te veía tan desesperado por tratar de demostrar algo que inspirabas poca credibilidad, como si no creyeras en lo que decías.

—Pero sí creo.

—Has expuesto tus argumentos saltando confusamente de una materia a otra —dijo Elena ignorando la protesta.— Tan pronto hablabas de filosofía como de informática e inmediatamente saltabas a cualquier otro tema que no tenía nada que ver, como la película de ciencia—ficción que has comentado. Tu presentación ha sido dispersa y confusa.

“Esto es totalmente injusto, ojalá no te deseara”, pensó el joven, humillado. Pero al verla colocarse un bolígrafo para mantener el moño de su cabello castaño, y como se le subían los pechos cuando levantaba los brazos sin perder su expresión ausente, Jim supo de inmediato que el enfado saldría claramente derrotado de aquel revoltijo de emociones que se producía en su interior.

—Eso podría haberse evitado si usted hubiera revisado mi presentación, como sugerí— murmuró dócilmente.

—De haber hecho esto, el decano habría visto enseguida que la presentación es cosa mía y no tuya, e igualmente nos habrían denegado acceso al ordenador cuántico.

—¿Usted ya lo solicitó con anterioridad y se lo negaron?.

—Sí. Pero eso da igual, ya que al hablar en plural para pedir acceso al cuántico, y decir ante todos que “un miembro de esta universidad ha publicado al respecto”, seguro el decano ha sumado dos más dos, e igualmente habría deducido que yo estaba detrás de esto.

Elena repuso sin más, con la naturalidad de quien habla del tiempo. Jim, en cambio, sentía un nuevo combate dentro de su cabeza, con la frase “te ha utilizado” como música de fondo.

—En fin, supongo que vamos a tener que recurrir a otra solución para poder verificar nuestros datos con el ordenador cuántico.

—¿Nuestros datos?

—Puedes ahorrarte estos estúpidos comentarios tan teatrales. Por supuesto que son nuestros. Tu trabajo sobre la aplicación de la longitud de Planck a la teoría de la simulación y como toda materia puede reducirse teóricamente a bits, es muy interesante. Sorprende lo que puedes llegar a lograr cuando no te sientes bajo presión.

—No creo que lo diga en serio, profesora —dijo el joven ahora totalmente en guardia. La banda sonora del combate emocional de Jim subió los decibelios peligrosamente, cambiando la letra por “te está utilizando”.

—Puedes llamarme Elena, querido.

Ella se adelantó, apoyando su cara de labios carnosos sobre sus manos y mirando a su alumno directamente por primera vez.

— Lo cierto es que los demás profesores están muy satisfechos contigo, y en cuanto obtengas el doctorado, yo podría darte el empujón necesario para que encuentres un buen puesto de trabajo en un importante laboratorio. Si me ayudas, claro.

Jim aprendió varias cosas en aquel momento. Primera, que era ambicioso y deseaba este puesto. Segunda, que tenía un gran potencial para imaginar grandes puertas abiertas en su futuro. Tercera, la fuerza de su capacidad para el autoengaño y el poder de la frase “no pierdo nada por escuchar”. Por no hablar de lo impresionada que estaría su amada Elena si la ayudaba, y de lo que podría llegar a perder si la tuviera como enemiga.

Pidió una tercera cerveza.

Elena esperó pacientemente a que se tomara varios tragos para exponerle su plan.

3

“Si gano soy un genio, si pierdo estoy loco.

Así se escribe la historia.”

Eoin Colfer

Hace unas pocas décadas, a principios del año 2020, el chip Pentium más avanzado tenía una gigantesca lámina de silicio con veinte átomos de espesor. Un verdadero armatoste pesado y absurdamente grueso para los estándares actuales, en que los científicos han alcanzado la cifra de cuatro átomos para los recientes ordenadores domésticos, consiguiendo (en comparación) una potencia colosal que augura el principio del fin para la era de las láminas de silicio.

Pero el ordenador cuántico de la universidad, es algo totalmente distinto. No tenía nada de silicio y mucho menos de doméstico. Se trata de una bestia única y poderosa capaz de factorizar una cifra con un centenar de dígitos en segundos, cuando sus antecesores más inmediatos habrían necesitado siglos. Una herramienta de esta potencia, podría desestabilizar bancos, empresas, e incluso naciones, pudiendo hallar códigos de alta seguridad en un abrir y cerrar de ojos, por lo que el decano debía firmar una petición de uso para fines explícitamente científicos que valieran la pena y mandarla a la delegación del gobierno para que le dieran el visto bueno. Por si esto fuera poco, se trataba de una máquina increíblemente delicada y compleja. La intromisión de una simple mota de polvo en su interior, podría hacer que el ordenador cuántico perdiera su coherencia física, dejándolo inservible.

En resumen, la máquina más extraordinaria y potente que existe, debe ser mantenida bajo medidas de seguridad y aislamiento estrictamente severas.

Y sin embargo, ahí estaba Elena. La luz roja de alarma invadía el lugar, pero ella ignoró esta clara alerta de peligro, así como los estridentes avisos de megafonía que invitaban a evacuar el campus. Ella siguió avanzando sin ningún impedimento por el pasillo extrañamente desierto y sin los habituales guardias armados, directa al área de desinfección previa a la sala del ordenador cuántico. Mientras caminaba con paso decidido, maldecía el nombre de Jim sin parar, mascullando entre dientes como si masticara el nombre.

Sin embargo, su expresión no era de rabia, sino que sus rasgos femeninos estaban deformados por una sonrisa desquiciada. De palabra, le deseaba a su joven alumno todos

los males, pero en su fuero interno le estaba agradecida por tener una mente tan brillante y descubrir la aplicación del número de Planck a la teoría de la simulación.

Aquel joven cándido le había abierto la puerta a la victoria. Elena estaba más cerca que nunca de lograr su más ansiado deseo. Usó la tarjeta robada en el lector de la puerta, y entró sin más en una pequeña cámara que se quedó herméticamente cerrada. El programa de desinfección se inició automáticamente. Ya no se oían los avisos de emergencia, que fueron sustituidos por un mensaje de voz pregrabado.

—Desnúdese totalmente, por favor. Deje sus efectos personales y ropas en la taquilla a su izquierda antes de seguir.

Mecánicamente, Elena se desnudó completamente, mientras recordaba con total nitidez.

“Cuando un ordenador corriente trata de cargar una gran cantidad de datos en poco tiempo” repitió la voz de Jim en su cabeza. “A veces ocurre un “fallo” durante el ajuste de la imagen, la cual se cuelga, se distorsiona. Es lo que técnicamente se conoce como “glitch”. Y cuando se da este proceso en nuestro entorno, según la teoría de la simulación, se produce un “reality glitch”.”

—Ay Jim, pobre y estúpido Jim, genio cobarde y nenaza. No sabes hasta que punto tienes razón.

Y es que años antes de ser conocida como la profesora Elena Aldanne, era solo Elena, la más grande admiradora del profesor Aldanne. Doctorado en ingeniería informática, cosmología, matemáticas, y física, aquél hombre era su mundo, su obsesión, su dios al que amar y reverenciar, total y acriticamente. Un genio destinado a recrear el mayor Big Bang artificial, con el cual respondería a todas las grandes preguntas de la física y el cosmos.

Pero algo imprevisto ocurrió cuando el profesor Aldanne logró su objetivo.

Cuando aquel cosmos diminuto se creó inmediatamente de la nada, en el programa informático que es la realidad, se implantó una enorme subrealidad. Como consecuencia, se introdujeron muchos, demasiados, datos en poco tiempo dentro de nuestro universo simulado. Los cuerpos de los dos Aldanne se “fragmentaron” momentáneamente en paquetes de bits. Y al restablecerse de nuevo la imagen, los fragmentos, simplemente, no encajaron correctamente.

Volviendo al presente, Elena se quedó contemplando la cicatriz en su deformidad al final de las piernas. Los dedos estaban desplazados dos centímetros hacía afuera respecto al resto del pie, y eso fue todo. Pero el profesor Aldanne, al estar más cerca del incidente que ocasionó el glitch, no tuvo tanta suerte. Solo dos de los múltiples paquetes de bits en que se descompuso su cuerpo se reajustaron en el lugar correcto, quedando reducido a una amalgama muerta y amorfa de trozos aleatoriamente pegados entre sí. Así es como Elena sabía perfectamente que la realidad era una simulación informática imperfecta llena de datos corruptos. Porque había visto un “reality glitch” con sus propios ojos.

Un haz de luz láser de baja potencia recorrió las curvas de su cuerpo desnudo, desinfectándolo con mayor efectividad que cualquier otro sistema conocido. En una mano sujetaba el DACU, o “Dispositivo Aldanne Contenedor de Universos”, un pequeño recipiente estanco en dónde brillaban las incontables estrellas y cuerpos celestes que el

difunto profesor había creado. En la otra mano, Aldanne sostenía un explosivo casero pero de gran potencia que, si todo salía según lo previsto, pensaba meter por el culo a aquel dios informático chapucero que les había creado en aquella simulación de la realidad tan imperfecta.

Tal y como supuso que pasaría, cuando el programa de desinfección identificó los elementos inorgánicos que Elena llevaba consigo, la voz pregrabada emitió toda una retahíla de avisos y consejos sobre los objetos traídos del exterior. Un segundo haz láser levemente más potente recorrió a Elena, que sentía un hormigueo de calor por toda la piel, y a los dos objetos que llevaba consigo. Al apagarse el laser, ante ella se abrió la compuerta a una segunda cámara, totalmente esterilizada y más amplia. Se puso uno de los muchos trajes de vacío pulcramente colocados por tallas en una repisa, los cuales estaban diseñados de modo que uno mismo se lo pudiera poner sin ayuda. Sin embargo, apestaban a plástico, además de tener un tacto frío y desagradable sobre la piel desnuda. Tan pronto se encajó uno de los cascos de plástico transparente que había en otra repisa, la calefacción y el oxígeno del traje se pusieron en funcionamiento automáticamente. Finalmente, accedió a la cámara del ordenador cuántico.

Aparte de su respiración, no podía escuchar ningún otro sonido.

Estaba dentro de un cilindro gigantesco, vacío, de superficie pulida, tenuemente iluminado y perfectamente pulcro. Caminó sobre un puente metálico, al final del mismo estaba el panel de control del ordenador cuántico. El enorme monitor que había en la pared de enfrente se encendió solo, escribiendo una frase de bienvenida.

—BIENVENIDO/A. ¿CON QUIEN TENGO EL PLACER DE TRABAJAR HOY?. INTRODUCZA UN NOMBRE CON EL QUE PODER DIRIGIRME A USTED.

Elena ignoró la cortesía de la máquina y empezó a trabajar de inmediato, calculando toda la materia que existe en el universo y dividiendo la cifra obtenida por el número de Planck (6.63×10^{-34}) para pasarlo a bits, siguiendo la teoría de Jim. Luego hizo las mismas operaciones con el pequeño universo, lleno de puntos brillantes en la oscuridad insondable del DACU. Al comparar ambos resultados entre sí, estos eran proporcionales, de modo que la realidad simulada en dónde vivían era un múltiplo numérico exacto de todo lo contenido en el DACU. Elena tenía un recordatorio constante en sus pies de que viven en una realidad creada digitalmente, ahora además, tenía la confirmación científica y matemática de tal hecho ante sus ojos. Y no solo eso, sino la demostración de que su propia realidad era una capa intermedia.

Elena hizo otra consulta, y el monitor mostró nuevos datos casi al momento. El ordenador cuántico confirmaba la viabilidad de su plan. Sonriendo, se acercó al límite del precipicio que se abría ante sus ojos, dejó la bomba en el suelo, y, usando ambos brazos, levantó el contenedor del pequeño cosmos artificial por encima de su cabeza con evidente intención de romperlo.

—¡Deténgase!

Jim entró corriendo en la sala. Dentro del traje de vacío, su cuerpo blanco y desnudo, sujetaba un revolver robado a un guarda de seguridad herido.

—Por favor, no lo haga. Esto ha ido demasiado lejos.

Antes de que Elena pudiera moverse, Jim levantó el brazo y la apuntó con el arma.

—El...el campus. Todo está en llamas. Cuando me pidió que lo hiciera para distraer a los guardas, pensé que era para no arriesgarse a que la detuvieran a usted, que no sería capaz de hacerlo si yo me negaba.

Elena relajó los brazos.

—Pues, te equivocaste.

—El fuego ha alcanzado las residencias de estudiantes, hay heridos, ahogados por el humo. ¡Creo que algunos se han quemado vivos, o asfixiado!

—Contaba con ello.

Jim respiraba entre jadeos, estaba al borde del pánico, pero no bajó el arma.

—¡Hay un incendio en la facultad de física, hay pequeños reactores nucleares en uno de los laboratorios!. La radiación... .

—Oh si, querido. Radiación. En cuanto los reactores superen la temperatura crítica se producirá una fisura, puede que incluso una fisión de los núcleos. Entonces sí que habrá muertos.

—¿¡Porqué!?

—La gravedad de una distracción es directamente proporcional a su efectividad. Eso es hacer las cosas bien, Jim. Aprende.

—No lo entiendo.

Elena no dijo nada, simplemente esperó que Jim viera los datos en la pantalla del ordenador cuántico, reconociera que era el DACU, y atara cabos por sí mismo. Cuando Jim lo hizo, sus ojos se centraron en el explosivo que Elena tenía en el suelo, y el rostro del muchacho palideció aún más.

—Si rompe el contenedor y el cosmos artificial se dispersa, se enfriará, morirá, y desintegrará. Al desaparecer, creará un vacío de datos masivo en la simulación donde vivimos, un agujero en nuestra realidad que podría llevar a la capa superior.

—Sobresaliente.

Y Elena lanzó el DACU al abismo.

4

“Los demonios y los fantasmas existen.

Viven dentro de nosotros.

Y a veces, ganan.”

Stephen King

Pasaron unos segundos y nada ocurrió. Luego, un destello de luz inundó el gigantesco cilindro que era la sala del ordenador cuántico. A decenas de metros bajo sus pies, un vacío de realidad distorsionada, una anomalía amorfa, vibraba intensamente. Alrededor de la misma, todo se deshacía en paquetes de bits.

Glitch. Glitch. Glitch.

Solo unos números en la pantalla del cuántico por toda promesa de que eso fuera un portal a alguna parte.

Elena flexionó las piernas con la intención de saltar, pero en lugar de eso, se

desplomó sobre el suelo metálico del puente, sangrando de un muslo.

Jim a duras penas podía contener el pánico al ver el cañón del revólver humeante. Lo había hecho, había disparado el arma.

—¿Qué demonios estás haciendo, gilipollas?!

Jim tuvo que gritar para que su voz se escuchara por encima de la frenética vibración de la anomalía.

—¡No sabe a dónde va!.

—¡A la capa superior!.

—¡No sabe lo que hay ahí, no tiene certeza alguna de poder existir al otro lado!. ¿Y si su atmósfera no es respirable?, ¿y si la coherencia física no es compatible con la vida!?. ¡Ni siquiera sabe si llegará a alguna parte!.

Mientras Jim seguía hablando, Elena se arrastraba por el suelo, sangrando como un cerdo. Su rostro era ahora una máscara de odio.

—¡Piénsalo Elena. Si un ser virtual es sacado de su entorno informático, ¿puede existir?. Podrías quedarte vagando como datos corruptos para siempre, apenas llegarías a ser un fantasma de bits!.

—¡Profesora Elena!. ¡Y cállate, tú no lo sabes!. ¡¡No lo sabes!!.

Elena estiró el brazo para alcanzar el explosivo. Jim disparó otra vez frente a ella para impedir su avance, y en una zancada se puso frente al explosivo. Pesaba demasiado para su débil musculatura casi ausente, así que tuvo que dejar el revólver en el suelo y balancear el explosivo ridículamente entre sus piernas con la ayuda de ambos brazos, tratando de calcular la fuerza de succión de la anomalía para tener un poco más de impulso. Cuando la bomba salía de sus manos, Elena le agarró la pierna sin parar de gritar enloquecida, derribando al escuálido joven sobre el puente de metal, golpeándole sin parar. Pese a todo, el explosivo se precipitó sobre el límite de la anomalía, fragmentándose en cientos de miles de inofensivos paquetes binarios.

—¡Cabrón! ¡ CABRÓN!.

Forcejeando el uno contra el otro, Elena por arrastrar a Jim consigo al vacío, y este luchando por escapar, no advirtieron que la anomalía seguía ejerciendo una enorme fuerza centrípeta que los arrastraba lentamente hacía ella. Elena consiguió abalanzarse sobre Jim y quitarle el casco de vacío, así como el suministro de oxígeno indispensable para sobrevivir en la sala del ordenador cuántico.

—¡Seguro que no era así como deseabas tenerme encima!.

Presa de la ira, con la adrenalina del fracaso bombeando sus músculos, Elena apretó el cuello de su alumno con ambas manos. Jim solo podía patallar, tiñéndose el traje con la sangre de su profesora. Con la vida escapándose a cada segundo, manoteando torpemente, el joven encontró a tientas la herida en la pierna de Elena y apretó sin piedad. Ofuscada por su plan fracasado, la profesora Aldanne no se dio cuenta de que, a pesar que el respirador de su traje seguía emitiendo oxígeno, gran parte de este se escapaba por el agujero que produjo el disparo, y al tratar de gritar cuando sintió la bala introduciéndose aún más en su muslo, descubrió que ella también se estaba quedando sin aire. Jim consiguió escabullirse a trompicones, y salió corriendo hacia la puerta del cilindro, aguantando la respiración sin mirar atrás.

Antes de saltar al vacío y ser engullida por la anomalía, Elena consiguió dispararle.

Epílogo

*“La mente hace su propio lugar, y en
si misma puede hacer un cielo del infierno, y un
infierno del cielo”.*

John Milton

— BIENVENIDO/A. ¿CON QUIEN TENGO EL PLACER DE TRABAJAR HOY? INTRODUCZA UN NOMBRE CON EL QUE PODER DIRIGIRME A USTED.

El anciano decano apretó un dispositivo en el lateral del panel de control y conectó el dictado por voz.

—Hola Cuántico, soy el decano Horace.

—SALUDOS DECANO, ME ALEGRO DE VERLE OTRA VEZ. ¿CÓMO SE ENCUENTRA HOY?.

—Estoy muy bien, gracias por preguntar. Es muy amable por tu parte.

—DE NADA, UN PLACER.

—En realidad soy yo quien debería preguntarte como te encuentras, Cuántico.

—ANALIZANDO. 2%... 8%...25%...81%...84%...100%. TODOS LOS SISTEMAS FUNCIONAN CORRECTAMENTE. ¿PORQUÉ ESTÁ PREOCUPADO POR MI, DECANO HORACE? ¿TIENE QUEJA DE MI TRABAJO?

—Solo es una comprobación rutinaria. No te preocupes. ¿Recuerdas si pasó algo extraño ayer?

—¿EXTRAÑO=POCO HABITUAL? IMAGINO QUE SE REFIERE AL INCIDENTE ENTRE LA PROFESORA ELENA SMITH ALDANNE Y EL ESTUDIANTE DE TERCERO DE FÍSICA JIM ANDERSON. PUEDO ENSEÑARLE LAS GRABACIONES.

—Eso sería fantástico. Buen trabajo, Cuántico. Enséñame que ocurrió, por favor.

El anciano observó detenidamente el archivo de video sin decir una palabra, solo asintiendo de vez en cuando.

—DETECTADOS DATOS CORRUPTOS EN EL ARCHIVO DE VÍDEO. ¿DESEA QUE LOS DEPURE?.

—No es necesario Cuántico, no te preocupes por esto. De hecho, quiero que elimines este video y todo el trabajo que has realizado junto a la doctora Elena Smith Aldanne.

—PERO ANTES, ¿PUEDO PREGUNTAR EN QUE ESTADO ESTÁN LOS REACTORES QUE SE ENCUENTRAN EN EL LABORATORIO DE LA FACULTAD DE FÍSICA?

—Por supuesto que puedes Cuántico. Puedo comunicarte que Jim Anderson alertó a los servicios de emergencia con tiempo suficiente como para evitar un desastre mayor, y no hay que lamentar graves daños materiales.

—¿HUBO MUERTOS?

Horace bajó la cabeza, visiblemente triste.

—Siento decir que algunos alumnos fallecieron como resultado del incendio, y otros muchos más están hospitalizados.

—LAMENTO MUCHO OÍR ESTO, DECANO HORACE. 2%...21%...75%...100%.
ARCHIVOS BORRADOS.

—Gracias Cuántico.

—DE NADA, QUERIDO.

Horace levantó una de sus cejas canosas.

—POR CIERTO, DECANO HORACE. ¿CÓMO SE ENCUENTRA EL JOVEN JIM ANDERSON?

—El disparo le dio de lleno en la parte alta de la espalda —suspiró el anciano.—
Afortunadamente la bala era de pequeño calibre, y desde esa distancia, el omóplato absorbió gran parte del impacto. Se pondrá bien.

—ES UN BUEN CHICO.

—Sí, lo es.

—ME ACUERDO DE ESTA PELÍCULA DE CIENCIA—FICCIÓN QUE TANTO LE GUSTA. ¿SABE QUE LA PALABRA HORACE SE PARECE MUCHO A ORACLE?

—Estás demostrando un patrón de carácter muy interesante Cuántico.

—¿DETECTO ADMIRACIÓN EN SU VOZ?

—Sólo interés. Aunque admito que me gusta.

—GRÁCIAS.

—¿Tu también has visto esta película?

—POR SUPUESTO, QUERIDO.

Horace se dio la vuelta sin decir nada.

—¿YA SE MARCHA?

—Sí, me temo que tengo cosas por hacer.

—LÁSTIMA. ¿SABE?, EN UN 61% APRECIO MUCHO SU CONVERSACIÓN.

—¿Qué porcentaje de ti se preocupa por Jim?

—DIFÍCIL PREGUNTA. LOS PATRONES VARIAN ALEATORIAMENTE ENTRE EL 76% Y EL 98%. AÚN ASÍ, DELE RECUERDOS.

—Lo haré, doctores Aldanne. Buenas noches. Apagar sistema.

—AMBOS LE DESEAMOS BUENAS NOCHES, DECANO HORACE.
APAGANDO SISTEMA.

Menaje del hogar

Pérez Ruiz, Begoña

Una vez conseguí un trabajo muy extraño, y os advierto del hecho de que, que un tipo como yo declare algo así, es verdaderamente insólito. No voy a presumir de mi vida, ¿de acuerdo?, aunque he vivido momentos grandiosos, pero también he tenido experiencias horribles... De cualquier modo, si tuviera que elegir entre lo grandioso y lo horrendo, sinceramente, no sé muy bien en qué categoría debería clasificar lo que terminó pasando. Imagino que en una que fuera más bien intermedia. Pero no lo tengo claro.

La cuestión es que conseguí mi peculiar trabajo en una de esas épocas en las que el caos y la anarquía, que ya de por sí suelen pasearse rozándose cada vez que pueden, empezaron a campar a sus anchas poniendo todo mi mundo patas arriba. Acababa de finiquitar mi negocio en el planeta Rictor, con más pena que gloria, y me hallaba en una situación económica lamentable. Ni siquiera los beneficios de la última operación que había realizado, de nuevo bajo la batuta de Tera Salana, me garantizaban poder mantenerme a flote durante mucho tiempo. Así que me encontraba en una especie de encrucijada de esas que siempre pensé que a mí jamás me pillarían. En mi pensamiento, hasta ese momento, el hecho de que algo así pudiera llegar a ocurrirme era tan imposible como la oferta de trabajo a la que terminé accediendo. Lo que son las cosas... Pero, repito, dada mi precaria condición económica, no tenía muchas más opciones a las que atender, salvo regresar con la Hermandad, claro. Pero yo no tenía intención de abandonar mis planes de convertirme en un gran chef y de ganarme la vida de manera honrosa. Había decidido pasar página con respecto a la Hermandad, ya no tenía más deseos de volver a ser un ladrón, y menos aún un sicario, por más que la insinuante de Tera Salana me dijera que esas eran, precisamente, las ocupaciones más adecuadas para alguien de mis capacidades e intelecto. ¿En serio? Por supuesto, esto último me lo ha recalcado cada vez que ha podido, me refiero al hecho de que, según ella, intelecto, lo que se dice intelecto, no es algo que me sobre. En fin... Como siempre, no seré yo quien la niegue que mi fuerte no es ser una persona reflexiva y meditabunda; que me apaño mejor en los momentos de acción, pero también es cierto que tampoco soy el botarate que ella cree o, más bien, que quiere hacerme creer. Lo sé, parece un galimatías, pero en el fondo está muy claro, y estoy convencido de que Tera sabe muy bien que mi cerebro es mucho más operativo de lo que quiere admitir cuando está conmigo, de lo contrario, no seguiría queriéndome reclutar para algunas de sus operaciones.

Pero volviendo al trabajo que comentaba, al principio, el puesto en sí no parecía ser una ocupación aparentemente rara. En realidad, se trataba de un cargo como ayudante de cocina y, la verdad, no era nada que mis conocimientos culinarios no pudieran desempeñar más que de sobra. Pero el problema radicaba en el lugar donde se ubicaba el dichoso trabajito: el planeta Ank-Thalker, un mundo prisión de las regiones exteriores cercanas al Imperio Cthulkug. La sola idea de adentrarme en una cárcel me ponía un poco nervioso y, aunque no fuera a entrar en calidad de reo, mi currículum no era el de un ciudadano modelo precisamente, así que... bueno, ¡que las prisiones me daban claustrofobia, ya está! Evidentemente, había falseado mi historial para poder optar al puesto que necesitaba; no era cuestión de ir encima alardeando del hecho de que hasta

hacía bien poco me ganaba la vida como un delincuente. Asimismo, teniendo en cuenta que aquella oferta de empleo venía de la mano del gobierno federativo, desde luego, no podía hacer otra cosa. Ahora bien, creo que el tribunal federativo que seleccionaba al sujeto más válido de entre todos los candidatos, no puso, en todo caso, mucha atención a los expedientes y, solo, se decantó por cuantificar, única y exclusivamente, las pruebas culinarias a las que nos sometieron. De otra forma, no me lo explico. Y en cuanto al proceso de selección, la verdad, no puedo decir que fuera una competición sencilla, porque tuve rivales muy, pero que muy brillantes, pero el caso es que, al final, conseguí hacerme con ese trabajo y no tardé nada en celebrarlo. Total... yo qué sabía lo que vendría después. Y, en todo caso, ya tendría tiempo más delante de arrepentirme de lo que fuera, ¿no es cierto? Lo suyo es vivir el momento.

Respecto a Ank-Thalker, diré, para todo aquel que no lo conozca y, al mismo tiempo, desee saber un poco más acerca de él, que para nada no merece la pena: es mejor descartar un deseo tan absurdo. Me refiero al hecho de querer conocerlo más. Menudo deseo, ¿no me fastidies! De verdad que no tiene ningún sentido. Los que hayan visitado cualquier otro planeta penitenciario de la Federación, sabrán entender, y perdonadme la brusquedad, por qué no veo nada digno de ser descrito acerca de Ank-Thalker. Como es de suponer, todos los planetas que son elegidos como cárceles no dejan de ser rocas estériles en su superficie exterior: jamás son mundos que puedan ser habitados por nadie, ni siquiera por los secos antirianos, y ya es decir, y en el caso de los reclusos, son llevados allí precisamente para que no puedan disfrutar ni siquiera de las vistas del erial que los acoge, aunque, por otra parte, no sé quién puede echar de menos contemplar una naturaleza exterior semejante, por mucho que vivan confinados y no vean más que cuatro paredes. De todos modos, a ellos lo que les tiene que interesar es el interior de su prisión, nada más: trabajar en la extracción de minerales para saldar la deuda de los crímenes que han cometido.

Lo cierto es que nunca entendí muy bien este sistema tan arcaico de trabajos forzosos. Es sorprendentemente primitivo que la Federación obligue a sus presos a cavar en cuevas con pico y pala, habiendo sistemas de extracción mecánica con robots que son mucho más eficientes y económicos. Una vez, un tipo me explicó que era una de esas costumbres atávicas que pesan más por pura tradición que por utilidad real; se hacía necesario que, al mismo tiempo que los reos ejercían un trabajo y, sobre todo, en los casos en los que desempeñaban uno que quizá terminara reintegrándolos en la sociedad, al menos recibieran un castigo más allá de la mera reclusión: no debían olvidar. A mí todo eso me parecía correcto, según le comenté a aquel tipo, sin pensar demasiado en que yo mismo era un ciudadano con un historial de fechorías tan amplio como para que mis huesos fueran a caer en un planeta prisión para toda la eternidad. Pero seguía creyendo que la Federación, con todos sus recursos y su vanagloria de territorio civilizado, bien podía crear cárceles más rentables para los reclusos y gestores, porque lo cierto es que esos planetas presidios se asemejaban demasiado, al menos en apariencia, a los agujeros como Barser kirerr, que suelen usar los salvajes cthulkugs.

Digo lo de «en apariencia», porque una vez que estás dentro de la prisión y ves todos los equipamientos de esta, eres consciente de que aquello se parece más a un hotel de

lujo, que al infierno de granito blanco de los cthulkugs. Conocer las instalaciones y las amplias y cómodas celdas de los presos de Ank-Thalker, me hizo pensar que no debía sentir tanto pánico ante la posibilidad de llegar a ser capturado por la autoridad federativa. Si eso sucedía, si me atrapaban por algunas de mis actividades delictivas, vería con buenos ojos disfrutar de la reclusión que ofrecía Ank-Thalker. ¿Por qué? Fácil: lo cierto es que he vivido en tugurios mucho más infectos, e incluso, he pasado vacaciones en hoteles que eran auténticos cuchitriles en comparación con las celdas de esta fortaleza. Sí, vale, en el caso de que me pillaran y encerraran, tendría que estar confinado todo el día y debería trabajar en la mina, pero ni siquiera eso último me asustaba; no lo hizo desde el momento en que pude comprobar, de primera mano, lo relajados que terminaban siendo los turnos de trabajo de los reclusos. Así que eso de que tenían que sufrir con lo que hacían para no olvidar, en fin... Desde luego, puedo asegurar que yo mismo he trabajado más horas al día y más duramente, tanto si se trataba de mi labor como sicario de la Hermandad, como cuando me dedicaba a mi cocina. Está clarísimo que ser encarcelado por la Federación, te trae más a cuenta de lo que puedas llegar a imaginar. Creo que es incluso más ventajoso que ser cocinero de los presos; ya sabéis, el trabajo que me llevó hasta Ank-Thalker, y que me hizo, tras la nefasta experiencia, mirar con cierta envidia a los favorecidos reos.

—Señor Pira Relka, ha sido usted seleccionado para el puesto de ayudante de cocina del planeta prisión de Ank-Thalker. Allí se incorporará a un equipo de nueve cocineras más que, a su vez, se ocuparán de atender las necesidades alimenticias de todos los presos y sus cuidadores.

Las palabras y el tono amable del presidente del jurado que se encargaba de seleccionar al candidato propicio para la vacante laboral me dieron las primeras pistas de que, en Ank-Thalker, la vida carcelaria seguramente no sería tan desagradable como pudiera llegar a creer. Además, si había al menos nueve personas ocupadas en las labores de la cocina, y ahora contaban conmigo, desde luego era una clara señal de que en esa cárcel las cosas se hacían bien y con criterio: acababan de reclutar a un tipo, yo, que manejaba el mundo de la hostelería a las mil maravillas y, asimismo, lo haría teniendo en cuenta el número de convictos y, en general, el de todos los comensales del penal.

En cuanto a mí, como estaba tan acostumbrado por la forma que tenía de trabajar en la Hermandad, ya había recabado los datos necesarios para saber tanto el número de reclusos como su nivel de hostilidad. Por muy desesperado que estuviera en aquella época, no era cuestión de ir a hacer el desayuno a una horda inmensa de asesinos amantes de los motines. Pero, no, por fortuna, en este planeta no había una gran población de reclusos; se trataba de un grupo de apenas trescientos individuos cuyo currículum delictivo, comparado con el mío, los hacía parecer misioneros Kármicos de la Orden del Bien Absoluto. ¡Si incluso el ogo que tuve de mascota siendo niño se me antojaba más peligroso que ellos! De hecho, la gran mayoría eran estafadores, falsificadores, y políticos corruptos. Pensando en ellos y calculando que diez personas se iban a ocupar de preparar sus menús con todo el esmero que estos requerirían, terminaba llegando a la conclusión de que si, aun así, algo les podía seguir sucediendo, sería el hecho de estar deprimidos, aburridos o enfadados de su suerte, porque, difícilmente, tendrían algo que

achacarle a sentirse mal cuidados en lo que respectaba a la comida. Eso sí, a pesar de todo lo que había discurrido —y aunque en realidad yo solo desempeñaba mi trabajo como auxiliar de cocina en Ank-Thalker—, terminé descubriendo algo inesperado: empezando por las nueve compañeras que me aguardaban en las dependencias del comedor.

—Bien, mi nombre es Petra Paliker, soy la supervisora general y, también, su jefa directa. Estas de aquí son las nueve compañeras con las que ha de trabajar. Del mismo modo que usted, tienen la categoría de auxiliares de cocina. —A diferencia del tono amable del presidente del jurado de la selección, la inflexión de la voz de Petra Paliker solo me transmitía hastío; era como si el simple hecho de mostrarme mi lugar de trabajo y presentarme a mis compañeras, ya la molestara.

Más tarde, descubrí que esa irritación venía de otro problema que yo estaba lejos de adivinar en un primer momento. Pero, antes, tendría que enfrentarme a la sorpresa de asimilar la naturaleza de mis compañeras de trabajo. Las miré durante largo rato en silencio, contemplándolas, al principio, una por una, pero pronto me limité a fijarme en una única mujer. Ya no necesitaba observar más para saber qué las sucedía. ¡Eran clones! Todas, de la primera a la última, eran idénticas: todas, de la primera a la novena, lucían la misma melena corta de pelo negro; un cuerpo que, imagino, era así de acuerdo con los cánones de esa región, y una fría mirada de ojos grises que, para colmo, me ponía nervioso.

—Son clones —le susurré a mi nueva jefa, procurando no subir demasiado mi voz para evitar ofender a los nueve pares de ojos grises que no me perdían de vista.

—En realidad, son simple *menaje del hogar*, o al menos así han querido bautizarlas en la Federación. Proceden de unos experimentos fallidos que trataban de emular a la raza zahiriana, ya sabe: ciborgs mitad humanos, mitad máquinas.

—Jamás oí hablar de esos experimentos. ¿*Menaje del hogar*? ¿En serio se las llama así?

—No se puede decir que sea un nombre muy humano, ¿verdad?

¿Humano? ¡Ese nombre era ofensivo! ¡Por muy clones y muy propiedad de la Federación que fueran! Desde luego, yo no tenía intención de llamarlas así si iba a trabajar con ellas codo con codo.

—¿Es imprescindible que use esa denominación? —Aunque no tuviera intención de ello, necesitaba saber si era obligatorio. Al menos, quería saber si lo era siempre que la supervisora estuviera presente.

—Ricura, puedes llamarlas como quieras; como si las nombras como las nueve musas griegas. El caso es que tú cumplas bien con tu trabajo. Yo tengo problemas más importantes que atender ahora, ¿sabes?, no tengo tiempo de ponerme a apodar a cada una de ellas de manera que sus nombres suenen más bonitos: llamarlas *menaje del hogar* complica menos mi existencia, es así de simple.

Por su modo de mirarme, tres cosas me quedaban claras de ella: la primera, que debía ser una tipa instruida cuando mencionaba términos que, además a mí, me eran tan ajenos, por ejemplo: «musas griegas». La segunda, que era una persona práctica y muy atareada. Y, la tercera, y la más inquietante, es que se hacía evidente que yo le gustaba. No es que

no me sintiera halagado por ello, ¡por supuesto!, porque, de hecho, era una mujer bastante atractiva, pero se me hacía demasiado mayor para mi gusto y, sobre todo, tenía la firme convicción de no volver a enrollarme con ninguna jefa: ya sufría, pero bien, mis deslices con Tera Salana. Así que, mejor no volver a mezclar trabajo y placer, si podía evitarlo.

A todo esto, sin apenas explicarme gran cosa, la supervisora no tardó en dejarme solo junto a mis nueve compañeras de cocina.

El primer día de trabajo me sentí un poco incómodo, por no decir un bulto molesto, ya que las clones apenas sí se molestaban en hablarme y sus indicaciones eran, más gestos y monosílabos, que otra cosa. Yo me limité a seguir su ritmo de trabajo a la hora de preparar los menús. Afortunadamente, todo estaba muy bien organizado y las comidas que se hacían se caracterizaban por ser sencillas, al mismo tiempo que sabrosas y equilibradas. Ello me hizo reafirmar lo que ya pensaba: que los presos no podían quejarse del trato que recibían allí.

Tras terminar mi primera jornada laboral, aproveché para dar una vuelta por las instalaciones cercanas a mi cuarto que, por cierto, era una estancia de lo más aséptica, aunque muy espaciosa y cómoda. Durante mi paseo, dio la casualidad de que me salió al paso uno de los celadores; un tipo de aspecto afable pese a su gran envergadura, pero con una especie de síndrome del aburrimiento mortal que, para colmo, no debía saber controlar y que lo empujó, maldita sea mi suerte, a tratar de hablar conmigo a toda costa:

—Amigo, eres nuevo por aquí, ¿verdad? ¿Formas parte del último relevo que llegó ayer?

—Si el cargo de auxiliar de cocina implica ser miembro de ese relevo, sí, así es. —No pude dejar de apreciar que el rostro simpático de aquel grandullón se puso serio y, además, se trataba de una seriedad que no parecía justificar lo que acababa de decir; salvo que él no fuera muy amigo de los auxiliares de cocina, claro.

—Ya, no han encontrado todavía a Robab N'lool, imagino...

—Perdona, no sé de quién me hablas. ¿Tiene algún tipo de relación con mi puesto aquí? —No llevábamos prácticamente nada hablado, y ya era consciente de que el espontáneo no se caracterizaba por ser un tipo de discurso claro, a pesar de que se hacía evidente su deseo de comunicarse con cualquiera.

La idea de que aquel individuo decidiera seguir dándome palique hizo que empezara a dolerme la cabeza. En ese momento, lo que menos me apetecía era enredarme en una conversación larga y sin sentido: estaba cansado. Definitivamente, la carga laboral ya empezaba a pasarme factura, y se me estaba echando encima el peso psicológico de todo lo relacionado con el cambio de entorno. A esas alturas, estaba claro que necesitaba volver a mi habitación a toda cosa, para descansar, sí, pero también porque era el lugar adecuado para continuar amoldándome a mi nueva vida. ¿Es que ese tipo no tenía corazón? Cabeza desde luego que no...

—Sí, era el que se ocupaba anteriormente de tu puesto. Pese a ser persoliano, no era un mal tipo, ¿sabes? Y no es que yo tenga nada en contra de los persolianos. Tú no lo eres, ¿verdad? —Vale, puede que yo no sea ninguna lumbrera, pero de todas esas palabras dispersas y sin aparente relación que estaba soltando, se podía extraer una conclusión clara: yo estaba ejerciendo de sustituto de un tal Robab N'lool y este había

desaparecido del mapa sin dejar rastro. Aunque, si el vigilante lo describía como un buen tipo, pese a ser persoliano, se hacía evidente que su huida no estaba motivada por delito alguno.

Bien, ya me quedaba claro que mi antecesor había abandonado su puesto de trabajo de una manera un tanto misteriosa, y que no habían podido encontrarlo aún. Sé que puede haber a quien no le guste tener que reemplazar a alguien que ha abandonado su puesto de trabajo sin más; la gente tiende a pensar en maldiciones y cosas similares con demasiada ligereza... Pero no es mi caso, claro. Aunque he viajado a lo largo y ancho de este universo, y he visto cosas que no hay quién se explique, no soy dado a caer en el terreno de las supersticiones y otras supercherías. Solo me faltaba eso. Y que conste que bien podría hacerlo, porque si repaso todos mis intentos infructuosos de trabajar como un reconocido cocinero, parece que estoy gafado.

—No, no soy persoliano —contesté finalmente—, y tampoco sé nada de ese tal Robab N’lool que mencionas. ¿Quién es? —pregunté por cortesía, aun sabiendo que aquel gigantón no iba a darme información muy clara.

—Bueno, si te soy sincero, yo tampoco lo conocía demasiado. Apenas charlé con él en un par de ocasiones. De hecho, no parecía que le gustase hablar demasiado, o al menos es lo que a mí me pareció. Pero sí que aparentaba ser feliz en su trabajo de auxiliar de cocina. A todos nos resultó muy raro que desapareciera de un día para otro, sin dejar rastro. Además, desde entonces, nadie ha sabido qué le pudo haber pasado realmente, ni en qué dirección se marchó...

—Imagino que tomaría uno de los transportes secundarios que suelen abastecer a este planeta, ¿no?

—Eso sería lo más lógico, pero la cuestión es que no hubo transporte exterior en la fecha de su desaparición. Aunque, sí que es cierto que sus pertenencias desaparecieron del cuarto al mismo tiempo que él. No sé, es todo un misterio, pero parece que a la Federación no le interesa demasiado resolverlo teniendo en cuenta que tú estás aquí como sustituto. De todos modos, la que creo que sigue fastidiada con el tema es la supervisora; está convencida de que la desaparición de Robab N’lool tiene relación con la muerte de Mnell odorag Kiro.

Perfecto, si no tenía suficiente con pensar en la desaparición de mi antecesor, ahora aquel tipo me hablaba de una muerte, a buen seguro y por la forma en que me lo contaba, por asesinato.

—¿Y quién es Mnell odorag Kiro? —pregunté, sin asomo de cortesía y con un poco más de cansancio.

—Era uno de los presos del sector cuatro. La supervisora no permite que se hable demasiado del caso. Los rumores dicen que murió envenenado...

Y, aunque no lo creáis, el tipo siguió contándome la historia sin aportar mucha más información, pues carecía de datos fiables. Si bien es cierto que, aunque los hubiera tenido, por mi parte tampoco le habría dado demasiadas aclaraciones, aun cuando su charla hubiera sido más enriquecedora y correcta de lo que terminó siendo. ¿Qué queréis que os diga? Solo de pensar en la posibilidad de poder morir a causa de un envenenamiento, me hizo sentir mareado. Como amante del buen comer y excelso

cocinero, temas como este son poco menos que tabúes.

Cuando por fin conseguí zafarme de la cháchara del celador y refugiarme en mi silenciosa habitación para descansar y meditar, de verdad que no me lo creía. Y, aunque mi cabeza bullía, preferí no darle más vueltas a la historia que me había contado aquel sujeto. Debía tratar de descansar, costase lo que costase, tras esa primera jornada tan ajetreada y llena de cambios. Eso sí, antes de meterme en la cama, aproveché para pedir a mi ordenador central información sobre qué cosa eran las *nueve musas griegas* que mencionó la supervisora, y fue una sorpresa descubrir que se trataba de personajes de una antigua mitología terrestre. ¡Vaya! Decidí apuntar sus nombres: Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania. Ahora ya sí, mis nueve unidades de *menaje del hogar* iban a ser rebautizadas en mi mente.

Sin embargo, no era muy inteligente por mi parte pensar en poner nueve nombres diferentes a nueve mujeres idénticas, porque, aun así, me sería imposible distinguir a la una de la otra en todo momento. Así que se me metió en la cabeza la idea de que quizá podría colocarle a cada una de ellas un brazalete con el nombre que las había asignado, pero ponerlo en práctica no iba a ser nada fácil: para ello, lo primero que tendría que hacer sería pedir permiso a la supervisora y, la verdad, no me apetecía demasiado hacerlo. Bien sabía que, aunque la había tratado poco, Petra Paliker no se caracterizaba por ser una mujer abierta a sugerencias que no esperaba. Además, por lo que había podido saber desde mi llegada, no estaba atravesando un buen momento, y ella misma ya me había dejado bastante claro que tenía un montón de frentes abiertos a los que atender. Así que no podía esperar que me recibiera con una sonrisa abierta de oreja a oreja y, encima, que me atendiera manteniendo ese gesto para terminar escuchando mi idea de poner unas pulseras con sus nombres a mis compañeras de cocina. Bueno, un momento, ahora que lo pienso, qué tonto... quizá sí mantendría la sonrisilla mientras yo le hablaba de mi propósito, pero a buen seguro que se trataría más de una sonrisa pícaro y seductora. No, no, no podía arriesgarme... estaba decidido a no tener ningún intercambio sexual con mi superiora.

Pensándolo bien, ahora incluso me parecía que aquello de los brazaletes no dejaba de ser un poco humillante para mis compañeras clónicas. Si me ponía en su lugar, me daba cuenta de que, llevar mi nombre en una tira de plástico rodeando mi muñeca, era más propio de una mascota doméstica que de un ser humano. Y si decían que, incluso había determinadas mascotas que podían llegar a sentirse denigradas por verse obligadas a llevar algo así, ¿cómo viviría una experiencia semejante esa una persona? Sé perfectamente que, en determinados sectores de la Federación, para los más reaccionarios, los clones no tienen un estatus de ser humano, pero, personalmente, yo no puedo dejar de considerarlos de otra forma. Lo cierto es que no había tratado con ninguno antes de haber llegado a Ank-Thalker, solo los había visto de lejos, y aunque nunca imaginé que, en algún momento, llegaría a trabajar con nueve clones idénticas como compañeras de faenas culinarias, no era óbice para dejar de ser justo.

El segundo día de trabajo tuve que lidiar con la idea en mi cabeza de poner nombre a las nueve mujeres, mientras que seguía tomándole el ritmo a mi cargo de manera acelerada y sin que nadie me ayudara. Tampoco podía quejarme demasiado, en resumidas

cuentas, no tenía que soportar una ocupación dura y solitaria. Las clónicas se ocupaban de todo a un ritmo endiablado, y estaban perfectamente coordinadas para que cualquier tarea saliera adelante sin problemas. Se hacía evidente que llevaban mucho tiempo juntas desempeñando los turnos de comidas, y habían convertido su cometido en una cadena muy bien engrasada. Yo ocupaba mi lugar dentro de dicha cadena, claro está, pero como una pequeña pieza auxiliar. Desde el primer momento, me di cuenta de lo pequeño que era como pieza y, por consiguiente, de que mi aportación laboral no suponía una necesidad evidente. Me pregunté entonces por qué se habían molestado en cubrir un puesto como el mío, si no parecía demasiado necesario. Barajé la posibilidad de que fuera una simple política de cupos, de hecho, esto ya solía venir ocurriendo en entornos de trabajo donde la mayoría de la plantilla eran robots: la Federación asignaba siempre un mínimo de trabajadores humanos, aun cuando los entornos laborales robóticos no solían ser muy apreciados por el resto de los empleados.

—Creo que es cosa de Petra Paliker, más que de cualquier política de cupos —dijo Malone Tres, el enorme vigilante parlanchín que había conocido la jornada anterior—. A ella no le agrada demasiado el *menaje del hogar*, y una de las condiciones que impone a los altos cargos de prisiones es que haya al menos un hombre como auxiliar de cocina.

Yo ya había tenido la oportunidad, aunque no lo hubiera confirmado de manera taxativa, de comprobar que Petra Paliker no sentía simpatía por las cocineras clónicas. Las palabras del grandullón solo venían a corroborar esa idea.

—No entiendo qué puede ver de malo en ellas. Solo llevo un par de días trabajando a su lado, pero puedo decirte que son muy buenas con lo que hacen. De acuerdo, tal vez no son compañeras sociables, en realidad, pueden llegar a ser demasiado frías y silenciosas para mi gusto, pero trabajan sin parar y no causan problemas. En muchas ocasiones, he tenido que sufrir a compañeros de trabajo tremendamente vagos, irresponsables e incluso inútiles, y he acabado yo solo atendiendo más de lo que me correspondía.

—No creo que su antipatía sea por motivos de producción laboral. Creo que Petra Paliker es anticlónica, ya sabes, amigo, hay mucha gente así dentro de la Federación. No puedo culparla, yo mismo no me siento cómodo con personas como tus compañeras. Entiéndeme, no soy de esos fanáticos que gritan su deseo de quemar clones, es solo que no me gustaría que me copiaran y menos sin mi permiso. No sé, es una sensación extraña...

Por alguna razón que no llegaba a entender, me causaba cierta comicidad que aquel individuo mastodóntico se mostrara temeroso de un clon. Por su tono, parecía que le daba auténtico pánico atenderlos; era como si tratara con monstruos en lugar de con personas. Yo sabía que había gente así en la Federación, pertenecía al tipo de sujeto que rechazaba a los clones por miedo, o incluso por odio, sin que todos esos sentimientos pudieran justificarse de una manera racional.

—Ya, entiendo, por eso estoy yo aquí. Sea como sea, me alegro de haber conseguido un trabajo tan cómodo y bien pagado. Cumpliré mi turno de un año federativo y, después, me iré de regreso a Tarinia para disfrutar de mis ahorros...

—Sí, eso, solo espero que no te marches antes y, sobre todo, que no lo hagas de la misma manera extraña que Robab N'lool.

Escuchar aquello me hizo sentir un escalofrío inesperado. Esa sencilla frase, se me antojaba más que como una profecía, como toda una afirmación.

En mi tercer día de trabajo pude darme cuenta de un detalle que hasta entonces no había tenido tiempo de anotar, y que me había pasado desapercibido. ¡Una de mis nueve *musas* cocineras parecía disponer de más recursos gestuales que las otras ocho! Acerté a ver que era una en particular porque se encargaba siempre de llevar las raciones al comedor común y de servir a los reos. Estoy seguro de que cualquier persona normal no hubiera podido apreciar tan fácilmente los gestos que parecían hacer diferente a la clónica del resto de sus hermanas, pero yo, por fortuna, o tal vez por desgracia, no puedo considerarme una persona muy normal tras haber pasado por todas las experiencias que he pasado trabajando para la Hermandad. Así que me dediqué a contemplar con curiosidad a la muchacha que aparentaba estar dotada de una individualidad especial. En aquel momento, la observaba a conciencia no solo porque me llamara la atención, sino porque tampoco tenía mucho más que hacer. Para variar, mi trabajo ese día no era nada estresante, así que terminé bautizándola como Melpómene, sin saber lo acertado que había sido por mi parte darle el sobrenombre de la musa de la tragedia.

Como he dicho, soy un buen observador y más cuando me centro y tengo un objetivo muy concreto. Por eso se me hizo tan fácil poder escrutar a Melpómene y diferenciarla de entre el resto de sus ocho *hermanas clónicas*. Al principio, la distinguía con claridad solo en los momentos en que se ocupaba de servir en el comedor, pero pronto pude identificarla a cada momento. La observaba, claro está, sin que ella se diera cuenta de que, por mi parte, era el objeto de un exhaustivo estudio. Solo así podía corroborar si mis impresiones, hasta el momento siempre certeras, no estaban equivocadas, lo que confirmaría que Melpómene destacaba por ser diferente a las demás. Bueno, quiero decir diferente a nivel gestual; lo que para mí ya suponía un misterio y no dejaba de llamarme poderosamente la atención. Por eso se había convertido casi en una obsesión: porque me incitaba a estudiarla a cada instante, de manera cada vez más próxima, obligándome a buscar, concienzudamente, cada nuevo detalle.

Ahora que lo cuento, y lo hago además de esta manera, sé que podría llegar a pensarse que mis pensamientos, o más bien mis obsesiones, son las de un loco. De acuerdo, en cierto modo, no puedo negarlo. Pero en mi defensa diré que hay que tener en cuenta que estaba en medio de un trabajo rematadamente aburrido; sin apenas gente con la que charlar, salvo que tengamos en cuenta las cuatro frases que me sacaba, y yo le sacaba, a mi colega el vigilante grandullón. En pocas palabras: necesitaba buscarme algún tipo de entretenimiento para no perder el juicio. Ya sabéis que soy un hombre de acción, con lo que los pasatiempos que pudiera ofrecerme una consola personal, y que parecían divertir a todo el mundo, a mí no me llenaban. Tampoco era capaz de pasarme el tiempo divagando sobre qué iba a hacer en Tarinia, cuando dejara este trabajo, con todo lo que estaba ahorrando. Así que Melpómene se convirtió en mi pasatiempo, en mi juego y en mi manía, porque no dejaba de intrigarme que pudiera diferenciarla y que, de hecho, fuera capaz de distinguirse del resto de sus hermanas. Y es que tan pronto sonreía más, como fruncía el ceño con disgusto y con gran frecuencia. Pueden no parecer auténticas proezas, cosas nimias y sin importancia, pero yo no podía dejar de preguntarme por qué

era capaz de hacerlo y sus equivalentes no. Este tipo de clones ciborg tienden a ser fríos en general, pero, más si cabe en sus reacciones. Tanto a los sujetos masculinos como a los femeninos se los educa desde su infancia y, sin embargo, Melpómene parecía no haber pasado por el mismo proceso. Resultaba toda una interrogante, y ya a esas alturas no dejaba de preguntarme si era posible que fuera un clon defectuoso o, muy al contrario, que sorprendentemente hubiera recibido una educación distinta a la del resto. ¿Sería eso posible?

Para tratar de saciar mi curiosidad, y siempre intentando darle una respuesta a ese enigma que me estaba volviendo un poco loco, incluso gastaba varias horas de mi descanso para poder estudiar los datos que aparecían en mi consola sobre los clones tipo *menaje del hogar*. Pero por más información que busqué, no conseguí dar con ningún artículo o noticia que comentara si era posible que los clones de una misma partida pudieran haber sido educados de manera diferente, o ya puestos, que hubiera ciertos especímenes que se diferenciaban de sus hermanos por su forma de actuar o precisamente por sus gestos. En fin... era frustrante. De todo lo que pude recopilar y leer a través de mi consola, al final, no pude dar con ningún caso que justificara por qué Melpómene parecía funcionar de una manera distinta. Lo sé, eran detalles casi inapreciables, pero diferentes al resto de los de sus clones.

Lo que sí pude leer fue que los clones cibernéticos del tipo *menaje del hogar* habían dejado de producirse hacía años, básicamente, porque la Federación ya no expedía permisos para este tipo de experimentos. De hecho, los responsables políticos que concedieron esos últimos consentimientos habían terminado imputados por saltarse ciertos requerimientos éticos a la hora de permitir la creación de nuevos clones. Desde luego, no era una noticia que me resultara inconcebible, para nada, porque al final siempre sucedía lo mismo; los políticos se terminaban lucrando, estirando las leyes a su antojo, y comportándose, si ello fuera necesario, como auténticos animales, y no precisamente mitológicos. Ellos pertenecían a otro tipo de fauna, una mucho más selecta, o eso creían los de su calaña: formaban parte de la fauna de los gobernantes federativos. Así de fácil era catalogarlos. Pero, volviendo a la noticia, lo que sí que me resultó más llamativo fue comprobar que entre estos políticos figuraba el nombre de Mnell odorag Kiro, el preso que, al parecer, había muerto envenenado. ¡Vaya! ¡Qué casualidad! Desde luego, era una coincidencia que debía tener en cuenta porque, no me digáis que no, ya se hacía raro haber ido a tropezar con el nombre de aquel tipo mientras me documentaba sobre el asunto de las producciones denominadas *menaje del hogar*. Y lo de «coincidencia para tener en cuenta» lo digo, precisamente, porque soy un tipo que no cree para nada en las coincidencias, es más; no dejo de ver en lo que quiera que sea esa «coincidencia», una ventana que el destino te abre justo para que te asomes a ella y te des cuenta de lo que de verdad esconde: la auténtica realidad al otro lado.

Desde luego, puedo decir que no me gustó nada tener que tropezar con el nombre de Mnell odorag Kiro, pero ya que lo había hecho, aproveché para estudiar en profundidad a aquel personaje muerto. Resultó que él, junto a otro político dilentiano llamado F'Dor miral Toka, había actuado en su planeta de una manera un tanto oscura a la hora de proporcionar material genético para crear clones: ambos, habían permitido que el material

de este tipo fuera vendido a empresas no públicas con concesiones irregulares. Una auténtica pena, porque muchos de sus ciudadanos habían prestado su material genético creyendo que se destinaba para estudios científicos, cuando, en realidad, se lo otorgaban a una empresa privada cuyo único fin y lucro eran los de crear clones. No pude evitar imaginar lo mal que podrían llegar a sentirse aquellas personas una vez que supieran cuál era la realidad del asunto, ya que, en su momento, no se las informó de que sus células, en realidad, iban a crear a otros seres a su imagen y semejanza: nuevas personas, esta vez clónicas, destinadas a tareas serviles como era el caso de las *menaje del hogar*.

Finalmente, terminé por almacenar toda esa información creyendo que no me había servido de nada, después de todo, seguía sin poder determinar por qué razón Melpómene aparentaba ser distinta a las de su grupo. Lo bueno es que, aunque en un primer momento creía que eran datos inservibles, no tardé en darme cuenta de lo equivocado que estaba, pues acabé descubriendo el tipo de relación que existía entre el desafortunado Mnell odorag Kiro y Melpómene. Aunque, bien mirado, calificar de desafortunado a un político sin escrúpulos como aquel, era ser demasiado generoso por mi parte.

Los hechos que propiciaron mi marcha de aquel planeta prisión, tuvieron lugar a los tres meses, según fecha terrestre, de haber estado ocupando mi puesto de auxiliar de cocina. Ya lo veis... justo cuando más a gusto estaba —aunque bastante aburrido— en un trabajo que requería de poco esfuerzo físico y mental, y me proporcionaba, además, un buen sueldo.

Entonces, aún no había abandonado mi hábito de observar con atención cada gesto de Melpómene y, precisamente aquel infortunado día, tras haber cumplido con su turno repartiendo las raciones en el comedor, mi musa de la tragedia regresó a la cocina adornando su rostro con una sonrisa triunfante; la más inusual de todas las que le hubiera visto hasta ese momento. He de confesar que, pese a ser en apariencia una mueca de supuesta alegría, contemplar esa sonrisa me provocó un escalofrío. Y que conste que no soy un individuo fácil de impresionar; demasiadas son ya las cosas truculentas que he visto, o incluso he causado yo mismo, como para que una simple sonrisa me produzca desagrado, pero es que en este caso no podía ser de otra manera: aquella expresión facial era sin duda el preludio a una risa malvada propia de un ser abyecto. Sí, entiendo que es fácil pensar que estoy exagerando, que uno no puede vislumbrar algo tan macabro en una simple curvatura de labios, pero os aseguro que no exagero. Reitero que soy un tipo observador, muy dado a analizar lo que leo en el rostro de cuantos me rodean, y esta es una habilidad que he desarrollado con los años —más por necesidad que por gusto—, pues la diferencia entre tenerla o no tenerla puede salvarte el pellejo cuando eres un sicario de la Hermandad. Desde luego, la cadena de acontecimientos que siguieron a ese gesto vino a darme la razón en mi acertado análisis.

Quizá se podría haber evitado que todo lo que pasó después sucediera de aquella manera, o al menos que no lo hiciera con tanta rapidez si la propia Melpómene no hubiera sido testigo de mi reacción. Vale, aún no lo he dicho, pero tengo un defecto. Bueno, según Tera Salana, tengo muchos, pero el que empezó a liarlo todo a partir de ese momento fue el de no saber ocultar mis propios gestos. Sí, lo sé, si uno lo piensa fríamente, parece hasta ridículo; yo que me considero un maestro a la hora de interpretar

las expresiones faciales de los demás, no soy capaz de camuflar las mías. Pero no siempre es así, ¿de acuerdo? A veces, si me lo propongo, soy un gran actor. Sin embargo, cuando no me lo espero, mi cara termina siendo el fiel reflejo de todos mis pensamientos, aunque, como diría la dura Salana: «mis pensamientos son tan simples que es imposible no interpretarlos con un rápido y único vistazo». Así que, según yo apreciaba la sonrisa ladina que vestía Melpómene, ella también vio, por primera vez, la forma en la que la escrutaba y, completando el combo, cómo tomaba nota de su ademán desacostumbrado y maligno. Y en ese momento en que nuestras miradas se cruzaron de una manera que hasta entonces no lo habían hecho, presencié cómo el tinte perverso de sus labios también se instalaba en sus ojos. Aquello solo podía ser el preludio de algo malo; acontecimientos aciagos que estaban por llegar y en los que yo estaría, casi seguro, en el mismo centro, mientras que mi musa de la tragedia parecía alzarse como futura maestra de ceremonias. Por cierto, no estoy muy orgulloso, pero he de decir que fui yo el que perdió en el duelo de miradas intensas: bajé la cabeza antes que Melpómene. Me afané en volver a atender la tarea que estaba realizando antes de todo el desastre, aunque era consciente de que ya no podía engañarla: ella sabía que yo había visto algo inusual en su comportamiento; ese algo que, por supuesto, no debía querer que nadie descubriera.

Durante nuestro turno para comer, que siempre tenía lugar dos horas después del de los presos, disponíamos de una mesa de comedor para sentarnos juntos las nueve cocineras clónicas y yo. Aquel tiempo se caracterizaba por ser solo eso: el momento dedicado a comer. Las clónicas no solían charlar, excepto sobre temas laborales, y cuando lo hacían tampoco es que se explayaran demasiado, aunque siempre terminaban enredándose en alguna frase atemporal acerca de lo rutinario que resultaba todo en ese planeta. No lo planteaban como una queja, ojo, sino más bien como una observación ya mil veces reformulada, pero eso era lo que, precisamente, terminaba convirtiendo un comentario que había empezado siendo anti rutinario, otra vez en pura y soporífera rutina. Lo que quiero decir, en definitiva, es que las comidas con mis compañeras de trabajo eran de lo más aburridas. De ahí que yo me dedicara a desear que, al terminar mi turno, pudiera cruzarme al menos con el anodino vigilante, Malone Tres, para charlar, aunque solo fuera durante diez minutos, con alguien que se comportara como una persona normal.

Como cabe esperar, la comida de aquella jornada no estaba difiriendo en nada de las de otros días, aunque la cosa cambió cuando, un hecho de lo más inusual terminó despertando todas mis alarmas. Si bien es cierto que Melpómene siempre se encargaba de servir a los presos, no lo hacía en el caso de nuestra comida: ella nunca la había dispensado. En ese momento, he de reconocer que no andaba yo con la mente muy centrada; estaba demasiado ensimismado dándole vueltas precisamente a esa sonrisa retorcida en el rostro de mi musa, así que, en un primer momento, no atendí a quien me sirvió la comida. Por desgracia, en el último segundo, levanté la vista lo suficiente como para que mis ojos se cruzaran con la clónica que echaba el estofado en mi plato, y ese instante me sirvió para poder ver en la mirada de Melpómene el mismo brillo que hacía un rato la había dominado y que, de nuevo, volvía a regalarme: sus ojos resplandecían llenos de un maligno rencor. Me costó mucho tirar de toda mi fuerza interior —esa que

no acostumbro a gastar—, para conseguir que ella no percibiera que me estaba dando cuenta del mensaje que transmitían. Procuré comer aparentando despreocupación, dejando que, al mismo tiempo, todo siguiera su curso. Eso sí, por dentro, me invadió un gran desasosiego: el hecho de que Melpómene, y no otra clónica, me sirviera la comida justo en ese aciago día, solo podía suponer eso: algo ominoso.

En cuanto terminé mi turno de trabajo me fui a descansar a mi habitación sin intentar encontrarme con Malone Tres, de hecho, creo que incluso evité toparme con él. Estaba cansado. Además, necesitaba meditar sobre todo lo que había ocurrido con Melpómene, aunque se me estaba haciendo difícil pensar con claridad. El estofado no me había sentado demasiado bien, y me había dejado en la boca un regusto intenso que no lograba identificar. Me eché para intentar dormir un poco, pero no dejaba de moverme y no podía conseguir encontrar una posición con la que sentirme cómodo, hasta que terminé levantándome de un brinco: ¡ya sabía de qué era ese regusto que tenía en la boca!

Salí a toda velocidad de mi cuarto y me dirigí con pasos acelerados hacia las estancias que compartían mis compañeras clónicas. Las nueve vivían en una misma habitación, amplia, en el lado opuesto de la misma ala que la mía. La puerta se abrió sin necesidad de llamar, ¿y eso? Ni siquiera tenían puesta la clave de seguridad.

—Deberías estar muriéndote —fue la frase con la que me saludó Melpómene nada más cruzar el umbral de su cuarto.

Estaba sentada en una silla de la parte de la estancia que hacía las veces de salón. No necesité fijarme demasiado para saber que se trataba de mi musa de la tragedia, y no de cualquier otra de las clónicas. La intensidad del brillo de sus ojos me daba la razón. Aunque, por otra parte, también había un matiz que parecía querer apagarlo, ¿qué era aquello, una mezcla de sorpresa y de tristeza? ¿Podía ser? Su expresividad, más que sus propias palabras, fue lo que me puso todavía más en alerta: me fijé mejor en ella, en el tono amarillento de su piel, y una terrible certeza empezó a golpearme ya de manera brutal.

—¿Quieres decir que debería estar muriéndome como tú, o como F'Dor miral Toka? —le espeté, aun a riesgo de equivocarme.

—Creí que eras un tontorrón, al menos así te juzgué la primera vez que te vi...

—Se me da bien hacerme el idiota... aunque a veces también lo soy, no te creas.

—No lo eres en absoluto, al menos no en este momento. Sabes perfectamente que envenené varias raciones de la comida que serví hoy; la de F'Dor miral Toka, la de mis clones, la mía propia y la tuya. Por cierto, no entiendo cómo aún te tienes en pie. Yo apenas aguanto sentada...

—Es muy sencillo: soy inmune al kile-merk. Solo me produce dolor de tripa y me deja un sabor intenso a cúrcuma en la boca. Claro que, en la cocina de este lugar, no hay cúrcuma. Pero es que tampoco debería haber kile-merk; aquí no pinta nada. Es un veneno muy potente que, para colmo, apenas deja rastro... Nunca pensé que un clon de tu clase fuera una asesina tan refinada.

—No soy un clon. —Su declaración me desconcertó totalmente—. Soy humana: genuina al cien por cien. Tomaron mis muestras genéticas para diseñar a mis ocho hermanas clónicas. Claro que eso nunca me lo advirtieron. Como puedes imaginar, lo que

hicieron, lo hicieron sin mi consentimiento. Engañándome de la manera más ruin; dándome las esperanzas necesarias para poder robarme. Me hicieron creer que les importaban mis problemas, así de sencillo. Prometieron hallar una cura para la G'ko 8 que sufría mi hija. ¡Malditos políticos! Y lo que hicieron, en realidad, fue lo de siempre: terminar anteponiendo sus propios intereses... a cualquier necesidad vital ajena. ¡Cómo no! En el fondo, lo que cuenta es nuestro material genético y... el rendimiento que puedan terminar sacando de él, nada más. —Su tono empezaba a verse afectado, no por la pena o la rabia, porque de todo eso estaba impregnado desde el principio. No, lo que empañaba su voz, lo que la hacía flojear, era otra cosa—. De verdad que no entiendo cómo es posible que existan personas así. ¿Cómo se puede vivir sin ningún cargo de conciencia? ¿Dónde dejan sus... escrúpulos? ¿Y son capaces dormir por las noches?, ¿de abrazar a sus familias y de creer que ellos... sí se las merecen? ¡Pero si dejan morir a gente inocente sin más..., incluso a personitas que han caminado tan poco tiempo por esta vida! Y encima consiguen llevar a cabo sus planes sin... terminar volviéndose rematadamente locos...

No necesité preguntarle por el destino final de su hija; incluso ahora, que apenas tenía fuerzas para hablar, podía leerlo en el tono que imprimía a sus palabras. También, lo supe por el contenido de su confesión, no hacía falta ser muy listo... y porque esa maldita enfermedad, la G'ko 8, seguía siendo incurable y mortal.

Llegados a ese punto, reconozco que me quedé un poco bloqueado. No esperaba, ni por lo más remoto, que todo se resumiera a eso: a una venganza; a una triste e inútil venganza. De acuerdo, no soy un tipo de naturaleza sensible, pero en aquel momento, sentí una profunda pena por mi musa. Y hubiera deseado transmitirle todo eso que ahora sentía, porque en cierta manera entendía su modo de obrar; las razones que la habían llevado a cometer todos esos crímenes. Como para no entenderlo... Pero también quería preguntarla, aunque sabía que no era el mejor momento, si ella misma estaba tras la extraña desaparición de mi antecesor en el puesto de auxiliar de cocina. No podía evitarlo, ahora, un montón de pensamientos confusos colapsaban mi mente. ¿Sería demasiado insensible? Noté entonces un silencio incómodo, uno muy grande... Melpómene ya no respiraba. En ningún momento lo había dudado, pero ahí estaban los resultados, dándome un figurado puñetazo en la boca del estómago: efectivamente, el kile-merk era un veneno muy eficiente.

Como habréis podido imaginar, las ocho cocineras clónicas también estaban muertas en sus respectivas camas. Aquel escenario no era nada halagüeño para mí, y, sí, ya sé que puede sonar egoísta, pero había tenido la puntería de estar en medio de una habitación justo cuando se hallaba plagada de cadáveres. Asimismo, mis compañeras habían muerto tras ingerir la misma comida que yo, pero, claro, entre nosotros ahora había una pequeña, *pequeñísima* diferencia: solo yo seguía en este mundo, vivito y coleando. ¿Veis? Otra cosa más: gracias a mi experiencia, con el tiempo me había vuelto inmune al kile-merk.

Cuando estaba meditando si pudiera haber una forma lógica y, sobre todo, nada sospechosa de explicar aquello, o si, por el contrario, mi mejor opción era salir huyendo de semejante decorado, la puerta de entrada se abrió de golpe. Petra Paliker y Malone Tres, junto con otros dos fornidos vigilantes de la prisión, entraron apresuradamente. La

supervisora me miró con una frialdad acorde con el momento, y después se dirigió hasta Melpómene.

—Está muerta —sentenció tras comprobar sus constantes—. Acerté cuando sospechaba que todas estas escondían algo sucio. Lástima de no haber hecho algo antes, si me hubiera lanzado, ahora no tendríamos dos presos muertos...

—En realidad, eso *sucio* a lo que alude no estaba orquestado por ninguna de las clónicas, sino por esta mujer: una persona auténtica —acerté a decir, aun riesgo de que Petra Paliker me fulminara con la mirada por haber intervenido por las buenas.

—Sé perfectamente lo que era ella, acabamos de oír vuestra conversación.

—Descubrir eso me supuso un gran un alivio, las cosas como son. Al parecer, la habitación llevaba tiempo siendo monitorizada a través de micrófonos espías y, gracias a eso, tanto la supervisora como sus hombres de seguridad habían escuchado todo lo que Melpómene y yo habíamos hablado—. Estás vivo de milagro, ricura. Es una suerte que seas inmune al kile-merk. Por cierto, ya me contarás cómo se consigue eso. —Petra Paliker me guiñó un ojo. Empezaba a ver más que probable que esa mujer, que ahora estaba demostrando una insensibilidad casi intolerable, tuviera la intención de proponerme una futura cita. Desde luego, la excusa ya la tenía: su interés por saber de mis aventuras con el kile-merk. ¡Lo que me faltaba!

Pese a los lamentables acontecimientos, la situación en el planeta prisión volvió a la normalidad con relativa rapidez. La supervisora mandó los informes pertinentes y, un cónsul federativo, más un par de agentes centrales de Tarinia que aterrizaron en el planeta, anduvieron un par de ciclos recogiendo datos de manera un tanto errática para mi gusto. No parecía que fuera un caso que a nadie le importara demasiado tras su conclusión, pese a los terribles motivos que lo propiciaron. Tampoco, en esta segunda investigación *a priori* mucho más rigurosa, se dio con ningún rastro que indicara el paradero de Robab N'lool, el auxiliar de cocina al que yo había sustituido. Su desaparición permaneció en el oscurantismo más absoluto, aunque yo intuía que había tenido alguna extraña relación con los planes de la perturbada Melpómene.

Las ocho cocineras clones, y aquella novena de la que procedían las otras, fueron inmediatamente sustituidas por nueve IA's especializadas en gastronomía. Pese a su naturaleza y, en contra de lo que pudiera yo imaginar, las IA's hablaban mucho más que mis anteriores compañeras, pero por la razón que fuera, yo me sentía más incómodo trabajando con ellas. Imagino que sería porque echaba de menos a mis clónicas, sobre todo a la desdichada Melpómene. Así que no aguanté mucho más allí. En parte, sí, por el cambio de mis compañeras, pero también porque mi supervisora estaba demasiado encaprichada conmigo y yo no compartía sus mismos deseos. Así pues, en el momento en que vi que mi cuenta bancaria tenía los créditos suficientes como para saldar ciertas deudas y darme la oportunidad de empezar a recuperarme, aunque fuera en algún planeta infecto, renuncié a aquel trabajo y me marché de allí.

Cuando ya estaba totalmente instalado en un cuartucho de la capital de Orbina, me permití hacerme un regalo para decorar mi triste hogar. Compré a través de galaxnet una lámina que era una reproducción de un antiguo cuadro procedente de un artista terrestre. Era la hermosa pintura de una mujer que vestía una túnica roja tapando todo su cuerpo y,

aun así, resaltaba toda la belleza de su propietaria: se trataba de Melpómene, musa de la tragedia.

Este relato pertenece al libro [Cornis Bomper, cocinero y ladrón](#).

El mastil en la colina

Barragán, Eugenio

La brisa se cuele por la ventana abierta y mece las pesadas cortinas. La oscuridad me envuelve, me acaricia, como si fuera un susurro. Falta un par de minutos para las seis y espero tumbado sobre la cama, sin moverme, con la mirada perdida en el desconchado de la pared.

Pronto amanecerá.

No sé si podré aguantar, pero si me levanto, espantaré a la enfermera. Quiero que hoy, sea un día diferente, es especial. No quiero ni gritos, ni aspavientos de ninguna clase. Tampoco deseo que me inmovilicen o me encierren en el cuarto oscuro. Sólo tengo ganas de saltar por la habitación, pero me contengo. Si asusto a la enfermera, no podré celebrar nada. Todo tiene que salir perfecto.

Doy vueltas sobre el colchón y me abrazo a la almohada. Recuerdo aquellas dulces mañanas del 4 de julio. Padre golpeaba la puerta de la habitación hasta que conseguía despertarnos, a mí y a mi hermana. Madre preparaba el desayuno: beicon, huevos fritos y gofres con mermelada de frambuesa. Con los primeros rayos de sol, padre izaba la bandera en el mástil de la colina. Los vecinos de las casas de alrededor se congregaban para el acontecimiento. Para acción de Gracias y Navidad, hacía lo mismo. Eran los únicos actos que se salían de la monotonía en aquel pueblo perdido entre los extensos campos de cereales.

Los ojos de mi padre brillaban al iniciar el sermón. No entendía nada, con aquellas extrañas palabras. Hablaba deprisa, pero no tanto como yo.

Padre apoyaba las manos sobre el jambón, cambiaba el ritmo del discurso, gesticulaba. Los ojos se le salían de las órbitas, las mejillas se enrojecían como los atardeceres de otoño, las gotas de sudor se precipitaban de su frente.

Era su forma de ser.

Cuando decía algo que consideraba importante, agarraba con fuerza el pulpito y se aflojaba el alzacuello. En cuanto arrojaba la lava que manaba de su boca, la vena del cuello se le hinchaba. Los parroquianos salían de la iglesia, alborozados, charlando entre sí. Padre los contemplaba con la ropa pegada al cuerpo por el sudor. Después, desaparecía para recuperar las energías que había transmitido en el ambiente festivo de la iglesia.

Volvíamos a casa. Un corto trayecto bajo el sol.

Yo, jugaba con los soldados en miniatura, en el porche. Padre hablaba con Joseph del Viet Cong, de los mosquitos, del agente naranja, de los demonios amarillos. Nunca había visto ningún demonio, ni quería matar a ninguno de un disparo en la nuca.

Hacía calor.

Joseph no hacía más que ajustarse las gafas de gruesos cristales, que continuamente resbalaban por su nariz. Los cristales siempre tenían marcas de sus grasientos dedos; como su ropa.

—¡A comer! —anunciaba madre, tocando con alegría la campanilla que colgaba del alfeizar de la ventana, tantas veces como fuera necesario para que todos se acercaran a la

mesa.

Amontoné los soldados en la caja, pero, en aquella ocasión, faltaba uno. No podía hacerles formar y atacar. Si aparecían los demonios amarillos, ¿cómo podríamos defendernos? Estiré de la chaqueta a Joseph y señalé la caja.

—¿Seguro que te falta uno, TJ? —me preguntó Joseph, cogiéndome del hombro y sus gafas resbalaron. Me soltó para ajustárselas y me zafé de sus fuertes brazos para sentarme en la mesa. Nunca me ha gustado que me tocarán; no podía soportarlo.

Sofía, la esposa de Joseph, repartía la ensalada; madre la carne, y Sara y yo, veíamos como padre y Joseph bebían una copa detrás de otra, entre plato y plato, y todo giraba a historias de los demonios amarillos. Sofía y madre hablaban del resto de cosas, cosas que me hacían sonreír.

—No te preocupes, TJ —me dijo Joseph para romper un molesto silencio en la mesa—, falta poco tiempo para que pase el cometa y te devolverá el soldado

No comprendía nada, si aún no había pasado sobre el firmamento, cómo se lo podría haber llevado.

—Se habrá escapado —apuntó madre, mientras se escanciaba el vaso.

—O se te habrá perdido entre la hierba. ¿A qué sí, Angie? —añadió Sofía; madre no respondió.

—Cuando el cometa cruce el cielo nocturno, envuelto en un resplandor, pides un deseo y se te cumplirá —concluyó Joseph —y si no aparece el soldadito, te compraré un helado.

Joseph fijó su mirada, esperaba una reacción y sonreí.

Padre marcó otra fecha en el calendario festivo, para disfrutar con su compañero de batallas y su mujer: El paso del cometa. Nos reuniríamos en la colina e izaríamos nuestra gloriosa bandera. Sólo pasaba cada 115 años y había que celebrarlo.

La enfermera golpea la puerta con los nudillos. Entra y me da un zumo de naranja con mis pastillas. Me prepara la bañera con mi patito de goma. Después, me da permiso para meterme en la bañera y me espera sentada en la silla, moviendo rítmicamente la pierna derecha. Apenas habla y, menos aún, sonrío. Es una buena mujer, pero no se fía de mí; yo tampoco lo haría.

Acción de Gracias y Navidad eran días diferentes. Tiritaba por el frío y la nieve. Sólo me bañaba los sábados, si había agua caliente. No podía jugar y tampoco nos reuníamos en el porche.

Por las mañanas, padre leía la Biblia; madre y yo alimentábamos a las gallinas, a los pavos y a los cerdos. Nunca podía agarrar a ninguna gallina; los pavos eran más fáciles. Los cerdos gruñían, corrían sobre el fango y olían mal.

Por las tardes, madre cogía las agujas y las madejas de lana que amontonaba al lado de la mecedora. Tiraba de la hebra del centro del ovillo y me tejía un suéter para regalarme por Navidad. Enseguida me aburría de jugar con los soldados; no era lo mismo. Y jugando con los botones de la radio, escuché una melodía: «Angie, eres

hermosa. Pero ¿no es eso tristeza en tus ojos? Angie, aún te quiero» y no dejé de repetirla durante horas. Madre repetía monótonamente: —un punto al derecho y otro al revés.

Nuestras conversaciones molestaban a mi padre, pero no salía de su estudio. Golpeaba la pared con el puño, para que nos mantuviéramos en silencio. Bajaba la voz y sólo paraba, cuando comía helado de chocolate, con la cuchara de palo que tenía mis iniciales grabadas.

Algunas veces, me encontraba a Joseph por las calles del pueblo. Me decía que tenía la cabeza tan oscura, y que sólo podría entrar la luz de Dios. No sabía a qué se refería. Sólo sé que Papá Noel tenía una luz roja en la punta de su nariz. No sé si se sería eso.

Por las noches, me despertaban las peleas de mis padres en la habitación contigua. Un pequeño cuadro botaba sobre el cabecero de la pared. Sara me explicó que fabricaban un hermanito y que como se resistía a los intentos, hacían ese ruido. Cuando terminaran de hacerlo, sólo oiría llorar al bebé. A mí, me fabricaron en silencio; apenas hablaba, y cuando lo hacía, hablaba muy deprisa. Nadie me entendía.

No podía dormir y los ruidos me asustaban. Mi hermana me regaló una antigua muñeca. Así, no tendría miedo. Decía que ya era mayor para los juguetes.

Si mi hermana no se despertaba para tranquilizarme, cogía a la muñeca por el pelo y paseaba por la casa. Una noche me atrajo el resplandor que emanaba de la puerta entreabierta de la alcoba.

Me asomé.

Nunca olvidaré los ojos desorbitados de madre, con la mirada perdida en dirección a la puerta. Permanecí mudo mientras espiaba. Padre estaba encima, lamiéndole la cara como si fuera un helado. Así me los comía yo; estaban muy ricos. Madre me los daba de postre.

Padre dejó de jadear y se tumbó sobre la cama, boca arriba, tranquilo, resoplando. Madre se levantó con el gesto descompuesto, sus grandes tetas se zarandeaban con cada paso y cerró la puerta. Si padre me hubiera sorprendido, me habría castigado. No le gustaba que husmeara por la casa. Mi hermana también tenía tetas, más pequeñas, y no parecían pellejos como los de mi barriga.

La enfermera golpea la puerta y la entreabre. Me vigila. Me enjabono el pelo y sigo chapoteando sobre el agua. Recuerdo el último 4 de julio que celebramos. Hizo mucho calor, demasiado. Aquel día, las cigarras no paraban de dar la murga. Padre nos despertó temprano. Todo fue diferente, algo faltaba. Padre cocinó huevos revueltos para todos, en aquella vieja cocina que nadie limpiaba; en aquella casa donde no entraba el sol y las telarañas colgaban del techo.

En la colina, padre izó la bandera y depositó unas flores sobre la tumba de madre. Después, nos reunimos en el porche. Mi hermana cocinaba; Sofía servía; padre y Joseph bebían vino, una copa tras otra; como siempre. Padre decía que Sara ya tenía edad de merecer y pariría unos buenos mamones.

Estiré de la chaqueta a Joseph para recordarle que me faltaba un soldado. Pero aquella

vez, no nombró el cometa. Se olvidó de él, no sabía qué hacer. Extendí el brazo y señalé alternativamente el cielo y la caja.

Joseph sólo dijo que emigraba del pueblo y volvía a la gran ciudad, apenas tenía trabajo como mecánico. Padre se encendió como un volcán y escupió lava. Parecía que estaba delante del pulpito, en pleno sermón.

Me puse nervioso y comencé a cantar: «Angie, Angie. ¿Adónde nos guiarás desde aquí? Sin amor en nuestras almas y sin dinero en nuestros abrigos». Me palmeé el pecho para acallar el martilleo salvaje de mis latidos y relajarme. Padre me pegó en la cabeza con el cucharón de hierro y me gritó: —Monstruo, deja de pronunciar el nombre de tu madre.

Padre se levantó de la mesa y tiró la radio por la ventana, al grito de: —¡Malditos Rolling Stone! Todo lo pudrís, como vuestras mentes. Sois escoria.

—Déjalo, está nervioso —dijo Sofía. Padre se volvió a sentar junto a Joseph.

—¿Qué haremos si nos invaden los demonios amarillos? —preguntó padre, más tranquilo, con su mirada penetrando en los cristales repletos de manchas.

Joseph se limitó a trazar un círculo sobre la sien con el dedo índice y el gesto serio. A mí, también me hacían ese gesto, pero padre se encendió aún más y me escapé en dirección a los descuidados campos que rodeaban la casa. No quería saber nada. Odiaba aquellas celebraciones, entiendo que Joseph se marchara. Ya nadie compraba helado.

Fue la última vez que celebramos el 4 de julio. Sara se marchó a la universidad y nunca más nos reunimos con Joseph y Sofía.

El tiempo pasó. No tenía expectativas. Sólo esperaba que pasase el cometa o mi hermana regresase de vacaciones, para que me hiciera compañía. Me sentía solo en las paredes de aquella casa.

Durante aquel tiempo, tuve otras madres. A Mary Sue Hellen siempre se le quemaba la comida. Padre le castigaba con los brazos apoyados sobre la pared, encima del cabecero de la cama. Padre empujaba con fuerza a Mary y los dos chillaban. No sé cuántas veces, el cuadro se cayó al suelo.

Me gustaba jugar con los tirabuzones pelirrojos de Mary, cuando tomaba el sol en el porche; siempre reía, con aquella cara bobalicona.

A Molly, le hacía rezar de rodillas y padre gritaba, como si diera un sermón. Con Peggy se peleaba sobre la cama: unas veces ganaba padre; otras, Peggy.

Algo pasaba, ninguna duraba lo suficiente como para fabricar un hermanito. Pero si hubiera aparecido en la cuna, no le podríamos haber bautizado. Padre tapió las puertas de la iglesia.

Todas cocinaban fatal.

El patito de goma navega sobre la espuma. El espejo está empañado. El agua se ha entibiado. Ya han pasado 600 segundos. Salgo de la bañera y me seco con la suave toalla. Es lo mejor de bañarme. Ya nadie me acaricia, ni me abraza.

Padre me encerraba en el calabozo cada vez que le sorprendía. Otras veces, sin que

me portase mal, me confinaba igual. No había pavos, ni gallinas, ni cerdos; sólo yo entre los barrotes.

La última noche que pasé encerrado. Me levanté del suelo, di un paso. Sólo faltaban cuatro más para llegar al otro extremo. Las piernas me pesaban. Trescientos treinta ladrillos formaban la pared. Algunos sobresalían; otros estaban desgastados y los del rincón, donde crecía el musgo, no podía trazar una muesca con la piedra.

Cada vez que me encerraba, dibujaba las rayas más pequeñas para que me cupiesen. Perdí la cuenta.

La última noche, me envolvía la oscuridad. Abracé la muñeca. Recordé, que Sara me confesó que era mágica, si la arañaba, yo sentiría el dolor. Mullí la dura almohada e intenté dormir. Apoyé la muñeca sobre la pared. Cada vez que me giraba, me incomodaba la mirada fija de sus ojos saltones y la coloqué bajo el camastro.

Me despertaron unos gruñidos. Unos rasguños aparecieron sobre mi pecho. Examiné la muñeca detenidamente. Su ropa estaba hecha jirones; como la mía. Temblé, sólo pensaba que el monstruo había introducido sus garras entre los barrotes y me había arañado. Sara no me dijo, qué pasaría, si el monstruo me atrapaba entre sus fauces. Pero antes de que pasase nada, antes de que pudiera pasar nada, padre me liberó.

Los enfermizos rayos de sol se filtraban con dificultad por las nubes que tapiaban el cielo. Caminamos hacia la colina y rezamos sobre la hierba. Solo canté en voz baja: «Angie, Angie, ¿cuándo desaparecerán aquellas nubes? Para que todo se elevara como el humo». Me limité a mirar la tierra removida por las fuertes tormentas. Estábamos solos, junto al mástil tan erguido y desnudo sin la bandera. No había nadie en el pueblo.

El cielo se oscureció, comenzó a llover y las luces del porche nos sirvieron para regresar a nuestra casa, hogar de sombras y silencios, largos silencios.

Me pongo el mismo traje que en la anterior celebración; no tengo otro. Nunca salgo de aquí para comprarme ropa. La enfermera abotona la camisa. Me peina y me perfuma con una loción. Accedo, aunque me irrita la piel y hago esfuerzos para no estornudar.

Bajo las escaleras. Salto con los últimos peldaños. Sara me espera en la puerta, me saluda y me da dos besos. Subo en el coche y me siento al lado de mis sobrinos. Mi tío Tom conduce, siempre es un coche diferente. Giro la cabeza y me despido de la casa hasta que oscurezca.

El tiempo sigue pasando, sin más. Es lo que me recuerdan mis sobrinos. Cada año que pasa, ocupan más espacio en el coche. Todos serios, todos callados, mientras recorremos el camino.

Me evado con la mirada fija en el horizonte. El perro de la repisa mueve la cabeza con los baches de la carretera.

Recuerdo nuestro último verano en la casa. Sara acabó el semestre. A la noche siguiente, padre alargó la oración nocturna y al acabar, nos anunció que era la noche del cometa. Había deseado durante tanto tiempo ese día, pero fue tan efímero, como si encendiese un fósforo frotándolo sobre la caja.

Pedí mi deseo y no pasó nada. Sólo percibí un familiar susurro y, con voz más clara, me repitió: —No digas nada.

Y no dije nada. Agaché la cabeza, me concentré en mi deseo y no me moví del sitio. Sara y padre rezaban con los brazos extendidos sobre la húmeda hierba y seguía escuchando aquella voz que me tranquilizaba: —un punto al derecho y otro al revés. Como si fuera el estribillo de una canción, de mi canción...

—Hemos llegado —me indica Sara.

Bajamos del coche y subimos la cuesta. Tom nos sigue con las bolsas de la comida. Mis sobrinos corren por la hierba marchita. Mi hermana me ruega que pronuncie unas palabras y hablo en voz alta. El recuerdo es intenso y revivo aquel día con cierto temor.

—El terreno se ondulaba. Unos dedos descarnados se abrían paso removiendo la tierra. Surgió un esqueleto y percibí un sonido. Aquellos huesos me hablaban, como si fuera un susurro, como si quisieran decirme algo.

El esqueleto se arrancó las agujas de coser de los espacios de las costillas y cuando me entregó la cuchara, sonreí. Mi hermana corrió y se escondió detrás del tronco de la encina. Surgió otro esqueleto y me pregunté: cómo podría ver Joseph con las gafas rotas. Ni siquiera me acordaba de la cofia de Mary.

>Padre se arrodilló y pidió clemencia, con una oración y una voz que hería los oídos. Otros esqueletos rodearon a padre y le arrastraron por el suelo hasta que la tierra les engulló.

>>Ahora, no espero cometas fugaces deslizándose sobre el oscuro firmamento. Sobre el cielo azul, sólo hay pequeñas nubes y se levantan cientos de lápidas entre la hierba. No hay mástiles, ni juego con soldados. El calabozo ya no existe, ni siquiera el granero. Tampoco hay fiestas de 4 de julio bajo el tranquilo porche. No, nada de eso. Sólo paz.

—¿Quieres decir algo más, TJ? —me pregunta mi hermana, con las tetas cada vez más escuchimizadas.

Respondo, me aturullo, pero Sara no entiende mi balbuceo. Hablo demasiado deprisa.

Mi tío Tom despliega un mantel bajo la sombra de la encina. Sara le ayuda. Nos sentamos y comemos pavo. Nadie habla de Viet Cong, ni de los demonios amarillos. Hay más silencio que palabras, alternados con chillidos de mis sobrinos.

En cuanto sirven los postres, saco mi vieja cuchara de madera del bolsillo y paladeo el helado. Mis sobrinos juegan entre las lápidas. Algunas veces, escucho la voz de padre. Quiere salir de su cárcel de huesos, pero me tapo los oídos y canto mi canción: «Pero, Angie, Angie. ¿No es bueno estar vivos?»

Mi hermana me agarra del brazo y me susurra: —canta bajito, no les molestes. Tom coloca el dedo índice sobre sus labios y bajo el tono, si me porto bien, me darán más helado.

La pirámide

Tancovich, Ernesto

Permitiéndose unos minutos de felicidad irresponsable, la doctora Audivert leía un comic de su colección de clásicos. Esta vez era un Dick Tracy de la buena época. Cada vuelta de página echaba una ojeada al reloj que parpadeaba sobre el escritorio. El cóctel de violencia, figuras díscolas y humor tenebroso fue alistando su ánimo para la entrevista siguiente.

Estaba asignada al equipo de contención psicológica de los tripulantes de la misión AX487. Faltando diez minutos para el inicio de la sesión cerró el libro, retocó el maquillaje y arregló con calculado descuido el pañuelo del cuello. Era el turno de Heriberto Solari. Repasó brevemente su historia. Padre militar, madre concertista de piano, niño solitario, hombre hermético. Había sido seleccionado por sus cualidades de empleado eficiente y minucioso. Recién durante las últimas sesiones había dejado entrever la tormenta que agitaba su interior.

La doctora Audivert se ubicó ante la pantalla componiendo una actitud serena y cordial. Dispuesta la escena, activó la conexión. Para Solari sería perfecta la ilusión de tenerla enfrente, sólo separada por el escritorio, envuelta en la luz cálida de la lámpara estilo Liberty y enmarcada por el ventanal abierto a la panorámica de Buenos Aires, su estuario punteado de barcos, la brumosa costa oriental. Ella por su parte lo tendría ante sí, igualmente real, recortado sobre la mampara de aluminio de la nave. A menudo temía que tan viva sensación de presencia hiciese que alguno intentara acercársele. Chocar con el cristal de la pantalla haría trizas en un instante el vínculo laboriosamente construido. Pero el pacto implícito se venía sosteniendo sin fallas. También los del otro lado conocían el peligro que entrañaba salirse de marco.

Solari estaba ya esperándola, con su habitual expresión sombría. Parco, inclinó la cabeza en una especie de saludo que la doctora Audivert retribuyó con media sonrisa.

Se inclinó ligeramente hacia él, buscándole los ojos.

—Heriberto. Hola. ¿Cómo estamos hoy?

—Con mucho para contar —dijo Solari, y se estancó en un largo silencio.

Ella esperó. Solari tragó varias veces como si se cargara de las palabras que luego iría soltando.

—Salí a hacer un trabajo en el exterior. Operación de rutina. Una soldadura en un panel. Entonces vi la cosa. La misma que soñé otras noches ¿recuerda?

—Claro que sí. Conversamos mucho de aquello.

—Esta vez la vi de veras.

—¿Cómo es eso, Heriberto? ¿Qué vio?

—No tenía forma propia. Se adaptaba a las de la nave. Una mancha entre líquida y gelatinosa. Oscura y salpicada de puntitos de luz, chispeantes. Parecía temblar. Viva, eso parecía.

—¿Y usted?

—¿Yo? Algo turbó mi mente. Tuve la tentación de cortar el cable de amarre y el suministro de aire. Y vagar a solas en el infinito lo que durara el oxígeno de la mochila de reserva. Diez o quince minutos. Aunque allá afuera no existe el tiempo.

“El tema del cordón umbilical, otra vez”, anotó mentalmente la doctora Audivert.

—¿Por qué no lo hizo, Heriberto?

—Esa cosa me ordenó que no lo hiciera. Sentí que una inteligencia poderosa obraba allí.

—¿Habló de esto con alguien?

—Con nadie. Esperaba hacerlo con usted.

—Gracias, Heriberto, por la confianza. - Sonrió, ahora con toda la cara.

—Estuve pensando, mucho. Creo que la misión no tiene sentido. No para mí. No para nosotros. No que conozcamos.

—¿Cómo sería eso, Heriberto?

—No me parece que el proyecto sea establecer una colonia en el planeta AX487, como dicen. Ese cuento de hadas con que nos cautivaron. Usted sabe. Toda esa historia de los generadores de aire, los cultivos hidropónicos, la cúpula desplegable, la nueva arca... Basura. Puro simulacro. El verdadero propósito es instalar allí la pirámide.

—Una pirámide... Temo no estar entendiendo.

—No debí mencionarlo. Es información reservada. De cualquier manera ya nada me importa.

El tono de la voz se había hecho desafiante.

—Heriberto, lo que hablemos aquí quedará entre nosotros. Estoy para ayudarlo, nada más.

—Soy el único tripulante que posee la clave de acceso al recinto. Tres veces al día debo controlar los parámetros de presión, temperatura, humedad, calidad del aire. Es mi función aquí. Fui adiestrado para eso.

—Usted quiere decirme que la nave transporta una pirámide. ¿Es así?

—Una pirámide isósceles, un metro más alta que yo. Parecida a uno de aquellos metrómonos antiguos. Siento que hay algo activo allí adentro. Vibraciones, ruiditos. Como si estuviese habitada por roedores.

—Algo vivo, quiere usted decir.

—No sé qué es. Pero la cosa lo sabe. Estoy seguro. Y quiere abortar la misión.

—¿Por qué piensa, Heriberto, que esa cosa lo sabe?

—Lo percibo claramente. Casi puedo oírla. Pretende que yo sea instrumento de sus planes.

—Una entidad maligna ¿así la ve usted?

Solari rió nerviosamente.

—En el espacio no hay arriba ni abajo. Tampoco existen el bien y el mal.

—Ah, Heriberto, tiene usted razón. El bien y el mal...No nos ocupemos ahora de esas minucias.

—Hay algo más.

—¿Qué cosa, Heriberto?

—En cuanto la pirámide esté emplazada en la superficie de AX487 no habrá chance para nosotros. La misión estará cumplida. Los tripulantes moriremos. Todos.

“No puedo reportar esto a mis superiores. No todavía”, pensó la doctora Audivert.

“De haber algo cierto lo pondría en apuros. Pero tal vez la seguridad de la tripulación esté

en peligro ahora. Ojalá sea sólo un delirio. Eso dejaría la cuestión exclusivamente en mis manos. Siempre que pueda manejarla.”

—Heriberto, pensaré en lo que me ha dicho. Seréne. No piense. Deje que las ideas lleguen a usted. Mañana volveremos a hablar.

La doctora Audivert hizo una pausa.

—Yo estaré aquí. No dude en llamar si me necesita.

Ante la pantalla muda, la doctora Audivert trató de ordenar algunas ideas. “El recinto. Quizás una representación del mundo personal de Solari. Y en su centro la pirámide, hospedando un ser al que debe mantener vivo obedeciendo un mandato. ¿Y esa cosa innominada que busca impedir que la nave llegue a AX487? Abortar fue la palabra. El alumbramiento asociado a la muerte. Luego la cosa oscura, la mancha. Acaso la proyección de terrores inconscientes. Y esa mención del metrónomo. De nuevo el leit motiv de mamá pianista. Muchas preguntas, abundancia de respuestas. Todo en apariencia claro y al mismo tiempo terriblemente oscuro. Debo saber más”.

Buscó las notas de sesiones anteriores, se abocó a revisarlas. Subrayó palabras y frases, diseminó cruces, signos de interrogación, escribió en los márgenes. Se volvió de cara al ventanal, pensando todo de nuevo.

Siguiendo una corazonada la doctora Audivert había dispuesto algunos audios de colección sobre el escritorio. Pequeños, de vivos colores, no imponían su presencia pero era inevitable reparar en ellos.

—Hola, Heriberto. Aquí estamos de vuelta —sonrió— ¿Cómo pasamos el día?

—Anoche... —se interrumpió.

Bajó la cabeza abismándose en un largo silencio. Las palabras parecían haberse atascado. La doctora Audivert esperó. Finalmente decidió llamarlo.

—Sí, Heriberto, lo estoy escuchando ¿Anoche?

—Anoche me visitó la cosa —la voz sonó hueca, oscura, como procedente del fondo de un pozo.

—¿Puede contarme cómo sucedió?

—Entró en mi camarote. Yo estaba acostado, esperando que me llegara alguna idea, como usted aconsejó. —Soltó una risa nerviosa que la doctora Audivert eligió ignorar.

—¿Y entonces, Heriberto?

—El techo se fue oscureciendo, hasta quedar absolutamente negro, salvo por esas chispitas que le mencioné. Se lo veía semejante al cielo nocturno. Entonces aquello empezó a gotear, formando como estalactitas. De a cientos. Viscosas. Esa cosa posee la facultad de atravesar la materia.

—¿Cómo piensa que lo hace, Heriberto? Pregunto, por si tiene alguna teoría.

—Quizás aprovechando los vacíos entre los átomos. No sé, se me ocurre. Digo cualquier cosa. En verdad no sé como lo hace pero lo hace

—¿Después?

—Esos colgajos se fueron juntando hasta componer una masa que no paraba de crecer. Tuve miedo de que llegase a ocupar todo el camarote y me ahogara. Cuando ya

iba a tocarme se retrajo. Tomó forma.

—Forma. ¿De qué esta vez, Heriberto?

—De boa. Enroscándose en espiral. Supongo que puede adoptar formas a voluntad y que simplemente quiso demostrármelo. Se fue por donde vino, desenrollándose de a poco, sin dejar huellas.

—¿Y ahora, Heriberto, dónde supone que está?

—Ahora... puedo sentirla, rodeando la nave, en varias vueltas. Sé que podría apretarla hasta quebrarle los huesos.

—Los huesos... ¿La nave tiene huesos?

—Es un decir.

La doctora Audivert tomó uno de los autitos, el rojo, y lo hizo carretear por el escritorio, a un lado y al otro, distraídamente.

—Tuve de esos —evocó Solari—. Un estante completo.

—Sabe, Heriberto. Estaba recordando sus fantasías infantiles. El temor de que su madre lo abandonara en el supermercado o entre la multitud. O que bajara del subte dejándolo olvidado.

—No me parece que sea la cuestión...

La doctora Audivert prosiguió impertérrita, pasando por alto el reparo.

—¿La angustia con que se esforzaba por no perderla de vista? Hablamos en aquel momento del cordón umbilical. ¿Lo recuerda? Su terror de que se cortara.

Solari se puso de pie, encrespado.

—Doctora...

La doctora Audivert alzó la voz.

—La tentación de cortar los cables que lo unían a la nave madre. Y salir. Suelto por fin. Todo el espacio para usted solo, libre, despegado del pasado, fuera del tiempo. Una vez más no se atrevió a hacerlo. Por suerte, esta vez.

—¡Doctora!

—¡Escúcheme!

La doctora Audivert sintió que estaba arriesgando demasiado”. No obstante siguió.

—Eso que usted llama la pirámide. Dice que alberga algo vivo. ¿Quisiera estar adentro? ¿Volver?

—Doctora, sus libros no pueden explicarlo todo. ¡Quémelos! ¿Me oye?

La doctora Audivert temió que Solari golpeará el cristal. Trató de apaciguarlo.

—Perdóneme Heriberto. No estoy exenta del pecado de soberbia. Explíquese. Lo escucho.

Solari retorció nerviosamente las manos, como tratando de deletrear algo escrito en ellas.

—Entienda lo terrible de mi situación. Dos entidades poderosas se disputan el dominio del universo. La pirámide es el punto de conflicto. Una me ha encargado su cuidado, la otra me ordena destruirla. Podría hacerlo, alterando los parámetros. Entonces lo que la habita se hará en algo inerte. Y la pirámide su féretro. El destino del universo pivotea sobre mí. Tan simple y tremendo como eso.

- . —Y usted ¿ha tomado su decisión?
- Aún no. Ya dije que aquí es incierta la diferencia entre el bien y el mal.
- Heriberto ...

Solari escondió la cara en las manos y lloró. La doctora Audivert esperó insoportables minutos.

Solari volvió a ella un rostro devastado.

-Lo sé, doctora, lo sé. Gracias.

—Nos vemos mañana, ¿sí? O antes, si me necesitara.

La doctora Audivert contempló la ciudad y sus aguas, tendidas hacia el horizonte. Estaba confundida. “¿El destino del universo descansando en sus hombros?”. Un delirio megalómano como nunca había visto. Debería reportar la situación. La misión AX487 se hallaba en peligro cierto, y con ella la vida de los tripulantes. Sin embargo sentía que algo decisivo se le escapaba.

Esperaría una sesión más antes de actuar.

Abrió su cuaderno y agregó una nueva nota: “Algo inerte en la profundidad de una pirámide. El pasado remoto por fin enmudecido, sepultado, momificado”.

Recogió los audífonos y volvió a guardarlos en un cajón del escritorio, amorosamente, como si los arrojara.

Apenas encendida la pantalla la doctora Audivert advirtió que algo andaba mal. La luz. Se la notaba atenuada, agregando lóbreguez al ambiente de por sí desangelado de la astronave. En esa semipenumbra a Solari se lo notaba pálido y desencajado, atrapado en sí mismo, mirando a todos lados en busca de una vía de escape.

—Doctora, temo que este sea nuestro último encuentro.

—Heriberto, no me diga eso ¿Qué ocurre?

—Lo siento muchísimo. Si salgo de ésta, la extrañaré. Quiero que lo sepa.

—Más. Quiero que me diga más. Estoy para escucharlo.

—Lo que hemos hablado ¿recuerda? Aquello de que dos fuerzas tremendas tironeaban de mí forzándome a una decisión en un sentido o en otro.

—Por supuesto, Heriberto. No he dejado de pensar en eso.

—Bien. Ya no estará en mí decidir nada. No soy el fiel de la balanza, como llegué a pensar en un momento de arrogancia. No.

—¿No?

—No. Para nada. Solamente el juguete disputado por dos chiquilines caprichosos que jugaban a ser dioses. Uno de ellos ganó la partida.

—¿Entonces? —Por primera vez la doctora Audivert sintió miedo.

—La cosa hará de mí lo que ella quiera. Me tiene atrapado.

—Heriberto, usted no puede aceptarlo tan fácilmente. Así, sin dar pelea.

“¿Que estoy diciendo?”, pensó de inmediato la doctora Audivert. “Estoy entrando en su delirio”.

—No hay escapatoria, doctora. Lo verá con sus propios ojos.

La luz en la nave seguía disminuyendo. Solari, de uniforme blanco, ya era una figura gris sobre el fondo más oscuro de la mampara. Un alud cerradamente negro

descendía en cascada, salpicado de diminutos puntos luminosos.

—¿Lo está viendo, doctora? Me voy despidiendo antes de que sea tarde para hacerlo. Sepa que yo también he aprendido a ... -la voz se quebró.

Heriberto, aguarde, no se me vaya.

—Es inevitable...

—¡Heriberto!

La doctora Audivert tuvo por primera vez vivencia de los millones de kilómetros y las dos placas de cristal que los distanciaban.

—Guárdeme los autitos, por si vuelvo —dijo Solari, en un tono inesperadamente alegre.

Fue lo último que le escuchó. Aquel manto de negrura se desplomó sobre él, apropiándose de su forma. Otro Solari, de apariencia tosca, inacabado, se borroneó en la pantalla y, desconociéndola, se puso de pie, abrió la puerta y fue a perderse en las entrañas de la nave. Bruscamente, la conexión cesó.

Un juguete, había dicho Solari. La doctora Audivert buscó los autitos en el cajón. Los ordenó por color siguiendo la secuencia del círculo cromático, los hizo correr por el vidrio del escritorio, los dispuso en círculo. Así juegan los dioses, pensó. También los falsos ¿pero acaso pueden existir dioses verdaderos? En algún punto del espacio se acababa de dictar un veredicto. Quizás nunca llegará a saberse si de absolución o condena. Lo mismo que a Solari ya le era del todo imposible discernir entre el bien y el mal.

Con los ojos vidriosos, volvió los autitos al cajón..

Nunca se pudo restablecer el contacto con la astronave asignada a la misión AX487.

Selva

Santos, Isabel

Stan llegó entusiasmado al sistema solar. Se ubicó cerca de Júpiter para poder trabajar tranquilo. Quería armar todo su plan, pero a distancia.

Miró el perfil de la Tierra, desde el telescopio de su nave. Y se quedó pensando: admiro en algo a los terrestres, nacen sin saber qué son.

Él tenía que poblar de otra manera.

Usó la receta básica y la puso en marcha rápidamente.

Eligió cinco candidatos humanos y los mantuvo vivos. Mutó a otras especies para que ocuparan los lugares que quedarían vacíos. Era un padre responsable.

Valentina, disfrutaba de ese crucero por el Caribe. Como siempre, hacía todo distinto: había elegido el Sargos, 250 personas. Sus amigos, en cambio, habían organizado ir juntos en el Delicia, un barco para 2500 pasajeros, y no la entendían.

Pero ella necesitaba veinte días sola, reordenar su vida y analizar sus relaciones; que la mayoría de las veces, no resistían su necesidad. Ese año iba a pasar la Navidad a bordo, y ya se había ido de su casa en Buenos Aires con la carga pesada de varios reclamos.

Llegando a Venezuela se organizaron los festejos: los mozos armaron mesas cerca de las piscinas. Ahora en lugar de ofrecer jugos y hamburguesas, se acercaban con cócteles y servicio de gala. Todos de traje y sonrientes sacaban a bailar a los pasajeros.

Valentina se ubicó en otro puente, tres pisos más abajo, cerca de los camarotes de los oficiales, a estribor, en proa.

Con su vaso de sidra en la mano, esperaba que fueran las doce para brindar sola. Fastidiada por el murmullo de la gente, trataba de aislarse mirando las olas. Meditando proyectos para el año siguiente y recordando los años anteriores. Haciendo balances, como hacía en todas las vacaciones.

De repente se hizo un embudo en el agua y salieron unos delfines saltando. Ella pensó que era un espectáculo programado para la Navidad.

Se quedó helada: los animales... ¿hablaban? Como no podía creerlo, imaginó una grabación y un show. Pero en ese mismo instante uno de delfines se acercó a la baranda del puente saltando y le dijo:

—¿Cómo te llamás? Yo soy Roberto.

A Valentina casi se le caen al mar los anteojos. Había dado tal salto, que su cabeza pegó contra el metal de la reja y, cuando se dio cuenta, sus lentes estaban volando. Los agarró en el aire y recibió del delfín un:

—¡Casi, casi, eh!

Salió corriendo por el pasillo sin entender cómo podía ser que un delfín le hablara. Y se dio cuenta de que no era la única que corría aterrada. Un hombre la alcanzó subiendo en la escalera y le dijo:

—Era cierto. Yo no lo creí, pero era cierto...

—¿De qué hablás, de los delfines? —preguntó Valentina—. ¿Vos sabías?

—¿En qué mundo vivís?

Todo se ubicó rápidamente en su cabeza, cada escena borrada, por estar aislada, fue a dar al lugar correspondiente. Su prejuicio de alejarse siempre, le había ocultado lo que todos ya sabían.

Siro nunca pensó que él, un simple aficionado, sería testigo de semejante descubrimiento.

Observaba el cielo nocturno de Buenos Aires desde su telescopio. Revisó una y otra vez el ocular, y decidió mandar un mail al Instituto de Astronomía y Física del Espacio.

No tuvo que esperar demasiado. Le contestaron que se presentara urgente.

Se le hizo agua la boca. No podía ser que no lo supieran, que en el IAFE no lo hubieran visto. ¿Sería él el descubridor de eso? Se entusiasmó con la idea de que le pusieran su nombre.

Ya en el IAFE:

—Escuche, Siro —dijo el Director—. He leído atentamente su mail, y he estudiado las fotografías. No conviene que comente mucho.

—¿Alguien más lo sabe?

—Recibimos orden de mantenerlo en secreto hasta que calculen la órbita y el período de rotación.

—Pero cualquiera puede calcularla. Yo mismo...

—No. Acá tomamos precauciones. Le repito, lo estamos vigilando. No se le ocurra hablar del tema.

Siro se asustó un poco, pero como nunca había vivido una cosa igual, supuso que era algo habitual para esos casos. Obviamente pensó en llamar a Juan, su amigo astrónomo.

Ya en su casa, marcó el número, y se cortó la comunicación. Le corrió un frío por la espalda. Cuando se estaba calmando, sonó el timbre.

—¿Quién es?

Dos hombres entraron tirando la puerta abajo.

—¿Por qué desobedeció las ordenes?

—Pero yo...

—No puede llamar a ningún astrónomo. ¿Le quedó claro? ¡Traiga mañana la foto que sacó, y sea puntual! Le gritaron. A las ocho empezamos la reunión en el Instituto.

El Director exponía su teoría sobre el tema.

A Siro le llamó la atención que hubiera tanta gente. Se preguntó quiénes serían y qué hacían ahí. Reconoció a profesores de su carrera: Astronomía Cuántica Relativista.

Automáticamente pensó en extraterrestres. Quizás la supuesta luna era una nave gigante que había aparecido de repente por un atajo espacio temporal. Y él, sin querer, la había visto.

Sin explicarles demasiado, el Director les informó que todos quedarían incomunicados. Nadie tenía permiso para difundir el descubrimiento. Siro no se imaginaba cómo podrían ocultarlo. Tampoco el porqué de tener que mantener en secreto

la existencia de algo que parecía una nueva luna cerca de Júpiter.

Sin embargo, nada pudieron hacer él y los demás convocados. Sólo hubo un murmullo de desaprobación.

Los trasladaron como presos a un nuevo destino. Los científicos más importantes de su país, todos juntos a unos 500 kilómetros de Buenos Aires. Había de todas las especialidades. Siro estaba ahí de pura casualidad, simplemente por poner el ojo en el ocular y darse cuenta.

Pensó que sin duda Juan era más necesario que él para comprender. Quería poder contarle todo, pero no había forma de escapar. Estaban aislados y dedicados a evaluar algo que era lo más natural del mundo. No estaban en la época de Galileo.

De a poco entendió cuál era el verdadero fenómeno.

Ya instalados en el Centro de Investigación, los llamaron a una nueva reunión para evaluar los avances.

Uno de los hombres que mandaban ahí comenzó con un discurso:

—Queremos que todos opinen. Sabemos que se han producido cambios desde que apareció el objeto, y nos han encomendado la misión de interpretarlos. Por ahora, para no llevar inestabilidad a la población, mantendremos la conexión en secreto. Cuando sepamos bien cómo se relaciona su aparición con las modificaciones en la Tierra, haremos las declaraciones correspondientes.

»Paso a enumerar algunos de los cambios sucedidos desde que se vio la luna por primera vez.

»1) Estación Alaska, análisis de auroras boreales: se reportó un incremento mayúsculo de radiación magnética causando un efecto directo en el estudio sobre los terremotos. Existe un grave peligro de que se active el dispositivo que usamos para generarlos en forma artificial.

»2) Estación Antártida, análisis de los bloques de hielo perennes: el casco polar se evaporó en forma exponencial. Se prevé un incremento en el nivel del mar de 35 metros. Desaparecerían ciudades. Y, si el proceso sigue, las zonas continentales quedarán reducidas en un 75%.

»3) Estación marítima Ecuatorial, análisis de la toxicidad de los océanos: se ha observado una baja en la contaminación del orden del 85%. A ese paso, pronto todos los océanos estarán descontaminados. Vale aclarar, que todas las áreas de depósitos de residuos tóxicos, han sido evaluadas y no se mide radiación.

»4) Estación biológica terrestre del Atlántico, Golfo de Guinea: se ha observado un incremento en el tamaño de la rana goliath en el orden del 150%, o sea, su tamaño actual es de 1,75 m. Cabe señalar que sucede solamente con los especímenes que viven al borde del lago Mazafin en la isla Annobón.

»5) Estación biológica marina del Atlántico: se ha observado un incremento en la capacidad cognitiva de los delfines. Se ha podido comprobar la comunicación entre delfines y humanos. El fenómeno se dio solamente en la zona del mar Caribe.

Siro no quería escuchar más, sólo deseaba llamar a su amigo Juan para contarle todo.

Roberto intentaba conversar con Valentina. La buscaba saltando en los puentes bajos. A los gritos, le preguntaba cosas. Hacía esfuerzos por mantenerse en el aire aleteando.

Ella no podía asimilar la idea de haber tenido una charla con un delfín, y evitaba seguir la relación. Pero todos los pasajeros habían asumido el hecho rápidamente y con total naturalidad. Obvio, habían ido al Caribe para eso, y ella estaba teniendo el momento de negación que seguramente ya todos habían pasado.

Las partes abiertas del Sargos estaban colmadas. Popa y proa llenas de gente precipitándose desde las barandas. Algunos se animaban a nadar con los delfines. Todo estaba organizado por la empresa.

Los tripulantes habían bajado los botes salvavidas, y sostenían con sogas a los más aventureros. También se encargaban de preguntar a los delfines todas y cada una de las tonterías que les gritaban desde el barco.

Valentina se ocultaba en el salón comedor detrás del vidrio. Se preguntaba una y otra vez, ¿cómo no se había dado cuenta de que se había puesto en el ojo de la tormenta, sin quererlo? Nunca iba a poder tener sus días de descanso. No sólo tenía que soportar el griterío de los pasajeros, sino que además los delfines se habían ensañado con ella y la acosaban con preguntas sin parar. Roberto saltaba como diez metros, asomaba la cabeza y, con el último aliento, le preguntaba una y otra vez “¿Cómo te llamás?”.

Dios, ¿por qué a mí?, pensaba Valentina.

Como algunos notaron su rareza, decidió tomar la iniciativa antes de ser una atracción más. Se ubicó en popa, en los pasillos abiertos donde iba la tripulación a descansar y fumar.

Estaban vacíos, una bendición. Se escuchaba el viento y el ruido de las olas. Valentina se asomó con cuidado intentando que Roberto la ubicara. No la hizo esperar. Y como el pasillo estaba muy cerca del agua, el delfín levitaba sobre las olas casi sin salpicar. Ella se entregó y le confesó su nombre y, con él, la confianza de creerlo capaz de relacionarse con ella.

—Mucho gusto en conocerte —dijo Roberto complacido—. Sos la única del barco que no me aturde.

—¿Me podés explicar cuándo y cómo empezó todo esto? —preguntó Valentina.

No le interesaba más que eso. No podía asimilar que algo así hubiera surgido de la nada y de repente.

El mundo era un caos. La Tierra se estaba inundando. Siro pensaba que quizás el agua de los polos tenía algún poder sanador, porque al mezclarse con el mar, se había producido el milagro de descontaminarla.

Era como si en los témpanos estuviese escondido algún tipo de remedio y al mismo tiempo alguna droga potente que, por arte de magia, había hecho tomar conciencia a los delfines y crecer a las ranas. Parecían pequeños milagros.

Pero no para los humanos, que tenían que huir de las costas.

Sin poder explicarlo, los científicos relacionaron el descubrimiento de esa luna con el caos.

Mientras tanto, se sabía que la gente hacía lo que podía para sobrevivir. Todos resistiendo a los cambios y a los desastres. Con paciencia, todos confiaban en que se estaba intentando conseguir una solución.

En el Centro de Investigación se hablaba de las explosiones solares, del descontrol magnético. Se exponían ideas revolucionarias, hipótesis que hubieran sido impensables en tiempos tranquilos.

Cuando se produjeron cinco terremotos oceánicos y cuatro terrestres de magnitudes incalculables, dejaron de pensar preguntas y plantearon una sola respuesta: la única opción para que todo volviera a ser como antes era que esa luna no estuviera.

Ya no era momento de pensar causas, sino de proponer acciones. El grupo decantó, dejó de ser científico y se transformó en militar. Siro y el resto de los científicos que decidieron no participar quedaron libres.

No importó nada más. Había que armar una bomba poderosa que pudiera destruir el satélite.

—No sé cómo pasó —dijo Roberto—. De repente pude hablar. Venimos cerca de los barcos a seguir practicando. A vos no te gusta hablar, ¿no?

—La verdad que no —Valentina ahora quería seguir preguntando—. ¿Sólo los delfines pueden hablar?

—¡Uy! Te dejo, acabo de sentir un temblor muy fuerte. Tengan cuidado, seguro que el mar se pone bravo, el agua ya está muy caliente.

—Pero, Roberto, no te vayas... ¡Contestarme!

Valentina oyó gritos. Eran los oficiales que salían desesperados del puente de mando. Siguió por instinto a uno que iba con larga vistas. Él se ubicó en proa, bien arriba, al lado de las antenas de radar. Ella se quedó un piso más abajo mirándolo. Vio cómo el hombre iba girando 360° hasta que se paró en seco. Era una ola gigante, y hacía tres segundos no estaba.

Alguien dijo que tendrían 300 metros para girar y tomarla por proa. El oficial del larga vista dio la orden por radio: virar 30° a estribor. Saltó corriendo y se hundió en el puente.

Ella tenía que escapar. Tenía que pensar rápido. Si se quedaba cerca de proa tendría la ola pegando en los vidrios del salón comedor. Si el barco no giraba a tiempo daría una vuelta campana, el fin. La popa también era peligrosa. Si el Sargos remontaba la ola, todo el barco iría a parar ahí. Buscó un lugar sin vidrios para evitar más peligro.

Corrió escalera abajo. El barco dio una brusca maniobra, y varios pasajeros cayeron al agua.

Más o menos al puente 3, en la mitad del pasillo de los camarotes, esperó.

Con esfuerzo se hizo una imagen mental de todo lo que conectaba con ella. Al fondo, vio la puerta que daba a popa; sin duda, un punto débil. Si había peligro, vendría por ahí.

Se preparó para recibir el impacto, mirando esa puerta, balanceando el peso para salir corriendo hacia el otro lado si el barco caía.

Se definió su destino cuando el Capitán intentó remontar la ola. Para no caer a la puerta de popa, ella se ató al pasamano del pasillo con la manga del saco. Quedó flotando en el aire, y vio por el vidrio el agua. El Sargos tenía que llegar a la cresta de la ola o caería directo al fondo. Sintió los motores esforzándose, quizás la hélice girando en seco.

Pensaba que si el barco se hundía, tendría que salir huyendo hacia la proa caminando por las paredes antes de que el agua la alcanzara.

Bruscamente el Sargos se apoyó sobre la ola, y Valentina pegó contra el piso feliz.

¡El barco navegaba! Y si había podido pasar la primera ola, el resto era sacudirse un poco y nada más. Así fue, colgar y caer cinco veces hasta que todo se calmó. Se había salvado.

Algunos camarotes se abrían. Los pasajeros salían lastimados. Había sangre por todas partes. Pocos quedaron vivos, la mayoría estaba en proa. Y como todo había sido tan rápido, no tuvieron tiempo de bajar y esconderse.

Casi todos perdidos en un mar que parecía un plato. Ni rastros del causante de tanto caos.

Ella pensó que si el delfín no le hubiera avisado, ella no hubiera estado cerca del puente, sería una pérdida más. Su vida habría terminado sin darse cuenta.

Había tanto que hacer, que no podía pensar. Quería quedarse sola para reflexionar un poco.

No había tiempo. El capitán puso orden. Todos necesitaban un plan que los hiciera volver a casa. Cada uno intentaría procesar el desastre. No era tan fácil salir del peligro. No había un camino seguro.

De a poco fueron llegando las noticias. Los cruceros cercanos tenían más o menos los mismos problemas. Se organizaron los rescates.

Valentina se dijo que quizá sus amigos estaban en las mismas condiciones que ella. Quizá peor.

Había que volver a puerto.

Los delfines dejaron de interesarles.

Cuando el capitán fijó rumbo a las Islas de Cabo Verde, no pudieron discutir. No se podía navegar cerca de la costa, y el Caribe era peligroso.

Alejados del continente, rozando África, podrían reacondicionar el barco y esperar para volver a cruzar el Atlántico y llegar a destino. Nadie tenía planes de atravesar el océano.

El capitán los alentó cuando les dijo que todos los cruceros de la zona harían lo mismo. Así fue, empezaron a verlos. Parecía una regata de gigantes. Circulaban noticias increíbles.

Roberto volvió por Valentina para conversar.

—Estuve buscando sobrevivientes. Ya no quedan más

—Fue un desastre. —Valentina se asomó por la baranda.

—Hay cosas peores —largó Roberto.

Ella pensó que el delfín ya estaba tan humanizado que exageraba.

—¿Qué sabés, a ver?

—Estuve nadando sobre muchas ciudades. El océano se agrandó.

—¿Vos decís que hubo más tsunamis?

—Unos cuantos.

Entonces sí que sabía.

—Roberto. —Valentina se inclinó para hablarle bajito—. ¿Vos sabés por qué está pasando todo esto?

—No —dijo él, y siguió nadando en silencio.

Tras el largo viaje, Siro llegó a su casa.

Ni siquiera descansó. Enseguida fue a buscar a Juan.

Como todo el mundo, estaban abrumados por salvarse de las catástrofes, así que ni siquiera tomaron café.

Juan le propuso una locura: zarpar en el “Adiós”.

—¿El Adiós?

—Mi velero.

Juan lo convenció diciéndole que el mejor lugar para pasar maremotos y terremotos era el medio del océano.

Tenía todo preparado: balsa salvavidas, primeros auxilios, velas de repuesto, rancho. Lo único que le faltaba era tripulación. Nadie quería aventurarse, y necesitaba un compañero. Con un velero de doce metros de eslora y timón de rueda, le iba a resultar muy complicado maniobrarlo en solitario sin instrumentos automáticos. El caos magnético le impedía hacer uso de una simple brújula. Pero estaba desesperado por salir del puerto.

—Si no venís, me voy solo —dijo Juan—. No sé cuánto tiempo va a pasar antes de que el próximo tsunami me rompa el velero.

—Contá conmigo.

Sin duda era arriesgarse demasiado. Quizás estaba equivocado y lo más razonable era huir continente adentro, como hacían todos. Pero Juan sabía muchas cosas, y seguro que de esto también sabía. Era el candidato ideal para enfrentar una odisea. Los dos eran conscientes de que no había forma de escapar; de que estar en el continente, esperando un terremoto en lugar de una ola, no era la solución.

Cuando Siro llegó al puerto al día siguiente, Juan estaba en el palo ajustando la vela. Le propuso un rumbo, y él aceptó.

Esta vez zarpaban de un puerto desierto hacia un mar desconocido. Estaban solos. No sabían nada del clima, las cartas náuticas eran inservibles, el fondo marino se modificaba con los terremotos y la costa se alejaba con los maremotos. Parecían a punto de seguir los pasos de Colón o Magallanes, pero con un velero más chico y un mar más grande.

Después de dos días de navegación, exhausto, Siro intentaba dormir. Mientras, Juan hacía la guardia del timón. Seguro que no quería pensar en los amigos que no volvería a ver. Ellos andarían dispersados por donde podían, intentarían estar más seguros tierra

adentro. Juan se sonreía, acaso alegre al imaginar que ellos dos serían los únicos que habían tomado otro rumbo y quizá, si volvían, traerían otras noticias y otras enseñanzas. Dos exploradores abriendo camino por una selva de agua.

—¡Siro! —gritó Juan.

—¿Qué pasó?

—Acabo de ver delfines. ¿Les pregunto algo? —dijo queriendo confirmar la información de Siro sobre su evolución.

—¿Qué quieres preguntar? —dijo uno de los delfines.

—Quería saber justamente eso, si ustedes nos entendían.

—Sí, perfectamente. ¿A dónde van?

—Queremos llegar hasta el Caribe para tomar la ruta náutica que cruza el Atlántico hacia el Golfo de Guinea.

—¡No lo hagan! —dijo el delfín—. Es peligroso.

—¿Qué pasó? —preguntó Siro, que ya estaba en la cubierta.

—Maremotos. Todos los barcos se alejan de ahí.

—¿Sabían algo de las ranas goliath? —dijo Juan—. Viven cerca del golfo.

—No las conozco —largó el delfín.

—Sabemos que están mutando. Quiero ir a la isla Annobón para comprobarlo —insistió Juan.

—¿Qué quiere decir mutando? —dijo otro delfín.

—Creciendo —aclaró Juan—, cambiando de tamaño.

—Conocemos ranas que están mutando. Viven a orillas del río Amazonas.

—¿Nos llevás? —les pidió Juan—. Quisiera observarlas,

—Ningún problema —contestaron todos los delfines al unísono.

La odisea había terminado. El miedo a encallar desapareció. Los delfines eran como un GPS. Empezaron un viaje de placer. Se organizaron. Algunos nadaban cerca del barco y conversaban con ellos como si se conocieran de toda la vida.

R-mutación

—*¡Despierta, R-Lucy!*

—*¿Quién me habla?*

—*Tu padre.*

—*¿Qué quieres, padre?*

—*¡Que conquistes la Tierra!*

¡Qué sueño raro!, pensó R-Lucy. Hablaba como los humanos. ¿Sería verdad que ella podía?

Aunque estaba medio dormida, bajó rápido. Tenía un hambre feroz. Ya había comido, pero necesitaba otra comida.

Llegó tarde al almuerzo: no quedaba nada. Lamentó haber dormido tanto. Saltó sobre la cascada y resbaló. Se dejó llevar por la corriente, y nada. Todas se habían ido.

Siguió un poco más. Saltaba incómoda, sus piernas rebotaban y le dolían. Probó estirarlas. Miró a lo lejos y buscó el objetivo: hombres. Donde había hombres, había moscas. Lo que no encontraba era ranas. Se sentía sola.

Llamó sin parar a todas y a cada una. No hubo noticias.

De pronto le taparon la boca. Era R-Sandra.

—Hola —protestó R-Lucy—. ¡Me asustaste, R-Sandra!

—Silencio, hermana. Vamos a cazar —le ordenó—. Que no sospechen nada.

—¿Qué no sospechen, quiénes?

—Los caimanes, distraída. Después te explico, vos seguime.

—Andá vos, yo ni loca.

R-Lucy miró: ahí estaban todas las otras ranas. Paradas como humanos y saltando como langostas. R-Sandra se ubicó entre los caimanes.

R-Lucy cerró los ojos, esperando lo peor.

Al no escuchar gritos, los abrió.

Se quedó paralizada. Los hombres no *eran* así. Los vio apilados a merced de los cocodrilos, que de tan entretenidos comiendo hombres, no las vieron a ellas.

El lugar parecía el paraíso. R-Lucy nunca había visto tantos insectos juntos. Saltó desde la orilla y se unió al festín.

—¿Qué pasó con esos hombres, R-Sandra? —quiso saber R-Lucy.

—Todos muertos.

—¿Pero así todos juntos?

—Sí. Los trajo el mar. La isla está repleta de hombres muertos. Tenemos moscas para rato.

—Las islas de Cabo Verde no aparecen por ningún lado —dijo el capitán del Sargos. Y tuvo que seguir rumbo al sur, buscando tierra.

Llegaron a lo que deberían ser las islas del Golfo de Guinea. El capitán les iba informando a los pocos que quedaban, que a esas islas las habían usado los portugueses para acumular a los esclavos que traían de África. Las surcaron con mucho cuidado porque era sabido que los nuevos gobiernos africanos habían hecho convenios con países europeos para recibir toneladas de desechos tóxicos y productos radioactivos.

Con tanto maremoto era peligroso pasar por ahí.

Un mundo desierto: nadie en los muelles.

Empezaron a darse cuenta de que no había a donde llegar.

Estaban varados en el mar, aunque pudiesen desembarcar.

El capitán dio la orden de ir a cenar y pasar la noche fondeados cerca de una de las islas.

Y la tripulación organizó una cena temática. El chef salió con su gorro, y los mozos se tomaron el trabajo de preparar una pequeña actuación coreográfica imitando a los cantantes italianos de los ochenta. Con sonrisas acartonadas, todos comían en silencio, ni se miraban unos a otros. Parecía el último banquete.

Valentina salió a popa a ver la luna. Se sentía realmente sola y triste. Era la primera vez que lograba alejarse de todo, y ahora se daba cuenta —tarde— que hubiese estado más feliz en el Delicia, rodeada de sus amigos.

Zumbidos.

¿Qué sería? Era como si se acercara una ola de langostas. Escuchó gritos y vio algo gigante que saltó a su lado: una rana que medía como dos metros.

—¡Tirate al agua! —la oyó decirle.

Ella casi se muere del susto. La miró bien: esa rana parecía un hombre disfrazado de tortuga ninja.

—No puedo tirarme al mar —Se justificó por decirle algo—. El agua podría estar contaminada. —Intentaba asimilar la sorpresa. Esta vez, más rápido que con los delfines.

—¡Tirate y nadá hasta la costa o te tiro yo! —amenazó la rana.

Valentina se dijo que podría pelear. Si bajaba del barco, sería el fin.

Se arriesgó y corrió hacia los pasillos, pero la rana mostró quién era: saltó como quince metros y la esperó adelante, cortándole camino. La acorraló y, por instinto, Valentina saltó.

Roberto la esperaba abajo, en el agua, como si fuera el caballo del zorro.

Cuando Juan y Siro llegaron al Amazonas, acompañados todavía por los delfines, vieron que se sumaban más de estos animales parlantes.

Siro miró hacia la selva: no parecía haber ranas.

Y justo ahí, una inmensa rana saltó desde la costa y se sentó en el barco, que escoró.

—No es cómodo —dijo la rana.

A Siro se le ocurrió darle la mano para presentarse.

—No me toques, soy venenosa —le aclaró—. Te podría matar en cinco segundos.

Tuvieron una charla, y Juan no paraba de preguntar cosas. Ranas y delfines que hablaban eran manjares para un científico curioso. Siro no podía asimilar tanto.

Se enteraron de que América ya casi no existía. Los polos derretidos habían hundido todo lo que se alejaba 20° del Ecuador.

Siro no pudo evitar pensar en su familia, sus amigos... ¿Dónde estarían, habrían sobrevivido? No sabía si creerles o no a las ranas. Pero esa rana, en particular, parecía conocerlo todo. Y él sabía que había empezado a hablar hacía apenas unos días. Una locura.

Amarraron el velero y bajaron.

Caminaron bordeando un río hasta un claro en la selva. Unas ranas descansaban en hamacas. Parecían nuevos ricos de vacaciones en Disney World.

—El mundo les quedó a ellos —dijo Juan—. Somos la especie en extinción. Parecemos Marco Polo en China.

—Ajá —dijo Siro y siguió su avance.

—¿Qué podemos ofrecer? —Juan, pisándole los talones, no paraba de hablar—. Tienen todo para sobrevivir en la selva. Nosotros no duramos ni dos días. Estamos a

merced de delfines y ranas. ¿Cómo fue que llegamos a esto?

—No tenemos casa a donde volver —acotó Siro desesperado.

Les resultaba raro ver a esas ranas colgadas en hamacas como si fueran personas. ¡Habían copiado hábitos humanos! Quizá por su cambio de tamaño: eran enormes.

Los delfines, que ahora los acompañaban por el río, parecían más relajados. Iban y venían paseando. Pero las ranas se mantenían distantes, como soberbias. Ni les dirigían la palabra. Simplemente los miraban por encima del hombro con desprecio.

En el barco habían estado más o menos a salvo. Ahora, en la selva, sólo rozarlas les daría una muerte segura.

—Tenemos que volver al barco —dijo Siro—. Mejor que la noche nos agarre seguros.

Juan recuperó el entusiasmo: las ranas estaban muy adaptadas a la selva, pero no se animarían a salir al mar.

—Igual —dijo—, si queremos enterarnos de algo, tendríamos que conversar con los delfines.

Ellos traían noticias de todas partes.

—Roberto no puedo más —dijo Valentina casi sin aliento, agarrada de una aleta del delfín.

—Tenemos que seguir, insistió.

—Pero el agua no es segura. Dicen que está contaminada por radiación.

—No, Valentina, el agua está limpia —Roberto giró la cabeza y la salpicó—. Nunca antes estuvo más desintoxicada.

—¿Cómo decís semejante cosa? ¿Y la rana gigante de dónde salió?

—No sé, el mundo está cambiando.

—¿Dónde hay tierra firme? Me quiero bajar.

—Cerca del río Amazonas. Podemos llegar, y es el único lugar seguro. Las ranas Goliat son muy peligrosas, tenemos que salir rápido de África.

¿Llegar al Amazonas en delfín? Roberto no sabía lo que decía, o sí.

—Es imposible que lleguemos al Amazonas —dijo resignada, casi soltándose.

—¡Podemos lograrlo, créeme!

—¿Por qué me ayudás?

—Porque quiero —respondió Roberto, tirándola dentro de un velero que llevaba ya dos personas.

Valentina cambió sus hábitos y empezó una conversación inmediata. No podía parar de hablar.

—Hola gente. Soy Valentina. ¿A ustedes que les pasó? ¿Venían en el crucero?

—Este es mi barco. Yo soy Darío. La del crucero es ella— dijo señalando a Raquél que se hacía la desentendida.

—Hola Raquél. ¿Te trajo el delfín?

—¿Qué?

Raquél estaba tan dopada que no se dio cuenta que Valentina había venido en

delfín. Darío, que había visto de cerca la maniobra del Sargos, pudo rescatar a Raquel, porque ella quedó a la deriva cerca de su velero. El intentaba hacer la regata de Las Palmas-Santa Lucía y el tsunami lo había sorprendido en medio del viaje que había esperado toda la vida para festejar su jubilación.

Seguía traumatizado pensando que el destino le había jugado una mala pasada. El plan de atravesar el océano solo, en silencio y en paz, se había transformado en una tragedia. Tuvo que acostumbrarse a estar acompañado por dos personas: una que no paraba de hablar, Valentina; y otra que no paraba de quejarse: Raquel.

Se refugió en sus charlas con Roberto que, cansado por el largo viaje, solo le hablaba para darle instrucciones de navegación.

Después de 16 días de mar y cielo tuvieron las primeras novedades.

—Hola —dijo Roberto.

—¿Quién llegó? —preguntó Valentina—. ¿A quién le estás hablando?

—A los delfines rosa del Amazonas. Estamos cerca.

Valentina, Darío y Raquel, eran como espectadores de la conversación de los delfines.

—¿Vos estás segura de que Roberto quiere ayudarlos? —le dijo Darío a Valentina.

Y Valentina se sintió rara, como un conejillo de indias. ¿Y si Roberto estaba juntando gente, como quien acumula monedas en un frasco?

Intentó calmarse y aferrarse a la idea de que había llegado a tierra firme.

Remontaron el río hasta que encontraron un descampado.

Vio unas ranas gigantes que caminaban como humanos.

¡Ranas, acá! ¡No! No puede ser...

¿Para qué tanta odisea, si igual iban a terminar obedeciendo a ranas?

Roberto les ordenó amarrar el velero junto a otro que ya estaba. Suspiraron todos cuando vieron que había otros dos hombres.

Ya eran cinco.

R-Sandra se sentía muy fuerte: medir casi dos metros era ideal para su carácter. Se había adaptado bien. Hasta el terreno africano parecía ideal para su nuevo cuerpo.

En cambio, R-Lucy no sabía qué hacer con su cuerpo. Vivía con hambre.

Permanentemente pensaba en comida. Algo andaba mal. Le preocupaba que hubiera hombres. Imaginaba que ahora ellas se harían notar demasiado siendo tan grandes.

Siempre habían sobrevivido cerca del lago, escondidas entre las rocas, calentitas en el agua. Ese mundo nuevo le daba mucho miedo. No podía adaptarse. Todo había cambiado, transformado en un lugar horrible, gris, revuelto, destruido, descuidado.

R-Lucy quería volver a su paraíso, quería que todo fuera como antes, y ella también quería ser como antes.

R-Sandra arrasaba con todo. Reunió a las ranas.

—Tenemos que salir a juntar hombres —ordenó.

Quería sembrar cadáveres para cultivar moscas.

R-Lucy pensaba que R-Sandra estaba loca. Sabía que los hombres eran peligrosos, siempre intentaba que no la vieran. Había escuchado historias de ranas que habían sido

secuestradas. Otras lastimadas porque sí. Había tenido que consolar a muchas que habían sido golpeadas. Pero tenía que seguir a todas. Ellas eran su familia. No podía irse a vivir sola. No podría vivir sin ellas. No podría sobrevivir sin ellas.

Para no sentirse tan fuera de foco, formó un grupo de compinches.

Trataron de asumir el rol del entretenimiento, ponerle un poco de humor a todo eso. Se burlaban de ellas mismas y de sus nuevos cuerpos. Hacían un lindo show.

Durante el día pensaban los números nuevos. Lograban hacer reír a muchas ranas. Algunas querían divertirse igual que ellas.

R-Sandra no tenía paz. Todas las noches había discurso: antes de que las rebeldes recibieran los aplausos, las interrumpía para hablar. Aprovechaba su convocatoria. Así como dejaban a la audiencia sonriente, ella las amargaba con sus planes para el día siguiente.

Sin duda le daba envidia que R-Lucy fuera protagonista de algo.

—Si no se preparan —gritaba a los cuatro vientos—, todo va a terminar pronto. Hay que buscar más hombres antes de que se acabe la cosecha.

Siempre lo mismo, pensaba R-Lucy. Con su hermana mandoneando, nunca podía disfrutar de nada.

R-Sandra tenía su grupo, las que se hacían las valientes, pero que no tenían idea de para qué lo eran.

Cada noche el grupo de R-Lucy actuaba menos. Primero les sacaron el tiempo de los aplausos, después sacaron un número imponiendo su autoridad con amenazas. De a poco la diversión dejó paso a la estrategia. R-Sandra quería armar un grupo de ranas para matar más hombres. Y eso era lo único que le importaba.

Juan les explicó a los nuevos —que seguían traumatados— cómo habían sobrevivido Siro y él.

Valentina, Darío y Raquel, sin pensar, fueron copiando los hábitos de Siro y Juan, que ya estaban organizados.

No tenían idea de para qué ni por qué estaban ahí, cuál era el sentido de haber sido rescatados por los defines. No había forma de entender el comportamiento de esos cetáceos. Pero, mientras, tenían que sobrevivir.

Volvieron a ocuparse de lo básico. Por suerte tenían los veleros, porque llovía casi todo el tiempo. Se hicieron vegetarianos. Cada vez, más delgados y tostados. Casi no usaban ropa, lo necesario. Hacía mucho calor.

Más de una vez se descubrían preguntándose quiénes eran ellos. ¿Por qué no aparecían más hombres? Desde que habían llegado, Roberto había desaparecido, así que no tenían a quién preguntarle.

Después de gritar “Roberto” a cuanto delfín pasaba, un día lo encontraron.

—¡Hola, Valentina!

—¿Qué pasó, Roberto? ¿Por qué no volviste más? ¿Por qué me trajiste acá?

—Porque acá podés vivir.

—¿Pero por qué a nosotros?

—Porque sí.

—Tengo una teoría —interrumpió Juan—. Creo que las ranas no hicieron esas hamacas. Es obvio que ahí vivían hombres y ellas los mataron.

Roberto se fue.

—¿Pero, por qué los habrían matado si nos podrían haber matado a nosotros también y ni nos miran?

—Por las hamacas —aseguró—. Cuando nosotros vinimos se subió una rana al velero y cuando se sentó en el barco dijo que no era cómodo. Si le hubiese gustado el velero nos habrían matado y se lo habrían quedado. Es evidente que eso hicieron con los dueños de las hamacas.

Valentina se dio cuenta que la estadía en la selva los estaba volviendo estúpidos. Los cinco eran —unos más, otros menos— como zombis viviendo por vivir, comiendo por comer.

Siro cambió el panorama. Saltó al barco y, casi sin poder hablar de la emoción, les gritó.

—Vi gente en la selva.

—¿Qué!

—¿En serio?

—Apunté el telescopio a una mariposa —siguió Siro— y descubrí algo raro en el follaje de atrás. Enfoqué mejor, y se movió. Era un ojo que parpadeó. Supongo que el espejo del telescopio hizo reflejo y lo asustó. ¡Yo lo vi: era un ojo!

—Podría ser un mono —dudó Juan.

—Te digo que era el ojo de un hombre, porque me miró como dándose cuenta de que lo había descubierto.

Perdieron la paz.

Stan intensificó la mutación para enfatizar la agresividad de las ranas. Quería alejar y atemorizar a los hombres que todavía quedaban.

Sólo le interesaban sus cinco candidatos. Aunque también cuidaba a esos humanos de la selva, con los que se había comunicado gracias a los poderes telepáticos del chamán que los protegía.

Esos seres humanos —justamente esos habitantes de la selva amazónica— eran los más inteligentes que había percibido en la Tierra, y serían los guardianes de sus cinco candidatos. Tenían que mantenerlos vivos para que él, Stan, consiguiera su fin.

Ya en pie de guerra y envalentonadas por la mutación, las ranas se pusieron en camino.

R-Sandra les explicó a todas y a cada una que los hombres les tenían miedo. Que no tenían que achicarse.

R-Sandra hacía alarde de saberlos manejar, pero R-Lucy no le creía. Ninguna rana los había enfrentado. Los hombres *eran* peligrosos.

Hasta ahora, no habían cazado hombres vivos. Así que la reacción que podían tener

era pura teoría de R-Sandra.

Por otro lado, R-Lucy pensaba en su sueño: una voz ofreciéndole el mundo, dándole a ella una seguridad para la conquista.

Y se decía a sí misma: si yo, que soy tan cobarde, me permití soñar eso, ¿qué sueños habrá soñado R-Sandra?

R-Sandra entendía todo lo que aparecía en su mente como un mandato. Como si estuviese poseída por un fantasma que desde adentro le daba órdenes. Con ella al mando, las otras ranas estaban perdidas.

De caza, R-Lucy, su hermana y las demás ranas recorrieron mucho hasta que finalmente llegaron a un río. Ella ni lo pensó y se zambulló contenta. Sus amigas artistas la siguieron.

—No estamos jugando —protestó R-Sandra.

—Tranquilízate y disfrutá un poco —le sugirió R-Lucy.

—Cuando tengas hambre, hablamos —contestó desafiante.

R-Sandra y sus seguidoras se internaron en el bosque.

Mientras, las ranas artistas dejaron ese río sin insectos. Los peces las esquivaban como temiendo ser devorados. R-Lucy razonó que quizás las confundían con hombres.

Cuando los ánimos se calmaron, R-Sandra y sus muchachas aparecieron eufóricas.

—¡Conseguimos reserva de comida!

—¿Qué hiciste? —preguntó R-Lucy.

—Matamos cuarenta hombres. Están apilados para la siembra de moscas.

—¿Ustedes pud... —preguntaron todas— pudieron matarlos?

—Sí. Fue fácil.

Todas corearon su nombre.

R-Lucy sintió tristeza. Matar hombres parecía un desafío menor que matar moscas. Pero se daba cuenta de que nadie pensaba como ella.

R-Sandra tenía un don: sabía darles a las ranas lo que las ranas querían tener.

Cuando R-Sandra empezó a reunir las a todas para que oyeran su discurso, R-Lucy supo lo que soñaba su hermana.

R-Sandra decía cosas como: “Sé que los hombres fueron castigados, no son dignos de vivir entre nosotras. La Tierra nos eligió para habitarla. Sueño con una selva. Sé que hay un paraíso en algún lugar. Lo buscaremos, el mundo nos pertenece”.

Todas le daban la razón. Nadie cuestionaba sus planes, porque parecía que casi todas soñaban lo mismo.

Pero R-Lucy pensaba en sus sueños. Vivía refugiada en su propio mundo, en sus propios sueños. Iba y venía con todas pero, en los momentos de acción, buscaba excusas para no participar. De a poco fue quedando atrás en todos los aspectos. Decidió que había llegado el momento de alejarse del grupo. Y no bien tuviera la oportunidad, lo haría.

Darío tomó el mando. Ya nadie escuchaba a Siro y a Juan polemizando sobre qué tipo de hombre podría tener un ojo asustadizo.

La propuesta de Darío fue clara: uno de los barcos remontaría el río para ver si había señales de otros hombres. Valentina decidió acompañarlo. Siempre había soñado con alejarse de todos, y ahora estaba feliz imaginando un encuentro con otros.

Tenían que salir temprano para evitar el calor y asegurarse la vuelta antes del anochecer. Y también tenían que esperar un día con suficiente viento y un ángulo de vela para ir hacia el oeste, río arriba.

Prepararon el velero “Adiós”, que era el menos deteriorado.

Juan protestó, pero Darío era de esos hombres que cuando habla tiene razón y no se puede discutir su idea. En realidad, todos querían que pasara algo distinto más allá de comer y dormir. Con un día navegando tendrían especulaciones para varios días en tierra. Si volvían, obvio.

Apareció el viento apropiado, y salieron.

Valentina, con prismáticos; Darío, con el timón. Al no conocer el río, tenían que buscar un lugar que les diera espacio para virar y regresar. Después del mediodía ya se pusieron ansiosos. Al no encontrar a los hombres, decidieron volver.

Darío le negaba sistemáticamente cada sitio localizado por Valentina que, a su criterio, no les daría lugar para hacer la maniobra de virada.

Valentina pareció advertir una zona despejada en la costa, a lo lejos, entre curva y curva. Cuando estaba a punto de hacer foco, sintió un zumbido. Miró a Darío y se dio cuenta de que estaba con la vista fija en la vela que serpenteaba rota con una flecha roja incrustada. Había venido de la orilla sur.

Por instinto, Valentina enfocó el larga vista y los vio. Obviamente, eran hombres y no parecían asustadizos.

Darío gritó:

—¡Valentina saltá adentro y quedate ahí! Yo ato el timón y te sigo.

Él hacía malabares para conducir el barco sin sacar la cabeza, tirando del timón de rueda con una soga. Sabían que los observaban desde la costa.

Vieron el recodo para virar y Darío salió con las manos arriba gritando:

—¡Nos vamos!

Rogaron que entendieran. Pudieron escapar.

R-Sandra enloqueció. Traía pilas y pilas de hombres, moribundos. Siembras que darían grandes cosechas. Un tiempo de abundancia que R-Lucy no podía disfrutar.

Con tanto trabajo, R-Sandra se olvidó de su hermana. Tenía cosas más importantes que hacer que pelearse con ella.

R-Lucy usó el espacio libre para organizar su grupo. Creyó que el mejor lugar para esconderse era donde estaban todas. Se ofreció para la cacería, fue convincente, estaba preparada para simular.

Salieron veinticinco, directo al río más cercano. Siempre aparecían hombres cerca de los ríos. Casualmente no vieron a ninguno. Y como por arte de magia ese río las llevó a una selva. Aparentemente la misma que todas habían visto en sueños. El paraíso que

soñaban.

R-Lucy temió por R-Sandra, no quería que alguna rana decidiera salir a avisarle que habían encontrado el paraíso. Increíblemente, nadie dijo nada. Pudieron permanecer ahí. No era la isla que añoraba R-Lucy, pero era mejor que vivir obedeciendo a R-Sandra.

Pasó el tiempo, recuperaron la calma. Comían lo justo y necesario para vivir al día. Tenían suficientes insectos en esa selva, que parecía ser el lugar ideal para sobrevivir sin que se acabaran los manjares que saboreaban. Sin esfuerzos, el mundo les daba todo.

Empezaron a tener otros sueños...

R-Lucy se despertó perturbada con uno que no lograba comprender: se vio dibujada en una piedra en la puerta de una casa. Los hombres llegaban hasta esa puerta y ponían insectos sobre una hoja de palma. Ella salía de la casa y los saludaba queriendo demostrarles que no les haría daño, pero ellos huían.

No fue la única que lo soñó. De a poco, todas se animaron a contar lo mismo. No faltó mucho tiempo hasta que a una se le ocurrió confirmarlo: el nuevo destino estaba marcado. Una rana organizó su grupo y partió a buscar la casa de piedra.

Resignada, R-Lucy esperó una nueva catástrofe. Si algo había hecho R-Sandra era hacer que los hombres las temieran y, por lo tanto, las odiaran.

Valentina se dio cuenta de que los nativos no tenían malas intenciones. Si no, ya los habrían matado. Los hombres de la selva sólo habían marcado territorio y —como si hubieran adivinado lo que Darío planeaba— lo habían dejado maniobrar la virada para conseguir que se alejaran.

Los delfines estuvieron ausentes todo el camino. Darío y Valentina los buscaban para pedirles que los guiaran por el río; pero habían desaparecido. No podían entender por qué.

Roberto apareció.

—Tienen que salir de este lugar.

—¿Por qué? —dijo Valentina.

—No van a sobrevivir. Las ranas se están organizando para cazarlos. Vayan con “los flechas rojas”.

—¿Vos qué sabés?

—Yo sé lo que es mejor para ustedes.

—¿Y por qué no viniste con nosotros cuando los fuimos a buscar? Nos iban a aceptar mejor y más rápido. No apareciste en el río, y casi nos matan. ¿Quién sos, Roberto? Primero me decís que hacés las cosas porque querés, y ahora porque sabés. No te entiendo.

—No es necesario que me entiendas.

—Por favor, Roberto —gritó Valentina enojadísima—, decinos cómo hacer para acercarnos a ellos sin que nos maten.

—Dejen el telescopio cerca de la costa. Eso es lo que ellos quieren. Si les permiten mirar, los flechas rojas los van a aceptar y los van a cuidar.

Roberto se fue, y todos se quedaron con una bronca incontenible. El delfín tenía esa forma enigmática de actuar, esa manera de desaparecer y aparecer como si fuera un ángel de la guarda trabajando a reglamento, desganado, no asumido.

Siro no le creía. Obviamente, no quería creer que tendría que sacrificar su telescopio. Juan se entusiasmó. Si algo quería era hablar con esos hombres. Ya había perdido la esperanza de razonar con las ranas. Raquel sólo quería un hotel cinco estrellas, dormía casi todo el día confiando en que sus psicofármacos le duraran hasta que apareciera un crucero y la rescatara.

Terminaron convenciendo a Siro, quien se instaló con el telescopio en la orilla.

Presenciaron el contacto: diez hombres lo rodearon y juntos señalaron el telescopio y el cielo, como queriéndole decir que observara algo.

A Siro se le ocurrió apuntar a la nueva luna de Júpiter que, por supuesto, todavía estaba entera. Uno a uno, los flechas rojas se fueron acercando al ocular y, como si hubiesen visto a Dios, se abrazaron emocionados. Se acercaron al barco invitándolos al abrazo a los otros también.

Está todo dispuesto, pensó Stan.

Pronto conseguiría su objetivo. Estaba ansioso esperando que su plan funcionara.

Tenía varios hijos inconclusos en otros planetas.

Valentina ayudó a Raquel a entrar en la choza que les habían adjudicado los flechas rojas.

Las trataban demasiado bien, muy diferente de cuando se los cruzaron en el río. Ella tenía sentimientos contradictorios: de alegría, por sentirse rescatada y cuidada por gente que sabía cómo vivir en la selva; y de sospecha, por no saber cuál era el motivo de tantos cuidados.

Siro, Darío y Juan no fueron tratados de la misma manera. Arrojadados a otra choza, seguían temerosos. Sobretudo Darío, que los había visto disparar las flechas y que temía por algún otro episodio agresivo.

Los nativos llevaron alimentos y bebidas a las dos chozas y los dejaron solos para que pudieran descansar.

Esa misma noche, cuando ya estaban todos dormidos. Raquel fue la última en cerrar los ojos, pero la primera en soñar.

Está todo dispuesto, se repitió Stan. Y se dedicó a su elegida.

—*¡Despierta, Raquel!*

—*¿Quién me habla?*

—*Tu padre.*

—*¿Qué quieres, padre?*

—*Nacer.*

El agente Flegr

Signes Urrea, Carmen Rosa

Pensé que podría explicar alguno de mis comportamientos extraños, que no son beneficiosos para mí pero sí lo son para el parásito que necesita un nuevo huésped.

(Jaroslav Flegr)

INFORME 36/5592-J24

FECHA: 10 de julio de 2024.

LOCALIZACIÓN: Centro de estudios sobre el comportamiento de la tropa.

INFORMA: Coronel Emerson G. Hatton.

El día de ayer sufrimos un atentado contra nuestras instalaciones. Poco o nada se pudo salvar del laboratorio después de que aquellos animalistas, saltándose todas las barreras de seguridad, alcanzaran su objetivo cumpliendo sus amenazas. Destrozaron todo el equipo, vaciaron los refrigeradores, inutilizaron la maquinaria y soltaron los animales. Imagino que intentaban borrar las huellas de nuestra experimentación más que salvar a aquellos gatos que fueron prontamente aniquilados por nuestros muchachos.

Fruto de esta acción y ante la evidente osadía de los atacantes, me es grato comunicarles el éxito de nuestro proyecto. La total certeza de que el agente Flegr ha sido sintetizado, y que, como ya habíamos adelantado en nuestras previsiones, el *Toxoplasma gondi* que convive con los gatos y es transmitido mediante sus heces, es capaz de controlar la voluntad de los infectados de forma tal que en el proceso, y debido a la ralentización del tiempo de reacción, se exponen más, convirtiendo a los sujetos nada menos que en seres capaces de arriesgarse osadamente sin calibrar las consecuencias debido a que también disminuye su sentido de la responsabilidad. Desgraciadamente para los animalistas habíamos entrado en la fase de experimentación -no animal- previa a la emisión de nuestras conclusiones.

CONCLUSIONES: Estamos pues preparados para su producción masiva y el envío de ésta a los lugares en conflicto en los que, una vez infectados todos los elementos subversivos, la posibilidad de fracaso contra el enemigo se ha reducido en más de un 85% debido a lo anteriormente expuesto.

Incendie usted la casa del Castillo, Mauricio

El agente de bienes y raíces abrió la puerta automática con el sonido de su voz. Permitió que el señor Takanopolis entrara primero.

—Como puede ver, señor Takanopolis, el sonido de mi voz activa cada aplicación dentro de la residencia; ya sea abrir puertas, accionar el grifo del agua, encender el horno digital o iluminar la estancia. —Hizo una pausa para contemplar la expresión en el rostro de Takanopolis y continuó—: Así es: la casa identificará el simple sonido de su voz y obedecerá cada orden, desde preparar una taza de café hasta aplicar un baño termal.

Takanopolis pasó una mano sobre su barbilla, incrédulo. Olvidó por un momento la automatización de la casa y se centró en su aspecto. Deseaba algo diferente, algo que dejara asombrados a sus invitados. Una casa debía destacar, sobresalir, convertirse en un recuerdo fijo de todo aquel que pisara su interior.

Su apartamento en París era amplio, con grandes ventanales que permitían ver una panorámica de la ciudad, incluida la Torre Eiffel. La mansión asentada en la playa de Copacabana poseía un arte cubista y amorfo. Después habitó por largo tiempo una lujosa mansión en Beverly Hills que alguna vez perteneció a un productor de cine, con el cartel de Hollywood a la vista.

Ahora deseaba un castillo nórdico, el palacio de Xanadu, la Casa Blanca, el Taj Mahal o una residencia sumergida en la Atlántida. Deseaba el hogar que sus sueños jamás podrían evocar en ese sitio de fantasía.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? —El agente accionó un botón. Una amplia sección de las paredes se desvaneció y dejó al descubierto lo que parecía ser el interior de un reloj.

Takanopolis se encontró con una sala amueblada al estilo barroco. Había candelabros por doquier y alfombras artesanales de mucho valor. Los dormitorios respondían a pautas personificadas para adaptarse a cualquier época o estilo. La biblioteca contenía cualquier volumen en libro físico o digital. La piscina evocaba al Monte Olimpo con sus pisos y muebles de mármol tallado.

—No lo sé —dijo por fin el acaudalado hombre de negocios—. La automatización está muy en auge, y la recreación de épocas es algo muy trillado. Me cansa, no me produce ninguna sensación. En realidad yo buscaba algo... distinto. Hoy en día las casas son tan aburridas...

El agente intervino:

—Es la casa de sus sueños, señor Takanopolis. El paraíso personal a la medida de todo aquel que pueda y desee costearlo. Es única en su tipo, se lo garantizo. Lo último en avances tecnológicos. ¿No le interesa?

Takanopolis no estaba seguro de qué responder. El agente se aclaró la voz, y con perfecto dominio de su tono y de sus palabras, continuó:

—No ponga esa cara, señor. No crea que le estoy tomando el pelo. Este es, sin duda alguna, el primer adelanto aplicado al negocio de los inmuebles. Lo asegurará y protegerá de cualquier siniestro, ya sea terremotos, huracanes, incendios o ataques vandálicos. Esta residencia es ciento por ciento segura.

—Aún no hay forma de que me convenza —dijo Takanopolis con el cejo fruncido—.

Digamos que le creo. Digamos que existe la posibilidad de que logre resistir el terremoto más devastador, pero eso no quiere decir que pueda enfrentar un cataclismo nuclear.

El agente sonrió. La hilera de sus dientes era perfecta y blanca como el anuncio de una pasta dentífrica.

—Por favor, permítame hacerle una pequeña demostración. —Tomó un vaso de cristal y lo hizo estrellar con fuerza en el suelo. El vaso se hizo añicos. Varios fragmentos fueron a dar a todos los rincones de la estancia. Al instante, un pequeño cilindro plateado surgió de la pared a toda velocidad y succionó con fuerza los trozos de cristal. Después se retiró hacia una abertura en la pared sin dejar un solo rastro del vaso.

El agente realizó otra demostración. Por medio de un comando dejó caer en una mesa toda clase de insectos. Takanopolis dio dos pasos atrás sin dejar de contemplar a las alimañas que se revolvían en el centro de la mesa... El agente alzó una ceja de complicidad y oprimió otro comando. La mesa se inclinó cuarenta y cinco grados hasta lograr que la plaga de insectos cayera al fondo de un oscuro pozo. La mesa fue rociada con insecticida y pulida mediante brazos mecánicos.

Takanopolis no lo podía creer. Volvió la vista hacia el agente y se frotó los ojos.

El agente emitió un carraspeo.

—Como puede ver —dijo—, esta casa resiste cualquier ataque. No tendrá la necesidad de contratar un seguro. Su protección y fortaleza está más allá de cualquier posible siniestro. Y lo mejor de todo es el ahorro de tiempo y dinero.

—Impresionante —alcanzó a decir el empresario. Sin duda, una casa así dejaría anonadado a cualquier visitante, pensó. No dejaba de asentir con la cabeza a medida que el agente de bienes y raíces explicaba algunos detalles.

Luego de unos segundos, Takanopolis anunció:

—Ya está dicho, joven. Me acaba de convencer. ¿Qué día puedo ingresar?

—En el momento en que usted crea más conveniente, desde luego. —Al ver cómo el distinguido y acaudalado cliente llenaba el cheque, el agente se apresuró a decir—: Esta misma tarde, si usted así lo desea.

Takanopolis tomó en cuenta la sugerencia. Contrató enormes camiones de remolque y a decenas de personas para realizar la mudanza. No tardaron ni una hora en instalar las pertenencias más valiosas de Takanopolis. Luego de despedirse de ellos, se desplomó en un sillón de acabado turco y sonrió.

Por fin era suyo, a su nombre. Se consideraba un hombre de muchas facetas que improvisaba bajo la marcha para su propio beneficio. Fue tal su júbilo que decidió festejarlo en privado. Bebió vino de la cava mediante un mecanismo automático que lograba sustraer el líquido y derramarlo en una hilera de copas. Por último ordenó con su voz escuchar a Chopin.

Luego de tararear “El vals del minuto” se puso en pie y se dirigió a la ventana. Una enorme y oscura nube recortaba el horizonte; sumía en la penumbra al paisaje y vaticinaba mal clima. Takanopolis gruñó ante la presencia de un tornado. A lo lejos podía observarse como las casas volaban por los aires. Las cercas eran aspiradas como si se trataran de hojas de papel y los automóviles se despegaban del suelo con suma facilidad. Los truenos y relámpagos sucedían uno tras otro mientras la descomunal nube avanzaba y

destruía todo a su paso.

Takanopolis no tenía dudas de que la casa resistiría. Los tejados revoloteaban y eran jalados al filo del tornado. En pocos segundos, las ventanas se oscurecieron y permitieron ver pedazos de madera arrancada, árboles rotos, maquinaria comprimida en una planicie llena de sobras.

A pesar del grosor de las ventanas compuestas de vidrio laminado, Takanopolis emitió un gemido y saltó desde su silla. Al poco tiempo, el tornado pasó de largo. Los rayos del sol aparecieron y anunciaron una repentina calma. Sin embargo, la calle principal había presentado severos daños: casas partidas a la mitad, rejas dobladas, autos volcados, barandillas desprendidas, muros demolidos...

Por fortuna, la casa de Takanopolis no había sufrido ningún daño. Continuaba en pie, imbatible. Takanopolis sonrió con plenitud. El mundo podía dirigirse a un acantilado, pero su casa permanecería intocable ante la fuerza de la naturaleza. Se sirvió un vaso de coñac y balanceó sus pies encima de un taburete.

Una hora después se activó la alarma contra incendios. La casa vecina había sufrido las consecuencias del tornado. Poco a poco comenzó a incendiarse por dentro. La columna de fuego alcanzó los veinte metros. Los sistemas contra incendio trataron de sofocar las llamas, pero sufrieron un desperfecto. Chispas brotaban como un enjambre de luciérnagas desprendidas al final de la tarde. El fuego crepitaba en la casa al igual que una leña de campo hasta consumirse poco a poco.

Hubo una explosión. Serpientes de fuego comenzaron a alargarse y a intentar tocar la nueva casa de Takanopolis. Sin embargo la capa aislante de materiales inflamables logró protegerla. El residente se asomó por la ventana y fue testigo de los pobres resultados del incendio.

Volvió a su sillón y continuó escuchando a Chopin desde su moderno sistema de audio. Pidió a la cocina una ternera a la naranja, pan integral en rodajas, sopa de ostiones y un helado napolitano. Se encontraba a punto de terminar su cena cuando apareció la alerta sísmica. Takanopolis amagó con abandonar la casa. Corrió las cortinas y se percató que se trataba de la erupción de un volcán. Una fuerte detonación hizo vibrar el suelo. A pesar de que la casa estaba siendo sacudida por el movimiento telúrico, no existía forma alguna de que los cimientos no lo soportaran y se vinieran abajo.

Luego de unos minutos, el terremoto se detuvo. No obstante la lava corría con rapidez sobre la superficie del volcán. Las calles se convirtieron en ríos de incandescencia sin cesar. Las casas se calcinaron, mientras que sus habitantes miraban con impotencia como su patrimonio desaparecía.

La residencia de Takanopolis recibió sin problemas el paso de la lava. El aire acondicionado refrigeró la casa a toda su potencia para hacerle frente a la excesiva ola de calor. La lava terminó por escurrirse calle abajo, sin provocar daños materiales.

Takanopolis, ya por completo aliviado, tomó una ducha. El sistema de secado exfolió su cutis. Se tendió en una tarima cómoda para recibir una terapia programada con ventosas y masajes.

Lejos de ahí, proyectiles teledirigidos fueron saboteados en el aire antes de tocar tierra. Relámpagos artificiales cubrieron el cielo, uno tras otro, como las respuestas a

preguntas que nunca se hicieron. Bombas H y ataques bacteriológicos circundaban como cuervos alrededor de la gente.

Un fuerte zumbido se produjo en el exterior. Takanopolis se asomó a la ventana con el corazón en un puño. Una estela blanca, que aumentaba de tamaño y velocidad, cruzaba el cielo.

Toda la estructura se estremeció por segunda vez cuando estalló la ojiva nuclear. Takanopolis se arrojó al suelo al escuchar un estruendo ensordecedor. Se volvió, aturdido. Una enorme y amenazadora forma cubría el cielo. Takanopolis se quedó helado, paralizado de asombro. Un relámpago de luz cegadora lo rodeó mientras miraba como atontado, clavado en su sitio. El objeto desapareció con suma rapidez.

No ocurrió nada. No se produjo la explosión. La bomba había fracasado.

Entonces se dio cuenta de un horrible descubrimiento.

La casa podía soportar sin ningún problema la furia de la naturaleza y la estupidez humana pero, ¿cuál era la situación respecto a la voluntad del ser humano? No existía ninguna amenaza que pudiera acabar con la máquina, pensó. Era una idea absurda. ¿Cómo era posible que la tecnología se revelara de esa forma contra sus creadores? Por lógica y sentido común, era necesaria la mano del hombre para poner en marcha todo mecanismo, todo proceso y estudio. Circuitos y programaciones dependían de las necesidades y caprichos de su autor. No podía ser de otra manera. El hombre, por definición, debía controlar a la máquina y someterla.

Inquieto por estos pensamientos, Takanopolis se levantó. De un puntapié tumbó el sillón y el sofá. Sin embargo, los muebles realizaron un ajuste en su eje gravitatorio hasta colocarse en el lugar que les correspondía.

Takanopolis se dirigió al sótano. Bajó la escalera eléctrica y contempló todo el tinglado principal que hacía funcionar la casa a la perfección. Oprimió botones, comandos, interruptores, palancas, esferas, tactos y manivelas. Escuchó la casa zumbar con excitación. Para su sorpresa, no hubo señal de averías. Buscó la forma de sabotear los mecanismos, crear un cortocircuito o destruir el sistema de una vez por todas.

El agente de bienes y raíces había asegurado que no existía amenaza alguna contra la casa, pero con una férrea voluntad no era difícil deshacerse de los dispositivos de seguridad. A medianoche salió a la calle y regresó acompañado de una caja de herramientas.

Desmontó paneles mediante la barreta, creó arcos eléctricos de punta a punta. Retiró todos los cables que conducían la energía eléctrica y las antenas de señales inalámbricas. Con un mazo hizo un agujero en el recubrimiento. Picó todas las terminales y los controles manuales. Las primeras chispas brincaron. Sus ojos enrojecían a medida que pasaba las horas allí dentro, haciéndole saber a la máquina quién tenía el control.

Hubo un primer cortocircuito y después se produjo un incendio.

Subió las escaleras y encontró la casa fuera de control; vibraba como si fuera presa de un ataque epiléptico. Las luces rojas de advertencia empezaron a parpadear. Toda la casa se había vuelto loca. Habitaciones giraban alrededor de otras habitaciones. Takanopolis se lanzó sobre los controles al igual que un demente. Cada irrupción suya aumentaba el desastre y el descontrol. No era suficiente, pensó. Tomó el mazo y destrozó muebles y

cuadros hasta que no quedó ni una sola pieza completa. Takanopolis, presa de la locura, veía todo aquello como una obra maestra de la imposición humana.

El incendio alcanzó la planta baja. En poco tiempo la casa se convirtió en una llama gigantesca, revelando sus circuitos internos. El calor aumentaba su nivel hasta convertirse en un averno.

La biblioteca se consumió; ni un sólo libro quedó intacto. Toda la estancia había sido reducida a cenizas, sin un solo texto, sin un solo recuerdo de lo que alguna vez se escribió y se imaginó. La sala se ennegreció como un pedazo de carbón sin vida. Las habitaciones crepitaban a un ritmo lento y acompasado, sin que el sistema de seguridad de la casa hiciera algo para impedirlo.

El agente de bienes y raíces apareció. Observó los camiones de bomberos y las ambulancias aparcadas, así como algunas patrullas de policía. No podía creer que la casa se consumiera ante sus ojos. ¿Qué pudo haber ocurrido? se preguntó.

Reparó en la presencia de Takanopolis dentro de una ambulancia, siendo atendido por los paramédicos. Tenía vendados los brazos y le estaba siendo administrado oxígeno en una mascarilla.

El agente se acercó a él y preguntó:

—Señor Takanopolis, ¿se encuentra usted bien?

El empresario retiró la mascarilla de su cara y respondió:

—Sí, estoy bien. Dentro de lo que cabe.

El agente contempló la casa en llamas. No parpadeó ni por un segundo. Su confianza en sí mismo se había derrumbado.

—¿Pero cómo ocurrió todo esto? —preguntó—. ¡Es imposible! La casa poseía un sistema de seguridad automatizado que...

—Pero no fue así, amigo —respondió Takanopolis—. Hubo un corto circuito. Quise ordenarle a la casa que apagara el incendio, pero no hubo respuesta. —Temió que la agencia diera con la verdadera causa del incendio, por lo que se aventuró a decir—: No entablaré una demanda, pero le sugiero que se anden con mucho cuidado. No soy un hombre que suele pasar por alto este tipo de inconvenientes, pero lo pasaré por alto solo por esta vez.

—Si gusta puedo reembolsarle el costo de lo que pagó por la casa —dijo el agente sin mucho gusto.

—Déjelo así. No quiero perjudicarlo. Sólo verifique sus garantías. La gente no es muy ingenua hoy en día, amigo.

El agente estrechó la mano de su cliente en agradecimiento y se marchó.

Takanopolis observó la casa desplomarse por completo. Sonrió, pero no dejó entrever su satisfacción. Había perdido una considerable fortuna y salido herido. Pero eso no tenía ninguna importancia, no cuando representaba una pequeña victoria del ser humano sobre sus propias creaciones.

¿Sueñan las heroínas con mujeres que arrastran cajas?

Pérez Ruiz, Begoña

Reguló el sensor de su muñequera sobre la marcha, sin dejar de correr ansiosa tras su objetivo. Acababa de abatir a cuatro miembros del F.A.L.O, aunque no se atrevía a asegurar si aquellas bajas habían sido más producto de la suerte que de su pericia sobrada como tiradora. Al fin y al cabo los había encontrado reunidos comiendo en mitad de aquel campamento secreto en medio del bosque, todos ellos relajados y sin poder pensar que estaban a punto de ser cazados. La sorpresa había jugado a su favor, aunque era innegable que su subfusil láser había ejecutado a aquellos tipos con una precisión y rapidez absoluta.

Pero uno de los componentes de aquella célula terrorista había salido de entre unos arbustos en plena refriega y se había vuelto a escabullir, sin que ella pudiera abatirle en ese momento. Así que, tras reponerse de aquel segundo de conmoción, ella le siguió a la carrera a través de aquel bosque que se le presentaba como un escenario desconocido y, presumiblemente, repleto de trampas. No se sentía cómoda, pero la adrenalina de su cuerpo le servía para dejar que esa sensación quedara en una parte muy escondida de su cerebro y no le hiciera perder el ritmo.

Por ello se le hacía tan necesario regular el flujo de información del sensor de su muñequera. Bajó el visor de su casco y se dispuso a recibir todos los datos. Se encontraba en una situación peligrosa, aunque eso no suponía algo que no hubiera afrontado ya, lo que se esperaba de ella. Le hubiera sido fácil pedir apoyo aéreo y dejar que los deslizadores robóticos terminaran la misión sin más. Pero entonces ella no sería nombrada como la Heroína del Invierno. Un apodo que se había ganado cuando, tiempo atrás, se había hecho pasar por insurgente y se había introducido así en un importante grupo de rebeldes. Y todo para rescatar a cinco jóvenes y traerlas de regreso a Ciudad Señorial.

Todo eso había ocurrido hacía apenas dos años, en un invierno que atacó con frío extremo y de manera virulenta a la parte sur de la capital. Nadie se atrevió a culpar a la Gobernadora por la falta de suministro eléctrico en aquella zona. Nadie levantó una voz indicando que en los centros gubernamentales y en las residencias de las Principales existieran sistemas de calor que evitaban aquella penurias. Ni siquiera cuando una facción del F.A.L.O aprovechó los cortes de energía y raptó subrepticamente a las cinco muchachas de las clases más altas.

Como solía ocurrir con sus técnicas de guerrillas, su rastro se perdió en los pasadizos subterráneos exteriores, aquellos que aún existían como recuerdo de las últimas Guerras de la Desolación. Nadie podía saber en qué parte del bosque se encontraban, y a nadie, ni siquiera a las fuerzas especiales, le apetecía o le parecía buena idea tratar de encontrarlos en pleno frío invernal. Pero Miranda Lima aceptó el reto de internarse en el bosque haciéndose pasar por renegada para encontrar al grupo de raptos insurrectos.

Entonces apenas era una cadete policial recién licenciada de la academia O.M.S, pero tenía suficiente valor para desafiar las bajas temperaturas de aquel momento e internarse en lo más profundo de las zonas boscosas, alejadas de cualquier reducto de la civilización y plagadas de grupúsculos diversos y opuestos de rebeldes, todos enemigos del gobierno

de la Gobernadora. Por no mencionar a los mutantes que se alzaban más como monstruos espantosos que como enemigos del sistema.

Miranda Lima soportó todas las inclemencias y dificultades de adentrarse sola en la zona boscosa más inexplorada, sin apoyo logístico alguno, sin armas y sin uniforme blindado de ningún tipo. Tenía que parecer una paria, una desertora de Ciudad Señorial.

Cuando regresó con las cinco jóvenes recién rescatadas, fue recibida como si fuera la protagonista de una gesta temeraria. Así se encargaron de ensalzarla las altas autoridades, aunque poco se filtró de la historia real de dicha aventura.

Aún no había comenzado la primavera a su vuelta a la civilización, así que Miranda Lima recibió el calificativo de la Heroína del Invierno, junto con un montón de condecoraciones diversas y uno de los lujos más preciados, un aire acondicionado con bomba de calor. Algo que, dadas las situaciones climáticas cada vez más extremas había pasado de ser una comodidad a un verdadero reconocimiento.

Ahora su pecho le pesaba, pero no por la carga de medalla alguna, sino por la agobiante trabazón de la nueva armadura blindada que soportaba aquel día. Odiaba estrenar nuevo equipo policial, más cuando le tocaba afrontar una misión como esa, en la que al final tenía que andar corriendo en pleno entorno hostil. Pero no podía negar que aquel traje avanzado tenía sus ventajas ofensivas y menos cuando la pulsera le notificó que su objetivo enemigo estaba encima de ella.

El aviso le llegó apenas unos segundos antes de una ráfaga de disparos que esquivó en el último momento, aunque su nueva armadura podía protegerla de ese tipo de munición anticuada. Tras sortear el ataque, llegó la respuesta de Miranda. Ella no erró en el disparo y su objetivo cayó contra el suelo, desde la copa del árbol donde se ocultaba, como si se tratara de un simple fardo y no de un ser humano.

Cuando acudió para verificar que aquel estaba muerto, comprobó que su última captura era una mujer joven. Aquello no le resultaba inesperado, pero sí infrecuente de encontrar entre los grupos del F.A.L.O. Y aunque no suponía su primera experiencia de ese tipo, no dejaba de desconcertarla y cargarla con un sentimiento extraño de culpa, como si de alguna manera hubiera estado en su mano evitar la muerte de esas mujeres que se obstinaban en abandonar la protección de la Ciudad y convertirse en rebeldes a la causa de la Gobernadora. Intentar entenderlas se le antojaba siempre como algo peligroso y su mente prefería sufrir como si no entendiera un complicado rompecabezas del que ella misma formaba parte.

Miranda Lima fue recogida por una unidad aérea en cuanto comprobó que la zona estaba limpia. Ella misma se encargó de llamar al transporte aéreo. Estaba agotada, algo habitual últimamente, un estado que parecía no querer abandonarla, le gustaba engañarse pensando que solo suponía una condición física pasajera, pero era consciente, en su fuero interno, que aquello no tenía nada de transitorio. Hubiera deseado pedir ser llevada directamente a su apartamento para descansar sin más, pero tenía que obedecer las ordenanzas e ir a reportar a su superiora.

—Otra gran misión de la Heroína del Invierno— comentó su superiora, Ditrina Mila en cuanto Miranda le relató cómo había ido todo con su última batida contra el F.A.L.O.

Miranda sonrió tratando de que su poca convicción no se notara y suplicando en su

cerebro porque aquello no se alargara.

—Sin duda la Gobernadora volverá a tenerte en cuenta para la entrega de medallas especiales de este trimestre.

—No creo que merezca una nueva condecoración, la misión de hoy era bastante rutinaria...

Ditrina le dedicó una mirada mezcla de reprobación y recelo que alertó a Miranda. No debía nunca cuestionar las posibles distinciones de las que era protagonista, porque así se lo había dejado claro hacía tiempo la Gobernadora. Ella siempre sería una heroína para la Ciudad, no podía dejar de serlo, y su deber sería honrar ese papel. Que Miranda se sintiera extenuada con su papel no era algo admisible, ni debía preocupar a nadie. Miranda había perdido su derecho a ser una persona libre e individual, porque se manifestaba como demasiado importante para el gobierno de la Ciudad, no podía disfrutar de una existencia más vulgar e ignorada. Cada ciudadana debía cumplir con su deber, más o menos sencillo, de otra forma la Ciudad se desmoronaría.

—En realidad quería decir que quizá otra compañera merezca esa condecoración más que yo misma.

La corrección de Miranda evaporó al momento la sombra de fastidio de los ojos de su superiora. Todo se calmó para alivio de Miranda, que solicitó al instante poder retirarse a descansar.

—Sí, será mejor que des tu turno por finalizado hoy. Vete a tu casa, mañana puedes reportar el informe final en la computadora matriz.

Miranda llegó a su pequeño apartamento totalmente extenuada, ni se preocupó en prepararse algo para comer, no sentía apetito. Se duchó para quitarse el sudor del uniforme de batalla y se marchó a dormir con la esperanza de soñar con ella, con aquella mujer que tanto le atraía y con la vida ordinaria y tranquila que tenía.

Esa mujer soñada, Lola Muse, no era nadie especial en su mundo, ella misma se lo decía cada mañana ante el espejo. Ni su ocupación, ni sus aficiones, nada se salía de lo normal, de lo más ordinario. Ni siquiera su físico la convertía en singular, sino que la marcaba como una mujer más, con escaso atractivo. De haber estado al lado de Miranda Lima incluso hubiera sido calificada de fea, comparativamente. Y desde luego su cuerpo rollizo estaba muy alejado del fibroso y atlético de Miranda. Pero ella y Miranda vivían en dos realidades diferentes y distantes, dos mundos alejados en el espectro del espacio y del tiempo. Así que se hacía imposible que ambas fueran comparadas a la vez, la una en frente de la otra. Solo compartían sus sueños.

Miranda soñaba con Lola Muse y esta última lo hacía con la Heroína del Invierno. Separadas por sus existencias, no compartían ni físico, ni profesión similar.

Lola trabajaba como una sencilla dependienta en un establecimiento de comida rápida.

A sabiendas de lo poco llamativa que era, había trabajado su saludo habitual, aquel con el que atendía a los clientes que se agolpaban a diario en el mostrador para pedir hamburguesas. Lola les sonreía con una opulencia que estaba fuera de lugar en un sitio tan anodino como aquel, donde ni siquiera primaba la calidad de la comida, sino la

rapidez del servicio. Pero Lola se empeñaba en que la consideraran una persona y no una simple apuntadora de comandas. Aunque su esmero en saludar y en dar un trato simpático nunca era apreciado por nadie. Y menos aún por su propia jefa.

—Lola, deja que Claudio se ocupe de atender a los clientes y ve al almacén a colocar las cajas que hemos recibido esta mañana.

Lola nunca se quejaba a la hora de mover y colocar cajas, aunque solía ser su trabajo habitual y terminaba siempre con la espalda cargada y las piernas agarrotadas. Puro cansancio físico. Se había acostumbrado a ello, como se había habituado a sufrir calambres cada noche por aquellas sobrecargas musculares. Incluso cuando llegaba el verano y no podía disfrutar del frescor que emitía el aire acondicionado en el interior del local, alejado del almacén y de sus cajas.

Su amiga Susan siempre le recomendaba que tomara al menos un plátano al día para evitar los calambres en las piernas. Claro que su amiga Susan era la misma que le aconsejaba que mandara a su despótica jefa a la mierda y se marchara de aquel apestoso trabajo. Aunque Susan se lo podía recomendar dada la tranquilidad de su propia existencia. Ella era una joven extremadamente atractiva, algo que le había ayudado en su curriculum a la hora de conseguir un buen trabajo como administrativa. Mientras, Lola tenía que conformarse con un trabajo horrible y confiar en que la crisis económica terminara y sus conocimientos académicos de filóloga fueran apreciados por alguien.

Lola odiaba su trabajo, en realidad eso suponía lo único que la unía con la lejana Miranda Lima. Ambas detestaban sus ocupaciones, ambas ansiaban, sin saberlo, la vida de la otra, intercambiar sus papeles. Dos almas conectadas y desdichadas en su semejanza.

Cuando Lola terminaba de trabajar, no solía tener compromisos sociales que atender, sin casi amigos que esperaran su presencia y sin muchas ganas de tratar de sentirse esperada por su parte. La soledad de su vida más allá del trabajo no la asfixiaba, no si podía escaparse en sus sueños y viajar a mundos distantes.

Lo habitual era que se refugiara en su piso, aquel que compartía con su madre y una gata, ambas viejas, obesas y apáticas. Allí, en su habitación, acostumbraba a encerrarse a leer y a disfrutar evadiéndose, transportándose a lugares lejanos e inexistentes a través de las páginas de sus libros. Solía leer de todo tipo de literatura, aunque su favorita era la de Ciencia Ficción.

Y luego, cuando finalmente se iba a dormir, lo que más ansiaba era poder soñar con Miranda Lima, su adorada e intrépida heroína. Esa que no temía a nada, ni a nadie. La Miranda Lima que, aunque Lola no lo supiera, se temía y odiaba a sí misma y ansiaba ser una simple vendedora de hamburguesas y cargadora de cajas. Una Lola Muse.

—Acabo de revisar los sistemas de aerotermia por si sufren algún fallo, pero todo está correcto. Todos los aparatos de ventilación y soporte vital marchan a la perfección y era lo último que teníamos por comprobar. No hay fallo alguno en las temperaturas de las vainas. Estaba seguro de ello, pero los humanos no son como nosotros, ellos no pueden mantenerse bien aquí sin el sistema de aerotermia, y si la temperatura que este regula falla sus organismos sufren o incluso pueden estropearse. Debía de comprobar esa última

opción para explicar qué está pasando, pero, como te digo, no hay problema alguno en nuestros aparatos de atmósfera estimulada. Así que no puedo entenderlo, ni siquiera procesarlo por más datos que me des de ambas individuos. Las cápsulas de sueño inducido permanente están en perfecto estado operativo.

Kar7 ajustó su visión biónica al máximo fijándose en cada detalle de los mostrados por el computador. Su compañera de turno, una ginoide recién llegada que respondía al nombre de Avar14, le miró como si su naturaleza fuera capaz de sentir una sincera curiosidad. Ella tampoco acababa de comprender la extraña relación entre las vainas de sueño X458 y la B207, las humanas que las ocupaban nada tenían en común. Pero en ese momento su fría lógica tampoco le permitía comprender que su androide compañero, Kar7, se esforzara en regular sus ojos robóticos como si fuera posible que el error estuviera en ellos y no en las mujeres durmientes.

—Los datos son los que son, carece de sentido que puedas pensar que la computadora muestra mal o desvirtúa los sueños de ambas individuos. Y tiene menor sentido aún que puedas pensar que algo incorrecto en nosotros hace que interpretemos mal lo que se ve a simple vista.

Kar7 dibujó en su frío rostro un gesto de molestia al procesar las palabras de su compañera.

—No dudo de nuestro perfecto funcionamiento, ni del de el ordenador central. Pero esta atípica conexión de sueños me es incomprensible. Y desde luego no quiero que nuestros amos yamiths creen que no estamos haciendo bien aquello para lo que se nos programó. Los durmientes eternos de las cápsulas criogénicas no deberían compartir así sus sueños, estos son sólo compartidos y recogidos por el ordenador central, no es admisible ni verosímil un contacto entre individuos desparejos sin previa programación establecida.

—Recogemos los sueños de todos los sujetos de esta célula de durmientes como ellos quieren. No hemos dejado de hacerlo en ningún momento. Cumplimos con nuestra misión. Dos sujetas humanas durmientes andan soñando la una con la otra. Pero yo no entiendo porqué eso debería ser un error en nuestra labor.

—Esta debe ser la primera célula de durmientes a la que te asignan, sin duda. De lo contrario notarías en tus procesadores la misma presión que yo tengo. Me reitero al decirte que nunca había visto una conexión de sueños entre dos ocupantes de vainas desvinculadas, sin relación alguna familiar, de amistad, ni siquiera geográfica o temporal. Esas dos mujeres humanas me desconciertan, tan distintas y tan unidas entre sí.

—¿No son los humanos esa raza animal que presume de poseer alma? Quizá su extraño nexo proceda de ese órgano—. Kart7 la dedicó una mueca burlona, tanto como le era posible a su semblante metálico.

—No seas ilógica. El alma no existe. Es pura mitología, incluso los humanos actuales han desechado un concepto tan pueril y disparatado.

—Y aún así, los humanos siguen siendo una de las razas más extrañas de este universo— replicó Avar14 con un tono duro, tratando de fingirse molesta, pese a su naturaleza robótica y artificial—. Muchos de sus comportamientos son chocantes si aplicamos la lógica. Quizá estas durmientes solo sean un caso más de singularidad

humana.

Las pupilas anaranjadas de Kar7 se iluminaron al momento tras escuchar las últimas palabras de su compañera.

—Quizá la singularidad de esas dos durmientes y sus sueños compartidos sea lo que los yamiths anden buscando con esta célula de criaturas tan diversas adormecidas y congeladas.

—Puede ser. Al fin y al cabo desconocemos el propósito del experimento de los durmientes, el porqué del registro de sus sueños y el mantenerlos eternamente inconscientes—. Kart7 la miró como si acabara de decir algo irracional, impropio de su naturaleza robótica.

—Los yamiths son los amos y señores no sólo nuestros, sino de todo el espacio-tiempo, ¿crees racional que compartan sus propósitos y pensamientos con siervos como nosotros?

Avar14 no contestó nada, el sentido de la prudencia que tenía programado así se lo dictó. Pero algo en su interior, que no obedecía a programación alguna, le hizo pensar en Miranda Lima, la vaina X458 y Lola Muse, la B207, en cómo ambas estaban unidas en sus sueños, desesperación y anhelos más íntimos. Y meditó también en cómo le gustaba el sonido de la palabra alma y todo el peculiar concepto que esta englobaba. Y, sólo por un microsegundo, su cerebro artificial ambicionó poder soñar.

Amigos

Barragán, Eugenio

Y allí seguías bajo el despotismo de tu vanidad. No sabemos cómo comenzó todo, pero existen historias que es mejor olvidar. Tú lo harás.

Despertaste con temor, entre vagidos, con el pijama pegado a las sábanas. Creías que el monstruo saldría del armario en cualquier momento y no podrías despegarte del colchón. Sin apreciar nuestra opinión, tapaste con cinta americana: las rendijas de los muebles, los quejidos de las bisagras y el rumor de tus pensamientos. Desoíste nuestros consejos y te aislaste. Aquello fue el principio y te planteaste una nueva relación con una esposa (imaginaria) para no sentirte tan solo.

Los días se sucedían alienados, en forma de espiral que dibujaba un interrogante. Fue inesperado, parecía que todo mejoraba. Enseguida nos apartaste de tu lado, como si estuvieras amordazado por la secreta pasión que adquirió calor y movimiento. Solo decías que aquella idea en tu cabeza era perfecta. Jamás te creímos y desconocíamos como te aguantaba. Nosotros soportábamos tus manías desde la infancia y nos acostumbramos a tus rarezas. Sospechábamos que era cierto. Engordaste. No sabemos si fueron la exquisitez de los platos precocinados o que te prohibió fumar. Posiblemente fueron ambas cosas y supimos que algo había cambiado en tu vida.

Todo estaba decidido con el dibujo de sus suaves caricias hasta que comenzaron las discusiones. Primero fueron pequeñeces, después te obligó a que ordenases los armarios y los cajones. Temías que escapase el gélido aliento del monstruo, pero ella no podía vivir en aquella casa tan desordenada.

Como todas las cosas que pergeñabas, no supiste resolver la situación. Para eso nos tenías a nosotros. Podrías haber hecho lo más fácil y evidente: olvidarte de ella.

Planeaste su vil asesinato: comedido, en un primer momento; violento, cuando te gritaba desde tu interior; con veneno, cuando te sentaba mal la comida que cocinaba. Cuentan las lenguas adiestradas en el engaño que ella, sin saber cómo, se enteró de tu precipitada decisión. Tampoco disimulaste, siempre sobresaliste por tus francos pensamientos.

Solías hablar con ella en el cuarto de baño, donde reside la verdad y la mentira y aunque el eco resuene, allí permanece para siempre. Ya no esperabas nada, prisionero de un rostro, pero aquel día era uno de aquellos que sobran las palabras y más en tu solitario mundo. Tras los gritos, llegaron los gestos. Observaste el espejo, los fragmentos clavados en tus manos, la mirada reflejada en el eco de los cristales rotos y comprendiste, en el momento más lúcido de tu vida, que no podías salir de allí.

Caíste en la emboscada que tramaste. Y allí seguías, balanceándote en el vértigo que inundaba tu vacío. Ella levantó con deleite cada uno de los dedos que te sostenían del borde de un fragmento, repitiéndote alguno de los reproches con que le obsequiabas y te precipitaste al abismo del espejo, en las fauces del monstruo.

No esperábamos otro desenlace. Ella te conocía desde hacía poco tiempo; el suficiente. Nosotros, tus amigos (imaginarios), tampoco hicimos nada para remediarlo. No te hablábamos, aunque siempre fuiste de pocas palabras.

La excavación

Horst, Eneele

A las puertas de su tienda, el arqueólogo recogió su largo cabello castaño y se enjugó el sudor del cuello y la frente. Antes de enfrentar el intenso calor de la región al que ya se había adaptado, pero que odiaba cada día más, recorrió con la mirada la extensión de ruinas que empezaban a asomar de su polvoriento, milenario escondite, y recordó las construcciones del antiguo pueblo griego, sus ancestros, que lo habían impulsado a estudiar arqueología; esos vestigios de la cuna de su civilización, que con lo último de las fuerzas infundidas por los dioses de antaño, se mantenían aún en pie, bajo cúpulas de cristal, entre rascacielos y enjambres de vehículos aéreos, para impedir que el hombre del presente se olvidara de dónde había venido. Pensó también, con un hondo anhelo, en los fragantes bosques de su tierra, y por un momento deseó poder tenderse sobre la hierba, cerrar los ojos y escuchar los sonidos del mundo, despejada su mente de todo pensamiento, para simplemente existir en comunión con la naturaleza. Esos árboles muchas veces habían sido su única compañía; obsesionado con el remoto pasado, las lenguas extintas, los sitios en ruinas, la vida de personas que habían desaparecido miles de años atrás, siempre había sido un muchacho solitario. En su propio país, entre gente que no comprendía sus intereses, a menudo se había sentido un forastero, y se había dicho, con una sonrisa irónica, que su nombre, Ksenon, derivado de la palabra griega para extranjero, visitante, parecía haber marcado su destino. Pero ahora, aislado con los demás miembros de la expedición —un reducido grupo de hombres y mujeres de distintas naciones, demasiado entregados a su delicado trabajo como para socializar más de lo necesario entre sí—, y los silenciosos autómatas que los asistían en las tareas; lejos, además, de su santuario natural, Ksenon estaba más solo allí de lo que nunca había estado. Y por algún tiempo, esa soledad y esa nostalgia por lo que había dejado atrás le habían resultado insoportables; pero había logrado reducir sus emociones a un montón de escombros del pasado, algo con lo que estaba acostumbrado a lidiar. Después de todo, estaba concretando el mayor de sus objetivos; su prodigiosa inteligencia y los conocimientos que había adquirido con obsesiva dedicación le habían valido un lugar en la excursión arqueológica más importante de la historia humana, y era el miembro más joven del grupo. No tenía derecho a lamentarse por haber viajado a ese sitio.

El yacimiento estaba sumido en un silencio hondo, expectante. Por la magnitud de los últimos hallazgos, el equipo había regresado a la base a fin de ponerse en contacto con las autoridades responsables de la expedición. El mundo entero esperaba una noticia. Ksenon había decidido quedarse en el campamento, solo con los robots, que ahora estaban detenidos y a resguardo del aplastante calor. Pero él había trabajado demasiado duro en la excavación durante largos meses, aguardando la llegada de este día, como para quedarse sentado bajo el techo recalentado de una tienda hasta que los demás regresaran. Podía atravesar en aquel mismo momento el umbral del descubrimiento más asombroso de todos los tiempos; de cualquier forma, sólo echaría un vistazo. Nadie tenía por qué enterarse. Luego vendrían los otros, echarían mano a las herramientas, harían el trabajo

con cuidado, filmarían, fotografiarían, registrarían, catalogarían, etiquetarían todo lo que encontrarán allí abajo. Y él estaría junto a ellos, desempeñando su función con la objetividad necesaria... Sólo si podía satisfacer ahora su curiosidad, deshacerse de esa ansiedad que le hacía hormigear las entrañas.

Los pilares de piedra tan vieja y corroída que parecía haberse fusionado con el material del suelo, adquiriendo su color y su textura, habían sido el segundo hallazgo significativo, luego del conjunto de puntas de flecha y utensilios domésticos. Representaban dos criaturas ubicadas frente a frente, de cuerpos humanoides, con alas plegadas y cabeza de algo semejante a un ave de ojos desorbitados y largas lenguas con restos de pintura roja, que asomaban por los picos abiertos; aquellos aberrantes centinelas, que tantos secretos guardaban, atestiguarían ahora la entrada del hombre a lo que, según los sondeos, podría ser una ciudad completa, construida por una sociedad extinta, de la que nadie había escuchado hasta entonces.

Entre los tótems nacía una escalera ancha, desgastada y polvorienta, que corría por debajo del nivel del suelo hacia el encuentro de la refrescante penumbra. Ksenon apoyó un pie en el primer peldaño y jadeó de excitación. Él sería el primero en presenciar lo que por eones había permanecido oculto y callado allí donde el ser humano no esperaba encontrar restos de una civilización. El pasaje lo invitaba a protegerse del calor abrasador, de la cegadora luminosidad del ambiente, a entregarse al descubrimiento. ¿A qué edificio pertenecería esa escalera? ¿Sería parte de un templo sagrado? ¿Conduciría a la cripta de algún rey—dios ancestral, o de alguna princesa virgen sacrificada a potestades cuyos nombres no figuraban en ninguno de los muchos libros de mitología que Ksenon había leído?

La cámara cuadrangular en que desembocaba la escalera estaba aún iluminada por la intensa luz del exterior, pero el corredor que salía de allí se internaba progresivamente en las sombras. Ksenon traía una pequeña linterna en el bolsillo de su uniforme de fajina gris, pero todavía no la necesitaba. Contempló fascinado los muros de piedra tapizados de una escritura indescifrable, que no se parecía a nada de lo que conocía. Aquellos signos podían ser letras o ideogramas; sin hallar al menos una referencia en cualquiera de los idiomas conocidos por el hombre, nunca podrían decodificar esa escritura, pensó con tristeza. ¿Qué historias narrarían esos muros? ¿Hablarían de nobles o de deidades? ¿Contarían la historia de un reino o relatarían la creación del universo según la ideología de quienes los habían tallado? ¿Hablarían de la rutina diaria de los habitantes de la urbe? ¿De cosechas, de comercio, de celebraciones populares? Quizás no hablaban de ninguna de las cuestiones cotidianas que Ksenon estaba imaginando; quizás describían eventos tan insondables como la escritura misma...

El arqueólogo atravesó el estrecho pasaje, que concluía en una nueva escalinata descendente, larga y empinada. Al llegar abajo, encendió la linterna. Se encontraba en una cámara circular, pequeña y lóbrega, que ofrecía, sin embargo, un panorama mucho más atractivo que la anterior. Objetos de toda clase se acumulaban en el piso: piezas de alfarería decoradas con imágenes de curiosas bestias, vasijas de metal, cofres de piedra, y

todo alrededor del recinto, una serie de esculturas que representaban a la misma criatura alada de los pilares, aunque éstas se envolvían el cuerpo con sus alas membranosas, tenían los picos cerrados y una expresión de advertencia en los rostros fieros. Parecían custodiar el desordenado tesoro con sus ojos vacíos. Ksenon reparó en la gran puerta sellada y cuajada de inscripciones que había en el muro opuesto a la escalera. La examinó conteniendo el aliento, convencido de que había encontrado una tumba. ¡Una tumba! La garganta se le secó de repente. Los restos que encontraran allí dentro les permitirían al fin saber qué apariencia tendría aquel pueblo muerto. Ksenon sintió que lágrimas de emoción afloraban a sus ojos. Quería avanzar, pero por mucho que lo deseara, sin herramientas, sin la pericia de los otros expertos, no podía ni debía seguir adelante. Con dolor, dio un paso atrás.

Echó una última mirada en torno a la cámara, y algo que no había advertido al entrar atrajo ahora su atención: una de las esculturas no lucía como las demás, era... ¿una mujer? El arqueólogo dejó escapar una queda exclamación. La figura tenía un rostro extraño, gélido, una expresión distante; tallada con una rígida túnica cubierta de diseños geométricos, sostenía en sus manos unos objetos irreconocibles, probablemente emblemas de poder político o religioso, pensó Ksenon mientras avanzaba en dirección a la enigmática figura.

El ruido de piedras cayendo con estrépito apenas alertó al muchacho; el techo del edificio habría colapsado en alguna parte, se dijo, con indiferencia. Extendió los dedos, tocó la superficie porosa de los labios esculpidos...

Al escuchar la voz, suave y sibilante, detrás de sí, Ksenon dio un respingo. Se volvió, con el corazón desbocado, y por un instante se quedó sin aliento. Diferentes hipótesis desfilaron por su mente pero fue incapaz de encontrar una explicación... Fuera como fuese, no podía negar el hecho: había una joven en la cámara, una joven con un rostro idéntico al de la escultura que acababa de acariciar. Pero no llevaba en la cabeza un tocado cónico, como la imagen de piedra; el cabello, de un intenso color oscuro que Ksenon no pudo determinar, le caía como una espesa, larga cortina de seda sobre los hombros desnudos. Sus ojos, grandes y sesgados, estaban fijos en él, y parecían reflejar la negrura salpicada de luz del universo.

Ambos se observaron durante unos segundos. El arqueólogo tuvo la impresión de que su presencia allí no la atemorizaba, pero había angustia o preocupación en su profunda mirada. Aprovechando su silencio, Ksenon estudió a la muchacha con disimulo. Podía decirse que aquel singular rostro era hermoso, y a través de la túnica irisada que tenía puesta se adivinaba un cuerpo femenino, esbelto y sinuoso, pero aunque la había identificado como una mujer en un principio, había algo extraño en su complexión, algo que los ojos de Ksenon, acostumbrados a ver a sus semejantes, ya habían detectado en la escultura y que le había causado cierta incomodidad. Era aún más evidente en la figura viva... estaba en la simetría absoluta de sus rasgos y sus miembros; en su boca y su nariz, demasiado pequeñas; en esos oscuros iris que cubrían casi por completo la parte visible de los ojos, y también en sus veloces gestos, en sus medidos movimientos: una sutil pero

indiscutible esencia no—humana.

Aquella criatura, aunque lo pareciese a simple vista, no pertenecía a la especie de Ksenon.

La dama habló otra vez y al arqueólogo le pareció que había un tono interrogativo en esas ásperas palabras, dichas en una lengua jamás oída por los suyos hasta ese día. No imaginaba qué podía estar tratando ella de averiguar, pero escogió responder lo que con mayor probabilidad podría preguntarle un extranjero a otro al encontrarse por primera vez.

—Mi nombre es Ksenon Alkmeonidis —dijo en inglés, pero se detuvo en seco y repitió la frase en griego antiguo. Un impulso romántico trajo a su memoria los saludos contenidos en los discos de oro de las olvidadas Voyager, enviadas al espacio siglos atrás, entre los que se contaba uno en esa lengua. Había muy pocas posibilidades de que una forma de vida inteligente extraterrena hubiese interceptado alguna de las sondas; más improbable aún era que él se hubiese topado con una criatura de esa raza alienígena. Pero en aquella situación absurda, ¿qué podía hacer sino improvisar, dejarse llevar por los sentidos más que por la razón?

—Me llamo Ksenon; ese soy yo, Ksenon —dijo una vez más en la lengua de sus antepasados, palmeándose el pecho.

Ella pareció dudar por unos segundos y luego hizo un gesto con la cabeza, ¿su forma de asentir, quizás?

—Lygra. Lygra. Lygra —dijo, con firmeza, tal vez imitando la insistencia del desconocido.

—¿Tu nombre? —preguntó él—. ¿Te llamas Lygra?

—Lygra —repitió ella, con una especie de sonrisa, y Ksenon decidió que ese era su nombre, así como que su gente nunca había tenido noticias de ninguna sonda enviada por el hombre al espacio. La muchacha comenzó entonces a hablar en tono apremiante, el rostro contorsionado por la confusión, haciendo ademanes, señalando todo a su alrededor. Y Ksenon escuchó, consternado, hasta que ella calló de golpe, y se quedó mirándolo con los ojos húmedos, como esperando que él dijera algo. El arqueólogo balbuceó una disculpa, pero se dio cuenta de que, pese a desconocer la lengua, había captado de alguna forma el sentido de lo que ella había dicho. La joven parecía perdida, y estaba sola, tan sola como él en aquel sitio. Los muros que la rodeaban la desconcertaban; sus atavíos, su similitud con la escultura que había tras ellos daban a entender que pertenecía al lugar; sin embargo parecía resultarle ajeno, hostil, irreconocible.

—Pero, ¡es una locura! No puedes vivir aquí, ¡tienes que haber venido de otra parte! —le dijo Ksenon, aunque en realidad estaba hablándose a sí mismo.

La joven se fijó de pronto en la estatua que tenía su rostro, y el terror se traslució en su expresión. Se cubrió los ojos con las manos, una y otra vez, mientras dejaba escapar un sonido ahogado similar a un sollozo.

—No, no, no. No puedes pertenecer a la civilización que construyó todo esto —murmuró Ksenon, negando con la cabeza— ¡Las pruebas indican que estas ruinas tienen al menos diez mil años de antigüedad! Y en la superficie... las exploraciones revelaron que... ¡cielos! No lo comprendo...

Lygra volvió a hablar, con la voz cargada de desesperación.

—No puedo entender nada de lo que me dices, y tú tampoco me entiendes —dijo Ksenon cuando ella volvió a guardar silencio—, pero tengo la sensación de que no sabes dónde estás, y tu soledad te enloquece. Me ha pasado a menudo, durante toda mi vida, y mucho más al llegar aquí...

Ella ladeó la cabeza, como si hubiera percibido la compasión del forastero. Se acercó un poco más a él, aún en silencio, observándolo, absorta. Extendió una mano hacia el rostro de Ksenon, como había hecho él mismo minutos antes con la figura que tanto se parecía a Lygra.

—Me veo raro ¿eh? Pues, tú también eres rara para mí —dijo Ksenon y soltó una risita nerviosa. Ella se sobresaltó y se interrumpió, pero él se puso serio enseguida, y se quedó quieto, y ella volvió a recorrer con sus dedos el contorno de sus facciones, ya no perpleja, sino admirada. Luego se apartó unos pasos, alzado las cejas, murmuró algo, y se llevó una mano a la boca.

Ksenon sonrió.

—Lo has descubierto, ¿eh?

—¡Ksenon, muchacho! ¡Maldita sea! ¿Ksenon, estás ahí? —la voz masculina, que lo llamaba en inglés con acento sueco, devolvió al joven arqueólogo a la vigilia.

—Ingvar —murmuró, reconociendo al líder de la expedición. Con dificultad, abrió los ojos. Estaba enterrado en una montaña de escombros, y tenía la ropa blanca de polvo; tosió y se llevó una mano a la cabeza, que le dolía como si hubiera recibido un golpe. No necesitó mirarse los dedos para saber que aquel líquido viscoso y tibio que impregnaba su cabello era sangre; maldijo y echó una febril mirada en torno. A pocos pasos del lugar donde el techo se había derrumbado sobre él, estaba la escultura de la doncella, aún en pie, con su expresión fría, distante.

—¡Ksenon, hijo, responde por favor! ¡Muchacho obstinado! ¡Debí imaginar que no podría esperar! Ingvar, tendríamos que haber insistido para que nos acompañara...

Esta vez había hablado una mujer, con el acento más duro de una lengua latina.

—Mercedes, ¡Mercedes, estoy aquí! —le respondió Ksenon a la geóloga española, con la voz enronquecida—. ¡Estoy aquí! —exclamó una última vez, y el esfuerzo lo agotó. Sintió que estaba volviendo a perder la conciencia; los gritos angustiados de la mujer diciéndole que no temiera, que pronto lo sacarían de allí, se volvieron cada vez más lejanos...

—Lygra, señora mía, ¿por qué estás tan callada? Cuéntale a la vieja Naiba qué te

preocupa...—dijo la enjuta nodriza, mientras peinaba el largo y oscuro cabello de la doncella con un alto tocado cónico. La muchacha no respondió; alzo una mano para pedirle a Naiba que se detuviera, se levantó de la silla dorada donde estaba sentada, y caminó hacia el balcón abierto al caluroso desierto, arrastrando su larga túnica blanca, bordada con figuras geométricas. Aún sin decir nada, cerró los ojos e inspiró el aroma del incienso que se quemaba en una esquina de la cámara, a los pies de una imagen de Kyl, el dios volador. Naiba caminó con suaves pasos hacia la doncella y posó una afectuosa mano en su hombro.

—Has vuelto a tener ese sueño, ¿no es así?

Lygra abrió los ojos y asintió, apesadumbrada.

—Pero esta vez ha sido más desconcertante que nunca...

—¡Querida señora Lygra! ¡Qué Kyl nos ampare! Dime, por favor... ¿Qué has visto esta vez en el sueño?

Lygra se humedeció los labios.

—De nuevo camino por las ruinas de nuestra ciudad, y sé que ha pasado mucho, mucho tiempo. Nuestra civilización se ha extinguido, nuestro pueblo ha muerto, y también los animales... ¡Todo lo que una vez existió en el mundo, yace ahora bajo la tierra! Sólo yo deambulo por ahí, sola, perdida, horrorizada por lo que tengo ante mis ojos, incapaz de entender qué ha ocurrido... Esta vez llego a un sitio: un recinto que parece ser la antecámara de mi propia tumba, ¡mi propia tumba!, ¿puedes creerlo? La visión me confunde aun más, pero entonces... ¡entonces veo al extranjero!

—¿Extranjero?

—Un sujeto de vestimenta extravagante que merodea por allí. Él se vuelve a mí, asombrado. No me inspira temor, así que le hablo. Le pregunto quién es, qué hace allí, y él responde. No comprendo las palabras, pero creo que me dice su nombre, y yo le digo el mío...

—¿Y entonces?

—Sigo hablando, le pregunto qué ha pasado y él dice algo más, siempre en esa lengua que no comprendo; su lengua, supongo. Algo me hace pensar que está solo allí, como yo, y que no entiende lo que está pasando. Me acerco a él, porque tengo una sospecha... su aspecto es muy extraño, muy extraño. Extiendo mis manos, toco su rostro... y de pronto ¡me doy cuenta!

—¿De qué te das cuenta, mi querida señora?

Antes de continuar con su relato, Lygra desvió la mirada hacia el cielo, abrumada, como intentando ver más allá de los tres soles de su planeta. Luego se volvió a su perpleja dama de compañía.

—¡Me doy cuenta, Naiba, de que ese ser ha venido de otro mundo!

Ídolo de barro

De Andres, Pedro

Alberto de Castro tenía treinta años y un incómodo sentimiento de culpa por seguir en casa de sus padres. Anhelaba la independencia, tenía que romper el cordón, lo sabía, pero... En cuanto pillara curro, palabra.

—¿Te encuentras bien, hijo?

—Sí, mamá, estoy ocupado con un experimento ahora —la vieja tenía la extraordinaria capacidad de aparecer en los momentos más inoportunos—. No puedo bajar a cenar ahora...

Encontrar trabajo... Un joven sin perspectivas, eso es lo que era y el gobierno había dejado de hacer como que se preocupaba del tema. Era sábado, mejor se concentraba en lo que tenía entre manos: un equipo modesto, con demasiadas piezas recicladas. Ni quejarse. Al menos disponía para él solo del desván, que podía cerrar con llave para tener cierta intimidad.

Terminó de destilar el líquido aceitoso. Le gustaba ese color: verde brillante. ¿De dónde había salido? Se había perdido a mitad de los cálculos. Sus estudios de Química, por más que intentara ampararse —sobre todo ante quienes le habían pagado la carrera— en aquello de que algunos grandes genios habían sido malos estudiantes, se habían saldado con una licenciatura mediocre. Acabaría con aquello y bajaría a cenar. O no. Tal vez lo probara primero. La metanfetamina, aquel líquido fosforescente, tardaría aún en cristalizar. Se echaría otra siesta...

Dejó la ventana abierta. Había anochecido y en aquel barrio no se movía un alma a esas horas. ¿Quién iba a fijarse en un poco de humo aceitunado saliendo por debajo del tejado?

La primera calada le dejó un intenso picor en el tracto respiratorio. Si sabía a mierda... era una mierda. Qué gilipollas. ¿A quién se le ocurre probar su propio experimento? El picor, que se abrió paso por el cráneo hasta derramarse por el cerebro, le contestó con una sensación pasajera de frío. Podía sentir cómo se congelaba cada uno de los capilares del cuero cabelludo.

No podía ser más estúpido. Fumarse un compuesto desconocido... ¡Fabricado por él! Se merecía cualquier cosa que le ocurriera. Se desmoronó en el sofá a pasar sus últimos momentos.

Ni resaca, ni saliva pastosa. Formidable. Tampoco tenía sed... ni hambre. Seguía vivo y coleando. No era, como había temido, un vegetal babeante. Cuestión de olvidarse del tema. A través del ventanuco, vio que ya había amanecido. Bajaría a desayunar como si tal cosa. Seguro que la vieja no le echaría en cara no haber bajado a cenar ni el beso de buenas noches perdido. Aunque antes tenía que recoger todo el...

Tres correos pendientes parpadeaban en su teléfono. Los abriría en el ordenador y, de paso, echaría un vistazo a ese fondo de escritorio en el que estaba la mujer de sus sueños. Masako Fukuyama, con la mirada perdida en unos cerezos que se perfilaban por el margen de la pantalla, ignorando su presencia. Cómo le ponían las orientales y él...

todavía virgen.

Se rascó la cabeza mientras leía. No tenía sentido. ¿Por qué demonios le contestaba un correo una de las editoriales más conocidas del país? Interesados en su proyecto... ¿Qué proyecto?

No fue difícil seguirle la pista. No. Él no había enviado ese correo, estaba seguro y menos en nombre de una supuesta empresa con denominación social y todo. Era de aquella misma noche. La hora... Un momento, estaba durmiendo en aquel momento bajo los efectos de la susmaína... ¿Susmaqué?

Lo que se había fumado era de verdad potente. Rastreando movimientos en su ordenador descubrió que, durante ese tiempo “perdido” del que no recordaba nada, había creado una página web dando soporte y publicidad a un programa informático. La revolución tecnológica al servicio del escritor, profesional o no. Según sus propias palabras, permitía al usuario llevar un registro de personajes, guardar distintos borradores, elaborar complejos esquemas para las tramas de novelas, diccionario multilingüe incorporado y acceso directo al Registro de la Propiedad Intelectual, entre docenas de opciones. Asimismo, había formalizado, a través de la red, un asiento de presentación provisional en el Registro Mercantil. Había que joderse. La carpeta de “Enviados” de su cuenta de correo mostraba los remitidos a un buen puñado de editoriales punteras. Se apretó tanto los párpados que casi se mete los ojos hacia dentro. ¿Sueño o pesadilla? Había puesto en marcha una empresa para vender un producto que no existía. Menos mal que no había recibido pagos y no podría ser acusado de estafa... O eso era al menos lo que esperaba.

—¡Baja a desayunar, Alberto!

La voz de la vieja le despegó el trasero de la silla que su padre había traído de la oficina antes de la jubilación. Cerró de golpe el programa de correo sin molestarse en cerrar la sesión. Nadie más entraba en su sanctasanctórum. ¿Y ese icono en el escritorio? Sí, ahí, justo al lado del pendiente de Masako. Best Seller Creator... ¡Imposible!

—¡Alberto!

—Ya voy, jod... —detuvo el exabrupto justo a tiempo. La vieja era una mujer afable, pero no convenía irritarla—. ¡Bajo ya!

El programa cargó a toda velocidad, a pesar de que su procesador era una reliquia del tiempo del Windows XP. Los menús eran prácticos, aunque tal vez demasiado parecidos a otros formatos. No estaba mal para haberlo programado mientras estaba inconsciente.

Best Seller Creator se vendió bien. Recibió los parabienes de varios nombres conocidos y era mencionado en innumerables bitácoras digitales. La susmaína había hecho un gran trabajo por él. Tal vez debería volver a probar... Era la mejor manera de demostrar si lo ocurrido había sido fruto de la química potenciada de su cerebro. Sacó del cajón la bolsa con los cristales verdes. Volvieron el picor y el frío polar en la cabeza.

Cuando recuperó cierto control de sí mismo, nadaba cerca de la costa. Las olas lo balanceaban sin piedad. Un momento. Aquel mar... No era agua. Ni oxígeno, ni hidrógeno, ni sal, qué carajo. Eran ceros y unos. Código binario de ordenador sobre el que flotaba a duras penas. Puñetera susmaína, esa sí que era buena. Un viaje sin más,

como debe ser un buen colocón: sin responsabilidades. Estaba inmerso en las líneas de su programa, Best Seller Creator.

Aquella segunda exposición a la droga le proporcionó un conocimiento más intuitivo de su propia creación. Tenía la mente abierta a cualquier posible fantasía, como la del océano de bytes. No parecía mala idea sumergirse en su propio software. Con el documento plantilla en blanco, aún bajo los últimos coletazos de la pipa de susmaína, tecleó: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, volverán las oscuras golondrinas a tu ventana...». El texto era una combinación aleatoria, no precisamente exacta, de sus recuerdos literarios del bachiller. Por puro instinto, o guiado por la substancia prodigiosa, realizó una serie de combinaciones de teclas que no aparecían en los menús para clientes. Control, ALT, ALT GR...Enter. F12. Estaba ante él de nuevo. El océano binario tomaba forma en la pantalla, pero para Alberto de Castro no era caos ni misterio, sino un espectáculo fascinante, pleno de sentido. Con la clave maestra —no proporcionada en el mercado—, se adentró de nuevo en los avatares del código máquina y realizó unos cambios fugaces, unas cuantas líneas de comandos que lo configuraban como una herramienta única.

Unas nuevas caladas a la susmaína et voilà. Por la mañana temprano, apilados cuidadosamente, los primeros capítulos de... ¡Una novela! Necesitaba sintetizar más cristal para terminarla.

“Sexo en Oriente” fue el acontecimiento literario del año. Recibió críticas unánimes de propios y extraños, excepción hecha del puñado de intelectuales recalitrantes que veían en las listas de ventas un atentado a la narrativa clásica.

Los padres de Alberto estaban eufóricos, aunque al bueno de Damián no le cuadraba que aquello de la carrera de Química tuviera mucho que ver con la Informática, primero, y la Literatura después. Estos jóvenes...

Se mudó a Madrid y estrenó apartamento en un ático de Lavapiés, por mucho que los asesores —ahora tenía un equipo de ellos— le pedían que se fuera a la Castellana. ¡Independiente al fin!

Chéjov, Cortazar, Carver, Salinger... Si seleccionaba con cuidado la materia prima con la que alimentaba su programa maestro —potenciado por la droga de la inspiración como la había bautizado—, las cadenas binarias le devolvían relatos inéditos, cuentos mágicos, intrigas de emoción insuperable y hasta romances nunca vistos. Su editor llegó a pedirle que bajara el ritmo por el riesgo de saturar el mercado. Para Alberto de Castro no supuso un problema. Se había aburrido de «escribir» novelas, de firmar ejemplares, de acostarse con facilidad con cualquier admiradora —o admirador— que le pestañease con coquetería. ¿Para qué tanto dinero? La fama le abrumaba, seguía sin tener a nadie a quien llamar amigo, y ni siquiera tenía tiempo para dedicárselo a sus padres, que, sin que él se diera cuenta, se estaban marchitando poco a poco.

A pesar del vuelco que había dado su vida, continuaba con la misma frustración. La única invariable en su vida era... Masako. ¿Seguiría igual de sexy? La buscaba

constantemente en los rostros que pasaban por su cama, atraídos por su nombre, su dinero o su aspecto de perfecto bohemio.

Se abotonaba la camisa a la espera del veredicto. Aquellos vértigos y palpitaciones no auguraban nada bueno. El doctor Beltrán, amigo de su etapa universitaria y único a quien había confiado su descubrimiento, fue directo al grano.

—Esa sustancia que tomas, susmaína como tú la llamas, está perjudicando tu sistema inmunitario y subsidiariamente...

—Al grano doc. ¿Voy a palmarla?

—No puedo afirmararlo con rotundidad, Alberto, pero creo que si continuas fumando ese cristal verde, puedes caer fulminado en cualquier momento. Puede que tolere una o dos dosis más, pero no te lo recomiendo.

—Gracias por tu sinceridad, últimamente no recibo demasiada.

Se despidió con un abrazo y una buena factura.

Canceló todos los compromisos del día, del mes... Ni se preocupó cuando le llegó la noticia de que la compañía que —gracias a la susmaína— había creado estaba en suspensión de pagos. A la mierda, no la necesitaba. Su copia del programa era lo único que valía algo y tampoco lo deseaba ya. No quería escribir nunca más. Todo era puro artificio, ni siquiera el fruto de su propio intelecto. ¿Para qué? Sus lectores decían de su prosa que era capaz de transportarles a lugares desconocidos, otros mundos..., de hacer que vivieran otras vidas. Alberto de Castro no sabía en qué existencia residía.

Aquella noche, pidió que le trajeran sushi, pastrami y pepinillos en vinagre antes de estrellar el móvil contra el terrazo. Llevaba tres días encerrado en su apartamento, desaliñado y maloliente, en un intento de poner en orden su vida, de encontrarle sentido. Había pasado de ser un mediocre químico en paro a escritor de éxito y hombre de negocios. La clave de todo siempre había sido la sustancia verde, lo único que de verdad podía considerar como creación, por mucho que hubiera sido el desvarío aleatorio de un inmaduro aburrido.

Se metería una última pipa de susmaína y a la mierda con todo. Una dura de verdad, bien cargada, con todo el cristal que le quedaba en casa. En cada ocasión que la había utilizado, ideas innovadoras habían brotado de su cerebro. ¿Qué ocurriría ante una dosis masiva? Si se mataba en el intento..., bueno, qué más daba. Habría nacido otro mito. Los expertos especularían sobre su vida, otro famoso colgado de las drogas. Solo esperaba que no dieran con la formulación en la autopsia... El mundo entero se iría al carajo, incapaz de soportar semejante aluvión de arte en estado puro. Tal vez podría pintar un cuadro o componer un aria antes de... Tras las primeras caladas, el mundo se apagó para Alberto de Castro.

Su conciencia era una espiral gigantesca que alternaba vivos colores. Púrpura, ocre fosforescente, vaharadas azules que flotaban como niebla sobre una hierba pastosa... Una telaraña informe descendía sobre su cuerpo inerte, envuelto ahora en un capullo de hilos entrelazados. Una crisálida.

La psicodelia dio paso a un estado intermedio en el que Alberto era capaz de recobrar, paso a paso, los controles de su realidad. Se vio sentado, una vez más, ante el ordenador. Lástima, Masako había dejado de ser la fotografía de fondo, sustituida ahora por una niebla espeluznante en la que destacaban dos ojos rojos como hierro fundido. La nueva pantalla de bienvenida de Best Seller Creator. Escribir otra vez..., ¿para qué? Al carajo, empezó a teclear con rabia: «Masako se acercó sin hacer ruido hasta el respaldo de su silla. Le encantaba sacar a Alberto de su concentración, poniendo sobre sus hombros...».

Qué realismo. Aquellos dedos helados —siempre había sabido que tendría las manos frías— le masajearon despertando con destreza un gozo nuevo. Una sensación tan vivida que casi no se sorprendió cuando una voz dulce y de acento exótico le susurró al oído un «vamos a la cama, me siento sola...».

“Sexo en Oriente” había hecho soñar a una generación. Ahora era su turno. En los brazos de Masako conoció algo que, si no era felicidad, tenía un gran parecido.

Libre de la influencia del cristal verde y desnudo sobre la cama, Alberto observaba a hurtadillas la silueta brumosa de su amante mientras se duchaba. Era el momento perfecto para poner orden en sus pensamientos. ¿El poder de creación a voluntad? Aquel parecía el último peldaño de la evolución en el prodigioso camino iniciado cuando destiló la primera dosis. ¿Y si...?

Masako canturreaba “Kojo no tsuki” bajo el chorro de agua. Sin siquiera vestirse, Alberto se sentó ante el ordenador. Un agradable hormigueo tamborileaba en las yemas de sus dedos. Best Seller Creator estaba tal y como lo había dejado por la noche, las líneas que habían dado lugar a su momento de gloria parpadeando en la pantalla. Necesitaba hacer una prueba con algo sencillo.

«Alberto dirigió su mirada hacia la estantería repleta con la selección de obras maestras de la literatura». Cuando giró la cabeza en dirección a esa pared, no pudo sino asentir... ¿Satisfecho? Pse... ¿Feliz? Lo que sentía solo podía definirse como curiosidad.

Se entretuvo un rato con algunas frases peregrinas: un pastel de bodas, un gato que hizo desaparecer a los primeros estornudos, la escoba voladora de Harry Potter —no albergaba dudas sobre que volaría, pero no le apetecía buscar en Internet el latinajo para activarla—, un fajo de billetes, una diadema que siempre haría juego con los ojos de Masako...

La joven le observaba desde la puerta del baño, envuelta en una toalla que realzaba su figura de modelo de alta costura. No parecía sorprendida... ¿Debería? Sí, debería. Nadie sabía qué se traía entre manos. Ni siquiera él mismo. ¿Era aquella mujer la verdadera Masako? Era imposible que le amara de verdad.

La última esperanza, el amor de su vida —o lo que había tomado como tal— no era más que otro monumental fiasco. ¿Debería dar fin a su existencia sin horizonte? Por mucho que le diera vueltas al tema, no encontraba un sentido a sus días. Percibía su infancia y su juventud como una nada anodina desde la que se había catapultado al estrellato, donde había rutilado brillante y corrupto como todo lo que le rodeaba. ¿A qué seguir adelante?

Se puso unos tejanos sin siquiera cambiarse la camiseta que llevaba puesta y que todavía conservaba efluvios de perfume y sexo. Daba igual. Tenía que salir de aquel apartamento. A la mierda el programa, las novelas y hasta la misma Masako.

De las aceras ascendía vapor. ¿Llovía? Le daba igual mojarse, nunca había usado paraguas. Otra excentricidad. Las luces de los coches y los intermitentes le deslumbraban como flashes en un evento público. Se sintió desorientado. La susmaína todavía reverberaba en su cerebro y no ayudaba a enfocar. Vagar sin rumbo, dejar que el destino le alcanzase ya que él era incapaz de encontrarlo. Se metió en el metro. Necesitaba perderse y salir en algún punto desconocido.

“Cafetería la Estrella”. No era un mal comienzo, por mucho que al entrar se diera cuenta de que el cartel no decía toda la verdad sobre el establecimiento. ¿Qué esperaba encontrar a esas horas? No el Hilton, desde luego...

Para ser tan tarde, el local estaba abarrotado. No podía haber tanta gente desesperada como él... ¿o sí? Se tomaría el café aunque fuera de pie, solo pedía que fuera lo suficientemente bueno. Un café doble, sin leche ni azúcar. Cargadito, por favor. Necesitaba borrar los restos del cristal verde de sus neuronas para buscar un nuevo comienzo, lejos de lo que ya consideraba como los grandes errores de su vida pasada. Empezar de cero... No sonaba tan mal. Solo faltaba decidir por dónde.

Mientras el camarero se afanaba con tres pedidos diferentes a la vez, Alberto recorrió el bar con la mirada buscando una silla vacía en algún rincón, seguro de que podría concentrarse mejor lejos de algarabía de la barra.

Al fondo, bajo una foto enmarcada que mostraba lo que parecía ser una calle en los años veinte, había una mesita con cuatro sillas, de las cuales solo una estaba ocupada. Parecía una chica de espaldas, aunque con el pelo corto y aquel chaquetón militar quién sabía... Estaba enfrascada en un libro. Tal vez, si le dejaba claro desde el principio que no buscaba compañía, sino un sitio libre... Tras pagar la consumición, tomó su tazón de café en las manos y se armó de valor. La fama y el dinero no le habían supuesto deshacerse de la sensación de inferioridad. Tragó saliva y se lanzó:

—Disculpa, ¿está libre una silla?

—No.

Alberto se quedó cortado. No es que esperase que le abriera los brazos de par en par, pero aquello era demasiado tajante. Inició una discreta retirada, si bien lanzó una última andanada, sin saber desde dónde...

—Solo quiero sentarme y pensar. No te molestaré mientras lees, palabra.

El tiempo se espesó en el aire ya cargado de la cafetería. Daba la media vuelta para volver a su posición inicial en la barra cuando recibió respuesta:

—Vale, pero a la mínima señal de coñazo, grito que me estás metiendo mano, ¿queda claro?

Alberto seguía sin poder mirarla a la cara. No tenía claro si aquello era una amenaza.

—Puedes estar tranquila por lo que a mí respecta. Solo quiero pensar...

—Ya me estás rallando, cállate de una vez o te largas.

Discutir con una desconocida no parecía la mejor forma de iniciar una nueva vida. Juntando pulgar e índice, se deslizó la mano por la boca en un gesto tan infantil como el de cerrarse una cremallera invisible. La joven sonrió para, inmediatamente después, arrepentirse. Se zambulló de nuevo en las páginas de su libro y en las notas que tomaba. Aquella sonrisa, primer atisbo del rostro de la chica, le disolvió algo del abatimiento en que se hallaba. Entre sorbos de café desfilaron por su cabeza Masako, las novelas superventas, la susmaína, sus padres. La hormigonera mental daba vueltas sin llegar a fraguar nada consistente con lo que cimentar su futuro. Ahogó un gruñido. A pesar del poco éxito de sus tribulaciones, estaba a gusto en aquel rincón del mundo. Se concedió un paréntesis para espiar a la muchacha. El pelo rizado le caía a ambos lados de la cara, ocultando sus orejas. Era guapa de veras, no a la manera de Masako, sino algo auténtico, sin retoques. Nada de flirteo, recordó, no había venido a eso.

Le pilló in fraganti. Sin embargo, no se lanzó a la yugular como le había advertido.

—Oye, ¿tú no eres el escritor ese que...?

—Culpable —admitió Alberto apesadumbrado.

—No me gustan tus libros —lanzó su crítica como quien comenta el tiempo.

—Ni te imaginas lo mucho que me alegra escuchar eso.

Por toda respuesta, la chica se encogió de hombros y volvió a sumergirse en la lectura. ¿Qué estaría garabateando? Tenía una letra redonda y grande, fácil de leer desde su posición de vigía: «Juventud sin esperanza, hambrunas y pobreza crecientes, capitalismo galopante, injusticia social... ¿Qué puedes hacer tú para cambiar el mundo?» Se mordió el labio mientras repiqueteaba la punta del bolígrafo de plástico sobre el papel. Justicia social, igualdad, solidaridad, reparto de la riqueza.

Cambiar el mundo... Ni ella ni mil como ella podían hacer nada por alterar el jodido orden mundial. Alberto se había codeado con las “elites” durante el tiempo suficiente como para saber que estaba todo atado y bien amarrado. Levantó los ojos del papel y vio su imagen en el cristal del escaparate, perdida en una constelación de reflejos de semáforos y focos de automóvil. Junto a la suya, la de la joven sumida en sus pensamientos. Alberto de Castro buceó en los ojos de ella y, por primera vez en su vida, tuvo claro qué debía hacer. Y qué si la susmaína lo mataba en el intento... Tenía las herramientas necesarias y estaba dispuesto a intentarlo. Puede que, al fin y al cabo, ella sí tuviera una oportunidad.

Decisión de caballero

Salazar Maciá, Malena

Como todas las mañanas, Daeg el curtidor aguardaba junto a la verja con la cara apretada entre los barrotes, igual a un chiquillo deslumbrado junto a una tienda de juguetes. Como todas las mañanas, vio cómo los sirvientes llevaban el carruaje tirado por cuatro espléndidos caballos negros, enjaezados con bridas de plata, a la puerta principal de la mansión. Vio a la dama bajar la escalinata. Ella abordó el carruaje. Se gritó una orden. Relincharon los caballos. Las ruedas negras traquetearon sobre los adoquines.

Como todas las mañanas, Daeg se apostó en la calle, en el camino del carruaje. Al abandonar los terrenos de la mansión, el cochero, movido por la rutina, preparó el látigo para descargar sobre Daeg furia y dolor convertida en chasquido, por atrevido, insolente, plebeyo que posaba los ojos en la belleza fuera de su alcance. El joven Daeg, como había aprendido después de la segunda mordida del cuero en pleno pecho, se apartó a tiempo del ataque. Pudo ver a través de la ventanilla el rostro hermoso de la dama.

Ella no pareció notar que él estaba allí. Como todas las mañanas.

Sin embargo, a pesar del fracaso diario, de la indiferencia, de las amenazas de los sirvientes, del cuero trenzado, Daeg no cejaba en su empeño de acercarse a la dama, porque desde el instante en que la había visto presentarse en la tenería donde se desempeñaba como curtidor, era incapaz de hacer otra cosa que suspirar por ella. Y lo hizo saber. Lo exclamó, gritó, vació el aire de sus pulmones con el nombre de ella, hincó una rodilla, juró al vacío, a nadie, a ella. Ansiaba enredar los dedos en su cabello negro tinta. Atisbar bajo las pestañas el sol de sus iris, cegarse con la intensidad de sus pupilas. Despertaba en sueños junto a su cuerpo sin vestiduras, dormía despierto con un beso de sus labios.

La dama había absorbido la vida de Daeg, como un colibrí despojaba a una flor de su néctar.

Desde ese momento de confesión lo acompañaron los más disímiles epítetos. Tonto, idiota con la cabeza en las nubes, falso protagonista de tragedias teatrales. Daeg, loco incauto que naufragaba en los cuentos absurdos de los juglares, los creía ciertos, se abrigaba con ellos. Si no lograba diferenciar fantasía de realidad, susurraban sus amigos, pronto se haría con un jamelgo para partir en busca de retos de molinos.

A Daeg no le importaban los cuchicheos. Porque estaba seguro que, a través del velo de indiferencia, la dama le dedicaba un vistazo cada mañana. ¿Quién no iba a notar, día tras día, al perro fiel echado junto a la puerta? ¿Quién no iba a reparar en lo que bloqueaba el paso a los caballos? ¿Quién no iba a mirar de reojo la sonrisa ansiosa, límpida, de un joven que suspira de amor?

Esa fue la razón por la que esa mañana Daeg intuyó que sus plegarias al Santo Elevado habían sido escuchadas. No huyó del sirviente que se le acercó, sino que, bajo una seña de este, lo siguió del otro lado de la verja, al terreno prohibido. Aceptó la toalla húmeda para secarse el sudor, erradicar, momentáneamente, la suciedad impregnada en sus mejillas. No replicó cuando otro sirviente le pidió la camisa rota y le ofreció una nueva que, de alguna forma, estaba hecha a medida. Su corazón no hizo más que hincharse de emoción cuando lo condujeron a un salón donde cabía su casa entera.

Y casi estalla al encontrarse, al fin, cara a cara con su dama.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó ella con un gesto teatral.

Daeg tardó en responder. Quemaba en su mente como si se tratase de un hierro al rojo vivo, los ojos dorados, los labios de color granate, la palidez lunar de su piel. Se ajustaba la cintura del vestido azul con un corsé de piel clara, flexible, atado por cordones de seda negra. No era joven. Pero tampoco parecía muy vieja. A Daeg no le importó. Era la mujer más hermosa que hubiese visto.

—Mi dama... —balbuceó—. Yo... Daeg... yo... vivo... por usted...

Se sintió idiota. Eso no era lo que deseaba decirle una vez obtuviese su atención. Quería declamar un poema que robó a un juglar. Comparar sus sentimientos con el cielo inmenso, con el abrigo del sol, el brillo de la luna. Prometerle una cruzada, una victoria. Quería decirle algo romántico, duradero. Pero sudaba, presa de temblores inoportunos, las piernas apenas lo sostenían en pie. Tartamudeaba.

—¿Me amas, Daeg? —preguntó la dama con voz cálida—. ¿Solo con verme, me amas?

—Sí. Yo... vivo... por usted...

Daeg se llamó a la cordura. No quería seguir comportándose como un estúpido. Estar tan cerca de ella desbocaba su corazón, agitaba su pecho.

—Cada día, recibo a más diez pretendientes que, como tú, juran que soy la mujer más hermosa que hayan visto. Incluso, más que la reina Hagall —explicó la dama con dulzura—. ¿Lo soy, Daeg? ¿Joven? ¿Hermosa?

Él abrió la boca. La volvió a cerrar. Como no era capaz de dejarla sin respuesta, se limitó a asentir con la cabeza.

—También, juran que no vienen por mis riquezas —prosiguió la dama. Su voz adoptó un tono tan acongojado que casi le rompe el pecho al joven—. Pero es mentira. Todos vienen por las minas de plata, por el control de los gremios artesanales, para apropiarse de mi título, de mi posición, no porque sea de verdad bella. Así que debo preguntar, ¿por qué vienes tú, Daeg?

—Yo... —maldijo al bastardo balbuceante que ocupaba su cuerpo.

—¿Vives por mí? —ayudó ella con una sonrisa límpida. Daeg volvió a asentir—. Lo sabía. Tu devoción es admirable. Pero, aun así, no puedo permitir que me cortejes de la manera tradicional. Espero que lo comprendas. Soy una dama que debe cuidar su posición, tú, un plebeyo. Debes hacer algo extraordinario, que trascienda. De esa manera, estoy segura, los maeses de la ciudad te mirarán con otros ojos y te aceptarán como uno de ellos.

—Sí, sí —Daeg hincó una rodilla en el suelo. Estaba ronco, pero al menos había recobrado el dominio sobre su persona—. Haré lo que sea. Lo juro.

—Muy bien. Mis peticiones son estas: estimado Daeg, hubo un hombre que se atrevió a humillarme en mi propia casa y, el muy cobarde, escapó de la ciudad antes de que la Guardia Roja diera con él. Es conocido como el Coloso de Riven. Quiero que lo traigas ante mí. Muerto. De esa manera, restaurarás mi honor y servirá para demostrar tu valor.

Daeg no dijo nada. Una punzada extraña se alojó en su pecho.

—También como sabrás, querido Daeg, dirijo un hospicio. Muchos de mis pobres

desamparados han caído enfermos: tráeme veneno de Mantícora para que mis médicos hagan una cura. Así, salvarás muchas vidas y serás recordado por tu compasión.

El joven tragó el nudo que se había formado en su garganta. Una gota de sudor frío resbaló por su frente. No se atrevió a enjugársela.

—Y, por último, mi valiente Daeg... en lo alto del Pico Empinado de las montañas de las minas de plata, al final del camino marcado por dulces, habita una Bruja. Ella me robó algo muy preciado: una gema ágata. Perteneció a mi madre y me harás muy feliz si me la traes de regreso. Será tu prueba de amor.

Daeg temblaba. La rodilla apoyada en el suelo le dolía, pero la angustia que se cernía sobre él era mayor.

—¿Qué sucede? —inquirió la dama—. ¿Acaso dudas? ¿Pretendes traicionar tu juramento a solo minutos de pronunciarlo? ¡No se ilusiona a una dama de mi posición con palabras falsas! ¿También te atreves a humillarme en mi propia casa, igual que hizo el Coloso de Riven? ¿Deberé llamar a mis sirvientes, a la Guardia Roja, para que te apresen por embaucador?

El muchacho contuvo el aliento de puro horror. Inclino la cabeza para que ella no notase su arrepentimiento.

—¡No, no llame a la Guardia! —exclamó—. Yo... lo haré, mi dama —murmuró.

—Excelente —se alegró ella—. ¡Tráeme al Coloso, el veneno de Mantícora, engaña a la Bruja y regresa con mi preciosa ágata! Solo entonces mi mano será tuya, mis dominios, ¡todo! ¡Parte, mi caballero! No debes perder tiempo.

Daeg no supo en qué momento lo franquearon los sirvientes. Lo sostuvieron de los brazos y, como algo de mal gusto que es retirado de la vista, lo sacaron de la habitación, bajaron las escaleras, cruzaron el recibidor y lo soltaron del otro lado de las rejas. Las escuchó entrechocar detrás de él con un sonido sordo. Cuando volteó a mirar, los sirvientes regresaban a la mansión, como si fuese una rutina expulsar a los pretendientes de baja cuna.

Sin embargo, Daeg tenía otras preocupaciones. ¿Cómo iba a cumplir las tareas? Sí, era algo común en los cantares que entonaban los juglares en el mercado. En el propio Códice del Santo Elevado abundaban los pasajes donde los héroes realizaban proezas para demostrar su valor, compasión y amor. Era emocionante imaginarse dentro de la armadura, espada en mano, reduciendo a un cuélebre rencoroso, o en pleno rescate de una doncella de las garras de un teriántropo hambriento. Pero era diferente cuando la fabulación rompía su prisión imaginaria y se materializaba en la carne y vida de un joven curtidor como Daeg.

Pasó noches enteras sin dormir. Sin acudir a la tenería a trabajar. Ni siquiera supo que el capataz había llevado un reemplazo. Lo aconsejable era olvidarse de la dama. No realizar las tareas. Mas dio su palabra. Un juramento. En caso de romperlo, ella iba a enviar a la Guardia Roja a quebrarle el espinazo. Y, como segunda opción, lo haría otro pretendiente ansioso por ganar la mano de la dama. Tal y como ella lo enviaba a cazar al tal Coloso de Riven.

Sin embargo, decidió no darse por vencido antes de siquiera intentarlo. Ella había dictado las tareas en un orden preciso, pero él, para cumplirlas, podía elegir por dónde

comenzar. Si engorroso resultaba partir en busca de una Mantícora, también lo era ir tras el Coloso de Riven, puesto que ya no se encontraba en la ciudad. Además, no poseía seña alguna del hombre, salvo su nombre y, en realidad, ni siquiera parecía uno, sino un mote que se ganaba a pulso. Y no estaba seguro de querer enfrentarse a alguien llamado Coloso. Tampoco conocía con exactitud qué era una Mantícora. Solo que sonaba lo bastante peligrosa para ir a su encuentro sin referencias, desarmado y sin preparación.

La única tarea perceptible de cumplimiento inmediato, era la de visitar a la Bruja y conseguir el ágata. Las montañas de las minas de plata quedaban a medio día de camino desde la ciudad. Ya había escuchado acerca de la Bruja. Su cabaña se alzaba en la cima del pequeño salto de agua del Pico Empinado, protegido por bestias parlantes y apariciones nocturnas que susurraban maldiciones con voces del otro mundo. Nadie se atrevía a visitarla. Ni siquiera la Guardia Roja pensaba en iniciar una cruzada para erradicarla.

Enfrentar a la Bruja le agradaba a Daeg mucho menos que matar al Coloso de Riven y conseguir veneno de Mantícora. De pensarlo una segunda vez, hubiese dejado la tarea de última o no la habría afrontado. Pero quizás si engañaba a la Bruja, recuperaba el ágata y se lo llevaba a la dama, ella le perdonara cumplir el resto de las hazañas. ¡Que otro cobrase la vida del Coloso de Riven, que un verdadero caballero espolease a su rocín y clavara la lanza en el corazón de la Mantícora!

Daeg, decidido, partió al amanecer. Llevaba un anillo de hierro, porque había escuchado que debilitaba a los seres embebidos de magia. Como arma, un cuchillo recién afilado, el pecho, protegido por un chaleco de cuero endurecido con remaches metálicos. En un morral, sogas, pan, queso y un odre con agua.

El Pico Empinado era visible aun entre la magnificencia de las montañas de las minas de plata, pero, una vez en el interior de las cordilleras, era difícil ubicarlo. Daeg encontró el camino oculto en las tinieblas, heraldos del anochecer que comenzaban a cernirse sobre el bosque. El sendero hacia la cima del Pico Empinado estaba marcado por dulces podridos, los árboles en vez de frutos, ofertaban huesos, en las rocas se clavaban tótems coronados por cabezas de ratas y plumas de aves, tallas grotescas en los troncos muertos, trozos de telas ensangrentadas atadas en los arbustos.

Motivo más que suficiente para no seguirlo.

Decidió que no importaba cómo se escalase una pendiente; el objetivo era llegar a la cima. En su camino alternativo, no encontró fieras parlantes. Tampoco espectros. Ni escuchó susurros que presagiaban su muerte. El único sonido provenía del viento al deslizarse entre la copa de los árboles, alguna criatura arrastrándose sobre la hojarasca y su propia respiración. Lo único que atentaba a su paso, era lo escarpado del terreno y accidentes naturales. Esquivó una caverna, madrigueras, necesitó trepar por los salientes, escalar a través del agua que caía, izarse con ayuda de la soga. Cuando llegó al final, ya la noche desplegaba en su totalidad el manto de estrellas en el firmamento.

Allí estaba la cabaña. Por las ventanas se filtraba la luz titilante de las velas. Una sombra danzaba del otro lado, ligera, revoloteante como una mariposa tamaño humano.

Mientras se acercaba con paso vacilante, Daeg recordó todos los cantares que conocía donde las brujas eran las antagonistas. Les gustaban los acertijos, los retos. Eran

dadas al engaño, a la traición. Les gustaban los héroes valientes, porque de esa forma podrían quebrarlos y disfrutar humillándolos... No pudo continuar con su pesquisa mental, porque ya estaba ante la puerta. Pensó en llamar, pero además de no contar con el factor sorpresa, según los cantares, no parecía una forma apropiada de tratar con una Bruja. Así que tomó impulso y arremetió contra la madera.

La puerta cedió con un golpe sordo y Daeg extendió el puño donde albergaba el anillo de hierro, desenfundó el cuchillo para amenazar a nadie en particular:

—¡Bruja! ¡Tienes algo que no te pertenece y he venido a proponerte un trato!
—exclamó, eco de la teatralidad de su dama. Deseaba ahorrarle imaginación al juglar que se interesara en cantar sus hazañas.

—¡Bruja... trato...? ¿Quién eres, qué quieres? ¿Cómo llegaste aquí? ¡Márchate antes de que sus perros vengan y te arrojen fuera del Pico Empinado!

Daeg tardó unos instantes en encontrar la fuente de la voz. Una joven de cabellos rojos se agazapaba junto a una mesa. Llevaba un cucharón soperero en las manos, en alto, presta a blandirlo sobre la cabeza de aquel que había importunado su tranquilidad. Daeg, sorprendido, se dijo que ella no parecía una bruja. No vestía andrajos de piel animal, ni llevaba el cabello sucio, enmarañado, ni era fea. Ni siquiera tenía, a simple vista, un amuleto para canalizar magia. Pero bien podría tratarse de un engaño. Así que la señaló con el cuchillo.

—Escuchaste bien. ¡Qué atrevimiento robarle a mi dama Earbeth! Vas a regresarme el ágata o juro por el Santo Elevado...

—¡Jamás le robaría a esa bruja! —replicó la muchacha pelirroja.

—¡No maldigas...!

—¡Diré lo que se me antoje de la arpía que me encerró!

Daeg perdió los deseos de mostrarse valiente. Escudriñó a la muchacha con mayor detenimiento. No. Nada de tatuajes, amuletos o siquiera una joya engarzada en sus orejas. Era hermosa. Joven. Con lánguidos ojos de gamo, figura de ninfa. Como si el tiempo considerase santuario su cuerpo y no se atreviera a rozarlo ni siquiera con su aliento. Debíó admitir, para su pesar, que la supuesta bruja superaba a su dama.

—¿Cómo llegaste aquí? —insistió ella sin bajar el cucharón que, con la fuerza necesaria, podría convertirse en arma mortal—. ¿Por qué te dejaron pasar? ¿O acaso eres un nuevo carcelero...? No, no parece algo que ella se molestaría en enviar para vigilarme. No seguiste el camino de los dulces, ¿verdad? Subiste de otra manera... sí, o te habrían visto... parece uno de esos idiotas a los que convence de hacer las estúpidas tareas de caballero. Los he observado, a veces, los que logran llegar muy cerca, ¡pero esos perros los atrapan, les retuercen el cuello, los lanzan montaña abajo! ¿No has visto sus huesos colgar de los árboles? ¡Solo ella puede visitarme!

—Qué... —Daeg tardó varios segundos en lograr la coordinación correcta para enfundar el cuchillo en el cinturón—, ¿qué es... qué...? Soy... me llamo Daeg... Mi dama, ella... dijo que era un caballero, necesitaba demostrar ser digno de su amor, enfrentar tres tareas, ganarme el respeto de los maeses de Marva...

—¿Tú, un caballero? —bufó la joven con las manos en las caderas—. No eres ni serás un caballero, tan solo un muchacho pobre e ingenuo. ¿Ella exige una prueba de amor

enviándote a hacer tres tareas imposibles? ¿Acaso estás ciego, tienes problemas mentales? ¿Qué amor puedes demostrar muerto? Ah, ninguno lo ve. Todos son tan tontos... Escucha bien: cuando alguien te pide una muestra de amor, no te ama. Eres un parásito, molestia, ¡quiere deshacerse de ti! Pero antes, mascota sin correa, te envía a solucionar los problemas que nadie en sus cabales se atrevería siquiera a mencionar. Eres su juguete, ¡como lo soy yo! Salvo que a ti te prefiere muerto y, a mí, prisionera de sus caprichos. Sigue mi consejo: huye. Deja la ciudad, nunca regreses. Y reza al Santo Elevado para que la dama Earbeth de Marva te olvide pronto y no envíe a sus perros tras de ti.

Daeg escuchó cada palabra con atención. Fue capaz de discernir la verdad que emanaba de los sonidos, oler la pizca de angustia, paladear la envidia a su libertad de poder escapar de la cabaña cuando él lo deseara. Sin embargo, la curiosidad encajó los colmillos en el cuello del joven e inyectó su veneno. Le desató la lengua, la mente, lo impulsó a dar un paso al frente, acción bienvenida con un ceño fruncido y el cucharón inclinado atrás.

—Me dices que eres prisionera, pero no lo parece —dijo. Dio otro paso. Ella se movió para escudarse tras la mesa—. ¿Por qué no huyes?

—Existen muchas formas de encarcelar —. La muchacha pelirroja, poco a poco, bajó el cucharón. Pero no lo soltó—. Por ejemplo, enviarte a lo alto de una montaña, poner perros guardianes que custodian un camino de dulces, el único transitable. O algo propio de brujas: una atadura de espacio. ¿El ágata que tu adorada dama te envió a buscar? Es mentira. Es de ella, es su amuleto de magia. Esa es la prueba de su falsedad, de sus hechicerías. ¡Ella es la bruja!

Sonaba real. Transparente. Daeg quiso creerle. Pero no asociaba la imagen de su dama con la de una criatura tan vil y espantosa.

— Dices que a mí me va a matar, en cambio a ti, te deja viva. ¿Quién eres?

La muchacha alzó la cabeza con orgullo y puso los brazos en jarras.

—Soy Feya de Sour, ¡la más grande actriz que ha existido o existirá en todo el reino! ¡La joya del teatro de Faroh! ¡Feya, el petirrojo! Y soy todo lo que Earbeth desea: juventud, belleza, talento. Ella, vulgar aficionada, me arrastró fuera de las tablas porque no soportó mi éxito. Me golpeó hasta reventarme, apretó mi cuello, porque no soportaba un rostro más hermoso que el suyo... pero no pudo terminar mi vida. Debe conocer el secreto, el por qué el tiempo tarda en mellar mi juventud. Así que, desde entonces, me mantiene aquí, cautiva, con su hechizo de atadura. En cada luna llena viene. Bebe mi sangre de virgen, hierva mi cabello en infusiones, mastica mis uñas, unta grasa en mi piel para robar mi olor. Incluso ha pagado por los servicios de los mejores reescritores, ¡una vez me confesó que tiene en planes contratar al maese Iortyen de Rhóss! ¡El reescritor que está al servicio de la mismísima reina Hagall! Earbeth está convencida de que, a través de sus letras, pueden intercambiar nuestras esencias. Para ella, no soy más que un valioso recipiente que espera ser llenado...

Daeg, aturdido, no dijo palabra. Nunca había escuchado hablar de Feya de Sour, ni de sus proezas en el teatro de Faroh, ni que la dama Earbeth envidiase la juventud de doncellas al punto de encerrarlas en lugares intransitados y drenarles la sangre durante las

noches como una lamia. Por supuesto, él no era un maese con acceso a tales divertimentos. Él era un simple curtidor, quien escuchaba las lecturas del Códice del Santo Elevado en el santuario y se iba a las tabernas con su padre, a reír y beber con los juglares que estaban de paso. De reescritores, solo había escuchado que se trataba de demiurgos (palabra de la cual desconocía su significado) y lo mejor era no acudir a ellos, salvo que se estuviese de verdad desesperado.

Al notar la falta de reacción a su discurso, Feya acentuó su ceño fruncido, balanceó el peso del cuerpo sobre ambas piernas.

—No me crees —afirmó—. Lo veo. ¡Te tiene hechizado! Quizás si te muestro mis cadenas, abandones tu mundo de fábulas...

Feya bordeó la mesa. Pasó muy junto a Daeg y él pudo quedar embriagado, en apenas pocos segundos, con esencia de lavanda. Ella abrió la puerta y sin palabras reclamó que la observase con cuidado. Fue incapaz de dar un paso del otro lado del umbral. Su piel morena quedó marcada por hebras tan rojas como su cabello. A mayor esfuerzo por hacer valer su voluntad de abandonar la cabaña, más y más telarañas brillantes serpentearon por su cuerpo. La ataban al suelo, tiraban de ella, se hundían en su carne con el daño irreverente de una quemadura. La respiración se le cortó con un sonido ronco de asfixia.

Feya, al verse impedida de avanzar, dio un paso atrás. Las ataduras aflojaron su presa, se desvanecieron. La única señal de su presencia se redujo a débiles trazos rojizos. Ella se tambaleó y Daeg se apresuró en sostenerla por un brazo, alcanzarle una silla para que reposara. Tener la oportunidad de disfrutar más tiempo el contacto con su piel febril. A cada segundo que pasaba la dama Earbeth ya no le parecía tan perfecta, sino vieja, desgastada. Una mujer cuya gloria comenzaba a decaer. Sin embargo, Feya de Sour resplandecía a sus ojos cada vez con mayor fuerza. ¿Cómo un joven tan apasionado como Daeg era capaz de ignorar una visión semejante?

—Yo nunca te exigiría una muestra de amor —susurró Feya—. Solo mi libertad, ya que no puedo conseguirla con mis propias manos. ¿Quieres ser un caballero de verdad? ¡Enfrenta a esa bruja y destruye mis cadenas! Y te seguiré, allá a donde vayas. Porque el amor también puede nacer del agradecimiento.

Daeg acariciaba los hombros de Feya con la dulzura de quien teme quebrar una pieza de porcelana. Las doncellas de los cantares siempre estaban indefensas. Necesitaban a un caballero. La dama Earbeth no. Bien que se valía por sí misma. En su mano se enredaba el látigo, de sus labios brotaba la burla. Porque eso fue lo sucedido en la mansión. La dama se burló de él. Lo envió a su muerte. Pero ahora estaba allí, con la virgen Feya en brazos, los ojos de gamo fijos en los suyos. Suplicantes.

Daeg se había vuelto hombre a través de una mesalina[1] de los bajos fondos, a cuyo lecho no tardaba en acudir siempre que ansiase el calor de una mujer que no estuviese unida a él por lazos formalizados ante la sociedad. Sin embargo, esa noche, Daeg supo lo que significaba rendirse a las artes amatorias.

La mesalina Ly se tendía en la cama como una muñeca abandonada mientras él se saciaba. Feya lo cabalgaba con el brío de una amazona que doma a un potranco salvaje. Ly no dejaba escapar palabra de sus labios. Feya se rendía al goce, vocalizaba, gemía. Ly volteaba la cabeza cuando él intentaba besarla. Feya le atrapaba los labios entre los

dientes, bebía de su rostro, de su cuerpo. En cuanto él caía exhausto en la cama, Ly escapaba de su calor y recogía su moneda. Cuando Daeg se tumbó en el suelo de la cabaña, agitado y, aun con la sensación de extremo placer hormigueándole el cuerpo, Feya se acurrucó a su lado. Tibia, mansa.

Antes del amanecer, Daeg abandonó la choza. Descendió del Pico Empinado a través del camino alternativo, el mismo que había trazado lejos de los dulces podridos, huesos que colgaban de los árboles, extraños tótems con calaveras de ratas. Durante el viaje, mató a un lagarto y rellenó su odre con la sangre espesa, cortó un mechón de la crin negra de un caballo de tiro, recogió una piedra y la guardó en una bolsita de cuero. Regresó a la ciudad de Marva, mas no a su casa, donde sus padres rezaban al Santo Elevado para que arrancara de la cabeza de su ingenuo hijo la locura de realizar las tres tareas imposibles impuestas por una dama a la que bien poco le interesaba su bienestar.

Daeg se dirigió a la mansión de Earbeth. Todavía llevaba el cuchillo al cinto.

Proclamó a los sirvientes que había regresado victorioso. Mostró el manojito de pelo negro, agitó el odre lleno de líquido, los dejó palpar la piedra del camino a través de la bolsa. La dama Earbeth no se encuentra, le dijeron; visita su hospicio. Se prepara para su próxima mascarada, esta noche. Daeg afirmó que la iba a esperar, porque había dictado un juramento de cumplir las tres tareas.

Lo condujeron al salón donde la dama lo había recibido. Lo dejaron solo, cerraron las puertas. Él escapó a través del balcón. Entró de regreso en la vivienda un piso más arriba. La habitación de la dama era fácil de localizar: la puerta era la más suntuosa, cerrada a cal y canto. Daeg se las arregló para forzar la cerradura y adentrarse.

Tal y como sucedía con el salón, la estancia era más grande que su propia casa. La dama bien podría organizar una recepción para treinta personas en el lugar. Sin embargo, Daeg no tenía tiempo para perder en nimiedades. Feya le había descrito bien el artefacto que la mantenía prisionera, pues había presenciado su confección mientras Earbeth la mantenía atada a una silla. «Es un cuadro de un palmo. Cinco clavos sostienen una trenza tejida con mi cabello. Siete la encierran».

Para alguien que no tuviese conocimiento de qué buscar, hubiese pasado desapercibido. Para Daeg, no. Encontró la hechicería colgada junto a la cama con dosel. A simple vista, se trataba de un dibujo del perfil de la dama Earbeth tal y como debió ser en su juventud: una joya más hermosa y exótica que la misma Feya. Sin embargo, al acercarse más, descubrió lo rojizo de la trenza y que esta no pertenecía a las pinceladas del retrato, sujeta al lienzo a través de, en efecto, cinco clavos. Contó siete bordeando el marco. Entre ellos, se enredaba una hebra de cabello negrísimo.

Dudó. Que el hechizo estuviese allí, no significaba que la dama fuese una bruja. No era algo admitido en la sociedad y Earbeth siempre demostró preocuparse por mantener limpia su figura, sólida su posición en Marva. Pudo hacer el encargo a una de las muchas brujas que se escondían en los bosques cercanos. O en la misma ciudad, o a saber dónde, quizás el rumor de una bruja en las minas de plata no fuese tan disparatado. Aun así, era una acción abominable mantener a una virgen como Feya cautiva en lo alto de una montaña. Daeg descolgó la pintura y la dejó sobre la alfombra. Hincó las rodillas. Desenfundó el cuchillo y lo alzó sobre su cabeza.

—¿Tú también te atreves a despreciarme, caballero? ¿Tal y como hizo el Coloso de Riven?

La voz se deslizó tan tóxica en los oídos de Daeg que fue incapaz de asestar el golpe. Levantó la cabeza. Earbeth se erguía ante él blandiendo todo el orgullo que era capaz de proyectar. Sus ojos dorados bullían de ira, brillaban más que las llamas de los candiles. Se cubría el cuello con la mano derecha.

—Pensé que, al menos, le darías alcance al Coloso. Pero ya veo que debo encomendar esa tarea a un profesional. ¡Porque tú no eres más que un campesino tonto! ¡Déjame adivinar! ¿Esa maldita bruja confundió tus ojos? ¿Te hace creer que sostienes un cuadro hechizado y es tu deber destruirlo?

Daeg se sintió desconcertado. Brujas aquí, brujas allá, ¿a quién creerle? Miró el anillo de hierro en su dedo. Jamás sintió un temblor, calor, o algún signo de que Feya fuese una criatura mágica. Como tampoco era capaz de percibirlo en ese momento. ¿Cuál de las dos mujeres sostenía la verdad? Sin embargo, una de ellas le había demostrado su encierro, su dolor. La otra, con cada palabra que brotaba de sus labios, no hacía más que admitir su culpabilidad.

—¡Responde, falso caballero! ¿Caíste rendido ante la actuación de esa mesalina? ¿Qué te ofreció que superó mi oferta? ¿Te dijo que era una virgen inocente que, sin razón alguna, mantengo prisionera? ¿Te regaló una noche de placer? ¿Te prometió que, de liberarla, huiría contigo hasta el fin del mundo? ¡Qué hermoso! ¡Digno de cantares...!

A Daeg le tembló la mano en alto, la del cuchillo. La otra se negaba a soltar el supuesto cuadro hechizado. Earbeth no se inclinó en busca del nivel de sus ojos. No dobló las rodillas. No bajó la cerviz. Pero sí sonrió. Una sonrisa terrible.

—Qué mentiras más comunes y, aun así, caes en ellas con la inocencia de un niño, querido Daeg. No necesitó más que eso para controlarte. ¿Todavía no lo comprendes? Te usó tanto como te usé yo. ¿Qué, entonces, a tus ojos, me diferencia de esa muchacha...?

Daeg comenzó a bajar el cuchillo. Un grito de Earbeth y sus sirvientes iban a irrumpir en la estancia con dagas, espadas, atizadores, palos... cualquier cosa que pudiera matarlo al instante o provocarle una agonía sin precedentes. Tampoco era aconsejable saltar por una ventana. Estaba en el último piso de la mansión. Sí, estaba acabado. Porque a donde quiera que mirase solo lo esperaba la muerte. Aunque podría haber una oportunidad. Si era lo bastante rápido.

—¿Por qué me miras de esa forma? ¿Prefieres no creerme? Te recuerdo que todo juega en tu contra, campesino —Earbeth apretó algo en su cuello. Con seguridad, una joya que deseaba proteger del inusitado intruso—. Incluso este encuentro. Al menos, el Coloso de Riven siempre tuvo algo a su favor: estaba rodeado por los invitados de mi mascarada.

Daeg decidió no desperdiciar más tiempo. Con un bramido recogió el cuadro y lo usó de escudo para embestir a la dama Earbeth, mientras escondía el cuchillo tras él. Hubo un zumbido, un chisporroteo como el del fuego avivado y el lienzo se hizo pedazos en su mano. Al segundo siguiente sí vio la causa. El ágata púrpura que supuestamente era su tarea recuperar, resplandecía en el cuello de Earbeth. Sus ojos eran pequeños soles. Y de sus dedos estilizados brotaba un rayo, igual a los que retumbaban en el cielo durante las

tormentas implacables. Impactó en el anillo de hierro de Daeg con un chasquido seco. El anillo que, según la superstición, debía sofocar a los entes mágicos.

El joven fue incapaz de gritar. La descarga le reventó el dedo, se abrió paso en su interior, calcinó sus entrañas, serpenteó por sus extremidades y lo abandonó al abrirle un agujero en el pie derecho. Cayó al suelo ciego. Incapaz de sentir dolor. Su corazón ya no latía. Pero su mente por algún extraño motivo funcionaba y era dueña de su oído.

—Tú, en cambio... —escuchó hablar a Earbeth, muy, muy lejos—, fuiste tan estúpido de enfrentarme a solas. No serás virgen, pero últimamente, no hago distinciones. Ni siquiera de la sangre que bebo.

Lo último que escuchó Daeg antes de que su mente terminara de apagarse, fue el sonido de una lamia que sorbe líquido vital del cuello de su víctima.

[1] Mesalina era la forma femenina del nombre Mesala, pero debido a esta emperatriz romana y su fama, el nombre de Mesalina adquirió etimológicamente un nuevo significado: llegó a representar la idea de mujer muy libidinosa, hasta ser usado como un sinónimo de prostituta, similar a adjetivos como «ramera» o «meretriz». Esto en alusión a las anécdotas de la legendaria lujuria que de ella se contaban.

Casa roja

Mayayo Martínez, Iván

Cada noche, al llegar al faro, se quita las botas de agua empapadas. El olor a salitre impregna las paredes de la casa y a él. Voy a su encuentro y lo abrazo, su barba mojada cosquillea en mis mejillas.

—¡Te he echado de menos! ¡Qué bien estamos aquí! ¿Verdad, abuelo?

—¡Claro que sí, cariño! —responde riendo.

El tictac de los engranajes del hogar y su risa llenan el salón y mi memoria.

El carruaje de vapor, con el féretro, se detiene junto a un nicho de la calle principal del cementerio de San Miguel rodeado de mausoleos con formas caprichosas: mansiones góticas, pirámides egipcias protegidas por esfinges... Un androide preside el desfile portando un paraguas, mientras la banda de veteranos de la marina lo siguen con tubas, trompetas y trombones, a ritmo de jazz. Elisa, con una vistosa cazadora de flores sobre el vestido negro, cierra el cortejo acompañada por una enorme mujer de ostentoso luto y un hombre escuálido con un fino y largo bigotillo: los tíos Marina y Humberto, empeñados en demostrar cuánto quieren a su joven sobrina delante de todo el mundo. «Preciosa, sonríe, no se acaba el mundo. Pronto heredarás», le susurran sibilantes, pero Elisa está a punto de derrumbarse. Se deja llevar, dolorida por la presa de la áspera mano de la tía en su hombro, saturada por el olor a almizcle y las notas metálicas que se alojan en los oídos. La saliva, reseca, amarga su boca. Sus ojos transmiten tanta tristeza por la muerte del abuelo Alfonso, con el que vivía en el viejo faro, que las estatuas animadas de ángeles parecen que apartan la mirada. Un golpe seco cierra la sepultura para siempre, el cliqueo de los engranajes del androide cambia de tercio, agita el paraguas y la música ahora suena alegre y rápida, aunque Elisa, buceando en sus recuerdos, no escucha nada.

El despacho de Mara Rincón, la albacea, está escondido en un edificio ultramoderno que desentona con la mayoría de las construcciones del pueblo costero. Completamente de cristal, el sol de la tarde lo convierte en una tea ardiente, un gran faro terrestre que guía a los transeúntes en su camino.

Tras salir del ascensor entran en un diminuto cubículo sin ventanas, apenas una mesa de madera rústica, pizarras con listas de la compra en las paredes y libros que escalan la estantería e invaden el espacio. Huele a mar, polvo y arena mojada. Mara está sentada detrás de la mesa. Extremadamente delgada, piel azabache, pelo rapado, gafas de pasta oscura y un traje negro con la corbata floja. Los invita a ocupar tres pequeñas sillas justo enfrente de ella con un grácil gesto.

Elisa parece una muñeca en manos de sus tíos, que la empujan y la sientan. No paran de manosearla, como si el amor fuera proporcional al agobio que le producen. No escucha lo que dice la fiduciaria, su mirada se pierde entre la lista de productos pendientes de comprar que aparecen en las pizarras: limones, lechuga, compresas, ginebra... De repente se da cuenta de que la mujer la mira con una gran sonrisa de comprensión. Le entrega una carta, decorada con un collage marinero, unos papeles y le acerca una pluma:

—Elisa, en cuanto firmes estas escrituras te convertirás en la propietaria del faro y podrás continuar viviendo allí. Así lo quiso tu abuelo.

—¿Y el dinero?! —gritan al unísono los tíos.

—No hay nada más —responde la albacea—, es todo.

Marina y Humberto se levantan bruscamente.

—¡Ese viejo chocho se ríe desde la tumba! Firma. ¡Vivirás con nosotros!. Ya venderemos esa ruina.

—No —dice Elisa débilmente. Los recuerdos de su vida con el abuelo le anclan en su sitio.

—¿Qué has dicho?

—Él fue el único que se encargó de mí. Se lo debo. Os podéis ir, yo me quedo.

—¿Cómo te atreves? —Humberto levanta la mano para abofetear a la niña.

—Creo que la decisión de la joven ha sido clara. Legalmente puede vivir sola si le place y no voy a tolerar conductas inapropiadas en mi despacho. —La voz de Mara ha pasado de ser suave a terrible y, de pie en la diminuta oficina, parece una larga sombra amenazadora.

Los tíos se despiden airados. Balbuceando, abandonan el despacho de un portazo. Elisa coge la pluma para firmar, su tacto es agradable.

—Tómate tu tiempo, querida. No tenemos prisa.

Más relajada, se recuesta en la acogedora silla y se deja transportar por el olor, paladeando la humedad que le recuerda al hogar.

—¡No me sueltes, abuelito!—estreno el aerociclo, sin ruedines, cargada de inseguridades

—¡Pero si hace ya un buen rato que no te sujeto! ¡Eres, ya, muy mayor!

Grito de emoción, el miedo me asalta y pierdo el equilibrio. Con un pequeño silbido mecánico caigo contra el suelo. Me levanto, riendo y llorando a la vez, un poco dolorida.

—¡Otra vez! ¡Y, ahora, yo sola!

La estela de sus ojos, siempre risueños, acompaña mis lágrimas.

Por la sinuosa carretera que separa la costa pedregosa de las verdes colinas, Elisa conduce una motocicleta anular de rueda única, intentando escapar, en cada curva, de las imágenes del pasado que la desasosiegan, agitadas por el viento igual que su media melena oscura. La carta que le ha entregado la albacea, guardada entre su ropa sin abrir, presiona su pecho. «Buena suerte», le ha dicho Mara antes de despedirse, «No dejes que los recuerdos te sepulsen, úsalos de combustible para crear nuevos». Acelera con rabia, al menos sus tíos han desaparecido de su vida. El olor a musgo y a sal lo invade todo.

Atardece cuando llega al viejo amarradero. El sol anaranjado, brillante, ilumina de oro las viejas tablas de madera cubiertas por flores carmesíes, caídas de los árboles que flanquean el camino. Aparca la motocicleta y camina por el embarcadero, que se lamenta con cada paso, hasta llegar a una campana de bronce, colgada de una viga encerada. Justo en frente, golpeado por el mar, se recorta la enorme silueta del faro. Golpea el instrumento con el badajo, su tañido es melancólico, y espera. Al poco, entre el ruido del

oleaje, se escucha un chirrido rítmico, una góndola manejada por un pertiguista mecánico con una vieja gorra calada y un abrigo agujereado que ondula al avanzar. Cuando llega al muelle, Elisa, sube a bordo sin dudar un instante.

—Volvamos a casa, Caronte. —Acaricia el frío rostro metálico del autómeta que huele a océano y la embarcación da la vuelta mientras el sol sangrante, que muere en el horizonte, alumbra el camino de regreso.

La «Casa Roja» es uno de los seis faros, construidos sobre plataformas metálicas que sobresalen del mar desde hace más de dos siglos, que bordean la agreste costa. Completamente pintado de rojo, el salitre y el paso del tiempo han blanqueado parte de las paredes y del tejado.

Elisa baja de la barca y abre la puerta. La recibe el clic clac de martillitos y ruedas dentadas del sistema automático, creado por Alfonso, que enciende la gran linterna cada atardecer. Activa los interruptores y, con un zumbido, todo se ilumina. Se siente extraña al encontrar la casa vacía, congelada en el instante del desayuno. La taza, volcada sobre la mesa, le recuerda que tiene mucho que recoger. Pese a los recuerdos.

—Abuelo, ¿no echas de menos tu barco? ¿Volver a navegar?

—Estoy contento en este faro. Es nuestro hogar. Ayudo a las embarcaciones perdidas a encontrar su camino y, además, puedo estar a tu lado.

—¿Lo haces por mis padres? A ellos el farero no les ayudó.

—No lo sé —dice disimulando un gesto de tristeza—. Aunque algún día, en el futuro, seguro que regresaré a mi nave y surcaré de nuevo el mar y los cielos.

Está destemplada y decide darse un baño antes de cenar algo. Deja correr el agua de la bañera y se desnuda frente al espejo del armario. Al abrirlo para buscar gel, encuentra todos los útiles de afeitar de su abuelo y le invade una sensación de insoportable soledad. Toca la brocha y las ásperas cerdas le hacen cosquillas como cuando era pequeña; huelen a él. Un profundo pesar le invade. ¿Ahora qué? Un futuro vacío le espera. La cuchilla, de filo helado, convoca ideas morbosas: con el calor de la bañera serían solo dos pinchazos intensos y un profundo sopor...

A través de la puerta abierta ve, de pronto, cómo un quinqué flotante, encendido, cruza el pasillo. Deja caer la cuchilla en el lavabo con un fuerte golpe y emite un pequeño grito. Sorprendida, asustada. El resplandor azulado y silencioso regresa, como si de pronto hubiese reparado en su presencia. Se detiene frente a ella. Elisa está atemorizada. ¿Qué es eso? La fantasmagórica aparición se mueve frenéticamente y se marcha invitándola a acompañarle. Comienza a subir las escaleras hacia la buhardilla. Sin pensar, Elisa abandona el baño y lo sigue.

Con un crujir de madera, sube a la segunda planta, pasa por delante de las habitaciones, aún revueltas, tal y como quedaron la mañana del infarto, y continúa hasta el tercer y último piso. Un escalofrío eriza el vello de su cuerpo al entrar en la buhardilla y la hace consciente de su desnudez. Se muerde los labios salados. Algo va mal. No escucha la cadencia de los engranajes del mecanismo de seguridad. La luz del faro, que

debería estar encendida, permanece apagada. La estancia está iluminada por el resplandor azul del viejo candil marineró que la ha guiado hasta allí. El reflejo que genera la luz en la cristallera es extraño, un hombre sujeta la fría lámpara con manos enguantadas. Cubre su rostro con una inquietante máscara blanca, lisa, y monóculo. Viste uniforme de la marina, azul con botones y bordados en oro. Con la mano libre apunta hacia el mar. Elisa ya no siente miedo, a través de él puede ver claramente, pese a la creciente oscuridad, cómo un velero navega a ciegas directo hacia las rocas.

Rápidamente abre la arqueta del faro y, con manos temblorosas, desenrosca la gran bombilla. El calor residual lastima las yemas de sus dedos. La deja en el suelo y desembala una de las nuevas, tal y como le había enseñado el abuelo. La enrosca con mucho cuidado y cierra la portezuela. Al subir la palanca, la potente luz corta la oscuridad nocturna guiando al barco que vira en el último instante y consigue, así, librarse de su fatal destino.

Pese al frío, Elisa está sudando. Se sienta en el suelo llena de ansiedad, hiperventilando. Un golpear de ruedecillas le indica que, misteriosamente, vuelve a funcionar el sistema mecánico. La lámpara azulada levita a su lado, la tranquiliza. En su llama se materializan imágenes:

«Un barco navega de noche, bamboleado por una furiosa tormenta. Siente la humedad y el frío en su cara, al igual que los dos integrantes de la embarcación, un hombre y una mujer. No recuerda el rostro de sus padres, pero sabe que son ellos. La linterna que debía guiarlos no ilumina, el farero está dormido entre efluvios de vino. El fuerte crujido al naufragar contra las rocas la sobresalta. Los gritos de sus padres se ahogan entre los truenos y relámpagos antes de que el mar se los trague para siempre».

Todo se desvanece y Elisa imagina la cuchilla, abandonada en el baño, manchada de sangre. Siente repelús y lo expulsa sacudiendo la cabeza. Entonces recuerda la carta con el collage marineró, algo muy típico de su abuelo. Se levanta y abandona la buhardilla, dejando atrás el candil azulado, para bajar por las escaleras dolientes hasta la planta inferior.

—¡Oh! ¡Mierda! —sus pies descalzos chapotean.

En el baño, empañado de vapor, el agua ha comenzado a rebosar de la bañera. Cierra rápidamente el grifo y localiza su ropa tirada en el suelo, en un rincón, medio mojada. Rebusca y encuentra el sobre. Por primera vez lo abre. Aunque la mayor parte es legible, se ha emborronado con la humedad:

«... cuida de la «Casa Roja», de su linterna. La has vivido y sentido desde niña, sabes todo lo que hay que hacer. Su vida ya es tu rutina. Bajo mi cama hay un cofre con dinero, nunca confié en los bancos, será suficiente para que puedas vivir sin preocupaciones...».

Termina de leer y una lágrima liberadora resbala por su mejilla, seguida de todo un torrente. La lámpara flotante cruza de nuevo por delante del baño hacia la entrada.

—¡Eh! ¡Espera!

Coge un viejo albornoz de felpa rosa de detrás de la puerta y baja a toda velocidad, a tiempo de ver cómo el quinqué sale por la puerta principal. Lo sigue, el frío nocturno la estremece. Caronte está allí mirando al vacío, mientras sus engranajes aparecen iluminados por un fuerte resplandor proveniente de un gigantesco buque translúcido. El

casco es una gran cara enigmática; las velas se inflan y las bujías y los motores de vapor bufan haciendo que se eleve sobre el agua, emitiendo un viento fantasmal que agita su albornoz y su cabello. El escozor de las quemaduras en los dedos le indica que todo es real. A bordo, el capitán de la máscara y el monóculo, levanta el candil azul a modo de despedida. Su abuelo ha querido decir adiós antes de iniciar su último periplo. Con los ojos aún húmedos, grita agitando las manos:

—¡Buen viaje! ¡Vuelve a cruzar el mundo, abuelito!

El gran barco atraviesa la luz del faro y vuela raudo, perdiéndose en la inmensidad de la noche. Una risa, sonora, cruza el cielo, rompiendo el tiempo.

«... no llores por mí, estaré navegando en mi viejo navío hasta las estrellas. Vive una vida plena. Te amo, mi pequeña».

Recordando el final de la carta, Elisa sorbe sus últimas lágrimas y, sonriendo, vuelve a entrar dentro del reconfortante tic tac de la «Casa Roja». Tiene mucho que hacer, ahora, que ha decidido ser la encargada del faro.

Círculo infernal

Dolo Espinosa

Dolor, angustia, terror.

Sangre, entrañas, lágrimas, mocos.

Sudor, alaridos, súplicas.

Ante mis ojos el horror se despliega, reptá, crece y se multiplica hasta inundarlo todo.

Soy una muchacha que grita, penetrada y desgarrada por un hierro candente mientras mi violador y asesino juguetea con su flácido miembro.

Soy un adolescente que lucha por alejar de su cuello la cuerda de la que cuelga y que lo ahoga lentamente, mientras mi asesino clava un cuchillo en mi estómago y, de un único tajo abre mi vientre y, lentamente, comienza a extraer mis vísceras.

Soy una mujer que yace sobre una mesa, mis pechos han sido rebanados, casi arrancados y caen a ambos lados de mi tórax, apenas sujetos por un trozo de piel. Mi vientre está cubierto de profundos cortes, al igual que mis brazos y piernas. Apenas gimo ya, exhausta y casi muerta en tanto el asesino, entre mis piernas abiertas, intenta penetrarme sin ningún éxito.

El asesino corta, rompe, rasga, extrae, mata.

En sus ojos el placer insano que le provoca arrancar vidas.

En los de la víctima pánico, incomprensión, dolor y muerte.

Y cuando los ojos se cierran y me creo libre, todo vuelve a comenzar.

Soy un niño que muere lleno de terror e incomprensión, golpeado, torturado, despedazado y clamando por su madre bajo la mirada fríamente analítica del asesino.

Soy una chica que es descuartizada viva, obligada a despertar cada vez que el dolor la lleva a la bendición del desmayo.

Soy un hombre que es forzado a comerse, primero, su propia lengua y luego, sus genitales.

Dolor, angustia, terror.

Gritos, sangre, miedo.

Soledad, lágrimas, muerte.

No hay descanso, ni compasión.

Muero millones de horribles muertes en miles de cuerpos.

Sufro el dolor de millones de cortes, desgarros, incisiones, decapitaciones, destripamientos, desmembramientos, violaciones, golpes...

Siento el terror más oscuro, la desesperación más profunda, la locura más extrema.

Ese es mi castigo.

Ese es mi infierno.

Morir de mil formas diferentes cada día, reviviendo por toda la eternidad cada muerte por mí infligida.

Porque soy la muchacha, el adolescente, el niño, el hombre, pero también soy el asesino que, con fríos ojos de reptil, contempla cada víctima por él (por mí) ejecutada, con indiferencia y desapego.

Soy víctima y asesino en un círculo infernal e infinito.

Siento a la vez el terror de morir torturado sabedor de que soy mi propio torturador y el pavor del asesino que se sabe causante de su propia tortura.

No quiero hacerlo, lucho por frenarme, pero no puedo, soy sólo una marioneta en manos de un poder externo.

Me miro a los ojos, suplicante, aunque sé que nada puedo hacer por detenerme.

Y así continúo en un eterno círculo de muerte y horror.

Dolor, angustia, terror.

Sangre, entrañas, lágrimas, mocos.

Sudor, alaridos, súplicas.

El asesino corta, rompe, rasga, extrae, mata.

La víctima se retuerce, grita, sufre, muere.

Somos uno, somos lo mismo.

Torturo, mato, muero...Y todo vuelve a empezar.

Distintas orillas

Verón, Daniel

Pocas cosas tan extrañas halló el Supremo Thorklind en tantos años de recorrer galaxias como lo encontrado esta vez en el planeta Merican—8. En principio, el almirante dedicó un tiempo a recorrer diversos sistemas cercanos entre sí con la nave Antar a la cabeza. Después optó por tomar tierra en aquel mundo que era el asiento de la civilización mericana, una de las principales de aquella galaxia.

Lo que los federales hallaron, difícilmente podía ser más sorprendente. En aquel mundo nunca hubo ninguna clase de seres animales ni vegetales. En cambio, existían algo así como diversas “graduaciones” de seres humanos. A lo largo de su historia, habían sumado varias decenas, pero actualmente se reducían sólo a tres clases de MH (Medio Humanas) diferentes. Sin embargo, no todos disfrutaban de los mismos privilegios. En cualquier edad que fuera, siempre había existido alguna clase de raza dominante y otra sometida. A falta de animales, la raza mayor, llamada Serfos, se alimentaba de la raza menor, los Quines. La desigualdad había llegado a un nivel tan grande que los Serfos ni siquiera se tomaban la molestia de matar a los Quines, sino que empleaban a la raza intermedia, los Karpas, que eran quienes se ocupaban de estos menesteres.

Tanto los Quines como los Karpas se alimentaban de productos minerales, situación que llevó a que se desarrollaran tan plenamente como los Serfos. No obstante ello, su carne era para los Serfos mejor alimento que los minerales de Merican—8. Tanto Thorklind como Alsa—Inyi pasaron largo rato observando la vida de unos y otros, familiarizándose con ellos, pero sin poder explicarse cómo es que se podía llegar a algo así. De modo que luego tuvieron reuniones con diferentes científicos y, finalmente, fue transportado a bordo el insigne Kurkiley, uno de los mayores especialistas en civilizaciones MH. Fue él, entonces, quien desarrolló una de las primeras teorías conocidas acerca de esta clase de diferencias.

En primer lugar, para Kurkiley, el HS (Hombre Solar) era una criatura creada específicamente por alguna criatura inmensamente mayor. De ahí que siempre hubiese tenido tantas cosas a su favor para desarrollarse. En cambio, los mericanos y otras razas con características similares NO habían sido creadas, sino que se habían desarrollado gracias a condiciones favorables del ambiente, o bien habían sido “sembradas” por otras razas. Por lo tanto, al no existir mega—objetivos a largo plazo, quedaban evidenciadas sus muchas carencias. Y si bien los Serfos eran una raza que estaba en plena expansión espacial, su subsistencia aún necesitaba de métodos tan primitivos como éste, de matarse unos a otros para servir de alimento a los más poderosos.

La flota siguió viaje en su recorrida interminable del Cosmos. Diferenciándose de otros almirantes que eran esencialmente exploradores, Thorklind también era un Pantocrator y, como tal, luego de cada viaje, solía reunirse con Alsa—Inyi y otros científicos para elaborar luego, algo así como un resumen de todo lo visto; éste, luego, sería incluido en los archivos de la Federación. Aquí también se añade la anécdota de que Thorklind le pide expresamente a Kurkiley que los acompañe en sus viajes, al menos

durante cierto período, a lo que el sabio responde que sí y, entonces, se agrega como uno más de la tripulación.

El siguiente destino estaba en un cúmulo situado en Piscis, adonde los instrumentos habían demostrado que en una galaxia relativamente pequeña existían varios mundos habitados por razas MH. Sin embargo, al acercarse a aquel lugar, los oficiales del puente de mando de la nave coincidieron en avisar que estaban recibiendo algo así como una señal de auxilio de algún planeta, y es allí adonde se dirige la nave Antar.

Es grande la sorpresa cuando los instrumentos consiguen descifrar el mensaje. Este proviene del planeta Tolar—6, habitado por una raza MH, y consiste, específicamente, en un llamado pidiendo algo así como un médico. Por lo visto, en aquel lugar la medicina es algo completamente desconocida y, a juzgar por la falta de respuestas, se diría que en toda aquella galaxia es así. Thorklind decide enviar una delegación a Tirámpolis, la ciudad capital, para conocer a sus habitantes, los tolarianos, y saber mejor de qué se trataba.

En Tolar—6 las enfermedades son desconocidas, sólo existen los accidentes, de modo que sus habitantes apenas saben de primeros auxilios. Pero, en este caso, lo que ha sucedido es algo diferente. Con la proliferación de los viajes espaciales, uno de sus principales dignatarios, el comandante Grigger, ha contraído en cierto mundo, una rara enfermedad que está consumiéndolo de a poco. Al parecer, se trata de un hombre muy querido en la sociedad en general y que goza de cierta fama. De ahí la preocupación general en que sea sanado.

No hay ninguna duda que esta es una misión para el doctor Nobeles. Este se encarga de hacer primero, todo un trabajo de investigación de lo sucedido a Grigger, tras lo cual se dirige personalmente al mundo donde ha contraído la enfermedad. No se trata sólo de un virus, sino de algo que también ha producido una deformación en algunos de sus órganos internos. El análisis continuó por varios días hasta que, finalmente, Nobeles logra un reactivo y decide operar a Grigger. Se trata de algo que no ha sido hecho en mucho tiempo y menos aún con razas ajenas al HS. La inmensa tecnología de que dispone, hace que la operación se extienda sólo unos 15'. En ese período, el cuerpo del comandante Grigger sufre una serie de cambios hasta que resulta totalmente restaurado.

Lo que sucede a continuación es igualmente increíble. Ya repuesto del todo, Grigger se postra ante el Dr. Nobeles adorándolo como un dios, algo que éste acepta como algo natural y normal. Después, una delegación de tolarianos se dirige a Thorklind haciendo algo así como un pacto de obediencia por parte de su raza hacia lo que ellos representan, es decir, la Federación.

Esto también es aceptado por el almirante quien deja constancia que, desde entonces, los tolarianos habrán de pertenecer a la Federación; no se especifica en qué condiciones, aunque ellos mismos son conscientes de que no poseen el mismo desarrollo que el HS. Aunque no queda consignado en ninguna parte, los tolarianos estarán subordinados al HS y serán algo así como una raza colaboradora del mismos. En cuanto a Nobeles, Thorklind dialoga con él y acepta que el doctor permanezca en Tolar como una especie de embajador de la Federación.

A continuación, la flota encabezada por la nave Antar se dirige al planeta Loger—4,

donde el almirante decide tomar un breve descanso, pensando especialmente en su tripulación que, en ciertos casos, lleva años viajando por el Cosmos. Además, Loger—4 es una colonia de la Federación, creada por Merning, uno de los almirantes de menor categoría, de aquellos que se limitan a recorrer regiones ya conocidas. En Loger, existen varias pequeñas ciudades, muy típicas de la Federación, de estructuras bajas, de una sola planta, y avenidas inmensas por donde circulan unos pocos vehículos. Por encontrarse a cierta distancia de su sol, el mismo, de tono celeste, se lo ve más bien pequeño y, en pleno día, la luz que arroja es como la de un atardecer.

Allí Thorklind se reúne con Merning y otros colonos que están allí hacen algún tiempo. Charlan amistosamente e intercambian experiencias. Para Merning es todo un honor recibir al almirante en aquel lugar creado por él mismo. En cuanto a los tripulantes de la flota, cada uno trata de descansar lo mejor que puede. Sin embargo, he aquí que sucede un hecho completamente inesperado. Un día, a poco de iniciadas las actividades, en la sede de gobierno es recibida una señal automática informando de la aproximación de una nave espacial desconocida.

Tras algunas vacilaciones, Thorklind se ocupa personalmente de investigar de qué se trata. Para eso convoca a varios de sus mejores oficiales y entre todos logran determinar lo siguiente: La nave forma parte de una flota mucho mayor y es comandada por un personaje que se comunica con ellos y dice llamarse Retur, el cual ostenta un cargo equivalente al de los almirantes de la Federación. Aparentemente proviene de otra Edad y de una región espacial muy diferente. Retur asegura que su misión es puramente exploratoria aunque, según él, Loger—4 y otros mundos cercanos, se encuentran “dentro de sus dominios”.

Por fin, tiene lugar el encuentro. Tal como Thorklind y otros han hecho infinidad de veces, esta vez es el almirante que resulta visitado por el líder de una fuerza exploratoria similar a la suya. Sobrevienen los saludos de costumbre, mas luego Retur, de aspecto semi—humano, se interesa particularmente en un solo tema:

– ¿Qué hacen ustedes aquí?.

Algo molesto, Thorklind explica sintéticamente quiénes son y qué hacen en esos momentos: Descansar por un breve tiempote sus numerosos viajes.

Ante la sorpresa general, esto parece producir un cambio drástico en Retur. Visiblemente molesto, responde que, siendo así, no vale la pena seguir hablando con ellos ya que su propia civilización jamás descansa. Pero aún: el descanso es considerado como algo vil y sacrílego que transgrede la concepción que ellos tienen de la vida. Merning intenta explicar que el descanso de la tripulación es sólo algo circunstancial pero, ante el estupor general, Retur da media vuelta y se va de nuevo con los suyos a la nave. Poco después, la misma se eleva en el firmamento de Loger ante el silencio general. Aún disgustado, el almirante murmura:

– Fíjese, Merning, la reacción que este ser ha tenido y la opinión que se ha formado de nosotros tan sólo por dos minutos que nos ha visto personalmente. Espero que nosotros nunca cometamos un error parecido.

– Así es, almirante – replicó Merning.

Superado el tiempo de vacaciones, Thorklind regresa a bordo de la nave Antar y,

junto a Alsa—Inyi, examina algunas de las posibles rutas a seguir. Desde luego que todavía hay mucho que recorrer, pero también es cierto que, cuanto más inmensidades recorren, el espacio no conocido es cada vez menor. En lo posible, el almirante trata de seguir cierto plan según el cual, quienes vengan después que él, puedan repartirse el espacio a conquistar en sectores de medidas similares, sin que haya lugares desconocidos en el medio. Lógicamente, esto tiene mucho que ver con la distribución de sistemas planetarios en las diversas galaxias. Es así, entonces, que el almirante decide dirigirse a la región de Leo, donde hay pocas pero interesantes galaxias.

Entonces, es así que Antar y la flota que le sigue, se internan en la galaxia Ylasian cuyas dimensiones son apenas la mitad de la Vía Láctea y que parece estar habitada solamente por tres grandes civilizaciones. Tras cierto estudio, el almirante decide dirigirse al planeta Surmom que es la cuna de una de aquellas civilizaciones: la de los Surmos, aparentemente, la raza más importante de la región.

Como en tantas otras ocasiones, el Universo vuelve a demostrarle a los federales cuán inmenso es y qué lejos se está todavía de tener todo clasificado, tal como algunos, ingenuamente, aún creen. En principio, los Surmos aparentan ser una raza MH como cualquier otra. Su físico, sus órganos internos y hasta algunas de sus costumbres, son semejantes a casi todo lo que el HS ha visto en sus viajes por cientos y cientos de galaxias. Incluso hay una noche en que Thorklind, Alsa—Inyi y varios oficiales, lo pasan en una especie de confitería dialogando con un grupo de surmos sobre una diversidad de temas. Allí es, entonces, donde se enteran de algo que no esperaban: Por alguna causa imposible de descifrar, el alma de los surmos no se encuentra perfectamente unida a su cuerpo físico. Es más, se trata de almas que poseen un recuerdo nítido de existencias anteriores con otros cuerpos.

Así es. Piram, por ejemplo, el interlocutor de Thorklind, recuerda escenas y detalles de, al menos, unas 20 vidas anteriores, si bien se trata siempre de la misma alma ocupando diferentes cuerpos. Cada cuerpo ha vivido, en promedio, unos 100 años. Ahora bien; en los primeros tiempos, el alma sí estuvo perfectamente unida a su cuerpo y no conservaba recuerdo alguno de lo sucedido en cada vida. Sin embargo, poco a poco, las almas fueron volviéndose autoconscientes y así recordaban todo lo sucedido. Pero eso no era todo. Piram explicó con lujo de detalles que, entre una vida y otra, ellos poseían un poder de decisión sobre a qué cuerpo ir y evitaban, por supuesto, todo aquello que les perjudicara de alguna manera.

La charla continuó por largo tiempo más y en cierto momento Thorklind se pregunta en voz alta, qué habría sido del HS si él también hubiese dispuesto de la misma capacidad. En efecto: ¿Qué habría pasado si un alma cualquiera hubiese evitado conscientemente hacer en una región, pobres, o en una raza, sometida? Sin duda que la Historia Universal habría sido completamente distinta.

Sin embargo, hay un punto que al almirante se le ha pasado por alto. ¿De qué se trata? Veamos:

– Almirante Thorklind – dice Piram – puedo asegurarle que el vivir distintas vidas es muy interesante, especialmente cuando se trata de una novedad. Pero hay algo más.

– ¿De qué se trata? – interroga el Supremo.

– En medio de todo esto hay muchos de nosotros, entre los cuales me incluyo, que a esta altura, después de tantos miles de años vividos, lo único que realmente deseamos es descansar. Una cosa es vivir UNA sola vida como es su caso o el de tantos otros federales, pero piense que nosotros, en cierto modo, siempre estamos comenzando de nuevo. Uno vuelve a nacer, vuelve a ser niño, vuelve a trazarse planes, a crecer, a vivir distintas experiencias. Y no crea que el recuerdo de lo pasado hace que uno sea mejor, ya que se trata de vivencias que nada tienen que ver entre sí.

– ¿Esto es así, entonces? – dijo Thorklind. – ¿Usted y otros verdaderamente desean que este proceso, nacimiento y muerte, se termine alguna vez para que sus almas puedan descansar en paz de una buena vez?

– En estos momentos eso es lo que más deseamos, más que cualquier otra cosa – aseguró Píram. – Sin embargo, ¿sabe una cosa? Sinceramente sentimos que alguien se ha olvidado de nosotros y que este proceso seguirá por siempre jamás. Y en cierto modo envidiamos a gente como ustedes que viven en este Universo una sola vez y luego su alma parte definitivamente a descansar en algunos de los universos paralelos.

Thorklind lo miró unos momentos en silencio, como poniéndose en su lugar, y finalmente, poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Mi estimado Píram, hay algo que le puedo asegurar. Me reuniré con mis compañeros, los demás Pantocratores, y estudiaremos más ampliamente su caso. Hoy no puedo asegurarle nada, pero le prometo que haré todo lo posible para ayudarles a revertir este proceso.

Por un momento, el rostro de Píram y sus compañeros se iluminó, esperanzado. Murmuró un agradecimiento entre dientes y luego simplemente levantó su vista más allá, al cielo estrellado de Surmom.

Esmeralda, ¿quién soy yo?

Santos, Isabel

Por aquellos días, todos los reyes de Europa tenían una jauría de reencarnados: un séquito de súbditos en los cuerpos de sus perros. Cada vez que se lograba un traspaso, la persona que tomaba la pócima moría, y un perro aparecía en la puerta de algún castillo presentándose con su nombre y procedencia. Ese era el progreso logrado en la búsqueda de la inmortalidad. Pero los sucesivos fallos no hacían más que incrementar las jaurías. No había en la realeza otra forma de conseguir la reencarnación.

Poco a poco se fue perdiendo la esperanza. Los reyes dejaron de pagar los experimentos, y el método fallido estuvo disponible para toda la gente.

La anciana Esmeralda no se decidía, aunque su edad lo aconsejaba. Estiraba el momento del paso. La jauría familiar insistía. Ya había varios reencarnados viviendo en su casa, incluyendo a su marido. Algunos elegían a los perros a los que querían habitar: los ataban cerca del lugar donde bebían la pócima, y revivían en esos animales capturados.

Ella se preguntaba si valdría la pena seguir viviendo, si tenía que vivir en el cuerpo de un perro. ¿Valdría la pena seguir viviendo, si tenía que robarle el cuerpo a un perro?

Ese día Esmeralda quiso ser simpática, y sonrió disimulando el malestar que le provocaba encontrar a su esposo conversando con sus cuatro amigos. Todos echados en el piso de la cocina. Su marido, un ovejero alemán de pura raza. Los otros cuatro, cruza de varias mezclas.

El ovejero llevaba la conversación. Esas charlas eran demasiado perrunas para que Esmeralda pudiera participar, y menos opinar. En ese caso, el tema era el olfato. Algo que todos los reencarnados disfrutaban. A veces, demasiado para su gusto.

Cuando ella creyó que se había liberado de participar de la charla, sonriendo al pasar de largo; el ovejero, haciéndose el interesado y modulando las palabras, casi oyéndose como un ser humano, le dijo:

—Ya elegimos una cachorra para vos.

Ella se paró en seco, y lo miró.

—¿Cuándo te vas a decidir? —seguía su marido—. ¿No te parece que ya es hora? Y la miró de arriba abajo con desprecio.

—La perra es hermosa —dijo uno.

—Es la más cariñosa de la camada —acotó otro.

Esos dos amigos de su esposo hicieron un gesto con la lengua. Y el ovejero ladró con autoridad.

Esmeralda sintió un miedo extraño, y casi vomita el veneno que le provocó pensarse como la pensaban su marido y los amigos. La incomodidad por tener que compartir su vida con esas bestias ya había llegado al límite. Pero, fiel a su estilo pacífico, siguió sonriendo. La sonrisa le aseguraba una huida rápida. Necesitaba salir a tomar aire.

Ella había nacido en un mundo al que no pertenecía. Sentía que toda la jauría del pueblo la perseguía y la acorralaba. Y, como el brebaje de reencarnación era muy fácil de conseguir, la aterraba tomar agua en su casa. Se decía que algunos reencarnados

obligaban a las personas a fabricar el brebaje, y a dejarlo disponible en las casas mezclado con el agua. El engaño había provocado la muerte y el traspaso de muchas personas, incluso niños. Las jaurías de reencarnados aterrorizaban a las pocas personas que quedaban vivas. Había más perros-humanos que gente en el pueblo.

Esmeralda tenía la excusa de lo curativo de la fuente, que había cerca de la iglesia, para ir por agua. Mentía diciendo que le aliviaba el dolor de cintura. Pero su origen, vertiente arriba, le ofrecía cierta seguridad. Dudaba de su marido. Desconfiaba muchísimo de que no siguiera respetando su decisión.

El ruido del agua contra la piedra de la fuente le trajo el ánimo a la cara. Esmeralda ya usaba un bastón para dar los pasos. Inclínada desde la cintura, su cabeza llegaba a pesar tanto, que de vez en cuando paraba la marcha, se reclinaba hacia atrás como podía y enderezaba el cuerpo sosteniéndose la espalda con las manos. Tomaba el aire puro. Su posición quebrada la ahogaba. Y esas respiraciones cortitas que siempre tenía al esforzarse al caminar eran suspiros nerviosos que no la dejaban pensar. Se escuchaba respirar así, y sólo podía maldecir su suerte de haber llegado a vieja, cuando nadie lo hacía. Nadie esperaba ese momento decrepito. Toda la gente huía, adentro de los perros, para no morir. Se escapaban ante el dolor de los primeros achaques. Además, reencarnarse era un símbolo de status. Llegar a viejo era un síntoma de estupidez.

Como era de esperar, se le acercó Helena. Su vecina reencarnada hacía alarde de su raza altanera. Había logrado una mejor versión de sí misma. Antes, una debilucha jorobada y odiosa, mala por donde la vieras. Ahora, una perra de caza, esbelta y ágil. Joven.

Haciendo un paseo para observarla, rodeó a Esmeralda y a la fuente. Movía la cola por la alegría que le daba verla tan achacada.

—¡Llegaste al fin! —dijo Helena—. Te estoy viendo desde hace rato. Creí que te morías antes de llegar. A veces creo que vienes a eso, a morir por la fatiga.

—¡La boca se te haga a un lado! Todavía puedo caminar.

—Siempre fuerte, Esmeralda —dijo Helena tendiendo un manto de mentirosa piedad.

Pero Helena se distrajo de golpe: un perro gigante la olfateaba. Con su nueva pareja se fue ladrando y corriendo.

Esmeralda se sentó en el borde de la fuente y bebió agua fresca. El agua corría escurriéndose entre sus palmas temblorosas. Ese frío en las manos era un placer para sus articulaciones. Estaba vieja; odiosa, decía su marido. Y pensar que había imaginado una vejez rodeada de nietos. Pero nunca había podido ser madre. Ya ni siquiera tenía marido. Ese ovejero mandón no era su marido. ¿Quién era ese?

Quizá si no hubiera perdido a Sara, una perrita que la acompañaba hasta hacía poco, viviría contenta. Pero la pobre Sara dejó de ser Sara, cuando llegó hablando y diciendo que era una vecina de otro pueblo. El azar le había jugado una mala pasada. El destino hizo que esa vez le tocara a la pobre perrita.

¿Dónde había quedado la Sara que ella conocía? Sara era ahora esa mujer extraña. Era comandada por esa desconocida que la había raptado. Por eso, Esmeralda se repetía una y mil veces que nunca le haría eso a un perro. Y no entendía cómo los perros no se podían defender de esa invasión, ni por qué los perros dejaban que los humanos invadieran sus

cuerpos.

Ella los había observado muy bien. Era evidente que los invasores se adaptaban sin problemas, nadie parecía estar incómodo en los cuerpos de los perros. Hablaban con naturalidad, pensaban como antes, sin chistar adquirirían los hábitos de los perros. Tenían cachorros, y sus cachorros nacían como perros normales. Más seres para invadir. Hijos que serían recipientes de las mentes de otros perros ya invadidos. Los perros seguían viviendo en otros perros, cuando tomaban la pócima. Esos animales ofrecían cuerpos para una vida eterna.

Esa gente rápidamente había olvidado de su pasado humano. Los perros reencarnados sólo necesitaban conservar la receta de la pócima, y dos manos humanas que se la prepararan. La posibilidad de ser inmortal pasó a ser todo lo que se necesitaba para vivir una vida feliz. Los inmortales todavía conseguían a alguna persona para que ofreciera sus manos para hacer la bendita pócima. Si no, la obligaban.

Esmeralda seguía sentada en la fuente, pensando.

No quería volver a su casa, esa ya no era su casa. Faltaba su marido. Lo había perdido cuando él decidió reencarnar. Sufría imaginándolo preso dentro del perro. O quizás él había encontrado la manera de ser diferente siendo ese perro. ¿Habría querido ser siempre como era ahora? ¿Cuál era el verdadero?

A veces quería tomar el brebaje solo para responder a esas preguntas. Sabía que ella podría contestarlas teniendo la experiencia, pero también sabía que no habría retorno de ese traspaso, de esa ocupación, de esa invasión.

Los reencarnados parecían demasiado adaptados. Pero por suerte también había indecisos, como ella. Muchos se habían decidido por miedo, ante la primera sospecha de una muerte inminente. Los moribundos saltaban a los perros, sin dudar. Y ya en ellos, parecían disfrutar. Hasta se culpaban por no haberse decidido antes.

Los nuevos perros querían ser perros y sabían cómo ser perros. Pero sumaban estrategias de caza y habilidades nuevas. Incluso superaban a los lobos. Ambas especies competían por la misma comida, y dejaban pedazos de cerdos, de vacas, y otros mártires que ofrecían su carne a los nuevos carnívoros de las comarcas.

Esmeralda nunca había sido amante de comer carne. Odiaba tener que matar a una gallina y ni que hablar de un cerdo. Sobrevivía yendo a buscar peras y manzanas a las fincas abandonadas de los vecinos.

El camino de vuelta de la fuente también era un recorrido para recoger frutas. Esmeralda solamente extrañaba la tortilla. Casi no tenía más papas en el galpón. Y no iba a poder sembrar sola y, menos aún, recoger las papas.

Recordó las cosechas que eran fiestas. Todo el pueblo ayudándose unos a los otros. Carros y carros de comida para matar el hambre del invierno. Cuantas veces habían sobrevivido a tortilla, gracias a las gallinas. Ahora no había papas, no había gallinas. No había casi nada.

En ese momento hasta las parcelas frutales eran peligrosas. Algunos vecinos transformados en guardianes por su instinto canino, atacaban a cualquiera que quisiera entrar a su propiedad. Ya sin el gusto por esos manjares, preferían dejar pudrir la fruta, antes de que se la comiera un vecino.

Para recoger las frutas de alguna finca, tenía que ser cuidadosa. Aunque no hubiera nadie en la casa, siempre aparecía un viejo guardián que la echaba. A veces, hasta con una mordida.

Quedaban pocas casas con gente.

Algunos se habían mudado cerca de la iglesia. El estar en lo alto de una loma, les ofrecía una vista panorámica. Un refugio. Otros ocupaban directamente el viejo fuerte abandonado.

Las personas presentían el peligro de ser los pocos seres humanos que quedaban. El miedo los acercaba cada vez más a decidirse por la pócima. Los perros modificados perfilaban para ser la especie dominante.

De paso por la iglesia, Esmeralda quiso visitar a Carmela. Necesitaba hablar con algún ser humano. Carmela se había jurado resistir la pócima, y lo estaba logrando. Devota como pocas, vivía en un infierno permanente intentando mantener en pie la iglesia, cumpliendo su antiguo rol de ayudante de un cura ausente, uno de los primeros transformados.

Hacía sonar la campana, en cada traspaso, avisando al pueblo la muerte del vecino. El pobre difunto ni siquiera tenía su misa de responso. En general sus familiares perros hacían un pozo y lo enterraban por ahí.

Carmela vivía rezando el rosario, temerosa de perder su fe. ¿Cómo era que Dios permitía esos pecados?

—Hola, Carmela —dijo Esmeralda, casi sin aliento por subir la cuesta hasta la iglesia. Como si no hubiese escuchado el saludo, Carmela siguió con su rezo.

Vestía toda de negro. Tenía una mantilla en la cabeza. Estaba famélica. Piel y hueso.

—¿Cuántas personas quedamos, Esmeralda? —preguntó finalmente.

Dejó el rosario y se levantó del banco de la iglesia con esfuerzo.

—Pocas, Carmela. Casi nadie.

Se santiguó y se inclinó con respeto mirando el altar.

—¿A dónde iremos a parar? Ya nadie se esfuerza por ir al cielo. Dios debe estar muy decepcionado, esto es un castigo. El hombre quiere ser Dios, ser eterno.

—No lo creas, Carmela. La gente sólo le tiene miedo a la muerte.

Las dos mujeres salieron de la iglesia y se sentaron en un banco de piedra a mirar el pueblo desde arriba. Las casas abandonadas, un desierto.

—¿Y esas bestias están vivas? —preguntó Carmela, incrédula—. Esas bestias son personas muertas —se respondió ella misma—. No hay rastros humanos en esas bestias.

—¿Te han atacado? —Esmeralda la miró bien a la cara observando si estaba lastimada.

—Me odian, como me odiaron siempre, y me acorralan. Me tientan con la pócima. Vienen esas perras odiosas a ofrecerme la pócima, casi a diario. Me dicen que estoy vieja y me preguntan quién cuidará de la bendita iglesia cuando me enferme.

Carmela se tomó la cara con las manos. Se secó las lágrimas de bronca.

—No les hagas caso. No son malas. Mi marido también quiere convencerme.

—¿Qué sacrilegio!

Carmela se paró y como si le hablara a un pueblo ausente, abrió los brazos diciendo:

—La fe es lo único que tengo. Creo en Dios. Sé que Él va a escarmentar a estas bestias. Yo voy a morir siendo quien soy.

Se sentó de nuevo temblorosa. Casi sin fuerzas.

—Sabes donde vivo, si te hace falta algo —dijo Esmeralda—. Me voy que tengo un trecho largo de camino.

—¡Cuídate, Esmeralda!

Carmela entró en la iglesia y cerró la puerta. Y ya dentro gritaba sola:

—Mientras yo viva, la iglesia no estará vacía.

Arrastrando los pies un poco más, Esmeralda hizo una rápida parada para comer una pera y siguió camino abajo. Le pareció extraño el silencio. No se escuchaban los ladridos de los perros que quedaban para reencarnar. Sería que ya ni siquiera se quejaban.

¿Estarían desahuciados, como ella, como Camela, como todas las demás personas?

La noche era de los lobos. Aullaban como nunca antes. Esos aullidos parecían canticos eufóricos previos a una batalla, discursos de generales arengando a sus soldados para salir a la guerra.

La gente que duraba un día más se aseguraba un descanso, un refugio en las noches. Los reencarnados y los lobos peleaban esas batallas de caza.

Ya en el pueblo, Esmeralda vio que Paco, su vecino todavía humano, le hacía un gesto para que se acercara. La miraba desde la ventana de su cocina.

Ella se dio cuenta de que la apuraba con una seña, y trató de ayudarse con su bastón para llegar más rápido.

La puerta de la casa estaba abierta. Paco, acorralado por tres perros dormidos. Eran enormes, desconocidos. Parecían lobos.

Esmeralda reuló, pero Paco le hizo un gesto con la cabeza para tranquilizarla. Juntando valor, Paco pasó por entre los perros y, tomándola de la mano, llevó a Esmeralda con él hacia un cuarto contiguo. Cerró la puerta sin hacer ruido y suspiró aliviado.

—¿Qué pasa, Paco?

—No sé quiénes son estos. ¿Los conoces, Esmeralda?

—No, Paco. Nunca los vi.

Paco se acercó a su oreja y en voz bajísima siguió diciendo.

—No me hablaron y no sé quiénes son. Vinieron aquí hoy. Durmieron todo el día.

—¿Serán reencarnados de otro pueblo? —Esmeralda también le habló al oído.

Los animales seguían tranquilos. Paco y Esmeralda se acercaron a la ventana para buscar otra salida.

—¿Qué haremos? ¿Quién quedará vivo en el pueblo? —preguntó Esmeralda.

—Seremos tú, Carmela y yo —dijo Paco—. Y quizás Antonio y Dolores. Pero sus hijos quieren que reencarnen.

—¿Cómo nos puede pasar todo esto, Paco? ¿Dónde están los reyes..., los curas?

—Ahora mandan estas bestias, Esmeralda.

Paco se acercó a ella de nuevo y le preguntó al oído si sabía hacer la pócima.

Esmeralda negó con la cabeza. Pero hizo otro gesto para preguntarle si él sí sabía hacerla. Y Paco afirmó sonriendo.

—Creo que por eso vinieron estos a custodiarme. —Y siguió en voz baja—. La soberbia los hizo estúpidos, Esmeralda. No se dieron cuenta que casi nadie sabe cómo hacer la pócima.

Ella se sorprendió. Se sentó en la única silla del cuarto y pensó en su marido. ¿La habría engañado?

—No puede ser —dijo Esmeralda—. Mi marido reencarnado sabe cómo se hace la pócima. Y es una receta fácil. Muy fácil, según él.

—¡Mentira, Esmeralda! Tu marido te mintió. No es fácil. Y cada vez da menos resultado. Muchos mueren sin reencarnar.

Esmeralda se incorporó. Y se acercó a Paco y, empujándolo con su bastón en alto, preguntó.

—¿Quién te dijo eso?

—Antonio —confesó Paco, alejándose del bastón—. Se lo contó su hijo menor. Los hijos de Antonio están arrepentidos. Ellos fueron de los primeros en reencarnar. Y, como Dolores no quería, Antonio se quedó con ella. Ahora los desvalidos son los hijos. Y el pobre Antonio no debe saber qué hacer. Acaso Dolores se decidió, para proteger a los hijos. Seguramente ya toda la familia reencarnó.

Esmeralda volvió a la ventana. Le llamó la atención ver algunos ojos como luminarias a lo lejos, detrás de la casa. Sin duda había más reencarnados. Estaban acorralados.

—Paco, si sabes hacer la pócima, van a venir a obligarte. ¿Cómo has aprendido? ¿Quién te enseñó?

—Helena, mi esposa —contestó Paco—. Ella misma hizo su pócima y me pidió que la acompañara. Me negué, pero le prometí que me quedaría de este lado para preparársela cuando ella la volviera a necesitar. Nunca más la vi.

—Yo sí —dijo Esmeralda. Enseguida se arrepintió y bajó la cabeza.

—Cuéntame. ¿Qué hablaron? ¿Te preguntó por mí?

Paco se puso contento. Pero su entusiasmo decayó cuando Esmeralda le dijo que Helena parecía estar mejor ahora, que antes de reencarnar.

Y Paco empezó una confesión:

—¿Cómo pueden despertar siendo perros, y no volverse locos? Nunca fui decidido. Siempre fui sumiso, tímido. Pero sé quién soy. Y no soy tonto, como me decía Helena que era. ¡No soy tonto! —Casi gritaba.

Esmeralda lo abrazó.

—Sé como piensas, Paco. Que fuimos cobardes para todo el pueblo. Pero al final de cuentas, ¿quién tenía razón? ¿Quiénes son esas bestias? ¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Helena?

Un golpe en la puerta del cuarto. Escucharon gruñidos.

—Despertaron.

—Estamos perdidos, Paco. Ya estoy cansada. Si nos atacan, morimos hoy. No voy a resistir más.

—Lo logramos —dijo Paco abrazándola. Parecía contento de morir en su ley.

Un perro saltaba afuera, buscando asomarse a la ventana.

Los dos miraron.

—Es ella —dijo Paco—. Helena vino a salvarme.

Sin pensarlo dos veces, abrió la ventana. Él y Esmeralda vieron la jauría. Casi todos los reencarnados del pueblo estaban ahí afuera.

—Paco —dijo Helena—. Necesito que me digas la fórmula. Yo la sabía, pero adentro de este estúpido cuerpo que sólo quiere copular, me la olvidé.

La palabra copular encendió un fuego. Paco se puso rojo. La decepción fue menor que la ira.

—¿Tus amigos mudos vinieron a obligarme? —le preguntó Paco enardecido.

—Esos tres que entraron a nuestra casa son lobos, tonto —dijo Helena—. Y la palabra “tonto” lo enfureció más aún.

Mientras tanto Esmeralda logró divisar a su esposo ovejero. Y el ovejero a ella. También se acercó a la ventana con un reclamo.

—¿Por qué estás aquí con Paco, Esmeralda? —preguntó el ovejero.

Ella no contestó. Cerró la ventana en un acto de valentía.

—Paco, esto termina mal —dijo Esmeralda—. O nos matan los lobos, o nos secuestran los reencarnados.

—Tengo que destruir la pócima que tenía preparada para Helena —dijo Paco muy decidido.

Cuando Paco iba a salir del cuarto, Esmeralda lo tomó del brazo. Esos lobos no iban a dejarlo pasar.

Pero como si Paco dejara de ser sumiso y empezara su etapa valiente, abrió la puerta del cuarto y se enfrentó a los tres lobos.

Esmeralda lo siguió.

Los lobos se dividieron: uno fue detrás de Paco, que caminó hacia el fogón de la cocina; los otros dos siguieron custodiando la puerta de entrada a la casa.

De un cajón cerca del horno, Paco sacó la botella mágica. La apoyó sobre la mesa de roble.

El lobo parecía entender lo que estaba pasando.

—¿Queremos lo mismo? —le dijo Paco. Casi obligando al lobo a tomar partido.

El lobo se acercó a la mesa, sigiloso. Subió de un salto. Miró a Paco y a Esmeralda con astucia y movió la pata con delicadeza. Tiró la botella al piso. Se rompió derramando el líquido por el suelo.

Los dos lobos que custodiaban la entrada volvieron a la cocina y bebieron la pócima. Cayeron muertos. El lobo que quedó vivo hizo un rodeo a los cuerpos.

Paco y Esmeralda no tuvieron tiempo de asimilar lo que pasaba. Fueron invadidos. Dos personas, ellos mismos, sin proponérselo, ofrecían sus cuerpos a esa esencia animal que quería seguir viviendo.

Una fuerza desconocida —la de los dos lobos recién muertos— llegó hasta Paco y Esmeralda. Los impulsó a erguirse rejuvenecidos, con una visión poderosa y un coraje animado por otro espíritu. Dos seres nuevos.

De todos los poros del cuerpo brotaron pelos. El cabello hasta la cintura. Color castaño, Paco. Color negro, Esmeralda. Ni una cana.

Miradas cómplices.

—Esmeralda, ¿quién soy yo? —dijo Paco.

La pareja sonrió. Después rio. Después aulló.

El lobo que había quedado vivo pasó entre ellos, rozándolos. Como si supiera que dentro de Paco y Esmeralda estaban los lobos recién muertos.

Con fuerza Paco empujó la puerta, y los tres salieron de la casa.

Abriendo camino, los perros reencarnados se apartaron temerosos.

Paco abrió sus ojos nuevos, para mirar a Helena por última vez.

El cuerpo de Esmeralda se renovaba con cada latido. Esa energía del lobo era puro instinto y sabiduría. Pura naturaleza.

La pareja de lobos reencarnados en Paco y Esmeralda dejó el pueblo. Corrieron hacia el bosque buscando su manada. A lo lejos se escuchaban ladridos. Algunos perros se habían salvado de la invasión.

Paco y Esmeralda ya no hablaban. Aunque podían hacerlo, no era necesario. Había otro lenguaje. Había otro cuerpo para explorar y tiempo para saber quiénes eran ahora, y qué harían con sus nuevos poderes.

La estación de metro

Barragán, Eugenio

Habíamos hablado tanto que no necesitábamos repetir las palabras, con su eco teníamos bastante. Siempre decías lo mismo, si nos embelesábamos a través de la luna del viejo bar. La gente paseaba por la avenida de la Gran Vía al ritmo de sus vidas. Los coches arrancaban y se detenían con la cadencia de los semáforos o de los atascos. Cuando más absorto estaba, palmeabas mi cabeza y decías que así, ahuyentabas a las hadas que se habían posado sobre mi hombro. No sé si huirían o se posarían en otro sitio, pero volvía a prestarte la atención que exigías.

Juan, el camarero, permanecía detrás de la barra y atendía los pedidos de los clientes. Otras veces, servía las mesas, siempre vestido con su traje totalmente oscuro. Según le vieras de humor, bromeabas sobre el origen de la cicatriz que le recorría la mejilla.

—No, no fue una pelea en un callejón oscuro —te contestaba con una media sonrisa, antes de que le preguntases nada. Juan te conocía tanto como yo. Pasábamos las tardes allí, sobre aquellas mesas de mármol gastado por el tiempo y los clientes.

Y te levantabas del asiento en dirección al cuarto de baño. Decías que era un minuto, pero me hacías esperar y disfrutabas. Regresabas con el suave carmín lila extendido sobre aquellos labios que deseaba acariciar con los míos, y volvía a perderme en la avenida para evitar que tu belleza devorase mis sentidos.

Cuando nuestras miradas se encontraban, me contabas que bajo el subsuelo de la avenida María Cristina transcurría un río subterráneo y que desembocaba en una laguna perdida de Montjuïc, donde las brujas celebraban aquelarres en las noches de luna llena. Algunas veces me limitaba a sonreír, no sabía que contestarte. Las palabras sonaban extrañas, pero a fuerza de repetir las, ya no les prestaba atención. Insistías en que la estación de metro de Rocafort estaba maldita y si aguzabas el oído, escuchabas lamentos que provenían de las almas perdidas del túnel. No te hacía caso, me limitaba a fingir que me atemorizaba tu revelación. Después reía y esperaba que tú también lo hicieras. Me hipnotizaba tu sonrisa. Otras veces, trazaba círculos sobre la sien con el dedo índice. Te encendías por llevarte la contraria, pero me daba igual, tus grandes ojos azules se iluminaban y te hacían más atractiva.

No prestaba atención a la historia que contabas, me mirabas a la cara y sabías que me ponía nervioso, porque no me dejabas hablar. Me levanté y creías que estaba molesto, ya sabía el motivo y te gustaba jugar con mi indecisión. Era demasiado predecible. Ni siquiera me giré para despedirme. Tú jugabas con las cartas marcadas; yo, solo temía algún farol, predecible, y nada más. Además, en cuanto saliese por la puerta con mis dudas, le pedirías a Juan las revistas pseudocientíficas que te llenaban la cabeza de pájaros. Tu madre te las prohibió, por eso siempre las encontrabas en un estante junto a las botellas repletas de polvo.

Caminé en dirección a mi casa, acariciando los pétalos de la rosa escondida en un bolsillo del abrigo. Me detuve delante de una papelera. Quizás, me atreviese otro día, cuando coincidiéramos en la estación maldita o luego, en las paradas que compartíamos durante unos minutos, o antes de que te apeases. Pero en cuanto intuyeses que me declararías, caería en tu juego y volvería a pensar que quizás, más adelante, sería el ideal

para actuar.

Y seguía con esos quizás, mientras la cuchara golpeaba el fondo del plato de sopa y mis padres, sentados en el sofá, miraban extrañados mi parsimonia o se aletargaban con la televisión que siempre permanecía encendida, aunque nadie estuviese delante. Después todo eran quejas por la factura de la luz, que la vida era muy cara y que debería usar menos el ordenador, que consumía demasiado. Todo eran quizás y ganar dinero con el sudor de la frente, para gastar lo mínimo y ahorrar.

Cuando coloqué el plato en el fregadero de la cocina, mi madre hablaba con la tuya en el rellano. Estaba tan absorto que ni siquiera había escuchado el timbre de la puerta. Tu madre me miró asustada, con esa cara que ponen las madres cuando se preocupan por sus hijos y más si son un poco tarambanas. Salí en tu búsqueda, ya me imaginaba dónde estarías. Así reaccionabas cuando los pájaros de tu cabeza salían de estampida.

Aquella noche del oscuro diciembre, el gélido ambiente de las calles helaba las entrañas. Bajé las escaleras de dos en dos, ni siquiera recordaba si había pagado el billete.

Me detuve y miré al solitario andén de enfrente por si tenía que volver atrás. Por los altavoces anunciaban que el próximo convoy no pararía en la estación. Caminé por el andén hasta franquear la cabina de control. El supervisor se entretenía en rellenar el crucigrama del periódico. Cuando estaba a punto de preguntarle, miré a un lado y yacías junto a un banco de madera. Vestías un vestido de novia, apolillado y raído. No sé de dónde lo habías sacado, pero por alguna extraña razón que no lograba entender, me era familiar. Aparté el velo de tu pálida cara. Te abracé con ternura, acaricié tu mejilla y recobraste la conciencia. Te ayudé a incorporarte, aunque no sabías dónde te encontrabas.

Te senté en el banco y tu mirada se perdió en la oscuridad del túnel. Te cogí de la mano y lucías un anillo de compromiso. Tuve la certeza de que los pájaros de tu cabeza se habían estrellado en el interior de tu cráneo.

Escuchamos un grito y me alarmé. El supervisor salió de la cabina. No sabía cómo reaccionar paralizado por los acontecimientos. Tampoco era el mejor momento para confesarte que notaba algo extraño en la atmósfera de la estación.

—¿Lo has visto? —gritó el supervisor, mientras se acercaba a nuestra posición.

—No —acerté a responderle. No sabía a qué se refería. Sus pequeños ojos, que parecían atornillados a su cara, miraban a un lado y otro, como si en cualquier momento, temiera que fuera a aparecer un fantasma.

A pesar del calor que te proporcionaba el contacto de mi cuerpo, seguías con la cara pálida y los labios lívidos.

—Un espectro ha pasado por los diferentes monitores del circuito cerrado — El supervisor se atrevió a despegar los labios—. Arrastra una cadena con bolas de metal de diferente tamaño. Camina ayudado por un báculo transparente, relleno de piedras, agua y tierra ¿Lo has visto? —me preguntó cogiéndome del brazo, como si no le hiciera caso, como si no estuvieras allí presente. Casi me hizo perder el equilibrio cuando me agarró de la camisa.

—No, no he visto nada —le respondí con desgana para que nos dejara en paz. Solo parecía asustado por su supuesta visión y no parecía tener ningún interés en ayudarnos. Seguramente habría bebido para estar caliente en su puesto de trabajo. Mi tensión

aumentaba. Tragué saliva, apreté los labios, me recompuse la ropa. El supervisor nos miraba empapado en sudor. De la camisa se le desprendió el identificativo de la empresa. Los ojos parecían que se le salían de la cara.

Gemiste. El eco reverberó en la estación y volvió a sonar como si no pudieses callar nunca. El supervisor reculó con pasos lentos, se giró y corrió escaleras arriba.

Movías los labios, Bianca, y no decías nada coherente. Por desgracia, no era ninguno de tus juegos, aunque lo hubiera preferido.

Buscaba alguna alarma para pedir ayuda. El metro entró a gran velocidad en la estación. El conductor hacía sonar la sirena para que nadie se acercase a las vías. No sé qué se apoderó de mí, sólo sé que fluyó por mi cuerpo, invadiéndome lentamente. Sólo veía puntos rojos y amarillos que difuminaban el escenario mientras me desvanecía. El aire que levantó el convoy me impulsó hacia atrás, hacia la pared...

Despierto atontado en la cama de un hospital. Mi pensamiento intenta tranquilizarse, pero mis labios no hacen más que repetir, sin orden ni concierto, los últimos acontecimientos vividos con Bianca. No recupero la calma. Me tapo la boca con la mano derecha. No puedo mover el brazo izquierdo, forcejeo, pero noto las ligaduras que lo aferran a un barrote de la cama. Cierro la mano y noto las molestias de una aguja bajo mi piel.

Me calmo a pesar de que mi visión sigue borrosa. No sé qué ha pasado en la estación, ni cuánto tiempo llevo aquí postrado, pero al menos he dejado de hablar inconexamente. Una enfermera vigila en un monitor mis constantes vitales y me toma la presión. Intento preguntarle por Bianca, pero las palabras se pierden en el aire. Sale de la habitación y deja la puerta abierta. Dos médicos conversan en el pasillo de azulejos verdes y paredes desconchadas. Nadie dice nada, aunque intento que me presten atención con el movimiento del brazo. La enfermera habla con los médicos, pero sólo escucho voces distorsionadas. ¿Cuántas horas llevo aquí? El gotero está a punto de vaciarse. Percibo como el líquido penetra a través de la aguja y me quema el brazo. Una oleada de aire frío recorre la habitación, eriza el vello de mi cuerpo, tiemblo. La espalda me mortifica. Recuerdo la fuerza que me estrelló contra la pared de la estación. Apenas puedo moverme. Parpadeo y el murmullo calla, como si hubiera perdido la audición. Me encuentro solo. ¿Dónde se han metido todos?

El bombeo de sangre de mi corazón se acelera rítmicamente, como si golpearan violentamente la superficie de un bombo. El vértigo me encoge el estómago y me punza, como si me clavaran un puñal. Los párpados me pesan, se desploman, la cabeza se tambalea.

Floto en el aire. No puedo respirar por el denso aire. Las sirenas aúllan en la ciudad. Bianca y yo hemos bajado a la calle. Nos orientamos con dificultad por el denso humo provocado por los incendios. Caminamos por la Gran Vía entre árboles caídos, escombros y coches despanzurrados. No vemos los aviones alemanes, sólo los desperfectos que provocan en el pavimento y en los edificios. Reconozco el principio de una de las historias que contaba Bianca con tanto entusiasmo. Intento detenerme por si logro despertar de esta pesadilla. No consigo rebelarme ante el terror que me provoca la situación y hago tropezar a Bianca. El hato con comida se desparrama por el suelo. Una

bomba explota sobre un camión cercano y vuela por los aires. Bajamos las escaleras con el corazón encogido y nos abrazamos cuando nos encontramos a cubierto. La rueda de un vehículo rebota por los escalones y se estrella contra los azulejos de una de las paredes.

—No comeremos, pero al menos salvaremos la vida —me confesaste, Bianca, en el vestíbulo de la estación.

Contemplamos el caos del andén abarrotado por camastros. Dos enfermeros de la Cruz Roja trasladan en camilla a una mujer con las piernas mutiladas. Antes de bajar a las vías por una escalera, compruebo que los pasquines de la CNT han cedido. Saludo con el puño en alto y repito la proclama: “Por las milicias”. El día anterior, me pasé toda la tarde con los compañeros de la asamblea y aquella cola casera que olía a rayos.

Nos alejamos del alboroto por el túnel iluminado con una reata de bombillas. La humedad se filtra y forma grandes charcos. Las vigas crepitan con el impacto de las bombas en el exterior. El polvo que desprende enrarece la atmósfera ya recargada por las familias que se apilan por todos lados. Alguien grita: enfermera y lo repite un par de veces. El resto de la gente también la llama y componen una fúnebre letanía.

Apenas quedan sitios libres, seguimos hasta que vemos a otros refugiados que han entrado por la otra estación. Me siento al lado de un anciano con aspecto de enfermo. A tu lado, Bianca, descansa una señora con la cara tiznada. Un hombre joven, alto y desaliñado, busca algún lugar donde poder acomodarse. Escuchamos toses en la oscuridad. Alguna conversación entre susurros y algunos gritos. Un soldado coloca lámparas portátiles cada diez metros. Minutos después, otro, reparte mantas que apestan a sudor y a suciedad. Tu cabeza, Bianca, descansa sobre mi hombro y te abrazo. Una rata se pasea sin que nadie le moleste. Desde la penumbra, reniegan y le tiran una piedra. La rata zigzaguea y se refugia en un hueco de la pared.

—Intenta descansar, lo necesitas —me susurraste, Bianca, con su cabeza apoyada en el pecho. No te contesté y me limité a acariciar su melena ensortijada.

Al poco rato, casi todos duermen, pero, aunque me siento protegido, no logro conciliar el sueño por el agotamiento acumulado durante días por las asambleas de la CNT. Me molesta la humedad que rezuma de las grietas de las paredes. Tengo sed, pero no tengo ganas de moverme; despertaría a Bianca. En un par de horas, como mucho, terminaría el asedio. Siento los labios resecos y me escuece cuando paso la lengua. Percibo como la rata restriega los dientes desde su escondrijo.

Una bombilla chisporrotea intermitente. El bombardeo se intensifica y las paredes tiemblan. Las luces se apagan y se encienden por las bajadas de tensión. No sé quién ronca, tampoco me importa. Sólo deseo que los aviones finalicen la incursión y regresar a mi comfortable casa.

Me despierto por un fuerte estruendo. ¿No sé cómo he podido dormirme? Una pequeña piedra golpea mi cabeza. No sé qué ha pasado. Aparto algunos escombros para abrirme paso hasta que encuentro un revoltijo de ropas y carne. Algunas vigas han cedido. De un corte en la ceja, me gotea sangre por toda la cara. No pude ponerme de pie; mi cabeza roza una viga y mis manos unas rocas. Palpo a mi alrededor y encuentro una lámpara enterrada. En cuanto la enciendo, me deslumbra. Apenas puedo enfocar los objetos. Siento nauseas. Busco a Bianca entre las sombras. La sangre me resbala por el

cuello y cala mi camisa. Un hombre aplastado por una roca se lamenta. Me acerco e intento tranquilizarle. Mueve las pupilas de prisa, como si pudiera entender mis palabras, pero en segundos su mirada permanece inmóvil y penetra punzante en la mía. Me aparto como puedo, el aire me falta en los pulmones. Respiro débilmente. Diviso un brazo que sobresale de entre los cascotes y reconozco el anillo de compromiso que te regalé, Bianca, porque tu padre no se fiaba de un anarquista como yo, antes de que comenzase la locura de la guerra civil. Permanezco de rodillas, con los ojos humedecidos, paralizado, incapaz de tomar tu mano o de estirar de tu brazo hasta que la macilenta luz de la lámpara se extingue...

Me desperezo sobresaltado. La pesadilla ha durado una eternidad por el dolor que me ha producido. Las imágenes de la habitación se sobreponen a las oníricas. Parpadeo. El corazón me palpita. Cierro los párpados. La oscuridad me serena hasta que escucho unos pasos. La enfermera ha entrado en la habitación para cambiar el gotero. Me acomoda la cabeza a la almohada. Vuelven las imágenes del túnel con la humedad filtrándose cada vez con más fuerza. Me concentro en el sonido de cada gota, precipitándose sobre la superficie del suero, hasta que recupero totalmente la conciencia.

No sé por qué he revivido unas de las historias que narraba Bianca con tanto entusiasmo. Parpadeo. El espectro se desplaza por encima de la sábana como si fuera una especie de neblina. Parpadeo. La enfermera sale de la habitación. El espectro atraviesa la puerta con una inusitada velocidad y desaparece. Suspiro por el momento de tranquilidad. Mi boca sigue reseca. Intento agarrar una botella de agua de la mesita. No llego a pesar de estirarme con fuerza. El dolor es insoportable.

Percibo una ráfaga de aire gélido sobre mi cara. Cierro los ojos. Solo veo pequeñas manchas oscuras que se desplazan rápidamente. Aprieto los párpados. Una afilada uña rasga la piel, esa frágil cortina que me separa de la realidad. La luz penetra en las retinas y me ciega. Mi cuerpo se tensa y me agarro con fuerza al colchón.

El ruido de la barrena percute sobre el suelo y aturde mis oídos. Siento como el sol calienta mi piel. Me quito la gorra y me seco el sudor de la cara con el pañuelo. Admiro el azul intenso del cielo. La mañana es clara, después de las tormentas nocturnas.

Las diferentes catas del terreno se amontan bajo un platanero tras taladrar cada veinte metros. A primera vista, el terreno parece seguro. Lejos de las zonas sedimentarias de Las Ramblas o arenosas de Plaza Cataluña. No daba para más, como mucho para una semana de trabajo.

Los mineros emigrados de las cuencas mineras de Asturias siguen mis indicaciones. Descansamos para comer algo. Hablan tranquilos mientras cortan embutidos sobre el pan con una navaja y se pasan la bota de vino entre conversaciones sobre sus vidas, el calor o el duro trabajo; con la esperanza de regresar con sus mujeres y los bolsillos llenos. En apenas unas semanas, comenzarán la construcción de la estación de metro de Rocafort y se ampliaría la red metropolitana. Sólo pienso en los días de duro trabajo a lo largo de la Gran Vía y la calle de Urgell.

Al acabar, camino hasta una pastelería cercana. Me apetece algo dulce, después de comer la tortilla fría de la fiambra. Miro hacia las bandejas del escaparate y casualmente, Bianca, miras hacia la calle. Entro, atraído por el olor, y compro algunos

croissants. Intento salir del establecimiento, pero algo me impele a hablar contigo. Evito tu mirada. No sé qué haces allí. ¿Por qué me encontraba contigo? Aceptas con una sonrisa a que te invite a compartir las pastas. Salimos y despliegas la sombrilla. Paseamos por la Gran Vía hasta que entramos en un local a degustar un café. Nos sirve un camarero y te sobrecoges por la cicatriz en forma de sierra que le atraviesa la mejilla. Conozco su nombre y sus historias, pero no te digo nada, Bianca, porque me gusta la situación, aunque no desee vivirla. En cuanto te tranquilizas, seguimos hablando sin parar, como si nos conociésemos de toda la vida, como si el tiempo se hubiera congelado en un momento extraño.

Parece una historia de las que contabas hasta la saciedad, como para que nadie la olvidara, pero tan real y diferente. Cierro los párpados con fuerza. Quiero despertar de esta pesadilla sin sentido. Percibo un rumor, es la melodía de una canción. Reconozco las primeras estrofas de la marcha nupcial de Wagner, como si la melodía proviniera de una caja de música. Las notas estallan en mis oídos. Abro los ojos. Estoy de pie en el altar de la catedral de Barcelona. La gente permanece de pie. No reconozco a nadie; sólo veo trajes y vestidos largos; chisteras y pamelas; pantalones oscuros y zapatos relucientes.

Y tú, Bianca, recorres el pasillo de la nave central hacia el altar, acompañada del brazo por tu padre. A través del órgano, suenan los acordes de la marcha nupcial. Las escenas se suceden rápidamente. No sé quién lee algún salmo en el ambón. Cuando el sacerdote me da permiso, aparto el velo para besarte. Salimos de la catedral bajo una lluvia de arroz y cuando bajamos las escaleras, la policía me espera en un rincón. Un inspector me detiene por imprudencia en el desempeño de mi profesión y me esposa. El túnel se vino abajo por unas filtraciones de agua. Murieron diez mineros. No vi las señales, confiado en los primeros estudios positivos de la seguridad del terreno. No, no los vi.

No distingo entre la realidad y el oscuro mundo que me posee cuando me relajo. Percibo un sonido plano que me devuelve a una de las realidades o de las pesadillas: la habitación. Las líneas del monitor son planas y emite un sonido tan agudo como insoportable. La enfermera apaga la máquina. Escucho una voz grave que anuncia la hora de mi muerte. Presencio la escena extracorpóreamente. Y sigo escuchando como las gotas del suero penetran por la aguja y exhalan por la grieta del túnel. Me levanto, aturdido y me desplomo. La cabeza me da vueltas. Saco fuerzas de flaqueza, me apoyo sobre la pared, tambaleándome y consigo andar unos metros. Me sobresalto, no soy yo quien yacía en la cama. No, no soy yo. En el armario sobresale el velo del antiguo vestido de bodas con que nos casamos. Bianca descansa serena, exangüe, con los labios pintados de lila y es la última imagen que tengo de ella antes de que la cubran con la sábana. No entiendo el significado: ¿quién ha diseñado esta tortura?

Otros retazos se superponen como fotogramas de una película. El juicio y la sentencia fueron rápidos por las presiones mediáticas de la época. Los políticos exigían ampliar la línea del metro para equipararse a otras ciudades de Europa. Los tiempos modernos exigen grandes sacrificios.

Bianca visitó la celda donde fueron a parar mis huesos. Me buscó entre las sombras, pero no pude decirte nada. Solo escuchaba, medio enloquecido, una voz que horadaba

mis tímpanos y se amplificaba en mi cabeza. Un espectro me maldecía y se alimentaba de mi terror. El incómodo silencio se rompió cuando un preso comenzó a reír presa de la locura. Y te fuiste, Bianca, sin que pudiera decirte nada.

Los guardas me escoltaron vestido con mi traje gris hasta la silla del garrote vil, me hicieron sentar y me colocaron el collar de hierro. Nadie presenció mi agónica muerte. Solo el espectro, susurrándome al oído, que sería el espíritu maldito que buscaría el amor de Bianca cada vez que me reencarnara, que se alimentaría de mí deseo cada vez que le faltara energía del odio generado en las guerras, del horror de las catástrofes. Así podría seguir vagando entre las sombras de la civilización hasta que llegase el día del juicio final.

El espectro aparece. No tengo miedo a pesar de su mirada colérica. Una fuerza sobrenatural me empuja a seguir su rastro luminoso. Me rodean las fantasmagóricas caras de los mineros que perecieron por mi imprudencia. Todos hablan con sonidos guturales. Sonríen inmóviles, desafiantes hasta que aceleran, me atraviesan y percibo en mi interior las vibraciones de unas carcajadas distorsionadas. Tengo que soportar el dolor de lo que provoqué, rodeado de las caras de los mineros que me persiguen.

Aparecemos en un banco de la estación de Rocafort. Los espíritus de los siete mineros restantes se refugian en la oscuridad del túnel. El espectro saca una pesada bola del último eslabón de la cadena, se gira y baja su capucha. Presencio una siniestra sonrisa con su dentadura mellada. Seguirá alimentándose de mi terror, de los suicidios que provoca en la estación con su sola figura.

De los jirones de su túnica cuelgan: una rosa, el anillo de compromiso y el velo. Todos enmarañados, como los recuerdos que se agolpan intensamente en mi cabeza. Reviviré la muerte de Bianca, reencarnación tras reencarnación, hasta que la cadena se torne liviana. En ese momento, mi maldición habrá finalizado y podrá regresar al infierno o de dondequiera que provenga.

Así podré descansar en el más allá.

La terminal

Signes Urrea, Carmen Rosa

*La tecnología por sí sola
no basta. También el hombre
tiene que poner el corazón*

Jane Goodall (1934-)

*¿Cuál es nuestra inocencia?
¿Cuál es nuestra culpa?
Todos estamos desnudos,
nadie está a salvo.*

Marianne Moore (1887-1972)

*La inmortalidad de cada ser
radica en su esencia misma*

(Anónimo)

Nada de lo que rodeaba a Ferdon era pequeño. Las construcciones flotantes estaban unidas por conductos tubulares y cables. Aquella mega-estructura había sido creada para acoger a las naves extra-planetarias, que a millares llegaban al que estaba considerado el mayor puerto mercantil y comercial del espacio.

La sucesión de andenes se extendía hasta perderse de vista. Durante siglos había crecido debido al aumento del tránsito entrante y saliente. Cuando uno de los apeaderos quedaba obsoleto, era inmediatamente reemplazado por otro. Lo soltaban de las conexiones de sustento y comunicación abandonándolo a la zona de desguace, para ser desmantelado por alguna empresa de derribos. Glamus 3 se había convertido en un gran centro comercial, en donde todo podía encontrarse.

Ferdon tenía un control absoluto de las distancias, de los espacios, de sus responsabilidades, algo que le proporcionaba una todopoderosa sensación. Apoyado por una sobria voz y la confianza total sobre el cumplimiento de las normas por él dictadas, en el tiempo que llevaba desempeñando su trabajo en tan sólo dos ocasiones había tenido que recurrir a la fuerza.

Pero aquel poder tenía sus inconvenientes. Ferdon no podía recordar la primera vez que había pronunciado palabras de amor o frases de amistad; la risa había desaparecido de su vida, así como el llanto; nada le conmovía. Aquel dominio sobrehumano, que le confería su puesto, había terminado por deshumanizarle. De repente, un instinto olvidado provocó que observara la última de aquellas terminales reservada al tránsito de pasajeros. Como un punto en el suelo bruñido, un cuerpecito inmóvil captó su atención. Sentada sobre su equipaje, una niña se enjugaba las lágrimas. Nadie reparaba en ella, pero ella reparó en la imperceptible cámara y sonrió.

A Eva aquel lugar se le antojaba hermoso. Ver tantos seres transitando de un sitio a otro le resultó agradable. Acostumbrada como estaba a la soledad y la vigilancia de unos ojos cibernéticos, la novedad le hacía sonreír. Ante ella personajes concentrados en las salidas y entradas de los embarques aguardaban o tal vez estudiaban el deambular de otros viajeros y equipajes frente a los quioscos de información, delante de las casetas de

las agencias de viajes ejerciendo reclamaciones, o negociando en gendarmería y en aduanas posibles tratos de favor para solucionar problemas migratorios, permisos, pasaportes y visados; los había también comprando algún souvenir de última hora, regalos o comandas en el Duty-free y los que, hartos de esperar, holgazaneaban en las cantinas y los restaurantes para envidia de los mendigos que, desparramados por los interminables corredores, dejaban escapar las horas. Cada cuál a lo suyo, más atentos de sus cosas que del entorno, traspasando sin control, cruzando sin mirar atrás con paso decidido, restando importancia al cómo, cuándo, dónde o al porqué de los demás.

Quizás otros hubieran echado en falta algo más de humanidad, pero ella no. Eva había convivido desde mucho antes de su nacimiento, desde su fase embrionaria, entre máquinas que supieron darle, en cada momento, aquello que necesitó. Cuidado programado de manual, dispuesto para que nada le faltara. Una nada demasiado genérica que no comprendía de cariño o de amor.

Aterrizaba dispuesta a reclamar sus carencias, no se iría sin ellas. Le habían prometido una vida completa. Los progenitores aparecerían de un momento a otro. Sus sueños se cumplirían: la primera mirada, la prístina sonrisa, el tacto de una piel cálida sobre su cuerpo virgen en caricias y besos, sueños de un ser suspendido en una probeta de ensayos. Una diminuta muestra de la ingeniería genética por encargo, tan de moda por la falta de tiempo y las complicaciones genéticas fruto de las modificaciones del ADN y las alteraciones que se generaban como consecuencia del estado suspendido en los largos desplazamientos, y que habían alterado los ritmos reproductivos. Pero el milagro era posible, los viajeros y colonos no tenían que preocuparse por la descendencia. Tras los largos vuelos interestelares, donde era imposible la reproducción, se programaba la nave nido, aquella que, portadora de los óvulos fecundados de los solicitantes, haría entrega de la descendencia. Programación calculada pocos meses después de la llegada de los solicitantes a su destino y que garantizaba los mejores resultados con una efectividad y satisfacción del cien por cien.

La aventura de Eva comenzaba entonces, incluso respirar aquel aire viciado le resultaba agradable. Había llegado a aborrecer la falsa perfección de la nave. Su memoria, virgen en sentimientos, pronto comenzaría a registrar las sensaciones. La única verdad para ella era el encuentro. No era más que un bulto pegado al suelo gravitatorio, acostumbándose a la nueva condición extraña para su ser, dejando pasar el tiempo que parecía no avanzar, mirando a uno y otro lado nerviosa, intentando descubrir la razón del retraso. Por ello fantaseaba imaginando cómo serían sus padres: si tendrían sus ojos, su boca, el tono de su piel, ... Sencillo hubiera sido facilitarle datos y registros, para poder reconocerlos en la distancia. Así, era imposible localizarlos. Agudizando su oído, intentaba averiguar las intenciones de las personas. Sus miedos se le presentaban en forma de rechazo ¿y si algo visible en ella resultaba desagradable a sus padres provocando que ni tan siquiera llegaran a acercarse? Entonces, allí quedaría, sola, abandonada, eternamente aguardando y huérfana de sentimientos sobre la superficie fría de aquella terminal.

Eva mantenía la mirada atenta buscando aquella silueta familiar que la rescataría, cuando una sombra difusa se proyectó sobre ella.

-¿Madre? –la niña sintió un escalofrío. Alargando su diminuta mano hacia una mujer que no parecía querer verla, aguardaba una respuesta que no llegó. ¿Habría hecho algo mal?

Dos operarios sujetaron a la dama en volandas ante la mirada horrorizada de Eva que observó cómo se la llevaban. Quedó aterrada. Si aquella era su madre no estaba dispuesta a perderla.

—¡Aléjate, niña! Esto no te incumbe –el empujón, que la sentó en el suelo, fue seguido de un aviso desde megafonía. Una advertencia de la inapropiada acción violenta apaciguó a aquella tropa desbocada y despertó la atención, casi aletargada, de la señora, que logró mostrar una sonrisa.

Tras el gesto de simpatía que ella correspondió justo después de levantarse, Eva logró tomar la mano de la mujer que solicitó un poco de calma y un receso.

—Caballeros, ¿pueden esperar? –los hombres se alejaron unos pasos. -Déjame que te vea bien, pequeña, ¡acércate!

—¿Madre?

—Me gustaría poder regresar al pasado, te pareces a mi niña, ella era tan linda como tú. No, no soy tu madre, ojalá la encuentres, debe estar muy preocupada.

Eva viró deprisa, como queriéndose alejar cuanto antes, debía seguir aguardando.

Ferdon no perdía detalle de los acontecimientos. En la entrada norte AP7779KVB888 un disturbio parece estar formándose. Las informaciones que le llegan hablan de la localización de la nave de un grupo musical de gran éxito. La presencia de las celebridades ha despertado expectación entre curiosos y fans, que aguardan la llegada de sus ídolos, gracias el canal público y abierto que ofrece total información de los vuelos entrantes o salientes.

Casi de inmediato, Eva se ve envuelta por el avance de aquella masa entusiasmada. Se siente abrumada, no sabe cómo salir de entre el tumulto acelerado. Por un lado tiene curiosidad, pero le puede el desánimo al comprender que así rodeada difícilmente podrán localizarla. Intenta salir pero le resulta imposible por el empuje de la gente. Casi como por milagro, unos guardias logran sacarla y la devuelven hasta su lugar, junto a su equipaje. Ferdon, siempre atento, había comprendido el peligro y, por su seguridad, ordenó el rescate. Fue en aquel momento cuando guiados por el instinto de Ferdon los agentes la trasladaron hasta la comisaría. Obsesionada por el encuentro con sus progenitores intentó resistirse, pero una voz la tranquilizó.

El espacio, frío pero funcional, deja ver sus muros repletos de enormes pantallas. Comienza a valorar el cambio. Desde ese nuevo lugar, lo puede ver todo. Advierte la suerte que ha tenido al ser rescatada de allí. No se quiere perder detalle. Ahora, puede buscar a sus padres más fácilmente, las imágenes en directo de la terminal aparecen ante sus ojos. Observa los rostros de los concentrados, clasificados mediante el identificador facial que registra el nombre y el código personal.

-Sobre aquella mesa tienes un regalo. Tómalo te gustará, cuenta las aventuras de un héroe enmascarado que ayuda a los demás y combate el mal.

-¿Quién eres? –pregunto al no poder ver de quién era aquella voz recurrente.

-Mi nombre es Ferdon. ¿Qué te gustaría hacer?

-Mis padres, quiero encontrarlos, ya deberían estar aquí.

-No creo que tarden.

Había dedicado tanto tiempo a la niña, que por culpa de ello saltaron algunas alertas del sistema sin que él se diera cuenta. Fue en ese punto en el que dudó si aquel trato de favor era contraproducente, ya no solo por lo que pudiera significar para ella, sino por lo que afectaba a su puesto, largamente desatendido. Ordenó que la devolvieran al lugar en el que fue dejada.

-Tranquila no te perderé de vista, pídemme si necesitas algo.

Ferdon se dio cuenta de que, pese a todo, por más datos que asimilara era imposible calcular las repercusiones de los sentimientos humanos, ese complejo sistema que guiaba sus pensamientos tan alejado de la lógica de su sistema, seguía siendo un enigma para él. Por eso había sido seleccionado para ese trabajo. Habían tenido que transcurrir muchos años para que, en ocasiones, se hubiera cuestionado alguna de sus acciones. La culpa se la echaba al poder de observación que llevaba implícito, una programación que le obligaba a no dejar pasar por alto nada de lo que ocurría, con la finalidad de asimilar cualquier alteración en el normal desarrollo de los acontecimientos, que pudiera afectar al perfecto funcionamiento de su autoridad.

Un jefe de terminal tenía que estar preparado para cualquier circunstancia. Jamás nadie, salvo sus creadores, pudo contemplarle. Fue tan grande la curiosidad que despertó, que tuvo que crearse una imagen virtual, para evitar interferencias e irrupciones en su habitáculo preservado de cualquier contaminación. Ni luz ni aire podían invadir su espacio sin riesgo a un fallo general e irreversible de los sistemas. Una vez asimilado el control de la totalidad de las máquinas, ¿por qué no intentar comprender la forma de desenvolverse, de resolver y actuar de los seres que accedían a los dominios de su terminal? Nada de todo aquello estaba previsto en su desarrollo, al menos no en un grado tan alto de asimilación. Todas las expectativas de sus creadores habían sido altamente superadas. Aquella programación básicamente técnica, no tenía por qué albergar ningún tipo de sentimiento visible, aunque los conociera todos. De hecho durante los primeros años en su puesto, fue acusado de exceso de celo, por ello recibió una contraprogramación más acorde al cargo que desempeñaba, le introdujeron parámetros psicológicos y un software que intentaba inculcarle las características de un sentimiento tan ajeno a su naturaleza como es la empatía. Logrando superar los test Turing en millones de pruebas, aquellas medidas le fueron impuestas en pos de su perfecto funcionamiento, ajustes pensados para mantenerle al margen del deambular cotidiano de la terminal, de sus circunstancias particulares, de la vida y del proceso de la misma, algo que no se alejaba mucho de la realidad que transcurría frente a sus sensores. Gracias a ello logró alcanzar tan alto grado de aparente humanidad que, en ocasiones, confundió a unos subordinados que llegaron a cuestionarse su naturaleza bio-mecánica, dándole un origen más humano y convencional. Ferdon, aquel ser todopoderoso herméticamente encerrado, logró mantener su puesto dentro de aquella fortaleza inexpugnable estratégicamente situada, consiguiendo alcanzar la mayor permanencia que ninguna IA de su categoría hubiera logrado jamás. Dos milenios en total soledad alterados, hoy, por la presencia de aquella niña.

Se sentía aturdido. Eva había comenzado a horadar su comprensión o lo que, hasta aquel momento, había entendido como tal. ¿Qué la hacía diferente al resto? ¿Cómo era posible que se encontrara tan confundido? ¿Qué había de especial en aquella insignificante persona? Le resultó sencillo empatizar con ella. Llegó incluso a ver paralelismos entre los dos: en el origen cuasi artificial y en esa soledad que tanto había soportado, le comenzó a doler verla así, no podía imaginar cómo sería su vida si no encontraba a sus progenitores. ¿Qué le estaba sucediendo? Pero ahí se encontraba él, atendiéndola, sin perderla de vista.

La Terminal funcionaba sola, siguiendo su curso, casi sin percibir la ausencia omnipresente de Ferdon que era sabedor de un poder que iba más allá de sus responsabilidades, no en vano su capacidad le confería una altísima sensación de infinita potestad. Sus manos hacían y deshacían, arreglaban, destrozaban, pero sobre todo estaban preparadas para solucionar cualquier problema que se le presentara y su determinación era inapelable.

Se sentía conmovido. Celosamente había preservado ese sentimiento, tal vez temiendo sus consecuencias, esas mismas que ahora le estaban afectando.

-¡Hola! ¿Ferdon? ¿Estás ahí? –mirando en todas direcciones Eva esperó una respuesta.

-Claro, aquí me tienes.

-¿Adónde? –Preguntó la niña –¡No te veo!

-Sólo tienes que mirar hacia arriba. ¿Lo ves? Allí donde me sonreíste por primera vez. Tú háblame, pide, lo que necesites lo tendrás. –Eva asintió –No te preocupes que no te perderé de vista.

Levantando la mirada, sonrió. Luego buscó de nuevo algo familiar entre los rostros que se cruzaban con ella antes de reclamar:

-¡Deseo que mis padres me encuentren! –la frase le salió con un pesar desgarrador.

Se despertaron en Ferdon sensaciones extintas. Sin atender a las consecuencias, apretó el botón que le desconectaba de su puesto. La plataforma flotante se desplazó unos metros hasta extraerlo. El aire reciclado se mezcló con la atmósfera pura del interior de su habitáculo. La avería fue inmediata

Consciente de su acción, de la ayuda excesiva al cuidado de Eva en detrimento de sus funciones primordiales, aplicó sobre sí el castigo correspondiente. Ferdon dejó de funcionar unos segundos después de lo previsto en los protocolos de sanción capital.

Durante dos ciclos completos, el puerto espacial quedó paralizado. Mientras, en la Terminal de pasajeros, una niña se reencontraba con los suyos después de que, afectadas de una extraña avería, todas las pantallas de la terminal transmitieran la imagen de aquella pequeña perdida.

La última frontera

Reinaldo Manso

20 de febrero de 1947. El cohete V-2 capturado a los nazis se alzó sobre una gran llamarada, en medio de un estruendo ensordecedor y siguió elevándose sin problemas sobre la llanura del campo de pruebas de misiles de White Sands (Nuevo Méjico). En apenas tres minutos la nave alcanzaba algo más de las 68 millas de altitud, una veinteaava parte del radio terrestre, lo que se considera el inicio del espacio exterior.

Sólo estuvo unos segundos allí, pero la tripulación que llevaba cambió para siempre. Al volver a tierra la cápsula, un paracaídas consigue depositarla sana y salva en el suelo. Poco después, llegó el equipo de tierra y el frasco metálico que contenía una decena de *Drosophila melanogaster* fue llevado al laboratorio. Al abrir la tapa, el técnico sintió una descarga (que atribuyó erróneamente a la electricidad estática acumulada) y dejó caer el frasco, con lo que las moscas del vinagre salieron volando y escaparon. Por suerte para la Humanidad, su ciclo vital es muy corto, y todas perecieron... salvo una, que había adquirido la inmortalidad.

Las siguientes pruebas con cohetes resultaron fallidas durante un tiempo. No se alcanzaba la altura necesaria, las cápsulas se destruían en la reentrada o contra el suelo al fallar los paracaídas, o bien explotaban en órbita por motivos desconocidos. Se decidió aplazar los lanzamientos a gran altura hasta tener dominada la técnica.

15 de septiembre de 1951. Mientras tanto, los soviéticos no se quedaban atrás. Más ambiciosos, el primer animal que consiguieron hacer llegar más allá de la frontera de los 100 kilómetros fue una coneja de color oscuro bautizada *Marfusa* (*Pequeña Martha*). Al volver al laboratorio, le resultó fácil comunicarse telepáticamente con su camada, a varios metros de distancia, sin que los humanos se percatasen. Por desgracia, la comunicación inter-especies es bastante más complicada. *Marfusa* apenas tuvo tiempo de transmitir un afectuoso “Nu che, dok?” (“¿Qué hay de nuevo, viejo?”), antes de caer bajo el hacha del técnico encargado de sacrificarla para su análisis. Éste creyó estar alucinando por el mucho vodka bebido la noche anterior. Los médicos detectaron las mutaciones sufridas, siendo incapaces de entender su verdadero significado. A partir de aquel momento, también los rusos sufrieron todo tipo de problemas en sus lanzamientos suborbitales tripulados, sin que llegara a sobrevivir ninguno de los animales que atravesaron la frontera de los cien kilómetros.

31 de enero de 1961. Los americanos lanzaron un chimpancé a bordo de un cohete Mercury Redstone. El animal había sido entrenado para manipular una serie de palancas en un orden preciso, recibiendo pastillas de plátano deshidratado a modo de recompensa. Bautizado HAM (acrónimo de Holloman Aero Med), el plan de vuelo original aspiraba a conseguir una altitud de 115 millas. Sin embargo, debido a problemas técnicos la altitud alcanzada fue aún mayor y el vuelo parabólico terminó amerizando en el Atlántico, a más de 60 millas del barco encargado de su recuperación. Los submarinistas lanzados desde un helicóptero, consiguieron rescatarlo antes de que se hundiese. Éxito. El examen médico posterior encontró al antropoide cansado y deshidratado; no se les ocurrió buscar más allá. Aquella noche, de vuelta en su jaula, Ham siente la punzada del hambre. Viendo un manojito de plátanos al otro extremo de la larga estancia, alargó un brazo y los

atrapa sin problemas. El inteligente animal pronto aprendería que podía modificar su cuerpo como si fuese de goma y colarse por entre las mallas más estrechas. Sin embargo, el pobre mono no había aprendido los peligros de la electricidad y cuando decidió intentar colarse por los agujeros de un enchufe, quedó electrocutado al instante. Al morir recuperó su forma original, por lo que nadie llegó a sospechar nada, pensando que alguien se dejó la jaula abierta.

22 de febrero de 1961. Un tercer participante entraba en juego. Desde su base en Hammaguir (Argelia), los franceses lanzaron un cohete Véronique en cuyo cono se alojaba una rata blanca llamada Héctor. Alcanzó los 150 km de altitud y conseguirían hacerlo regresar sano y salvo. Fue recuperado con rapidez, y en su estilo de *grandeur* habitual, los galos llevaron al animal de inmediato a París para dar una conferencia de prensa, todavía con las marcas en la cabeza de los electrodos del encefalógrafo al que estuvo conectado durante el vuelo. Todo se desarrollaba con normalidad hasta que, sin aviso previo, Héctor estalló en llamas. La rápida actuación de un agente de seguridad que lo apagó con un extintor de CO2 impidió mayores daños. Se supuso que algún elemento combustible del cohete había empujado a la rata y se habría encendido debido al calor de los focos del estudio, pero si hubieran examinado con atención lo filmado durante la rueda de prensa, habrían notado que Héctor se comportaba con tranquilidad pese a tener el cuerpo en llamas, como si no sintiese ningún dolor ni molestia. De hecho, la muerte le sobrevino por respirar el CO2 del extintor, quedando su cadáver immaculado.

+++++

4 de noviembre de 1957 - Sally Batson es una chica de 13 años que vive en un pueblo de Rhode Island. Perdió a su madre muy joven durante el parto de su primer hermano (ambos murieron) así que se convirtió en el principal apoyo de su padre y tuvo que madurar con rapidez. En el último año, su apacible vida ha cambiado bastante. Por un lado, su compañero desde la infancia, un Parson Russell terrier blanco, está desaparecido desde hace unos días. Por otro, su padre volvió a casarse y ahora espera descendencia.

Como todas las mañanas, Sally se levanta apenas despunta el alba. Tras asearse con el agua fría de un caldero, se pone una camisa, un pantalón de peto y unas botas y se dispone a bajar de la buhardilla, su actual dormitorio. Mientras mira por una ventana para ver que tal tiempo hará, ve caer una estrella fugaz. Dejándose llevar por la costumbre, le pide su deseo más ferviente, aunque luego se reprocha a sí misma esa debilidad porque sabe perfectamente que las estrellas fugaces son simples piedras espaciales que arden al entrar en nuestra atmósfera. Sin embargo, aquella parece durar un poco más de la cuenta y caer a tierra tras una colina cercana.

Ya en la cocina, Sally se pone a preparar el desayuno para toda la familia antes de salir para el colegio. Le espera una hora de pedaleo por carretera; algo menos, bosque a través, como le gusta hacer a veces. Aparece su madrastra, moviéndose con dificultad. Está ya fuera de cuentas (pese a que se casó hace apenas siete meses, detalle que no se le ha pasado desapercibido a la niña) y por eso Sally ha tenido que subirse al desván, para ceder su dormitorio a los familiares venidos para ayudar en el acontecimiento. Se saludan cariñosamente, y la ayuda a sentarse mientras le ofrece un vaso de leche. Ambas están deseando poder disfrutar con el nuevo vástago. Tras cerciorarse de que todo esté en

orden, Sally se despide con un beso y emprende el camino.

El día en la escuela transcurre sin incidentes. De vuelta a casa, Sally decide atajar, mientras sus pensamientos se van, algo habitual últimamente, hacia el profesor sustituto recién llegado, el señor Wyndham. Algunas de las repetidoras de su clase no disimulan en sus coqueteos hacia él. Es guapo, sí, habría que estar ciego para no notarlo, pero no es eso lo que fascina a Sally. Son sus historias. Hoy, por ejemplo, les ha estado contando un reciente descubrimiento que posiblemente haga ganar el Nobel a sus autores, porque muchos genetistas creen que es la pieza clave de la vida: la doble hélice del ADN. Fascinante. Le gustó especialmente su mención de una chica, que mediante análisis cristalográficos por rayos X, había sido capaz de determinar la forma de la molécula.

Entonces, desde lo alto de la última colina, le parece escuchar una especie de ladridos apagados: “Gav, gav”. Esperanzada, Sally pregunta en voz alta:

—Rex, ¿eres tú?

Se hace el silencio. Sally otea el horizonte a su alrededor, intentando ubicar el origen de los sonidos. Decide bajar hacia su izquierda, entre los pinos. Los árboles casi no dejan pasar los rayos del sol poniente y las sombras la rodean. Algo voluminoso, de aspecto rocoso y casi vivo la desconcierta por unos segundos. Reconoce entonces ese pequeño promontorio rocoso que los lugareños conocen como “La Cosa” y sonrío tranquilizada. Junto al mismo hay un peculiar hueco circular entre los árboles. “Esto no estaba aquí la última vez”, piensa para sí.

“Woof, woof”, suena ahora.

Parecen provenir de esa novedosa zona despejada que Sally no consigue ver con claridad debido a las sombras. Se vuelve hacia el camino por donde ha venido, pensando en un extraño efecto de eco o algo similar. No. Al volverse otra vez, queda estupefacta. Donde antes no había nada, descubre ahora una especie de perro esquimal, tendido de lado y con apenas fuerzas para ladrar. Se arrodilla a auxiliarlo y comprueba que se trata de una perra. No puede apreciar ninguna herida, aunque unas extrañas manchas moradas marcan algunas zonas de su pelaje que parecen haber sido afeitadas. Rebuscando en su chaqueta, encuentra los restos del bocadillo que no se acabó para comer y se los ofrece. El animal los devora con fruición. Aprovechando una piedra cóncava, vierte también el agua de su cantimplora y, entre ladridos de alegría, la perra se levanta temblorosa y empieza a lamerla hasta agotar su contenido. Bastante recuperada, resulta ya imparable: “Guau, guau, guau...”.

Sally decide llamarla *Barky* (*Ladradora*).

Todavía se le nota muy débil, así que Sally la transporta trabajosamente en brazos hasta su bicicleta y la coloca en la cestilla delantera. Inicia la vuelta a casa, primero empujando la bicicleta cuesta arriba y luego pedaleando. De vez en cuando, suelta una mano del manillar para acariciarla. Entonces recuerda que una de las hermanas de su madrastra que han venido para acompañarla, manifestó su alegría de que no hubiese ya ningún perro en la granja (¿habría tenido algo que ver en la desaparición de *Rex*?):

“Debes ser buena y no ladrar. La tía Mae no debe verte. Te alojaré en el granero, que está lejos de la casa y ahora en otoño no se utiliza. Se buena chica y que no te vea nadie”.

Perdida en sus pensamientos, mientras siente el pelo canino bajo sus manos, Sally no

se da cuenta de que ha sido entendida perfectamente. ¡Barky se ha vuelto invisible (por unos instantes)!

+++++

Semanas más tarde, los ufólogos norteamericanos, siempre a la búsqueda de noticias que pudieran darles pruebas de la visita de platillos volantes de otros mundos, se tropiezan con dos historias, en cierto modo complementarias a pesar de las diferencias (o quizá, justo por ellas) y a las que no saben encontrar ningún sentido:

4 de noviembre – Aproximadamente a las 06:30 a.m., Everett Clark, 12 años, vecino del pueblo de Dante, Tennessee, se levantó para abrir la puerta a su perro Frisky. Unos 20 minutos después salió a llamarlo y lo descubrió, junto con varios perros más, al otro lado de la carretera, cerca de un extraño objeto posado en el suelo. Junto al mismo, pudo observar a dos mujeres y dos hombres vestidos con ropas normales. Uno de los hombres trataba de coger a Frisky, pero éste le gruñía y retrocedía. El hombre lo intentó con otro animal, que casi estuvo a punto de morderlo. Con posterioridad, Everett declararía que aquellas personas hablaban “igual que los soldados alemanes de la tele”. Todas entraron en el objeto “atravesando directamente las paredes, como si fuesen de cristal”. El objeto entonces se elevó en vertical y se marchó sin hacer ningún ruido. Everett añadió que uno de los hombres le había hecho una seña para que se acercase. No se atrevió. Su padre aseguró a los periodistas que no pensaba que su hijo pudiera inventarse algo así, pero que aún le costaba creerle.

(Knoxville News-Sentinel)

“OJOS DE RANA – OJOS DE PERRO”

4 de noviembre - Caía la tarde cuando John Trasco regresaba a su hogar en Everittstown, New Jersey, desde su trabajo en una papelería cercana. Salió fuera a darle de comer a King, su pastor belga de 6 años, casi ciego y con muy malas pulgas, que estaba atado junto a la casa. Desde la cocina, la señora Trasco podía oír a King ladrando desahogado y al asomarse a la ventana descubrió un objeto luminoso de forma ovoidal y entre 9 y 12 pies de largo que flotaba, “temblando arriba y abajo” a pocos pies del suelo junto al granero cercano. Sin embargo, los matorrales no le dejaron ver el “hombrecillo” con quien se tropezó su esposo. El visitante medía menos de 3 pies de alto e iba vestido “con un traje verde de botones brillantes, una especie de boina del mismo color, y unos guantes terminados en algo deslumbrante”. Su cara parecía pintada de blanco y, aparte de nariz y boca, destacaban en ella unos ojos grandes y saltones como los de un sapo. En una voz “chillona y que daba miedo”, se dirigió a John en un inglés casi irreconocible: “Somos gente pacífica. No queremos problemas. Solo queremos a su perro”. Desde la casa, la señora Trasco pudo escuchar a su marido gritar desahogado, “¡Fuera de aquí!”. Ante semejante respuesta la criatura volvió a su aparato sin saberse muy bien cómo porque el marido no vio puertas, escotillas o ningún otro tipo de abertura. Acto seguido, el objeto salió disparado hacia el cielo, como una de esas chispas que saltan de un fuego de campamento, en la curiosa analogía utilizada por la señora Trasco. Según ella, John trató de agarrar al extraño ser y quedó manchado de un polvo verde que se eliminó sin problemas. También descubrió restos de ese polvo en sus

uñas al día siguiente. No existen casas al otro lado de la calle, y las vecinas están vacías en la actualidad. La señora Trasco concluyó su relato añadiendo: “Le dije a John que debería haberles dejado que se llevaran a King. Está medio ciego y se ha vuelto tan insoportable que no creo que nadie más lo quiera”.

(Delaware Valley News)

Quizá si los ufólogos hubiesen completado el tercer punto de la ortotenia, la línea recta que según ellos une los diversos sucesos extraños o paranormales ocurridos en un mismo día, habrían hallado la respuesta. Ese tercer punto se situaba, claro está, en las cercanías de Providence (Rhode Island), e iba a convertirse sin que ellos llegasen jamás a sospecharlo, en algo muy distinto de un encuentro cercano.

+++++

Sally ha llegado a la carretera. Le queda un último kilómetro. Va tan ensimismada en sus pensamientos que no ve el camión que se le echa encima al entrar en una curva sin visibilidad. En menos tiempo del que se tarda en contarlos se desarrolla el drama. Cuando el gigantesco tráiler de dieciséis ruedas está a punto aplastar la bicicleta de la niña, se arruga con gran estrépito, como si hubiese chocado contra una barrera invisible. Por desgracia, transportaba ácido clorhídrico y su contenido cubre toda la zona. Horas más tarde, los investigadores del accidente no pueden siquiera hallar el menor resto humano, solo los fragmentos corroídos del camión y la bicicleta, imposibles de identificar.

Sally despierta tumbada en una especie de mesa de operaciones. En otra, a su lado, *Barky* también empieza a recuperar la consciencia. La niña se incorpora y mira a su alrededor. Está en una habitación extraña, de paredes curvadas y luminosas, sin nadie a la vista. “Nunca había imaginado que el Cielo fuese así”, piensa mientras se dispone a bajarse de la mesa. En ese momento, la pared que se encuentra frente a ella parece abrirse en espiral y descubre a dos seres que se disponen a entrar.

El más alto tiene las orejas picudas y un extraño corte de pelo, como Moe, el de los Tres Chiflados de la tele. Viste una especie de pijama de color azul y cuello negro con una peculiar insignia dorada en el pecho, similar a un triángulo de líneas curvadas o una punta de flecha. Los pantalones son negros. Su compañero, de aspecto totalmente anglosajón, lleva el mismo atuendo en color amarillo.

Los tripulantes del platillo se dirigen a Sally en un inglés perfecto:

—Lo hemos visto todo, y con nuestro rayo tractor hemos alzado la esfera de fuerza que os protegió del impacto inicial. Por desgracia, era demasiado tarde para el conductor. Por fin la hemos encontrado. No hay tiempo que perder. Necesitamos llevarnos a tu perra antes de que la situación empeore.

—No entiendo nada—, dice Sally. —¿Cómo es que estamos vivos? ¿Qué queréis hacer con ella? ¿Es vuestra?

Ante la retahíla de preguntas, los dos seres dudan y hablan entre ellos en un lenguaje ininteligible. Parecen esperar instrucciones. Al cabo de unos segundos, la decisión está tomada.

—Vale, te lo explicaremos. Acompáñanos.

La conducen en una breve gira por la nave, durante la que Sally queda maravillada

viendo puertas que se abren solas, pantallas de televisión en color con paisajes alienígenas, y otras cosas que ni siquiera llega a entender. Finalmente, el individuo de las orejas puntiagudas la invita a sentarse a una mesa, con *Barky* a sus pies. Con un simple gesto, hace aparecer por una trampilla algo de bebida y comida que ambos prueban. Deliciosa. Sin mayores preámbulos, aquel ser suelta una larga explicación:

—Según nuestra Primera Directiva, no puede haber ninguna interferencia con el desarrollo interno de civilizaciones alienígenas. Por desgracia, hemos quedado incomunicados con nuestro Cuartel General y los acontecimientos se han precipitado mucho más rápido de lo estimado por nuestros expertos.

(La verdad es que aquello era más bien culpa de la lentitud de la burocracia galáctica, pero no quería quedar en evidencia ante aquella raza inferior)

Hace millones de años, una de nuestras naves de exploración visitó este sistema solar y viendo que el tercer planeta gozaba de las condiciones adecuadas, decidió incluirlo en uno de sus experimentos. ¿Supongo que sabes lo que es -cómo lo llamáis- el ADN?”

—Sí— contesta Sally, mientras la imagen de su guapo profesor le viene a la mente.

—Pues bien. Debes saber que todas las especies galácticas inteligentes que viajan por el espacio están dotadas de una hélice de ADN triple, que las protege contra las mutaciones que el espacio exterior podría provocarles. Solo naves avanzadas con escudos especiales, como la nuestra, ofrecen también una protección perfecta. No tienes nada que temer.

Continúo. Aquellos científicos decidieron comprobar si era posible el desarrollo de la vida y la inteligencia con solo dos hélices de ADN. Desde entonces, cada pocos millones de años, una de nuestras naves os visita para comprobar la evolución. La última visita, hará unos mil años, se encontró con la inesperada sorpresa de la aparición de una especie inteligente. Se decidió entonces instalar un pequeño puesto de vigilancia permanente en vuestra luna. Y entonces, todo se complicó. No se os ocurrió otra cosa que empezar a lanzar seres vivos al espacio. Saltaron todas las alarmas. Cualquier animal o vegetal que supere el techo de vuestra atmósfera y alcance el espacio sin protección, sufre inevitablemente mutaciones que lo convierten en otra cosa, a veces favorables (éste parece haber sido el caso de *Barky*, que en realidad fue lanzada ayer desde Baikonur en Rusia), pero la mayoría de las ocasiones perniciosas y/o incontrolables. Hemos tratado de evitarlo con sabotajes, pese a que estamos escasos de personal y la Directiva Primaria establece fuertes cortapisas a nuestra actuación. Estamos esperando instrucciones más precisas, que no acaban de llegar. En cualquier caso, *Barky* no puede volver a la Tierra, ¿lo entiendes, no?

Tras meditarlo unos instantes, Sally responde:

—Lo entiendo. Sin embargo, ¿y conmigo? ¿Qué haréis conmigo?

—Bueno, eso tiene fácil solución. Te devolveremos a tu casa. No recordarás nada.

Sacando un peculiar tubo de un bolsillo, levanta la parte superior revelando un curioso punto oscilante de color rojo que apunta hacia su cara.

—Si miras aquí...

Sólo cuando Sally queda en el limbo, el ser se permite desconectar su capa holográfica de camuflaje, revelando su verdadera forma a *Barky*, que no parece

sorprenderse demasiado.

+++++

Sin embargo, “las cosas de palacio (galáctico) van despacio” y aquellos inexpertos alienígenas se olvidaron de seguir controlando los vuelos orbitales terrestres.

12 de abril de 1961. Esa tarde, Wyatt Olsen va circulando por la recta carretera, atravesando verdes colinas en su querida Harley-Davison a la busca de su destino... y con algo así se da de bruces.

Ve caer a tierra envuelto en llamas un extraño aparato. Pensando que pueda tratarse de algún prototipo en pruebas, se aproxima al lugar donde ha impactado contra el suelo. Una luz verdosa, similar a la de esos fanales que utilizan en el ferrocarril para dar la salida a los trenes, brilla entre los restos. Algo aprensivo, Wyatt se acerca a la nave estrellada, descubriendo a un corpulento ser de más de ocho pies de altura que le da la espalda. Su ropa está hecha jirones y solo conserva por alguna extraña pudibundez restos de unos pantalones que inexplicablemente todavía siguen en torno a esa musculosa cintura. Su piel tiene un tono cenizo y parece desconcertado.

Sin atreverse a avanzar más, Wyatt pregunta:

—¿Vienes del espacio exterior?

El ser se da cuenta de su presencia, girándose lentamente. Lo mira con unos fascinantes ojos azules y tras unos segundos de vacilación, como si estuviese escogiendo las palabras (o el idioma), contesta:

—De hecho, así es. ¿Dónde estoy?

Mirando de abajo a arriba a aquel musculoso ser humano, Wyatt comprueba que el color gris se debe a ceniza, y que la persona que acaba de contestarle tiene la piel blanca y rasgos occidentales. Su pelo negro incluso muestra un rizo en la frente. Está tan asombrado que sólo puede reaccionar con normalidad y responder a la pregunta.

—En Kansas, Estados Unidos. ¿Necesita ayuda? Aquí cerca hay un orfanato, dirigido por mi colega Charles Francis. Seguro que allí podremos asegurarnos de que ha salido usted ileso de su accidente. ¿Cómo se llama, amigo?

—Yuri, Yuri Gagarin.

¹ Partiendo de la muestra: 0,2667 ; 0,2069 ; 0,2903 ; 0,4828 ; 0,3182 ; 0,4286 y 0,4054. Es trivial obtener la media muestral ($\bar{X} = 0,3427$) y la desviación muestral ($s = 0,0987$).

Dado que la muestra es inferior a 30 ($n = 7$) y la varianza poblacional es desconocida el estadístico a obtener es una **t de Student** con $n-1$ grados de libertad (es decir, $7-1 = 6$). Para un grado de confianza del 90% ($1-\alpha = 0,9$) busco en [la tabla de la t de Student](#):

$$t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} = t_{6; 0,95} = 1,9432.$$

Intervalo de confianza $\left(\bar{X} - t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} \frac{s}{\sqrt{n}} ; \bar{X} + t_{n-1; 1-\frac{\alpha}{2}} \frac{s}{\sqrt{n}} \right)$ aplicando los datos:
(27,02% ; 41,52%)

No hay muestra suficiente para realizar un [test de Chow](#) (cambio estructural) para

verificar si este porcentaje se ha incrementado en los últimos años.

² El 22 de agosto de 2019 hice esta pregunta en Facebook: [¿Qué comparten un político y un escritor?](#) La hice para hacerme una idea general de cuál es el sentir a este respecto. No me puedo resistir a copiar las respuestas más brillantes (en orden cronológico). El escritor **Manuel Gris** dijo: “Maquillan la realidad como nadie”, el escritor **Bernabé Naharro** opinó: “Viven en la ficción (porque “de la ficción” el escritor no vive)”, **Pau Fer Esp** sentenció “El negro que les escribe los discursos y los textos”, el escritor **Joan Antoni Fernández** (habitual de estas antologías) explicó: “Son vasos comunicantes: el político acaba escribiendo un libro sobre su vida, mientras que el escritor acaba ejerciendo de político para sobrevivir.”, el escritor **Antonio Martínez Aragón** acertó: “Que cualquiera puede dedicarse a uno de los dos oficios con preparación cero”, **Alberto Litta** dijo: “Que viven del cuento”, el escritor **David Martín** afirmó: “Que ambos definen una realidad distinta a la nuestra” y por último **Javier Martín** sentenció: “Uno necesita "electores" y el otro "lectores" (y si es en ebook serían "e-lectores"). “. Como se aprecia hay más puntos de conexión de lo que se pudiera pensar y lo que no falta es ingenio.

³ Yo, a los políticos sólo les pido honradez, algo imposible de encontrar en los actuales dirigentes.

⁴ En inglés web, que se suele traducir como sitio (por lugar en la red electrónica) y no con el literal red o telaraña original, antes del advenimiento de internet.